

**IV Mestrado em Ciências Sociais**

**Especialidade: “Estado e Nação”**

**Instituto de Ciências Sociais**

**Universidade de Lisboa**

**Crisis de Estado y acciones colectivas en la  
revolución portuguesa.**

**1974-1975**

**Diego Palacios Cerezales**

**Septiembre de 2001**

**Orientación científica: Doutor Manuel Villaverde Cabral.**

## *Abstract*

The main idea of this dissertation is that the political process known as the Portuguese transition to democracy (1974-1976) is best understood as a State crisis. In the different chapters, we analyze the nature of the crisis as such, in a structural level, and try to understand its effects at the tactical level, where mobilizations take place. After a theoretical debate, where we take some tools from contemporary literature on social movements, we make four different approaches to our subject. First, we analyze the substance of the State crisis as a crisis of authority, trying to understand the processes that left no coercive means at the provisional governments' disposal. Then, we analyze one of the most characteristic social movements that flourished in the state crisis, the dwellers' movement. The main goal will be to highlight the relational ties that explain the opportunity for the development of popular movements in a State crisis. In the third chapter, we are interested in the level of strategic interaction of contentious political actors. There we analyze the "duel" of political manifestations that took place during the transition and we evaluate the effects of popular mobilization upon third actors and, therefore, upon democratization. In the fifth chapter we narrow the focus and we try to explain a sole and only question: why was there anticommunist popular violence in some conservative districts? Why was it absent in some others? There again, the nature of State crisis will give us the clue. Finally, in the last chapter, we analyze the mobilization and expectations coordination processes that made possible the reintegration of the different coercive apparatuses of the State and, thereby, close the crisis.

# Índice de contenidos

INTRODUCCIÓN.....	1
-------------------	---

## CAPÍTULO I

<b>POLÍTICA DE CONFRONTACIÓN Y ESTADO. ....</b>	<b>6</b>
LA MOVILIZACIÓN COMO ACTIVIDAD POLÍTICA. ....	6
<i>¿Política de confrontación o psicología de masas?</i> .....	7
<i>El giro racionalista</i> .....	9
<i>Control social y disrupción</i> .....	11
<i>Intercambio político y constitución de actores colectivos</i> .....	13
ESTADO, COMPLEJIDAD Y CRISIS DE ESTADO.....	15
<i>Coyunturas críticas – objetos que no son cosas</i> .....	18
<i>Un marco de análisis: la Estructura de Oportunidad Política</i> .....	22
<i>Crisis de Estado, EOP y control social</i> .....	28

## CAPÍTULO II

<b>EL PREC: UNA CRISIS DE ESTADO.....</b>	<b>34</b>
DERROCAMIENTO DEL RÉGIMEN Y CRISIS DE ESTADO .....	35
<i>¿Reintegración institucional, o ruptura con el pasado?</i> .....	37
<i>Una nueva arquitectura institucional</i> .....	39
COERCIÓN, INCERTIDUMBRE Y CONFRATERNIZACIÓN.....	45
<i>Las policías en la revolución</i> .....	45
<i>Fuerzas Armadas y Orden Público</i> .....	54
<i>Encuadramiento, coerción y clase social</i> .....	55
<i>La inversión del imaginario estatal</i> .....	58

## CAPÍTULO III

<b>EL MOVIMIENTO VECINAL. ....</b>	<b>62</b>
INTRODUCCIÓN.....	62
<i>¿Condiciones sociodemográficas o proceso político?</i> .....	66
<i>Concreción metodológica</i> .....	67

DE LAS OPORTUNIDADES AL PROCESO.....	69
<i>Apertura del marco de Oportunidad política.....</i>	70
<i>Primera secuencia de alianza: Gobierno de coalición antifascista (Abril-Sept 1974).....</i>	73
<i>Segunda fase: la movilización compensa, alianzas en el bloque estatal.....</i>	78
<i>25 de noviembre: cierre de la situación revolucionaria.....</i>	88
<i>Comentarios finales.....</i>	90

## CAPÍTULO IV

### **“THE ONLY GAME IN TOWN”. EL DUELO DE MANIFESTACIONES EN LA TRANSICIÓN PORTUGUESA..... 94**

TRANSICIONES, ELITES Y MOVILIZACIÓN SOCIAL.....	94
<i>¿Son las elites los únicos actores?.....</i>	95
<i>Las bases no elitistas de la coalición dictatorial: “partidarios”, “apáticos” y “opositores”.....</i>	97
LAS MANIFESTACIONES EN LA TRANSICIÓN PORTUGUESA.....	101
<i>La forma manifestación.....</i>	101
<i>Las manifestaciones como política de confrontación.....</i>	102
<i>Iª fase, la unidad democrática.....</i>	106
<i>IIª fase, una unidad cada vez más forzada.....</i>	109
<i>IIIª fase, reacción y resistencia.....</i>	111
<i>IVª fase, la consolidación plebiscitaria del poder gubernativo.....</i>	120
<i>Escalada del conflicto y eficacia de las manifestaciones.....</i>	123
CONCLUSIONES.....	124

## CAPÍTULO V

### **REACCIÓN POPULAR VIOLENTA Y ESTADO REVOLUCIONARIO. EL “VERANO CALIENTE” DE 1975..... 127**

<i>Las formas de la explicación.....</i>	128
<i>Estado revolucionario y acción colectiva.....</i>	132
UNA APROXIMACIÓN DESCRIPTIVA.....	134
<i>Ciclo de movilización y oportunidad política:.....</i>	134
<i>Caracterización del movimiento anticomunista.....</i>	136
<i>Repertorio de formas de acción:.....</i>	141
<i>Desencadenamiento del proceso: El caso Rio Maior.....</i>	144
FRAGMENTACIÓN TERRITORIAL DEL ESTADO Y REACCIÓN POPULAR.....	150
<i>El factor disuasor.....</i>	157
NOTAS FINALES AL CAPÍTULO.....	160

**CONCLUSIONES.**

**EL 25 DE NOVIEMBRE COMO LECCIÓN DE CIENCIA POLÍTICA. .... 163**

*Las tecnologías institucionales y la solución de la crisis..... 170*

**ARCHIVOS INVESTIGADOS:..... 179**

**PUBLICACIONES PERIÓDICAS CONSULTADAS..... 179**

**BIBLIOGRAFÍA:..... 180**

## Índice de Cuadros

<i>Cuadro 1 Partidos Políticos</i>	40
<i>Cuadro 2 Cronología sucinta del Proceso Revolucionario</i>	44
<i>Cuadro 3 Caracterización de los tipos de episodios contenciosos entre actores estatales y no estatales.</i>	103
<i>Cuadro 4 Resultados electorales en las elecciones constituyentes de 1975 (resumidos)</i>	112
<i>Cuadro 5 Resultados electorales en los distritos de la Región Militar Norte</i>	151
<i>Cuadro 6 Violencia popular anticomunista y unidades militares en el Centro y Norte de Portugal, verano de 1975.</i>	152

## Índice de Figuras

<i>Figura 1 Sistema social integrado, coerción y posibilidad de la realidad social de segundo orden</i>	<i>32</i>
<i>Figura 2 Desobjetivación de los sectores, crisis de las transacciones colusivas, hundimiento de la reserva de coerción.</i>	<i>32</i>
<i>Figura 3 Primer esquema jerárquico organizado después del golpe</i>	<i>42</i>
<i>Figura 4 Esquema del desarrollo temporal del movimiento vecinal:</i>	<i>71</i>
<i>Figura 5. Primera secuencia de reconocimiento del movimiento vecinal.</i>	<i>76</i>
<i>Figura 6 Segunda secuencia de alianza.</i>	<i>81</i>
<i>Figura 7. Tercera secuencia de alianza.</i>	<i>85</i>
<i>Figura 8 Cierre de la estructura de oportunidades políticas.</i>	<i>89</i>
<i>Figura 9 Secuencia de momentos explicativos.</i>	<i>130</i>
<i>Figura 10 Triángulo de percepciones desde el punto de vista policial.</i>	<i>167</i>

## Índice de Gráficos

<i>Gráfico 1</i> <i>Quiebra de la actividad de las policías durante el PREC.</i> _____	53
<i>Gráfico 2</i> <i>Evolución cuantitativa del duelo de manifestaciones políticas.</i> _____	105
<i>Gráfico 3</i> <i>Asaltos colectivos y bombas contra objetivos “de izquierda”. 1975-1976.</i> _____	149



## Introducción

Por una parte, el 25 de Abril de 1974 inauguró lo que sería el *último* proceso político europeo de dimensiones estatales en el que se utilizaron los referentes clásicos de una revolución de izquierdas (Rosas, 2000). Por otra, y realzando su carácter ambiguo, es reconocida como la *primera* de una fecunda serie mundial de transiciones políticas desde dictaduras que posteriormente se denominaría como la “tercera ola” de transiciones a la democracia (Huntington, 1991; Schmitter, 1999). Además, y entrando en lo que será un elemento fundamental de nuestra investigación, el “Proceso Revolucionario En Curso”, (el “PREC”, en la terminología entonces acuñada), fue caracterizado por Boaventura Sousa Santos ([1984] 1990) por contemplar lo que él evalúa como “el movimiento social popular (...) más amplio y profundo de la historia europea de posguerra”.

Varios analistas señalan que la población portuguesa es de las menos movilizadas políticamente de la OCDE. Lo era así durante la larga dictadura y lo siguió siendo una vez consolidado el actual régimen democrático (Braga da Cruz, 1995). Sin embargo, durante los dos años que median entre el golpe de los capitanes (25 de Abril de 1974) y la estabilización constitucional, se produjo una serie inabarcable de movilizaciones populares. La generalización de formas de participación popular y de politización de las relaciones sociales fueron los elementos señeros del proceso de transición. Por una parte, resalta la cantidad de huelgas, manifestaciones, asambleas, piquetes, mítines, etc. Por otra, llaman la atención sus aspectos cualitativos: la aparición y rapidísima difusión de formas organizativas innovadoras en los barrios y en las empresas y la adopción de repertorios de acción transgresores como la ocupación de casas, tierras y fábricas, el secuestro colectivo o la embrionaria impartición de formas de “justicia popular” (Mailer, 1977; Santos, 1990).

El periodo 1974-1976, si se observan las formas de acción colectiva en él emprendidas, aparece como un momento *anómalo*, sin pasado inmediato ni continuación, en la historia de los movimientos populares portugueses. En la revolución portuguesa, como señalaba Fernando Rosas, “todo parecía posible” para los movimientos populares, aunque, matizando las presunciones progresistas de la afirmación, habría que añadir que ese “todo” incluía, como analizaremos en el Capítulo 5, el asalto y el saqueo de más de 80 sedes de partidos de izquierdas o sindicatos. Quien comienza a indagar en las acciones populares de aquellos años, encuentra relatos asombrosos de gente corriente que cuenta cómo se organizaron en su barrio

clandestino para secuestrar una línea de autobús y prolongarla hasta su núcleo de población, manteniéndola permanentemente ocupada hasta que la compañía accediese a realizar ese recorrido. Encuentra también nostálgicas historias de ocupaciones de casas, de asambleas de barrio en las que la población participaba animadamente, de manifestaciones... o de esas plazas que se transformaban en un ágora nocturno cotidiano en el que “todo el mundo” se ponía al día de cómo avanzaba la revolución<sup>1</sup>. Ya en 1981, Ben Pimlott señalaba la extrañeza que causaba pensar que, sólo cinco años antes, en las calles de Lisboa se viviese la ilusión y el temor de una revolución. Antes aún, en 1976, los boletines de las comisiones de barrio reflejaban la sorpresa y desolación de los núcleos más militantes al observar que las bases se desmovilizaban, no acudían a las asambleas y buscaban soluciones individuales a sus problemas.

Del mismo modo, Hammond resalta que “los activistas experimentaron una ruptura con la normalidad y sintieron nuevas posibilidades que eran difíciles de creer incluso en esos momentos. La experiencia parece tan increíble que es perversamente reconfortante olvidar todo lo que pasó” (1988). La generalización de movilizaciones durante la transición política se presenta, así, como una anomalía. Investigar sus condiciones de posibilidad será uno de los ejes principales de este trabajo.

Por ello, este trabajo no es una historia de la transición portuguesa. Tampoco es una historia de los variados movimientos populares que florecieron durante el periodo, influyeron en su trama y marcaron su carácter revolucionario. Ni siquiera nos proponemos reponer las ilusiones, alegrías y miedos de que nos muestran algunos brillantes documentales sobre la época, pues eso, entre otras cosas, requeriría una pluma mejor dotada para la narración. ¿De qué se trata entonces? Básicamente, de un **conjunto de investigaciones que toman el periodo histórico –la revolución o transición portuguesa de 1974-1976– como laboratorio en el que, al tiempo que se proponen hipótesis explicativas para los procesos políticos observados, se entablan diálogos con diferentes perspectivas de análisis propias de la Sociología Histórica o la Ciencia Política y se afinan y ponen a prueba una serie de herramientas conceptuales**. Tampoco se tratará de elaborar una “gran teoría”, sino de problematizar las formas que se han utilizado para explicar los acontecimientos. Así, se pretende hacer aflorar los nexos causales implícitos que subyacen a las narrativas comunes y

---

<sup>1</sup> Los interesados en los relatos de experiencias particulares del movimiento popular pueden consultar la recopilación de testimonios y recortes de prensa coordinada por Martins Rodrigues (Rodrigues, 1994) o la más reciente de Brinca y Baia (2000).

que dotan de coherencia a los relatos. A partir de esta explicitación, se pondrá a prueba su consistencia y se propondrán formas explicativas alternativas que serán puestas en relación con varias líneas de reflexión teórica, de la teoría de sistemas al individualismo metodológico. No se confrontarán paradigmas, sino que, desde una vocación “*middle range*” (Merton, 1965) se dialogará con varios de ellos en la medida que nos sirven como punto de partida desde el que iniciar exploraciones, hacer aparecer problemas o dotar de inteligibilidad a ciertos procesos.

En un primer momento, como el ámbito interpretativo de este trabajo pertenece a la Ciencia Política, nos dispusimos a elaborar nuestro trabajo sobre fuentes secundarias. Sin embargo, tras constatar la inexistencia de monografías locales, o de estudios parciales profundos sobre algunas instituciones, como la policía, ha sido necesario realizar una labor historiográfica original. Si alguno de los problemas señalados en esta investigación sirviese para que alguien se empeñase en refutarla mediante un análisis monográfico de lo sucedido en un lugar o institución determinada, podríamos dar por buena la labor emprendida.

Finalmente, conviene señalar que la estructura de esta tesis es, en cierto modo, caleidoscópica, con elementos constantes que reaparecen en combinaciones nuevas en cada capítulo. Se trata, en total, de seis capítulos. En el primero se presentan las nociones y herramientas teóricas que van a ser utilizadas y puestas a prueba a lo largo del trabajo: acción colectiva, política de confrontación, intercambios políticos, redes de consolidación, crisis de Estado o Estructura de Oportunidad Política. En el segundo, se describen los procesos generales que caracterizaron a la transición portuguesa como una crisis de Estado y que, según postulamos, se imbricaron con los movimientos sociales. Aquí entraremos ya en un análisis empírico y centraremos nuestro interés en las organizaciones coercitivas, la policía y las fuerzas armadas, como *ultima ratio* de la autoridad del Estado.

A partir de entonces, se siguen cuatro capítulos relativamente independientes, por lo menos en la medida en que cada uno de ellos intenta resolver problemas delimitados y no se pueden considerar acumulativos. Los tres toman como referencia la noción de crisis de Estado, pero abordan procesos de movilización social desde perspectivas y ámbitos diferentes. En el Capítulo 3, se analiza detalladamente una de las movilizaciones más características del proceso revolucionario, la del movimiento vecinal, que nos servirá como paradigma que consideramos trasladable a otros movimientos como el obrero y el de los proletarios rurales. En el Capítulo 4, tras una discusión con la literatura dedicada a las transiciones a la democracia, analizamos la interacción estratégica entre diferentes proyectos políticos organizados y procuramos mostrar cómo la participación popular en manifestaciones fue

fundamental para que la crisis política se solucionase mediante el establecimiento de un sistema político de corte liberal-democrático. A continuación, en el Capítulo 5, trataremos la protesta "anticomunista" del verano caliente de 1975. Además de intentar caracterizarla en el seno del ciclo de movilizaciones, se buscará una explicación para su recurso a formas de acción radicales, el asalto y saqueo de sedes de los partidos adversarios.

Para concluir el trabajo, presentaremos un análisis de los procesos políticos que cristalizaron en torno al *25 de Novembro* y que dieron lugar al cierre de la crisis de Estado, recapitulando con ello algunos de los elementos que fueron apareciendo en cada uno de los capítulos anteriores.

Por último, nos queda señalar que esta investigación no podría haberse desarrollado sin la cooperación de mucha gente. En primer lugar, del profesor Villaverde Cabral, a cuya orientación hay que atribuir mucho de lo que sean aciertos en esta tesis. Su entusiasmo, su creatividad y su gusto por explorar los márgenes de la ortodoxia disciplinaria, inspiraron muchas reflexiones y alimentaron en mí la ilusión de que merecía la pena seguir adelante. Después, tengo que agradecer su interés a todos aquellos que discutieron unos u otros capítulos de esta tesis en diferentes fases de su elaboración: a los organizadores y compañeros del *seminário de estudantes* del *Instituto de Ciências Sociais*, a Pedro Magalhães, que hizo de relator en la presentación de un capítulo; a los participantes en el curso de doctorado del departamento de *Historia del Pensamiento y de los Movimientos Políticos y Sociales* de la Universidad Complutense de Madrid – en especial a Noelia González, que comentó intransigentemente un germen prehistórico de este trabajo- y, con especial gratitud, a los asistentes al *Seminario de Historia Contemporánea* de la Fundación Ortega y Gasset, en particular a Rafael Cruz y a Mercedes Gutiérrez. Finalmente, no puedo dejar de agradecer su colaboración a todas las personas que me prestaron su tiempo y su memoria. Algunas fueron entrevistadas de manera formal y aparecen citadas en el texto con nombres y apellidos; otras muchas, entre las que destacaré a la familia Guerreiro Araújo, me acogieron con inmenso cariño y me ofrecieron con sus recuerdos la posibilidad de captar las diferentes atmósferas en las que se vivió aquel periodo.

Mucha otra gente participó, directa o indirectamente, en la maduración de las ideas de este trabajo, que como proceso abierto fue bebiendo de cada una de mis experiencias personales y colectivas. En consecuencia, muchas apuestas de lo que podría haber sido y no fue, quedaron por el camino. Eso no las invalida, aunque dice mucho de las condiciones de producción de las mercancías académicas. Por fin, la beca concedida por el servicio internacional de la

Fundación Calouste Gulbenkian, fue imprescindible para que esta investigación se hiciera realidad.

# Capítulo I

## Política de confrontación y Estado.

### La movilización como actividad política.

Este trabajo se articula en torno a tres ideas. La primera, que lo que caracterizó el proceso portugués que se siguió al golpe de 25 de Abril, como “revolución” o como “transición turbulenta” fue la generalización y extensión de **movilizaciones**. La segunda, que esas movilizaciones tuvieron lugar tanto en el campo “**popular**” como en el “**elitista**” y el “**estatal**” y que, en cierto sentido que precisaremos, tanto unas como otras pueden ser pensadas con las mismas herramientas teóricas. La tercera hace referencia a que la generalización de las movilizaciones dentro de la esfera estatal configuraron una **crisis de Estado**, que se revela como un excelente laboratorio para pensar su reverso, es decir, lo que es el Estado y como funciona en situaciones “normales” o, en otras palabras, como poder constituido. Por ello, consideramos que la revolución portuguesa, como proceso de crisis política, ha de ser estudiada en dos niveles entrelazados. Por una parte, en el de la dimensión táctica del comportamiento de actores individuales y colectivos; por otra, en el de los diferentes *estados* o *situaciones* en los que puede encontrarse un sistema social complejo, es decir, diferenciado en esferas sociales a la vez interrelacionadas y autónomas, fuertemente institucionalizadas y dotadas de lógicas sociales específicas. La distinción entre *situaciones* de la articulación de la complejidad social rehabilita, siguiendo a Michel Dobry (1986: 26), una perspectiva durkheimiana que –con cierta retórica organicista que podemos dispensar– nos invita a distinguir entre estados integrados [“orgánicos”] y estados críticos [“mórbidos”] de una misma sociedad.

Todo trabajo que trate de movilizaciones sociales se aproxima a una serie de problemas contiguos: la relación de los ciudadanos con el Estado, la propia noción de ciudadanía o el papel de la protesta en una sociedad democrática. Este campo ha sido explorado desde muy diferentes tradiciones. El estructural-funcionalismo, por ejemplo, trata la movilización social como un proceso a largo plazo en el cual se modifica la cultura política de una población y se forma y “activa” una predisposición a la ciudadanía. Tradicionalmente, esta movilización

respondería a los efectos de la urbanización, de la escolarización o de la prestación de servicios extraordinarios al Estado en una guerra<sup>2</sup>.

Para nosotros, que vamos a estudiar una coyuntura delimitada en el tiempo, la movilización es un proceso que se desarrolla a corto plazo, formando parte de aquello que clásicamente era tratado por las teorías del conflicto social. Descriptivamente, las movilizaciones incluyen, por una parte, episodios delimitados como las manifestaciones, las huelgas, los motines, etc.; y, en una escala de coordinación tácita superior, los movimientos sociales, los golpes de Estado y las revoluciones. Este es el ámbito temático de este trabajo. Antes de adentrarnos en los capítulos sustantivos y analizar varios aspectos particulares de la experiencia portuguesa de 1974 y 1975, vamos a delinear una serie de reflexiones teóricas. Su propósito es presentar los instrumentos intelectuales que nos servirán para estructurar el conjunto del trabajo y hacer explícitas las explicaciones propuestas. Si estos instrumentos presentan alguna virtud, esperamos que sea la de la fecundidad, la de iluminar el campo de estudio y hacer aparecer nuevos problemas.

### ***¿Política de confrontación o psicología de masas?***

Para referirse a la movilización, avances recientes de la literatura nos proponen la noción de “acción colectiva de confrontación”. O, también, asumiendo algunas de sus implicaciones, “política de confrontación”, pues la movilización, sin ser equivalente a la guerra, también es una forma particular de la clausewitziana idea de “hacer política por otros medios”.

En cambio, buena parte de la sociología clásica situó las movilizaciones populares en el campo de las conductas irracionales, de la anomia, de la psicología de masas, o del conflicto funcional. Además, esas perspectivas teóricas permeaban –y en ocasiones aún permean– a las agencias policiales encargadas del orden público. Charles Tilly (1991), de modo anecdótico, señalaba que la policía de principios y mediados del siglo XX trataba los desórdenes públicos con unos presupuestos más próximos a la sociología analítica contemporánea que a la sociología y la psicología de masas por aquel entonces pontificada en las universidades por autores como Gustave Le Bon y Gabriel Tarde. Según él, la policía que vigilaba al movimiento obrero “investigaba las bases organizativas de la acción, la efectividad de los diferentes tipos de represión y la estrategia de los trabajadores” para evaluar si las proclamas de los sectores más radicalizados podían prender entre los colectivos obreros. Sin embargo, en

---

<sup>2</sup> Para una revisión de esta literatura y del paso a una perspectiva más táctica ver Chazel (1975). Para Portugal, una aproximación coherente con la teoría de la modernización se encuentra en Braga da Cruz (1995: 229 y ss.)

las policías de muchos países, y en especial en los cuerpos antidisturbios, la psicología de masas es la base de la interpretación de los comportamientos colectivos. En Portugal lo es, al menos, desde inicios de la década de 1960 y sigue siéndolo en la actualidad, como se observa en los manuales de los cursos de formación de agentes y mandos de la *Policía de Seguridad Pública*, que utilizaremos como referente de la psicología de masas<sup>3</sup>.

Las fichas didácticas para la formación de agentes de la PSP hacen aflorar una sofisticada antropología destinada a guiar la actitud de la policía frente a las masas, pues, según se les enseña, “están equivocados quienes creen que pueden improvisar o actuar de manera convencional en estos casos”.

Según estos manuales, cualquier reunión pacífica o circunstancial –“*reuniões acidentais, festas populares*”– puede “*transformar-se rapidamente numa multidão psicológica, quando influenciada por oradores, por um chefe (conductor), por reivindicações comuns, efusão de sangue, etc., em que as personalidades e atitudes individuais desaparecem para dar lugar a uma alma colectiva, que faz sentir, pensar e agir cada membro de uma maneira totalmente diferente daquela que agiria se estivesse isolado. Cria-se assim um ser moral novo –a multidão–*” (PSP, 1969). De este modo, para esta antropología, el individuo existe como ser moral cuando se encuentra inserto en las redes habituales de control social, pero, cuando se forma una “*multidão psicológica (...) (perde o) sentimento de responsabilidade individual*” y con el “*anonimato*” retrocede “*aos próprios instintos*”. Así, los agentes policiales se enfrentan a una masa “imprevisible”, “impulsiva”, “voluble”, “irritable”, “crédula” y con la que no valen argumentos porque es “incapaz de reflexión”, “intolerante” y “autoritaria”. Este formidable adversario está dotado, además, de un “sentimiento de fuerza” derivado de la “sensación de masa” y del “*contagio mental e a sugestão*” que “*influenciam de tal forma o indivíduo que quase toca as raias do hipnotismo*”. Sin embargo, las fuerzas del orden no se desaniman ante tamaño desafío, porque ese mismo contagio y “sensación de masa” pueden “aplicárselo” a sí mismas “*em grau muito mais considerável*” gracias a su disciplina y cohesión. En virtud de esto, mientras que un policía contra diez manifestantes puede estar atemorizado, diez contra cien pueden sentirse con alguna posibilidad, cien contra mil pueden estar bien confiantes y mil contra diez mil podrían sentirse capaces de realizar “cualquier cosa

---

<sup>3</sup> Estas reflexiones toman como referente el libro “*Instrução táctica*” de autoría colectiva por la Escuela Práctica de Policía portuguesa, en su 4ª edición, datada de 1969 Este es un libro de apoyo a las clases de formación de policías y está clasificado como “reservado”. Hemos encontrado una nueva versión de 1994 que, con alteraciones en las referencias legislativas, mantiene aún la retórica de la psicología de masas.



imposible”. La racionalidad o legitimidad de cada participante son totalmente dejadas de lado, porque “*as multidões serão pacíficas ou violentas, nobres ou criminosas segundo o que seja o condutor, que as controla e dirige, que é a sua ‘alma indiscutível’ e tem o supremo dom de saber suggestionar os componentes levando-os decididamente, imperiosamente, ao fim proposto*”; por ello, a falta de una solución carismática, de “*um personagem bastante forte para conservar a sua individualidade (e) desviar-lhe das intenções*”, el único recurso estriba en el empleo proporcionado de la fuerza, porque “*(a multidão psicológica) respeita a força mas não a bondade*” (PSP, *idem.*).

### ***El giro racionalista***

Frente a este tipo de concepciones –alimentadas por referentes empíricos como los pánicos–, los últimos veinte años de literatura académica han consolidado una perspectiva de análisis que integra la acción colectiva de confrontación como una forma de práctica política dotada de componentes de racionalidad: instrumentalidad, estrategia y cálculo (*vid.* Filleule et Péchu, 1993; Pérez Ledesma, 1994; Tarrow, 1997; Aya, 1997). Así, la acción de “masas” es situada en un continuo entre las formas *rutinarias* de acción (votar, presentar una querrela judicial, militar en un partido político), las *conflictivas* (participar en una huelga, manifestarse) y las *transgresoras* (ocupar un local público, enfrentarse a la policía). La escuela que inició este cambio de perspectiva, la de la “movilización de recursos”<sup>4</sup>, destacó que los protagonistas de las movilizaciones no solían ser “muchedumbres solitarias” atomizadas en la “sociedad de masas” y carentes de vínculos sociales de integración, sino, como el paradigma marxista clásico ya señalaba, miembros de grupos organizados y de redes informales de solidaridad, ora comunitarias, ora societales (*vid.* Taylor, 1991; Filleule y Péchu, 1993; Jenkins, 1994 [1983]). Con este viraje en su tratamiento, la acción colectiva de confrontación entraba en la esfera del análisis politológico y reclamaba que su estudio integrase el examen del funcionamiento de las diferentes instancias de poder y, en el mundo occidental contemporáneo, de los aparatos de Estado.

En la literatura contemporánea, la acción colectiva confrontacional [*contentious*] es una variante de la acción colectiva general (Olson, 1987) caracterizada por su relación conflictiva

---

<sup>4</sup> La literatura nacida en la década de 1970, de base anglosajona, se ha clasificado bajo varios apelativos que identifican algunos de sus rasgos particulares: “movilización de recursos”, “teorías de la solidaridad”, “teorías políticas”, “sociología de la acción colectiva”. Todas ellas comparten los mismos referentes racionalistas de ruptura con la familia de teorías anteriores, también anglosajonas, conocidas como “teorías de la sociedad de masas”, “psicología de masas”, “*breakdown theories*” o “*malintegration theories*”.

con los procedimientos administrativos, jurídicos o políticos institucionalizados. Además, será “popular” si es protagonizada por clases inferiores o, de manera más amplia, por lo que algunos autores denominan «no-elites» (Aya, 1997; Bermeo, 1997). Sin embargo, aunque la movilización disruptiva sea uno de los pocos recursos con los que cuentan los más desfavorecidos y con menos acceso a los lugares de decisión (Piven y Cloward, 1979), también puede ser protagonizada por aparatos de Estado (p.e. un ejército que se moviliza para presionar al gobierno), o por las elites políticas o económicas (como la fuga de capitales protagonizada por la elite empresarial y financiera portuguesa en 1974). Tanto en un caso como en otro, la acción colectiva puede resultar de un proceso de *agregación* distributiva de acciones individuales (el típico del mercado) o de un tipo u otro de *coordinación*, ya sea comunitaria, contractual o jerárquica (Lichbach, 1997).

Entre los varios programas de investigación surgidos del giro racionalista, hay dos que nos interesan especialmente, el que parte del individualismo metodológico –conocido como “*Collective Action Research Program*” o CARP– y el que parte de la estructuración de la arena política –designado por Lichbach como “*Synthetic Political Opportunity Theory*” o SPOT.

El CARP se construye sobre las reflexiones de Gordon Tullock y Mancur Olson. Esta filiación presupone que la acción colectiva de confrontación implica elementos de la Teoría de los Bienes Públicos, del Dilema del Prisionero y de la Paradoja de Olson (Olson, 1997; Jasay 1993; Lichbach 1997; Levi, 1997). Es decir, que postula, en primer lugar, la existencia de un interés común compartido por los potenciales participantes (Bien Público). En segundo lugar, que la coordinación de esfuerzos para conseguir ese bien público, la cooperación, se ve dificultada por problemas de confianza y comunicación entre los actores (Dilema del Prisionero). Por último, que la racionalidad instrumental bloquea la posibilidad de participación, pues nadie desea asumir riesgos ni costes y, por ello, la estrategia del gorrón [*free rider*] es la preferida por todos. El gorrón no persigue el bien público, pero espera beneficiarse de él (es público) cuando los otros lo consigan. Así, la paradoja de Olson postula la imposibilidad de la acción colectiva en un mundo atomizado de seres racionales, pues todos calcularán al mismo tiempo que lo más racional es no incurrir en costes ni riesgos y aprovecharse de los resultados de una movilización ajena... que, en esas condiciones, nunca se produciría. Esta perspectiva teórica ha sido criticada por su irrealismo, pues hay una tendencia a confundir la atribución de racionalidad con la atribución de motivaciones egoístas basadas en la imagen del *homo oeconomicus*. Importa señalar que la racionalidad, en tanto que forma, equivale a no-aleatoriedad. Los motivos e intereses de los actores pueden ser muy variados y

el CARP, al estudiar diferentes ejemplos históricos de cooperación entre individuos y grupos, nos proporciona un interesante fondo de casos en los que se busca explicar cómo, pese a los impedimentos, se producen movilizaciones sociales (*vide* Levi, 1997). Cada una de estas investigaciones analiza, entonces, las “soluciones” encontradas a estos “dilemas” de la cooperación, es decir, las condiciones bajo las cuales se activó una protesta o, de modo más general, se formó un grupo que luchaba en favor de un bien público. Cada una de estas soluciones –mercantiles, contractuales, jerárquicas o comunitarias– es, en sí misma, un proceso de movilización social (Lichbach, 1997). Por otra parte, en este esquema formalizado, al utilizarse para analizar procesos de movilización política, los “rebeldes” se encuentran ante otra entidad, el Estado, que también está sometido a su propio dilema de acción colectiva. En este grado de abstracción, “la lucha por la aplicación de soluciones al problema de la acción colectiva *es* una lucha política entre regímenes y oposiciones” (Lichbach, 1998).

Sin embargo, cuando nos encontramos con movilizaciones históricas, deparamos con que en la sociedad ya se encuentran *dadas* soluciones empíricas al problema de la acción colectiva. El proceso de movilización trabaja sobre esas soluciones. Las movilizaciones se producen en contextos estructurados en los que hay redes sociales, organizaciones preexistentes, supuestos culturales compartidos y memoria histórica de las formas y resultados de otras movilizaciones (Tarrow, 1997; Cruz y Pérez Ledesma, 1997). Unos teóricos otorgan mayor importancia a la estructura social –por su propensión a agrupar a poblaciones con intereses homogéneos–, otros a las organizaciones –con su capacidad de otorgar recompensas selectivas, tanto positivas como negativas– y aún otros a la construcción cultural de la identidad de los movilizadores –que es el marco que permite interpretar la existencia de intereses comunes y formas de actuar en conjunto<sup>5</sup>. Los análisis contemporáneos tratan de sintetizar esas tres perspectivas y compaginarlas con una cuarta, la de la Estructura de Oportunidades Políticas (Tarrow, 1997; Tilly *et alii*, 1997; McAdam *et alii* [eds.], 1999) –una herramienta conceptual en la que nos detendremos con especial atención un poco más adelante.

### ***Control social y disrupción***

Por otra parte, algunas voces se han alzado para recuperar el valor de los análisis del comportamiento colectivo anteriores al “giro racionalista” de la década de 1970 (Snow *et alii*. 1998; Useem, 1998). Especialmente, esta reevaluación de las viejas teorías recupera la noción de control social y de su “quiebra” [*breakdown*]. Además, si bien concede que la movilización

---

<sup>5</sup> Como señala Tarrow (1997), estos tres enfoques se corresponden, respectivamente, con los debates que en el movimiento obrero se desarrollaron a partir de Marx, Lenin y Gramsci.

popular rutinaria (huelgas legales, movimientos sociales, etc.) se apoya en redes de socialización preexistentes –y no en una supuesta anomia–, insiste en que las formas disruptivas de acción colectiva (revueltas de barrio [*riots*], motines en prisiones, etc.) implican “que los participantes deben verse libres de las constricciones al comportamiento” (Useem, 1998). Un punto fuerte de esta rehabilitación se encuentra en la indagación de los elementos que sirven para explicar las condiciones en las que se recurre a unas formas u otras de comportamiento colectivo: legal o ilegal, violento o pacífico, convencional o transgresor, rutinario o innovador.

La literatura, además, ha mostrado que Tilly no tenía razón en 1978, cuando proponía tomar la aparición de violencia colectiva como un indicador, como la punta del iceberg de la movilización que, por su presencia destacada en las fuentes, podría guiar al historiador cuando lo que estudia es la protesta social. Frente a esta pretensión, algunos estudios (Tarrow, 1989; Della Porta, 1995) han mostrado como, al menos en la Europa occidental de la segunda mitad del Siglo XX, se produce un desencuentro entre los “ciclos” de acción colectiva y la aparición de violencia colectiva, siendo más común ésta cuando el ciclo entra en decadencia.

Por otra parte, si comparamos las movilizaciones sociales en Portugal y España durante las respectivas transiciones, no podemos sino destacar que, siendo en cantidad muy similares, con movimientos obreros y vecinales muy movilizados, la diferencia estriba en el repertorio de formas de acción practicadas, “moderado” –huelgas, manifestaciones– en el caso español y “radical” en el portugués –ocupaciones, secuestros, expulsiones (Durán, 1997).

No obstante, y pese al repertorio radical de los movimientos portugueses, ni siquiera los episodios más violentos, como las jornadas en Braga o Leiria de persecución a los “comunistas”, durante el verano de 1975 (*vide* Capítulo 5), podrían nunca ser descritos con las palabras usadas para los motines urbanos de las grandes ciudades americanas: “cortas pero violentas explosiones, carentes de liderazgo, organización o fines explícitamente articulados” (Oberschall, citado por Useem, 1998). Al contrario, en la generalidad de los movimientos sociales portugueses de 1974 y 1975, la adopción de un repertorio transgresor e, incluso, violento, de acción colectiva tiene finalidades instrumentales y expresivas claras.

Eso no quiere decir que el *control social* no sea una variable a tomar en cuenta, al contrario. Lo que importa es caracterizar las pautas de funcionamiento de los mecanismos de control social y qué es lo que “controlan” en cada caso. La violencia colectiva puede ser, en sí misma, una forma de control social; o en otras palabras, el control social es acción colectiva y, a veces, violenta. El control social, ejercido tanto por las autoridades como por las instituciones

sociales primarias (familia, entorno comunitario, etc.), no se opone al desenfreno de los instintos, sino que forma parte del proceso de construcción social de la realidad y –como desarrollaremos al tratar las oportunidades políticas y el papel de la coerción– baliza, mediante marcos de sanciones anticipables, el campo de los comportamientos posibles<sup>6</sup>.

### ***Intercambio político y constitución de actores colectivos.***

Una de las formas más difundidas para analizar los periodos caracterizados por un aumento en la actividad de los movimientos sociales ha sido utilizar la noción de ciclo (Tarrow, 1991, Hipser, 1999). Siguiendo cierta tradición de una “historia natural” de los procesos políticos (Brinton, 1956) el ciclo estaría compuesto por un momento de arranque, un periodo de crecimiento y un declinio. La progresión del modelo del ciclo propuesto por Tarrow puede resumirse en las siguientes secuencias:

1. El arranque del ciclo se correspondería con la apertura de una oportunidad en el sistema político que sería aprovechada por uno o varios movimientos.
2. El éxito de este primer movimiento serviría de ejemplo para la formación de otros nuevos y el ciclo entraría en una fase de crecimiento progresivo.
3. Mientras que algunos movimientos consiguen una representación institucional, la proliferación de otros nuevos y con mayores exigencias sobrecarga la capacidad del Sistema Político, se forman coaliciones a favor de la “ley y el orden” y se cierran las oportunidades ofrecidas a la movilización.
4. Tanto el éxito de algunos movimientos, como el aumento de la represión y la radicalización de aquellos excluidos por el sistema político, provocan la desmovilización de las bases y el ciclo llega a su fin.

De este modo, el modelo del ciclo se presenta como una narración general de las series temporales de conflictividad en la que se integran elementos *tácticos*, elementos *estructurales* –la estructura de oportunidades políticas (*vide infra*)– y elementos *dinámicos* –los cambios en las configuraciones del poder, los nuevos movimientos que se suman al ciclo, etc. Esta narración, como tal, incluye nexos causales que, como se ve, aparecen fundamentados por la

---

<sup>6</sup> Para una exploración coherente con estos postulados, que propone estudiar los “repertorios de coerción” como homólogos a los “repertorios de protesta” desarrollados por Charles Tilly, ver Salvatore (2000).

una ley general de cobertura: la racionalidad “oportunist” de los actores. Para un apologeta de esta forma de construir explicaciones (Aya, 1997): “Explicar la protesta es deducirla de la situación de quienes protestan -definida por sus intenciones, capacidades y oportunidades- partiendo del supuesto (el principio de racionalidad) de que la gente actúa del modo que cree mejor para alcanzar sus metas, teniendo en cuenta sus capacidades y oportunidades”.

Sin embargo, aunque aceptemos la racionalidad como elemento central de la acción social, hay algo insatisfactorio en esta forma de presentar los procesos políticos. Si fijamos nuestra atención en los protagonistas de la acción colectiva y en sus intereses, encontramos que estas explicaciones establecen un nexo más o menos directo entre la posición estructural y los intereses. Para la teoría de la acción racional, no hay una verdadera problematización de los intereses, estos se toman como preexistentes; el problema a la hora de la acción colectiva estriba en su agregación. De este modo, la paradoja de Olson, pese a postular la imposibilidad de la acción colectiva a favor de bienes públicos sin la existencia de recompensas selectivas para los movilizados, no deja de presuponer la existencia de intereses dados (Moscoso, 1992). Por su parte, en el paradigma marxista, la agregación de los intereses no es problemática y viene dada por la situación de clase (Bilbao, 1991). Lo que se presenta de manera problemática es el paso a la toma de conciencia.

Por nuestra parte, no se tratará de negar que los actores persigan sus intereses, sino de conceder un lugar central a los procesos por los cuales los actores se sitúan en contextos de interacción en los que atribuyen sentido a sus acciones, asumen identidades y, al hacerlo, identifican sus intereses. De este modo, la noción de interés que utilizamos se corresponde con la de no-desinterés, con la de inmersión subjetiva en la vivencia de un sentido [*meaning*] para la acción (Bourdieu y Wacquant, 1992; Barbalet, 1999).

Como proponen Pizzorno (1979) y Moscoso (1992), se trata de *no* tomar los intereses como un dato *a priori*, sino de hacerlos dependientes de un proceso de interpretación y representación. Se postula, así, que los intereses no existen socialmente hasta que son interpretados y representados (en los tres sentidos: personificados, imaginados y dramatizados). En consecuencia, el propio proceso de formación del actor y de los intereses es un proceso de interacción –es necesaria una alteridad– en el que se ponen en marcha mecanismos de reconocimiento mediante lo que Pizzorno (1979) denomina el “intercambio político”, una mediación plástica que, en contextos concretos, puede dar cuenta del proceso de formación y consolidación de movimientos sociales. Del mismo modo, en los apartados siguientes, argumentaremos la centralidad de las relaciones de intercambio político entre

sectores del aparato estatal en la configuración de las situaciones “críticas” o “integradas” en las que puede encontrarse un sistema social.

Caracterizar a un actor que pueda ser sujeto de nuestra narrativa supone poder atribuirle sus intereses, analizar intereses supone poder predicarlos de un actor. Como veníamos diciendo, en esto coinciden tanto el paradigma marxista sociologizado como el individualista metodológico. La propuesta que vamos a intentar llevar adelante presupone que los procesos de formación del actor y de los intereses son el anverso y el reverso de una misma dinámica. La complejidad de pluralidad social es irrepresentable políticamente, por lo que una función básica del sistema político es reducir esa complejidad (Luhmann, 1983); los intereses se forman en un contexto de interacción y reconocimiento en el cual son seleccionados, interpretados y personificados. En vez de constituirse sobre una estructura de intereses dados, un movimiento social es un proceso de personificación de un conjunto de intereses, de reducción de la pluralidad y reconducción de la misma a una unidad representable (a un ‘nosotros’ que establece una frontera con un “ellos”). Narrar el desarrollo de este *self making* thompsoniano supone poder establecer los enredos en los cuales esa personificación es representada y reconocida en procesos inter- e intra-grupales. De este modo, en la narrativa que proponemos, se debe situar al actor en un contexto de interacción y se debe caracterizar semánticamente cada vínculo constatado como un proceso de intercambio político (reconocimiento en trueque de legitimidad, o de representación), que inviste de nuevos rasgos subjetivos tanto al movimiento como a su interlocutor.

## **Estado, complejidad y crisis de Estado**

Desde una perspectiva más politológica, menos preocupada por los mecanismos de movilización, lo significativo de la “acción colectiva confrontacional” se encuentra en el elemento conflictivo que enfrenta las reivindicaciones de unos actores colectivos a las de otros. Jack Goldstone la define como “cualquier esfuerzo sostenido por uno o varios grupos de individuos que reclaman bienes materiales o simbólicos a otros actores sociales que se resisten en un grado u otro a esas pretensiones” (Goldstone, 1998). Esta definición se compagina con el análisis de las movilizaciones sociales como procesos políticos propuesto por Charles Tilly (1978), que enfatiza el carácter político de la acción de los movimientos sociales y, para el mundo contemporáneo, sitúa en primer plano el análisis del Estado como interlocutor, referente u oponente con el que se articula el movimiento social. En el mismo sentido, Theda

Skocpol (1989) argumentaba que “la política, en todas sus dimensiones, no se fundamenta sólo en la «sociedad» o en la «economía» o en una «cultura» (...) Los significados de la vida pública y de las formas colectivas a través de las cuales los grupos adquieren conciencia de los objetivos políticos y trabajan para alcanzarlos no surgen sólo en las sociedades, sino en los puntos de encuentro de los Estados y las sociedades”<sup>7</sup>.

Llegados a este punto ¿cómo puede ser caracterizado el Estado? La aproximación que nos parece más satisfactoria es la *materialista y organizacional* propuesta por Michael Mann (1992). Este autor independiza el análisis institucional (qué es el Estado) del funcional (qué hace, para qué lo hace). Su propuesta es muy deudora de la de Max Weber, planteando que:

- “1) El Estado es un conjunto diferenciado de instituciones y personal, que
- 2) se articula con referencia a un centro del que irradian y hacia el que irradian relaciones políticas, que
- 3), cubre un territorio demarcado, sobre el cual
- 4) ejerce un grado de autoridad, poseyendo una capacidad de decretar reglas vinculantes
- 5) respaldadas por una fuerza física organizada” (Mann, 1992).

Al ser considerado un conjunto de instituciones, el Estado puede ser estudiado analíticamente, como una red de organizaciones que, aunque estén articuladas, pueden, potencialmente, disponer de una relativa autonomía estratégica y –en determinadas circunstancias– movilizarse de manera disruptiva. Cada organización y la propia red de organizaciones, para funcionar como tales, han de solucionar de manera continuada su problema de acción colectiva.

Además, y esto nos interesará a la hora de analizar los procesos de interacción táctica, esta red puede ser puesta en relación con *nodos* pertenecientes a otras redes sociales: élites económicas, partidos políticos, grupos de presión, movimientos sociales, etc. De este modo, el marco analítico cuenta con los elementos que precisamos para pensar la articulación y la interdependencia entre los aparatos del Estado, las organizaciones y los potenciales movimientos. La interdependencia implica que los intereses e intenciones de cada actor, aunque sean conflictivos, no se resuelven en un juego de suma cero, es decir, con la

---

<sup>7</sup> Aquí, claramente debemos interpretar “sociedades” siguiendo la categoría clásica que distingue entre “Estado” y “Sociedad Civil”, pero sin dejar de recordar que, desde una perspectiva sistémica, no hay ningún “subsistema social”, sino un sistema social, en el que se desarrolla la diferenciación del subsistema político y de las organizaciones estatales (Luhmann, 1982).



aniquilación del contendiente. No por ello deja de haber conflicto e intereses enfrentados, pero cada actor actúa tácticamente buscando ventajas y acomodándose a las posibilidades ofrecidas por los otros (Schelling, 1963)<sup>8</sup>.

La definición materialista y organizacional nos permite hacer operatoria la continuidad de la problemática de la Acción Colectiva tanto en la esfera estatal como en la no-estatal. Si el Estado es un conjunto de organizaciones, eso no lo distingue de la “sociedad civil”. Crear y hacer funcionar organizaciones, o, más ampliamente, generar acción colectiva, es un problema común a ambos. Lo que diferencia a estos dos ámbitos es el tipo de relaciones que unas organizaciones mantienen con las otras y, muy especialmente, la posibilidad estatal del recurso a una fuerza superior a cualquier fuerza privada<sup>9</sup>.

Como habrá notado el lector, en la definición de Michael Mann –y en el desarrollo de la misma que proponemos– no aparece uno de los elementos de la conocida cita con la que Max Weber define al Estado. Según este autor, la violencia monopolizada por el Estado albergaría la particularidad de ser violencia *legítima*. La legitimidad supone una aceptación *de derecho* del poder detentado *de hecho*.

En todo caso, será importante saber *quién* debe creer en la legitimidad de un poder para que este sea estable. Stinchcombe proponía, en 1968, considerar que para que un poder pueda considerarse legítimo “no es tan importante que cuente con la aceptación de aquellos *sobre quienes el poder es ejercido* como con la de *otros detentores de poder [power-holders]*”. De este modo, Stinchcombe avanza con una conceptualización de la legitimidad que permite

---

<sup>8</sup> “Hay juegos en los que, aunque la conflictividad alberga el interés dramático, la dependencia mutua forma parte de la estructura lógica y precisa de cierto tipo de colaboración o acomodación mutua – tácita, si no explícita– aunque sólo sea para evitar el desastre mutuo” (Schelling, 1963: 83). La guerra civil, o la persecución política de determinados grupos, sí implica la búsqueda de la destrucción del adversario, pero también presenta un componente de interdependencia en la competición por la lealtad de los sectores sociales no beligerantes (Kalyvas, 2000). Por otra parte, el esquema marxista de la lucha de clases se basa en una interdependencia asimétrica entre dos entidades, mientras la burguesía no podría sobrevivir si elimina al proletariado, el proletariado no tendría nada que perder eliminando a la burguesía. Para todo el análisis del conflicto desarrollado en esta tesis es importante mantener en mente que los conflictos se producen dentro de un juego lógico en el que se acepta la pertenencia a una misma comunidad política. Por ello, muchas conclusiones de carácter general no son válidas si se trasladan a otros ámbitos de conflicto en los que la identificación de la comunidad política está puesta en cuestión.

<sup>9</sup> Además, Michael Mann historiciza su definición mediante las nociones de *poder despótico* y *poder infraestructural* del Estado. La primera hace referencia a la posibilidad de que los detentores del poder político puedan tomar decisiones sin necesidad de negociar con otros actores sociales; la segunda noción se refiere a la densidad de la presencia estatal sobre el territorio y su capacidad para controlar y monitorizar el cumplimiento de sus decisiones. En la comparación histórica de Mann, un tipo y otro de poder mantienen una relación inversamente proporcional, pues el crecimiento en capacidades del Estado aparece condicionado a la capacidad de los detentores del poder de negociar transferencias de

pensar el espacio de la acción social como un campo estructurado en el cual hay “centros de poder” (policías, tribunales, gobiernos, parlamentos) que son legítimos en la medida en que las decisiones de unos cuentan con la probabilidad de que otros detentores de poder las acaten, respalden o apliquen, conformando aquello que él denomina una “cadena de decisiones contingentes” y Dobry (1988: 96 y ss) caracteriza como una “red de consolidación” que cimenta las relaciones en vigor entre grupos sociales. Desde esta perspectiva, la legitimidad, para quienes no detentan el poder, es una situación *de hecho* y, en todo caso, la aceptación *de derecho* habrá de ser estudiada como producto de esa situación de hecho, como acomodación de las expectativas.

### ***Coyunturas críticas – objetos que no son cosas***

Como propone Dobry (1988: 83) “el hecho estructural fundamental que hace inteligibles los procesos de crisis política en los sistemas sociales modernos, es la existencia de una multiplicidad de esferas o de campos sociales diferenciados, inextricablemente incardinados y, simultáneamente, autónomos unos de otros en mayor o menor medida”. La autonomía de los sectores y su separación, como señala Luhmann (1982), permiten que, en cada uno de ellos, los individuos asuman roles específicos y desempeñen las funciones propias al sector. Cada sector diferenciado se caracteriza por estructuras de sentido, pautas y procedimientos propios, heterogéneos entre unos sectores y otros, pero que, precisamente por tener lugar en esferas separadas y comunicarse mediante procesos reglados, se hacen socialmente compatibles pese a su heterogeneidad. Sin la diferenciación, y, por consiguiente, la autonomía y la relativa opacidad, la heterogeneidad de las lógicas de sentido se tornaría una fuente permanente de conflicto.

Lo significativo de las crisis políticas estriba en la pérdida de objetividad de la separación entre las esferas. La pérdida puede afectar sólo a las relaciones entre unos sectores y otros (quebrando, por ejemplo, la obediencia debida del ejército al poder civil y, así, descoyuntando el Estado), o a la propia estructuración interna de los sectores, como cuando una unidad del ejército se desbanda o confraterniza con la población a quien, según las autoridades, debía reprimir.

---

recursos a su favor con otros actores sociales, a cambio de derechos.

De este modo, para “buscar la reglas que gobiernan el caos”, se pueden analizar las crisis de Estado como situaciones caracterizadas especialmente por la descoyuntación, bajo el efecto de movilizaciones de diferente origen, de la estructura de relaciones de respeto, no injerencia y reconocimiento que normalmente están en vigor entre las esferas diferenciadas de lo social, lo que Dobry denomina “crisis de las transacciones colusivas”<sup>10</sup>. Esta crisis induce otras propiedades que analizaremos más adelante: la “dessectorialización coyuntural del espacio social” –dejan de estar claras las fronteras entre sectores diferenciados de lo social– y la “desobjetivación de las relaciones sociales” – la pérdida de la naturalidad aparente de muchas convenciones sociales. Este estado estructuralmente crítico del sistema social define, en los ámbitos micropolíticos, contextos originales de acción que enmarcan los cálculos, las anticipaciones y las estrategias de los actores, así como el valor de sus recursos y su eficacia (Dobry, 1988; Banegas, 1993)

Siguiendo a Luhmann, los sectores diferenciados de un sistema social pueden ser identificados como contextos de interacción “cara a cara” [*face to face*], como subsistemas sociales o como organizaciones (1982, pp 69-89). Para el analista, cuando estudia un sistema integrado, es relativamente sencillo escoger un objeto de investigación, un sistema u organización, y tratarlo con las herramientas adecuadas. En cambio, estudiar una crisis de Estado significa identificar objetos que pierden su objetividad y nos obligan a seguirlos a través de varios niveles de abstracción. Esto equivale, en cierto modo, a verse obligado a quebrar algunas tradicionales fronteras entre subdisciplinas académicas. Así, mientras el estudio de las Relaciones Internacionales suele tomar a los Estados-nación como las unidades pertinentes en sus sistemas de análisis –que “marchan como un solo hombre” (Aron, *cit. en* Dobry, 1988)<sup>11</sup>, la Ciencia Política trabaja con unidades que operan formando parte de esos Estados-nación: partidos, sindicatos, clases, movimientos o estructuras administrativas, los cuales, a su vez, son el objeto de subdisciplinas sociológicas que se interesan por cómo se forman, cómo

---

<sup>10</sup> Las transacciones colusivas, tal como las presenta Dobry (1986: 96), son una forma particular de los intercambios políticos. Concretamente, son las relaciones de reconocimiento entre los diferentes sectores estatales, unas relaciones que, además de vehicular *inputs* funcionales, comunican el respeto recíproco de la autonomía de cada sector. Fenomenológicamente, estas transacciones se expresan en los principios pragmáticos de no injerencia, en la renuncia a exigir responsabilidades y en la aceptación de los procedimientos, los argumentos técnicos, las temporalidades propias, etc., características de cada sector diferenciado. Además, el reconocimiento mutuo otorga a cada sector un incremento de consistencia (Dobry, 1988, pp. 110-113).

<sup>11</sup> El uso de la noción de Estado-nación por las Relaciones Internacionales no se corresponde con el uso propio de los estudios sobre nacionalismo. En RRII el Estado-nación engloba tanto el sistema burocrático, civil y militar (el “Estado”), como los recursos indígenas, demográficos y económicos de los que puede disponer (la “Nación”).

reclutan militantes o cómo se institucionalizan. Cada uno de los niveles de análisis cuenta con una pertinencia propia, pero, cuanto más agregado es, más depende de que las unidades con las que trabaja, las “cajas negras” de las que tratan otras disciplinas, estén *constituidas* y mantengan suficiente cohesión, autonomía y diferenciación como para actuar “como un solo hombre” ante sus pares en el sistema de análisis. Por decirlo con Lichbach (1997), dependen de que sigan solucionando su problema de acción colectiva.

Durante la revolución portuguesa, muchas instituciones y, en particular, la administración pública y el Ejército, perdieron sus características sectoriales. Por ello, aunque la discusión teórica que proponemos acepte la adecuación de niveles agregados de análisis y su correspondencia con un referente empírico diferenciado de su talla, no deja de señalar la necesidad adoptar una perspectiva constructivista y, en consecuencia, de concretar las condiciones de posibilidad de su pertinencia. Esto se revelará crucial en el momento de analizar crisis políticas. Así, por ejemplo, será muy difícil poder atribuir decisiones a las Fuerzas Armadas, decir que hicieron esto o aquello, pues su desintegración derivó en que las acciones o decisiones sólo puedan ser atribuidas a determinados cuarteles generales, estructuras *ad-hoc* y unidades, destacamentos, pelotones y oficiales en situaciones de interacción delimitadas<sup>12</sup>.

De este modo, este trabajo toma en serio algo ampliamente aceptado por las ciencias sociales, pero que, pese a su aceptación e, incluso, su abuso en ciertos estudios culturales, no suele implicar mucho en las investigaciones de sociología política al uso: la “construcción social de la realidad” (Berger y Luckmann, 1972 [1976]). En un estudio empírico, tomar en serio esta construcción social de la realidad supone analizar los mecanismos que hacen posible que la realidad social se imponga como una segunda naturaleza [sea *taken for granted*]. Cada poder constituido, cada institución que funciona, cada norma eficaz, cada actor colectivo al que podamos imputar acciones en una narración histórica, etc., depende de procesos sociales de constitución. En muchas ocasiones, éstos pueden parecer obvios y permitirnos *take for granted* determinadas realidades, pero eso no convierte esas realidades en **cosas** (Dobry, 1988: 136 y ss.). Esta advertencia, además, permite analizar qué sucede cuando esos mecanismos constitutivos fallan, una situación muy común en las crisis revolucionarias. En el caso de los sectores diferenciados de la sociedad, los mecanismos son de dos tipos. En primer lugar, las

---

<sup>12</sup> Esto, desde luego, hace incompatible nuestra percepción del proceso con la de Medeiros Ferreira (1992), que otorga una visión estratégica a las Fuerzas Armadas como institución y las presenta “pilotando” el proceso para llegar a acomodar el resultado a los fines que fueron madurando en los cursos de Estado Mayor de inicios de la década de 1970.

tecnologías institucionales internas: recompensas selectivas, jurisdicciones internas, formas de hablar, una micro-física del establecimiento de fronteras, etc. En segundo lugar, los procesos externos de intercambio político, el reconocimiento recíproco de la autonomía y la pertinencia entre unos sectores y otros, en esa “red de consolidación” a la que hacíamos referencia al tratar el problema de la legitimidad.

En una coyuntura integrada de la complejidad social, el elenco de las acciones posibles para cada actor –individuo, organización social, aparato de estado– está enmarcado por sistemas de acción en los que pesa una certidumbre relativamente consistente respecto a las pautas de actuación del resto de los actores constituidos. En el caso de los movimientos sociales, pesa especialmente la anticipación de la posibilidad latente de una escalada de violencia por parte del Estado.

Una crisis de Estado es un proceso en el cual deja de funcionar la articulación entre las organizaciones que lo componen, es decir, en el que se desmadeja la *red de consolidación* que, mediante relaciones recíprocas de reconocimiento mantiene, por una parte, la autonomía de cada sector y, por otra, la consistencia del Estado. Con esto, desaparece la certidumbre sobre qué acciones serán consideradas legítimas por los otros actores. Los cálculos pierden sus puntos de referencia y se deja de saber cuales serán los costes o las consecuencias de las iniciativas. Varía el valor de los recursos, pues se modifica la configuración en que se manejan, y se reduce el margen de anticipabilidad de los resultados de las acciones. Esto redundará en una coyuntura de “incertidumbre estructural” (Dobry, 1988 116 y ss, 133 y ss.) que, para unos actores, significará la parálisis, mientras para otros se convertirá en una excelente oportunidad para avanzar con sus reivindicaciones.

En las coyunturas críticas, los individuos y los grupos pueden ensayar nuevas alternativas, comprobando poco a poco la consecuencias de sus acciones o, por decirlo con las palabras de la teoría de juegos, aprendiendo la estructura de la nueva matriz de retribuciones (*pay-offs*). Al mismo tiempo, como la identidad de los actores no se sustancia en una esencialidad que les haga iguales a sí mismos –sino que está condicionada por los intercambios de reconocimiento con otros actores igualmente precarios– va cambiando en el propio proceso de acción y experimentación de posibilidades. Los actores –movimientos, partidos, administraciones, unidades militares– son ‘actores-en-proceso’, su identidad depende de composiciones internas y externas de relaciones de reconocimiento. Este es otro de los elementos fundamentales que permite entender la fluidez de las crisis políticas.

### ***Un marco de análisis: la Estructura de Oportunidad Política.***

En una situación rutinaria, sin crisis de Estado, la complejidad social integrada no deja de presentar un grado de plasticidad y no deja de haber mayor o menor movilización social, es decir, política de confrontación. Además, aunque los desafiados por la acción colectiva puedan no ser órganos estatales –ser empresarios, propietarios agrícolas, organizaciones representativas, comerciantes, etc.–, en las sociedades contemporáneas, el Estado, que garantiza la seguridad de la propiedad (privada, estatal o social) y el Orden Público, suele protagonizar un papel importante en la represión o canalización de estos conflictos y en la estructuración del escenario de las acciones posibles. Las acciones colectivas de protesta tienen lugar en un contexto determinado en el cual interactúan varios actores (grupos organizados, clases, públicos, agencias estatales...) que favorecen o se oponen a las mismas.

Para pensar ese contexto fue acuñada, a principios de la década de 1970, la noción de Estructura de Oportunidad Política (EOP). Su desarrollo original está muy ligado al de las herramientas de la sociología de las organizaciones, que ya predicaba la necesidad de realizar estudios de los sistemas de interacción concretos entre los actores (Crozier y Friedberg, 1971). Esta disciplina había ideado la matriz DAFO (de *Debilidades, Amenazas, Fortalezas y Oportunidades*), para el análisis estratégico de organizaciones. Dicha matriz intenta caracterizar las circunstancias de carácter positivo y negativo internas a la organización (*fortalezas y debilidades*) y aquellas que le afectan desde el exterior (*amenazas y oportunidades*).

Los estudiosos de las movilizaciones sociales incorporaron esta tipología a su modelo analítico y se apropiaron, especialmente, de la noción de oportunidad, a la que se definía como aquella circunstancia externa o medioambiental que facilita la acción perseguida por el grupo u organización. **En tanto que circunstancia contingente, la oportunidad suele ser vista como una novedad que se produce en el entorno y que, como tal, al ser aprovechada, explica el momento (el cuándo) del desencadenamiento del movimiento social.** Eisinger (1973) definió la EOP como “el grado de probabilidad que los grupos tienen de acceder al poder e influir sobre el sistema político” (McAdam, 1999) y, tras estudiar la relación entre los movimientos contestatarios y las estructuras institucionales de 43 ciudades estadounidenses, afirmó que una mayor accesibilidad favorecía la difusión de las acciones colectivas. Con la elaboración, por parte de Charles Tilly y de sus colaboradores, del modelo político (o de la *Polity*, de la ‘comunidad política’) para la explicación de los movimientos sociales (Tilly, 1978; Tarrow, 1997), la noción de EOP se difundió y comenzó a ser utilizada extensivamente en los más distintos contextos de investigación sobre movimientos sociales. De este modo, fue

puesta a prueba, se enriqueció, mostró sus limitaciones y, en ocasiones, perdió sus contornos específicos (McAdam, 1999).

Lo que pretende este modelo político es explicar las condiciones que hacen posible la formación y difusión de los movimientos sociales. Mediante un vasto trabajo comparativo, sus cultores desestiman la capacidad explicativa de otros modelos, que acentuarían condiciones necesarias pero no suficientes para la movilización (Durán Muñoz, 1997). En este sentido, señalan que los factores aducidos por las teorías dominantes en la década de 1960, como el malestar social y la privación relativa, aunque concurrentes en la movilización, están presentes tanto en colectivos movilizados como en colectivos pasivos (Jenkins, 1994). Además, constatan que, del mismo modo, la dinámica y fuerzas internas de las organizaciones e ideologías, así como su capacidad para movilizar recursos, aunque también pueden caracterizar el proceso de movilización, están, frecuentemente, presentes en un grado similar en situaciones alternativas de movilización o apatía, no consiguiendo explicar el desencadenamiento de la movilización (Piven y Cloward, 1991; McAdam, McCarthy y Zald, 1999).

#### *Una caracterización pragmática de la EOP.*

Para caracterizar la Estructura de Oportunidad Política y diferenciarla de otros elementos (de otro tipo de oportunidades y de accesos a recursos), que también pueden favorecer la movilización, es preciso establecer un esquema claro de las variables que se han de tener en cuenta. Dough McAdam (1999), tras discutir varias formulaciones, propone cuatro dimensiones con un nítido componente relacional:

- 1) La apertura o cierre relativos del sistema político institucionalizado (ante las exigencias de los movimientos).
- 2) La estabilidad o inestabilidad de los alineamientos de las elites.
- 3) La presencia y caracterización de elites aliadas.
- 4) La capacidad y propensión del Estado a la represión.

La metodología de análisis permite identificar una estructura de oportunidad  $EOP_1$  para el tiempo  $t_1$  y poder dar cuenta de la variación de la misma [ $EOP_1, EOP_2...EOP_n$ ] para sucesivos tiempos [ $t_1...t_n$ ].

Por otra parte, la noción de elites puede ser válida cuando tratamos con un sistema político estabilizado, el campo de análisis en el que se forjó la noción. De esta manera, McAdam se

refiere empíricamente a organizaciones partidarias, sectores de la administración y organizaciones empresariales. En cambio, cuando se analiza una crisis de Estado, la descoordinación entre sectores estatales hace que se multipliquen los lugares significativos – estatales o no– con actividad táctica propia<sup>13</sup>. Cuáles sean y cómo se instituyan en actores pertinentes será, en cada caso, una cuestión empírica.

#### *Percibir señales, crear oportunidades*

Sin embargo, la evolución de la secuencia de la EOP, aunque pueda estar fuertemente influida por acontecimientos exteriores a la relación de las elites políticas con los movimientos sociales (por ejemplo, en el caso portugués, por las disputas de la agenda de descolonización en 1974 y 1975), no puede ser analizada sin tener en cuenta esa interacción con las protestas, que puede ser el principal motor del realineamiento de las elites. Las formas y contenidos de las luchas sociales y políticas actúan como motor de la reestructuración del Estado y de sus distintos aparatos, al igual que, como Marx señalaba, la forma y el contenido de las luchas obreras condicionan la forma y el contenido de las reestructuraciones productivas (Negri, 1979). **Los movimientos se difunden aprovechando oportunidades políticas, pero, mediante su acción, fuerzan el realineamiento de los diferentes actores de la comunidad política, forjan y hacen quebrarse alianzas y, en el mismo proceso, pueden forzar la aparición de nuevas oportunidades para sí mismos o para otros movimientos.**

El carácter oportunista de los movimientos no puede ser visto desde una perspectiva exclusivamente instrumental, sino que debe atender a los mecanismos identitarios que se desencadenan en el proceso. El movimiento no se mantiene igual a sí mismo antes, durante o después de la movilización. Aprovechar una oportunidad es cambiar, establecer nuevas relaciones, presentarse y representarse de nuevas maneras. Las reconfiguraciones en el sistema político se presentan como oportunidades para ensayar cambios, probar alianzas y, según sean los efectos de las interacciones tácticas, el movimiento puede ganar nuevas capacidades, conquistar derechos o incorporarse en el sistema político (Tarrow, 1997; Giugni *et alii* 1998). **Las alianzas no tienen porqué ser formales, sino que, para que produzcan efectos, basta con que un actor tome una posición en el espacio público y que, con esa jugada, obligue al resto de los actores a redefinir sus predisposiciones para la acción, reconfigurando con**

---

<sup>13</sup> Una exploración exhaustiva de las nociones de elite o no-elite está fuera del alcance de este trabajo. Seguiremos a la literatura colocando en el campo elitista a los líderes de las organizaciones que participan en la movilización popular, por lo menos en la medida en que son capaces de proponerse con éxito como representantes de los movilizados y pactar en su nombre, como en el ejemplo clásico de los pactos de la Moncloa en España.



**ello la percepción que los movimientos pueden tener de las consecuencias probables de sus iniciativas.**

Por otra parte, una movilización sólo puede aprovechar la EOP si los potenciales participantes interpretan favorablemente determinadas “señales”, en particular, determinados acontecimientos significativos que indican la posible existencia de una oportunidad. Las señales, además, pueden derivarse de declaraciones de intenciones de las autoridades o de determinadas elites, pero, más congruentemente, se corresponderán con su comportamiento efectivo<sup>14</sup>. Esta es una constante de las interacciones estratégicas que fue expresada con rotundidad por Schelling en la fórmula “*patterns of action speak louder than words*” (1963: 107).

Por otra parte, como sugiere Dobry (1992), la lectura de señales también puede funcionar como mecanismo de coordinación tácita de una movilización. **Una movilización cuaja en el momento en que unos actores leen las señales del avance de otros –que han de ser pensados como formando parte potencial del mismo “bando”– y se suman al movimiento, autocumpliendo sus propias predicciones al tiempo que consolidan la posibilidad de una lectura positiva por terceros participantes potenciales.** Este juego de lectura de señales puede poner en marcha un mecanismo tipo “bola de nieve” y coordinar una rápida una movilización generalizada. Así, en el caso de las ocupaciones de casas por parte de familias chabolistas, que siguieron al 25 de Abril, el movimiento comenzó de manera dispersa. A una familia ocupante siguió otra y, al constatar la impunidad, otras familias leyeron la oportunidad de actuar y se lanzaron. Ninguna familia quería quedarse sin casa (v. Capítulo 3).

La utilización de la EOP debe ser cuidadosa y no se debe confiar en la aparente transparencia de sus mecanismos explicativos, cuya validez está muy circunscrita a formas estatales de desarrollo del espacio público. Además, no podemos aceptar que haya una correlación unidimensional entre el grado de apertura del sistema político y la movilización social; un sistema puede ser selectivo y combinar aperturas relativas para algunos tipos de actores y cierres absolutos para otros. Por lo tanto, la apertura del sistema no se puede medir en un continuo. Además, como veremos en el capítulo 5, en una situación de crisis de Estado, el tipo

---

<sup>14</sup> Durán (1997) compara los discursos gubernativos sobre el orden público en España y Portugal durante las respectivas transiciones, constatando su similitud (en especial, en Portugal, durante los dos primeros gobiernos provisionales). La gran diferencia estribaba en que en España ese discurso era respaldado por unos aparatos de estado consecuentes, mientras en Portugal, no.

de apertura del Estado a la acción de los diferentes movimientos puede variar enormemente en distintos contextos territoriales.

Por otra parte, el cierre del sistema político no tiene porqué llevar necesariamente a la desmovilización y, por el contrario, como muestra Goodwing (1988) para el caso centroamericano, ese cierre puede favorecer la formación de amplias coaliciones opositoras en las que los segmentos de las elites excluidos del poder se alíen con las clases populares. Pese a estos reparos, la noción de EOP puede seguir siendo productiva. Su relativo formalismo permite realizar caracterizaciones sencillas y establecer variaciones temporales en cada una de las dimensiones, dando vida a una secuencia dinámica en la que el relato de los acontecimientos integre el nexos explicativo. Aunque una buena interpretación histórica sin pretensiones teóricas pueda estar funcionando con las dimensiones que la EOP propone, plantearlas explícitamente permite hacer visibles las conexiones causales y problematizarlas.

Las dimensiones de la EOP, como herramienta analítica, son más operativas en cuanto más resonancia tiene el conflicto en un ámbito nacional y cuanto mayor es la presencia y penetración de los Aparatos de Estado sobre los tejidos sociales y políticos comunitarios. La EOP es una sistematización del análisis relacional aplicado al estudio de los movimientos sociales en los Estados contemporáneos, es decir, altamente diferenciados. La pertinencia de las dimensiones destacadas por McAdam está subordinada a la plasticidad concreta de las interacciones entre los movimientos y el resto de los actores del contexto de interacción.

Por otra parte, la relación entre la acción colectiva y la represión policial (cuarta dimensión de la EOP) también es objeto de debate científico. McAdam (1999), como muchos otros analistas (Della Porta, 1999; Tarrow, 1997; Tilly, 1978), presupone que una mayor represión policial frena el avance de la movilización, aunque pueda radicalizar a los sectores más militantes de la misma<sup>15</sup>. Sin embargo, se puede poner en duda que la represión actúe únicamente como un “coste” que frena la protesta. Hay evidencia empírica y trabajos de teorización que postulan la relación contraria: a mayor represión se respondería con mayor movilización, en especial cuando los reprimidos no aceptan el marco de la comunidad política o cuando se forma una “coalición por las libertades” para la cual la lucha contra la represión se torne un elemento capaz de coordinar la acción de grupos sociales diferentes (para una revisión del debate ver Aflatoon y Allen, 1991). Así, se puede asumir que una reducción de la represión hace

---

<sup>15</sup> Mediante esta hipótesis de la relación entre represión, final del ciclo de movilizaciones y radicalización, Sidney Tarrow (1997) explica la proliferación de grupos armados que acompaña a las fases reflujo de los ciclos de protesta colectiva. La lógica de los mecanismos explicativos que introduce

disminuir los costes de la protesta y tenderá a facilitar su difusión; por otra parte, un aumento repentino puede facilitar la formación de coaliciones antirrepresivas y éstas llevar a un aumento de las acciones conflictivas; por último, un grado elevado a largo plazo puede ahogar la capacidad de movilización social, pero imponerlo de manera centralizada supone un proceso de extracción de recursos y de penetración en la sociedad que puede propagar el malestar entre otros actores y, con ello, hacer aparecer nuevos aliados favorables a los contestatarios. En último lugar, señalaremos que la represión suele ejercerse discriminadamente y que, mediante ese mecanismo, los gobernantes pueden aislar a las principales víctimas de la represión y evitar que encuentren aliados entre los sectores tolerados.

También en esta ocasión, creemos que es necesario situar el grado de represión en relación con el resto de variables del sistema político y atender a las pautas de su utilización. Si son consistentes –si al mismo tipo de amenazas se responde con el mismo tipo de acción represiva– y si son discriminadas –si a todos los actores movilizados se les aplica el mismo grado de represión. Estas dos variables dependerán, por una parte, de las *capacidades* del Estado, es decir, de que posea o no los medios suficientes para intervenir; por otra, de la *voluntad* de las autoridades; finalmente, dependerá de la *integración* institucional, de que las autoridades puedan movilizar las capacidades del Estado conforme a su voluntad. Como veremos, la ausencia de esta última propiedad, marca central de las crisis de Estado, tendrá un papel decisivo en el proceso revolucionario portugués. Para evaluar la *capacidad* hay que conocer la propia estructuración y penetración de los medios y los agentes encargados de hacer cumplir las disposiciones de los poderes del Estado, es decir, de convertirlas en *vinculantes*. En el lado de la *voluntad* hay que situar las disposiciones legales vigentes, los reconocimientos de libertades, los compromisos políticos de la elite dirigente, los componentes culturales que enmarcan su percepción del conflicto (Cruz y Pérez Ledesma, 1997) y, sobre todo, la percepción y anticipabilidad del coste de sus acciones. Finalmente, al analizar la *integración* institucional hay que evaluar, sobre todo, la cohesión del bloque de poder, su “legitimidad” en los términos de Stinchcombe (1968): la probabilidad de que otros centros de poder acaten, respeten y respalden las decisiones de orden público gubernativas; de esta legitimidad dependerán esencialmente los *costes políticos* del ejercicio de la violencia pública.

---

puede aplicarse, en el caso portugués, a las FP 25.

### ***Crisis de Estado, EOP y control social.***

Si, como nos propone la literatura reseñada, la división entre los grupos organizados con acceso al poder es una circunstancia favorable para las movilizaciones sociales, una crisis de Estado se muestra como la coyuntura más propicia. En la crisis de Estado, la incertidumbre urge a las diferentes elites a buscar intercambios de reconocimiento que refuercen su propia posición. Uno de los medios para conseguirlo consiste en aliarse con los movimientos populares e intercambiar representación por apoyo, en el tradicional papel del “tribuno del pueblo”. Además, la propia crisis de Estado, si afecta a las organizaciones del monopolio de la violencia, puede redundar en una falta de capacidad estatal para la represión de los movimientos, ya sea por la negativa de las tropas a actuar, por su pasividad expectante<sup>16</sup>, o por la desobjetivación de las propias unidades policiales o militares, es decir, su incapacidad para resolver su dilema de acción colectiva.

**Como veremos, la crisis del Estado, en Portugal, se concreta en varios de los puntos definitorios de lo que es un Estado: las organizaciones constitutivas del mismo actuarán de manera descoordinada e independizarán sus pautas de acción de las decisiones gubernativas; el centro político perderá parte de su capacidad de irradiación territorial de poder y los medios coercitivos se rebelarán en sucesivas ocasiones contra su obligación de respaldar las decisiones supuestamente vinculantes emanadas de dicho centro. Este marco, con elites estatales y sociales divididas en busca de apoyos sociales y con un Estado descoordinado incapaz de hacer funcionar los medios coercitivos de manera cohesa, configura una estructura de oportunidades extremadamente favorable a la multiplicación de las acciones colectivas de confrontación y populares.**

Por otra parte, es preciso señalar que, en una coyuntura de crisis, no desaparecen los aparatos del Estado – ni los *habitus* en ellos conformados-, aunque funcionen de manera descoordinada y carente de referentes consistentes. En todo caso, lanzan apuestas, se alían con sectores de la sociedad y reclaman pautas de reintegración institucional en torno a unos u otros valores. Por ello, la incertidumbre no se corresponde con una pérdida absoluta de referentes, sino con la

---

<sup>16</sup> La pasividad expectante [*attentisme*] es quizá una de las actitudes más comunes en las crisis y en los golpes de Estado triunfantes, en los que los sectores que no participan en la conjura, tampoco se movilizan para la defensa de los poderes constituidos a la que la legalidad les obliga. “Esperar a ver qué pasa”, es quizá la mejor expresión para caracterizar la desresponsabilización política de muchas organizaciones estatales en los casos de conflicto interior, que prefieren no comprometerse con nadie para luego “servir lealmente” y de manera “profesional” a los vencedores.

percepción de que esos referentes no son consistentes y que se puede, mediante ensayo y error, descubrir, interpretar y transformar el espacio de posibilidades abierto.

Además, los propios actores –estatales y no estatales– descubren nuevas posibilidades y van transformándose en el proceso, adoptando nuevas exigencias y presentándose de nuevas maneras. Al encarar este problema, una ingente cantidad de literatura sobre movimientos sociales se ha aventurado a explorar los procesos de formación de las identidades colectivas, entendidas como las formas socialmente construidas de representar un “nosotros” para el que reclamar beneficios materiales y simbólicos (Melucci, 1995). Estos procesos de formación de nuevas identidades, aunque también funcionen en las coyunturas rutinarias, en las críticas se aceleran. Las nuevas posibilidades de acción precisan de marcos de comunicación que para presentarlas y representarlas y éstos se crean mediante la activación de los *stocks* culturales heredados, su reformulación y su acomodación a las expectativas de los otros actores en las nuevas relaciones de reconocimiento recíproco.

De este modo, las propiedades de la crisis de Estado van más allá de lo que podría describirse como una oportunidad extraordinaria. Retomando uno de los referentes de las *breakdown theories* citadas al comienzo del capítulo, las grandes palabras que suelen usarse para recordar las coyunturas revolucionarias y que cuentan con la Comuna de París como referente mitificado: “un momento de locura”, “una época de una inmensa esperanza colectiva”, una “fiesta continuada”, la emergencia de un “nuevo mundo de posibilidades” y la generalización de una “efervescencia creativa” (Zolberg, 1971, para el caso portugués: Hammond, 1988), se corresponden con la percepción de un referente objetivo, la quiebra del control social. Sin embargo, y con los elementos que venimos aportando sobre la construcción social de la realidad, para dar cuenta del furor de los momentos revolucionarios no precisamos de acudir a una antropología del desenfreno de los instintos. En las sociedades diferenciadas, el Estado actúa como reserva última de lo que el humorista Terry Pratchett denomina “la ley de conservación de la realidad”. Con la desintegración relativa del Estado, muchos de los elementos codificados de las relaciones sociales –respeto por la propiedad, deferencia hacia los superiores, etc.– tienden a desobjetivarse, a perder su apariencia de naturalidad. Sin la coerción organizada que subyace como posibilidad en la vida política rutinaria, las relaciones jerárquicas y las normas de exclusión en la participación de la riqueza social tienden a perder consistencia.

Visto desde el ángulo opuesto, la gente, si puede avanzar para conquistar sus metas –clásicas o recién asumidas–, lo hace. Cuando percibe que hacerlo es muy costoso –y aceptaremos que las percepciones suelen ser bien fundadas–, siempre podrá resignarse (el *sour grapes*

analizado por Jon Elster, 1986) y, haciendo de la necesidad virtud, aceptar la validez de las normas y valores que justifican su exclusión de lo que pretende. No se trata de una primacía de la conformidad ideológica, sino de un recurso cognitivo –quizá inconsciente– que hace vivible una situación cuya consistencia es defendida por una fuerza organizada. Por usar la terminología de Berger y Luckmann (1972[1966]), mientras la consistencia de las instituciones sociales produce una “objetivación de primer orden”, la de los valores y significados se construye por encima de esta como “de segundo orden”, precisando de la primera como base de sustentación<sup>17</sup>. En este mismo sentido, James Scott (1990) ha rastreado decenas situaciones históricas, en general en sociedades poco diferenciadas, en las cuales se rebelan poblaciones dominadas que, en sus actos, rituales y palabras, parecían aceptar los valores que justificaban su situación. Como explicación, Scott recurre a la noción de “*hidden transcript*”, de reserva secundaria de actitudes y valores antagonistas que se reproduce de manera callada. En situaciones en las que la dominación se mantiene respaldada por los mecanismos coercitivos, el observador se encuentra con unos valores afirmados (“*public transcript*”) que reproducen una pauta de “servidumbre voluntaria” y que muestran todas las características de una cultura política consistente. Cuando aparece una oportunidad y los medios coercitivos se relajan, emerge una subcultura de resistencia propia de la revuelta.

Así, el estudio de Scott nos invita a no reificar la concordancia entre los valores expresos y las actitudes efectivas, que tenderán a mostrar las pautas de una “servidumbre voluntaria”, sino a buscar su correspondencia con una estructura de posibilidades objetivada en otro nivel, el de “primer orden”. De este modo, muestra los límites de la concepción funcionalista de la *cultura* como *cultura integrada* y, al mismo tiempo, cuestiona las tesis de la primacía de la ideología dominante o la hegemonía como elemento central de la explicación del comportamiento político. Frente a esto, se hará necesario insistir en la centralidad la arquitectura compleja del entramado social, la coexistencia de lógicas y “culturas” heterogéneas en los sectores

---

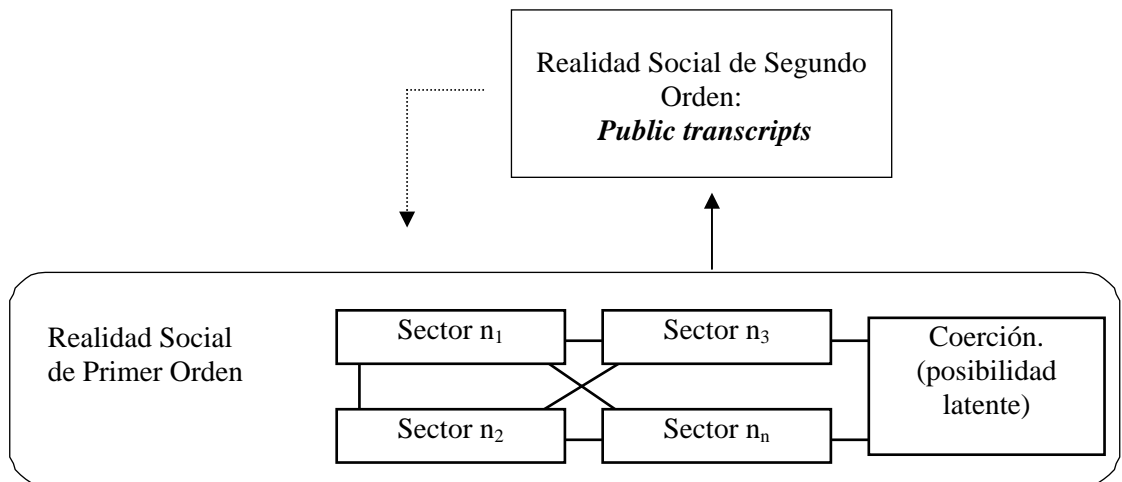
<sup>17</sup> La diferenciación entre realidades de primer y segundo orden está en el corazón de “El Capital” de Karl Marx y, especialmente, hace posible que se tome al pie de la letra el subtítulo de la obra: “crítica de la economía política”. Para Marx, el mundo de la mercancía, el que hace posible la existencia de una disciplina como la economía política, es un mundo relativamente consistente, pero que encuentra sus condiciones de posibilidad en un ámbito que le es externo, la acumulación originaria. Por ello, al señalar desde la primera frase del libro que “[e]n las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista, la riqueza *aparece como* una inmensa acumulación de mercancías” (subrayado nuestro) propone la mercancía como una “forma de aparición” de otra cosa, “la riqueza”. Que la riqueza pueda aparecer como tal mercancía y que esta aparición sea consistente [i.e., como realidad de segundo orden] depende de que en la sociedad “domine el modo de producción capitalista”, una dominación que, como dejan claro los dos últimos capítulos del libro I, implica un proceso de usurpación violenta de las condiciones de vida de una parte de la población y el mantenimiento de una estructura de coerción organizada [i.e., realidad de primer orden].

diferenciados y la necesidad de pensar las pautas de desestructuración de ese entramado para la configuración de *situaciones mórbidas* y la súbita aparición de comportamientos que, desde las hipótesis de la integración o la conformidad ideológica, aparecen como anómalos.

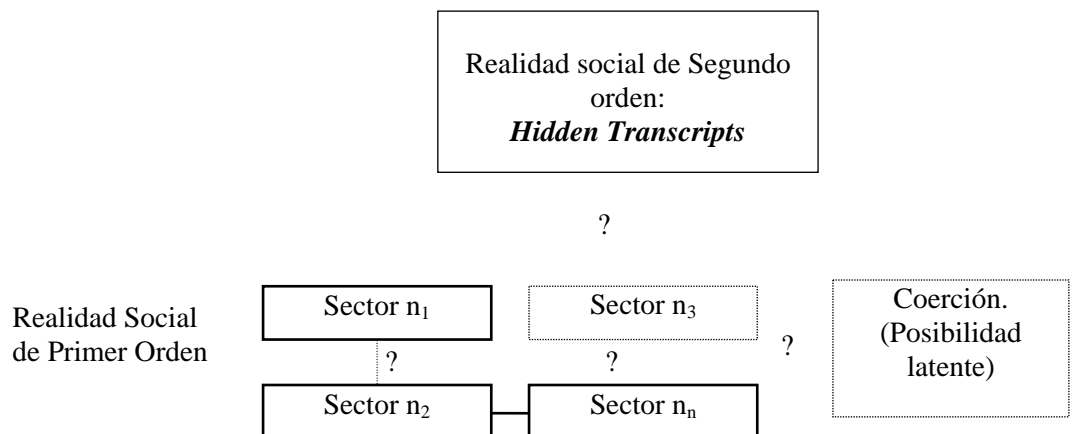
La terminología de Scott (*Hidden/Public*) parece dualizar las redes de significaciones, lo que quizá derive de su especialización en el análisis de sociedades poco diferenciadas. Sin embargo, su análisis pueden servir para fundamentar una concepción no esencialista de la cultura, de modo que ésta no aparezcan como un “reflejo” de algo más profundo, sino como parte de los juegos de definición de las situaciones, como resultado-en-proceso de la actividad de los actores que, en una sociedad compleja, hace coexistir “realidades múltiples”, en muchas ocasiones interdependientes y que se modifican en la interacción entre actores.

**Figura 1 Sistema social integrado, coerción y posibilidad de la realidad social de segundo orden**

(Las líneas continuas representan las transacciones colusivas)



**Figura 2 Desobjetivación de los sectores, crisis de las transacciones colusivas, hundimiento de la reserva de coerción.**





Como veremos en el Capítulo 3, cuando se debilita la reserva estatal de coerción, todos los actores sociales pueden ensayar nuevas acciones y poner a prueba su poder colectivo. Sin embargo, –y de esto trataremos en los Capítulos 4 y 5– lo que para unos significa una oportunidad para otros se presenta como una amenaza. Para quienes tienen algo que perder, o no cuentan con un marco de referencia que les permita avanzar, la incertidumbre se transforma en **inseguridad**. Sin los mecanismos de consolidación de la realidad social de “primer orden” o, en otras palabras, los *guardianes* que defienden la efectividad de *hecho* de las reclamaciones *de derecho* sobre determinados recursos, las realidades de segundo orden, como los contratos o los títulos de propiedad, pierden cualquier eficacia práctica. Así, esa inseguridad puede transformarse en una señal que coordine la acción colectiva a favor de una reintegración institucional en torno a unos u otros polos estructuradores –instituciones, valores, etc.– y, sea cual sea su forma (democrática o no), es normal que una importante coalición social apoye esa reintegración en tanto que mecanismo reductor de la incertidumbre. En esta movilización reactiva, análoga en muchos aspectos a la proactiva, es normal que también se pongan en marcha recursos culturales y cognitivos latentes (“*hidden transcripts*”) que en otras coyunturas permanecían inactivos o inconexos y se reformulen en nuevos marcos de comunicación de valores e identidades.

## Capítulo II

### El PREC: una crisis de Estado.

*Si mantener el orden es una política de derechas, todos los gobiernos del mundo, incluidos los de los países comunistas, son de derechas.*

Marcelo Caetano, 1973.

Como veíamos en el capítulo anterior, la coerción organizada es uno de los elementos que define más íntimamente la naturaleza del Estado. Además, veíamos cómo las pautas de su utilización efectiva constituían una de las dimensiones centrales de la Estructura de Oportunidades Políticas. Siguiendo esa línea de razonamiento, en este capítulo vamos a examinar el proceso político revolucionario portugués, el PREC, atendiendo a los avatares por los que pasaron los aparatos de Estado y particularmente, a las transformaciones en las capacidades y las formas de actuación de los instrumentos del monopolio estatal de la violencia.

Este relato servirá de base para mostrar, en los capítulos siguientes, como esas modificaciones estructuraron las posibilidades inéditas que fueron aprovechadas por los movimientos sociales. Pese a este orden expositivo general, las transformaciones sufridas por la configuración de los aparatos de Estado no serán tomadas como un mero dato, sino que se intentará hacer explícitos los mecanismos con los que pensar las pautas de su transformación. En este proceso fueron fundamentales las interacciones entre organizaciones estatales y movilizaciones sociales. Esta imbricación recíproca –los movimientos como causa y efecto de la desarticulación estatal– nos obligará a descomponer secuencialmente las interacciones entre movimientos y aparatos de Estado en un proceso de intercambios políticos entre entidades precarias –movimientos y sectores del aparato de Estado– que se consolidan paulatinamente mediante relaciones de reconocimiento y/o exclusión.

Este capítulo está dividido en dos partes; la primera avanza un rápido relato de los acontecimientos de los primeros meses del proceso revolucionario, permitiéndonos identificar, en la dimensión táctica de la actuación de diferentes actores colectivos, las tensiones entre los procesos de desarticulación y rearticulación de los aparatos de Estado que siguieron al golpe del 25 de Abril. En la segunda, se exploran con más detenimiento los diferentes mecanismos

que mantuvieron abierta la crisis de Estado al afectar la capacidad del Estado para garantizar el orden público. Por ello, prestaremos especial atención a lo sucedido con las policías y con las fuerzas armadas.

## **Derrocamiento del Régimen y Crisis de Estado**

El 25 de Abril de 1974, una coalición de capitanes derrocaba a la más antigua dictadura de la Europa occidental, el Estado Novo, en un golpe de estado incruento. Tras trece años de guerra colonial en tres frentes africanos, los capitanes reconocían que no había salida militar posible y que, ante la inmovilidad de la elite gubernativa, la solución política implicaba un cambio de régimen. En los días que siguieron al golpe, se desencadenó una movilización popular de vasta amplitud que dio vida a la imagen internacional de la “revolución de los claveles”, con los soldados aclamados en las calles y una expresión colectiva de alegría por la “liberación”.

La coalición putchista, que se presentó como Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA), era meramente militar y estaba formada por capitanes, en su mayoría del arma de tierra. Básicamente, el MFA puede ser pensado como una red emergente formada en los intersticios del entramado de la institución militar, pero capaz de movilizar tropas en la medida en que continúan funcionando las propiedades organizativas de la institución –i.e. sus soluciones al dilema de la acción colectiva. Aunque, en las semanas anteriores al golpe, el grupo más politizado en el seno del MFA hubiese conseguido que se aprobase un programa para el movimiento, todos los indicios apuntan a una baja homogeneidad ideológica en el seno del mismo. La cohesión interna del MFA era fundamentalmente corporativa y se articulaba sobre dos ejes que, si bien tuvieron importantes implicaciones políticas, estaban directamente vinculados a la institución militar (Sánchez Cervelló, 1993). Estos dos ejes eran:

1. La negativa a continuar la guerra colonial, que, tras 13 años, parecía muy difícil vencer.
2. La posición corporativa frente a las ventajas que el gobierno, para sostener el esfuerzo bélico, ofrecía a los oficiales milicianos, que podían adelantar fácilmente en el escalafón a los oficiales de carrera.

De facto, no hubo participación de civiles en el golpe ni, para el desarrollo de la operación golpista, los militares que sitiaban los centros de poder del gobierno contaron de antemano con cual sería la reacción de “la población”. En consecuencia, constituyó una sorpresa el apoyo que ésta les brindó (al menos, aquella parte que se aglomeraba junto a ellos y les animaba a asaltar los puntos fuertes de la dictadura).

La movilización iniciada por los capitanes se propagó rápidamente a diferentes sectores sociales. En cada uno de ellos, por motivos e intereses heterogéneos, o, mejor, bajo el efecto de secuencias causales independientes las unas de las otras, grupos sociales e individuos se vieron incitados a sumarse a la movilización, otorgándola nuevos significados y, por su entrada en la escena, otra trayectoria histórica<sup>18</sup>. Por una parte, la oposición democrática inició una actividad febril, creando comités a todos los niveles y movilizándolo a las poblaciones para organizar la sustitución provisional de las autoridades de la dictadura, así como el desmantelamiento de la policía política y de las milicias de vanguardia nacionalista, que fueron disueltas por la primera serie de decretos de la Junta de Salvación Nacional. Por otra, los partidos políticos iban emergiendo de la clandestinidad y se creaban otros nuevos, con decenas de nuevas siglas y una omnipresencia, en las zonas urbanas, de los símbolos y banderas del Partido Comunista (PCP) y de los diferentes partidos de la extrema izquierda. Al mismo tiempo, los militantes sindicales venidos de la clandestinidad se hacían cargo de los sindicatos corporativos (Barreto, J. 1990b) en todos los centros industriales importantes, aunque sin lograr controlar un movimiento en el cual, en cientos de empresas, se elegían comisiones de trabajadores para exigir mejoras en las condiciones de trabajo (Hammond, 1988). Las huelgas –que se sucedían en *crescendo* desde octubre de 1973–, aumentaban vertiginosamente, sin hacer caso a las consignas moderadoras de los sindicatos o del propio PCP, que temían que los desórdenes en la esfera laboral pudiesen provocar un movimiento reaccionario. El movimiento obrero, como movimiento *real*<sup>19</sup>, mostraba una gran sensibilidad a la oportunidad que le ofrecía la incertidumbre en la arena política, consiguiendo conquistar mejoras salariales sustanciales (Santos et alii. 1976; Durán, 1997). Por otra parte, en los barrios chabolistas y degradados, cientos de familias se lanzaban a ocupar casas y surgían las primeras formas de organización local, comisiones de barrio que coordinaban la acción reivindicativa (Downs, 1988; Rodrigues, 1999; además, ver *infra*. cap. 3). En las regiones menos industrializadas del centro y norte –caracterizadas por una menor diferenciación social– la prensa local nos informa de asambleas y formación de comisiones sindicales en casi todos los sectores diferenciados: hospitales, banca, función pública y escuelas. Así, en fábricas, barrios, escuelas, administraciones, cuarteles, parroquias [*freguesias*], un poco por todas partes, se convocan asambleas, se redactan manifiestos, se eligen comités, se reivindica,

---

<sup>18</sup> Esta larga frase parafrasea a Dobry (1983), que es, a nuestro juicio, quien mejor caracteriza el carácter disperso de las movilizaciones multisectoriales.

<sup>19</sup> Para una distinción entre el movimiento real y el organizado, ver Cabral (1977).

se grita, se pintan los muros...<sup>20</sup> Portugal, tradicionalmente asociado por la Ciencia Política a una cultura política poco participativa (Wiarda, 1979, Braga da Cruz, 1995), se transforma, en palabras del cineasta Sérgio Trefaut (1999) en “otro país”.

Mientras tanto, los capitanes presentaban su programa, que, a grandes rasgos, se aproximaba mucho de las reivindicaciones de la Oposición Democrática a la dictadura: descolonización, democratización y desarrollo. El desarrollo, el punto para el cual los medios son menos consensuales dentro de la oposición democrática, contenía una referencia al combate contra “los monopolios”: los grandes grupos empresariales que se habían consolidado bajo el ala de la política de ordenamiento industrial de la dictadura. Por último, el programa del MFA establecía que el poder iba a ser entregado a un gobierno civil y que se celebrarían elecciones en el plazo máximo de un año.

### ***¿Reintegración institucional, o ruptura con el pasado?***

Una vez comprobada la fácil victoria del golpe, pues fueron pocas las fuerzas que defendieron activamente a la dictadura<sup>21</sup>, se intentó suturar la brecha institucional en la cadena de mando militar y permitir a Marcelo Caetano, el jefe de gobierno depuesto, un traspaso de poderes que no dejase entrever una fractura del Estado. Por ello, el MFA invitó a un general de la más alta graduación a asumir Jefatura de Estado: el General António de Spínola. Éste presentó su Junta de Salvación Nacional, un órgano con poderes constitucionales provisionales en el que se retrata una voluntad políticamente rupturista (casi todos sus miembros habían tomado posición pública contra las opciones políticas del régimen depuesto, en especial en política colonial) pero institucionalmente continuista (eran generales de las tres armas, aunque no siempre los de más rango, pues éstos fueron purgados por sus complicidades políticas con el régimen depuesto)<sup>22</sup>. Su crítica a la política colonial del Estado Novo no se traducía en un compromiso con la independencia de las colonias –y sobre todo, no con la entrega del poder a uno u otro “Movimiento de Liberación”, sino con la negociación de formas que permitiesen su autodeterminación y, eventualmente, la creación de algún tipo de vínculo federal.

---

<sup>20</sup> Para una recogida abrumadora de las movilizaciones en los diferentes sectores sociales durante el mes de mayo de 1974 véase Abril em Maio (2001).

<sup>21</sup> Los oficiales que iniciaron el contragolpe no fueron secundados por sus subordinados jerárquicos. La policía política –la DGS, nueva denominación de la PIDE– resistió activamente, provocando algunos muertos civiles, pero parece que no tanto para defender al gobierno, como para evitar el linchamiento en manos de las multitudes se aglomeraron junto a sus oficinas y poder negociar su rendición ante el MFA.

<sup>22</sup> El escalón superior del ejército sufrió una dura purga con el inmediato paso a la reserva de casi todos los generales. Sobre las purgas [saneamento] y la gestión del legado del autoritarismo, ver Pinto

El golpe de Estado del 25 de Abril supuso una ruptura en la coordinación y jerarquía de las organizaciones estatales, pero su objetivo básico (y tautológico) consistía en establecer una nueva “integración institucional” (Stinchcombe, 1968). Como señala Costa Pinto (1995), “otras transiciones con ruptura no produjeron crisis de estado comparables”. La ruptura inicial tuvo un papel importante en la desintegración estatal, pero se debe atender a los mecanismos que perpetuaron la crisis de Estado.

A partir del golpe se encadenaron una serie de procesos que, sin proponérselo, bloquearon la recomposición integrada del conglomerado estatal. El intento inicial de reintegración fue conducido por la Junta de Salvación Nacional, que, en sus primeros decretos, declaraba la extinción de la policía política (PIDE/DGS<sup>23</sup>), de las instituciones corporativas y de encuadramiento político del régimen depuesto (*Legião Portuguesa, Mocidade Portuguesa y Mocidade Feminina*), así como el *saneamento* (la depuración) de los responsables políticos y administrativos de alto nivel, en una ley de carácter general en la que sólo quedaban protegidos los jueces<sup>24</sup>.

Sin embargo, mientras se iba negociando una arquitectura institucional provisional, las movilizaciones iban modificando el escenario político, acelerando el proceso y otorgándole nuevos significados. Así, mientras se recrudecía la movilización obrera y estudiantil, la oposición democrática se lanzaba a tomar las riendas del poder civil, buscando consolidar la ruptura y asegurarse su papel en la conducción del cambio político. Por una parte con la negociación de su entrada en el gobierno provisional, por otra, mediante un movimiento de sustitución de la densa red de autoridades políticas y administrativas municipales y de distrito (alcaldes, gobernadores civiles, dirigentes de las corporaciones, etc). De la información recopilada en una muestra de distritos y de las evaluaciones de antiguos militantes del MDP, se puede colegir que el movimiento de sustitución de responsables políticos llegó a todas las capitales de distrito y a una mayoría del resto de municipios<sup>25</sup>.

---

(1998).

<sup>23</sup> La PIDE (Policía Internacional de defensa del Estado), policía política del salazarismo, fue rebautizada como DGS (Dirección General de Seguridad) por el gobierno de Marcelo Caetano. Esto no significó un cambio en sus pautas de actuación, aunque sí, como reflejan los presupuestos generales del Estado, un aumento neto de efectivos.

<sup>24</sup> DL 277/74 de 19 de junio de 1974.

<sup>25</sup> Para los ayuntamientos, el proceso más habitual consistía en la realización de reuniones de las comisiones de la oposición democrática en las que se decidía una lista de componentes para la Comisión Administrativa que, hasta las futuras elecciones, iría a regir el consistorio. A continuación, se convocaba una asamblea abierta a toda la población en la que se pedía la presencia de algún delegado del MFA, y en esa reunión se presentaba la lista y se plebiscitaba, normalmente a brazo alzado o por

### *Una nueva arquitectura institucional*

A mediados de mayo, tomaba posesión el primer gobierno provisional, comprometido a llevar adelante el programa del MFA: negociar un alto el fuego en las colonias, legislar las normas para un ejercicio ordenado de los derechos de reunión y expresión y organizar la celebración de elecciones constituyentes antes de un año. Como primer ministro, Spínola escogió al civil Palma Carlos, un profesor liberal que se había desmarcado públicamente del régimen depuesto. Para formar gobierno, éste tomó en cuenta a los partidos políticos e intentó formar un gobierno de unidad nacional en el que estuviese presente el abanico típico de partidos en las democracias del sur de Europa. Al final, los partidos presentes fueron el Partido Comunista Portugués (PCP), el Partido Socialista (PS), el recién creado Partido Popular Democrático (PPD) y el Movimiento Democrático Portugués (MDP) (ver Cuadro 1), aunque este último fuese una estructura frentista en la que participaban los tres partidos anteriores<sup>26</sup>. Los cuatro partidos, con pesos diferentes, formaron la coalición antifascista que participó en los diferentes gobiernos provisionales, aunque, a partir del segundo, tuvo que compartir muchas carteras ministeriales con militares del MFA.

El esquema institucional se complementó con la creación de un Consejo de Estado al que se dotó de poderes constituyentes provisionales, de fiscalización del gobierno y la administración y de apreciación de la constitucionalidad de cualquier norma jurídica proveniente del Estado Novo o de nueva elaboración (Lei nº3/74). En él, por tercios, se sentaba la JSN (Incluyendo a Spínola y el nuevo Jefe de Estado Mayor, Costa Gomes), siete delegados del MFA y siete personalidades civiles y militares escogidas por el Presidente de la República.

---

aclamación. La ocupación de las instituciones locales preocupó especialmente a los efímeros partidos de derecha que pretendían reagrupar a las élites locales de la dictadura. Por ello, en sus comunicados nos ofrecen descripciones poco laudatorias de los procedimientos utilizados: “auténticos asaltos a las corporaciones locales por elementos que se autoproclaman representantes del pueblo, con acta o sin acta, con incendio o sin incendio de documentos (...)” (Citado en Ruas v.2 p110) y de sus tentativas de cimentar su legitimidad: “promueven en una sala, o hasta en la calle, reuniones de sus partidarios a las que invitan al resto de munícipes (...) de los que sólo *una pequeña parte* asiste a la reunión(...)” (*idem* p. 111). Durante el mes de mayo fueron reconocidas las comisiones administrativas del MDP para muchas capitales de distrito –un MDP “independiente” para Lisboa y Setúbal, un PPD para Oporto, un PS para Faro– pero rápidamente Spínola paralizó el proceso pues temía “que el poder local fuese ofrecido al Partido Comunista y al MDP” (Spínola, 1976). Por ello, casi todas las comisiones administrativas municipales se mantuvieron sin reconocimiento hasta después de octubre, cuando se hubo nombrado un gobernador civil.

<sup>26</sup>El PPD, recién creado con las figuras de la oposición liberal a la dictadura –un grupo liderado por Sá Carneiro que entre 1969 y 1971 había confiado en la capacidad de Marcelo Caetano para liberalizar el régimen sin rupturas–, se sumó inicialmente al MDP aunque no hubiese participado en las plataformas “unitarias” de la oposición. El unitarismo suprapartidario formal del MDP duró de mayo a septiembre de 1974, cuando éste se transformó en partido.

## Cuadro 1 Partidos Políticos

**Partido Socialista (PS).** Partido creado en 1973 con militantes de la oposición democrática y republicana. Afiliado a la Internacional Socialista. Programa radical de construcción del socialismo pero subordinado al respeto escrupuloso de las libertades democráticas, en especial la libertad de prensa. Líderes más conocidos: Mário Soares, Salgado Zenha, Lopes Cardoso, Sottomayor Cardia.

**Partido Popular Democrático (PPD).** Partido fundado por los líderes del “Ala Liberal” de la Asamblea Nacional que en 1969 confiaron en la liberalización anunciada por Marcelo Caetano tras suceder a Salazar. Dimitieron al comprobar que sus expectativas no se cumplían. Tras el 25 de Abril se define “socialdemócrata” y “socialista no marxista”; disputó al PS su afiliación en la IS y se consolidó como el principal partido de la mitad norte de Portugal. Sus principales líderes fueron Sá Carneiro y Emídio Guerreiro.

**Partido Comunista Portugués (PCP).** Principal partido de la oposición a la dictadura. Moderado en los primeros meses tras el 25 de Abril, su estrategia pasa por utilizar su coordinación organizativa para colonizar instituciones estatales, sindicatos y asociaciones. Se va radicalizando con la presión de los movimientos sociales y la extrema izquierda y con las oportunidades de avanzar que le ofrecen los militares radicales, llegando, en 1975, a abrazar una estrategia rupturista en colisión con la legitimidad electoral de la Asamblea Constituyente. Secretario general: Álvaro Cunhal.

**Centro Democrático y Social (CDS)** Partido “humanista cristiano” con lazos internacionales con los conservadores británicos, los republicanos conservadores de Giscard d’Estaing y la Internacional de las Democracias Cristianas. No participó en los gobiernos provisionales u acabó consolidándose como el más a la derecha del arco parlamentario. Líderes: Diogo Freitas do Amaral y Amaro da Costa.

**Movimiento Democrático Portugués (MDP) (MDP/CDE).** Organización heredera del movimiento unitario de la oposición democrática a la dictadura. Se transformó en Partido en octubre de 1974, lo que forzó la salida del movimiento de los otros partidos constituidos. El PCP mantuvo militantes suyos en la organización y ésta actuó claramente aliada con él. Tuvo especial influencia por su papel en la sustitución de autoridades locales y por sus buenas relaciones con los militares revolucionarios, que apreciaban su retórica “unitaria”. Formó parte del FUR (*vid. infra*).

**Unión Democrática Popular (UDP)** Frente electoral de varios grupos maoístas unificados posteriormente en el PCP (R). Tuvo influencia en el COPCON, en la Policía Militar y en las comisiones de moradores.

**Movimiento de Izquierda [esquerda] Socialista (MES).** Partido marxista con vínculos con las organizaciones de la izquierda católica en el que militaron numerosos intelectuales. De él salieron varios civiles que actuaron como consejeros de militares destacados del MFA, los ex-MES. Fue uno de los partidos participantes en el Frente de Unidad Revolucionaria (FUR, ver *infra*).

**Frente Socialista Popular (FSP).** Escisión de la izquierda del Partido Socialista y partidaria de un compromiso revolucionario más próximo al del PCP o el MDP. No consiguió transformar en respaldo electoral el importante número de militantes que salieron en la escisión. Formó parte del FUR.

**Movimiento Reorganizativo del Partido del Proletariado (MRPP)** Movimiento maoísta, quizá el más activo en 1974. Su línea “leninista” (“ningún apoyo al gobierno provisional”) y, especialmente, de combate al PCP –el principal enemigo era identificado como el “socialfascismo”– le hizo entrar en conflicto con el MFA y ser ilegalizado.

**Partido Revolucionario del Proletariado (PRP) (PRP/BR).** Partido marxista sin adscripciones internacionales nacido de las Brigadas Revolucionarias, una organización clandestina armada que había combatido contra la dictadura desde 1971. Con importantes aliados en el COPCON, promovió el armamento de los trabajadores desde una perspectiva unitaria y la organización autónoma de los soldados. Formó parte del FUR.

**Frente de Unidad Revolucionaria (FUR):** Alianza política de varios partidos de la izquierda y la extrema izquierda formada durante el verano de 1975 en cuya formación destacaron varios militares del sector radical del MFA. Participaron el MDP, el PRP, el MES, los trotskistas de la LCI y la LUAR, una organización armada dedicada al trabajo político de base. El FUR fue el principal responsable de



organizaciones como los SUV (“Soldados Unidos Vencerán”), unas comisiones clandestinas de soldados que ganaron protagonismo durante los meses anteriores al 25 de Novembro y que parecían amenazar con la desintegración definitiva de las Fuerzas Armadas.

**Partido Demócrata Cristiano** (PDC). Partido de derechas que se fue aproximando al CDS, con quien preparó candidaturas conjuntas, pero que fue ilegalizado por su participación en el golpe del 11 de marzo de 1975.

Otros partidos efímeros de la derecha, como el Partido Liberal (PL), el Partido Federalista Portugués (PFP) o el Partido Social Demócrata Independiente (PSDI), apoyaron a Spínola contra el MFA, desapareciendo tras el golpe del 28 de septiembre de 1974.

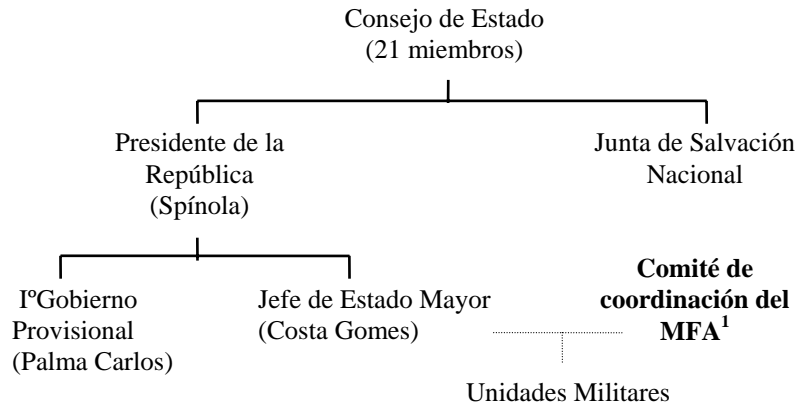
El golpe de estado de los capitanes había tenido éxito como Revolución *Política*, como traspaso de poderes de una coalición elitista a otra<sup>27</sup>. Casi inmediatamente, el Sistema Internacional de Estados había reconocido la legitimidad de la JSN y del Gobierno Provisional como cabezas de la República Portuguesa. El Gobierno Provisional ‘antifascista’ formado no hacía presagiar una salida clara al proceso, pero por entonces, atendiendo a los discursos políticos expresos, podría preverse que, a falta de contragolpe reaccionario, se caminaría hacia una democracia occidental con preocupaciones sociales, de tinte parlamentario, como preferían el PS y el PCP, o presidencialista, como parecía preferir el general Spínola. Además, los gobiernos de la CE, la EFTA y Estados Unidos apostaron fuerte por la democratización, con dinero y visitas de apoyo de los dignatarios destacados<sup>28</sup>; la URSS, por su parte, apoyó técnica y económicamente al PCP, pero subordinando sus apuestas a los juegos de equilibrio geopolítico europeos y africanos (Telo, 1999). Muy pronto, la crisis colonial enfrentó a Spínola, apoyado por algunos grandes grupos empresariales, contra el MFA y los partidos; los primeros no renunciaban a dirigir desde el poder el proceso de descolonización ni a proponer un tipo de asociación federal con las antiguas colonias, mientras los segundos consideraban que la única salida política, militar y económicamente viable era el rápido reconocimiento de la independencia de Angola, Guinea-Bissau, Mozambique y Cabo Verde.

---

<sup>27</sup> Como me ha señalado el profesor Villaverde Cabral, la conquista del aparato de estado por parte de nuevas coaliciones de elites en Portugal siempre ha sido seguida de su fragmentación. Así sucedió con los liberales en la década de 1830, que inauguró la “guerra de todos contra todos”, y con los republicanos tras su victoria de 1910.

<sup>28</sup> Einfeld (1985) ha señalado la experiencia portuguesa como pionera en la práctica, a partir de entonces frecuente, del apoyo de fundaciones partidistas extranjeras a la consolidación de un sistema de partidos en las democracias emergentes.

**Figura 3 Primer esquema jerárquico organizado después del golpe**



<sup>1</sup> El MFA, después de reconocer a la Junta de Salvación Nacional y nombrar 1/3 de los representantes en el Consejo de Estado, se debería haber disuelto. Al no hacerlo, prolongó la crisis de estado.

Además, pese al traspaso formal de poderes, el sector politizado de los capitanes del MFA se resistía a ceder *su* revolución a otras instancias institucionales, por lo que mantenía en funcionamiento las estructuras de coordinación conspirativa y se prepara para custodiar el cumplimiento de su programa (Sánchez Cervelló, 1993). Con su negativa a ceder el poder conquistado, el MFA abre el camino a la perpetuación de la crisis de Estado<sup>29</sup>. Como había descalabrado la jerarquía militar y los procedimientos ordinarios de legitimación de su actividad, el MFA se amparó en la movilización popular que les vitoreaba junto a los cuarteles como referente de legitimidad, sellando, desde el 1º de mayo, “los términos de un nuevo contrato político entre el MFA y la movilización popular” (Medeiros Ferreira, 1992: 33).

**A partir de entonces, con el enquistamiento del MFA en las estructuras del Estado, se verificó que la crisis política provocada por el golpe no iba a ser suturada. Las lealtades faccionales, partidistas o, a veces, meramente tácticas, sustituían a las formales tanto en el ejército como en la administración.** En cada unidad militar, a la línea de mando formal, se

<sup>29</sup> De este modo, el MFA se instituía como un poder paralelo que contaba con la lealtad de buena parte de las unidades militares operativas. Aunque su mando formal estuviese en manos de oficiales de más alta graduación que los capitanes del MFA, éstos, en directo comando de las tropas, mantenían la capacidad operativa y eran apoyados tácitamente por el General Costa Gomes, nuevo Jefe del Estado Mayor y futuro sustituto de Spínola en la Presidencia de la República. (*vide* Rodrigues, Borga y

superponía otra liderada por los representantes o delegados del MFA en esa unidad, que solían ser de menor graduación que los comandantes formales. Del mismo modo, a las autoridades civiles, dependientes del gobierno, se fueron superponiendo autoridades militares del MFA que, desde los comandos de las Regiones Militares, desde las Unidades o desde las nuevas estructuras de coordinación militar (COPCON) o de “acción cívica” (Vª División), se transformaron en los referentes administrativos ante los cuales acudían las poblaciones movilizadas. Por ello, para legitimar este descalabro, el MFA fue proponiendo modos de reestructuración de las fuerzas armadas.

En un primer momento, la democracia interna apareció como una alternativa a la jerarquía, por lo que se establecieron mecanismos electorales para escoger “consejos de armas” (por especialidades: caballería, infantería, ingeniería...etc.) en los que los representantes de los oficiales pudiesen determinar democráticamente las promociones militares y las purgas. Sin embargo, las elecciones a estos consejos de armas, como estaban abiertas a todos los oficiales –al contrario que la asamblea plenaria del movimiento– demostraban el carácter de minoría organizada que siempre tuvo el MFA dentro del cuerpo de oficiales. Las elecciones internas de febrero y marzo de 1975 dieron una clara mayoría a los oficiales spinolistas y fueron anuladas por el MFA en la explotación de la victoria que siguió al 11 de marzo de 1975. Ante su patente carácter minoritario, el MFA hubo de buscar el control de las unidades por medio de una alianza con los sargentos y la tropa. Así, a partir de octubre de 1974 se decretó, por una parte, la creación de Asambleas de Unidad (ADU), en las cuales se sentarían representantes de cada una de las tres “clases” militares para discutir con los mandos cuestiones de disciplina y de orientación de la vida en los cuarteles y, por otra, Grupos de Dinamización de las Unidades (GDUs) también electivos, dedicados a la promoción del espíritu del MFA entre los militares por medio de sesiones de propaganda.

**Cuadro 2 Cronología sucinta del Proceso Revolucionario**

<i>Fecha</i>	<i>Acontecimiento</i>	<i>Consecuencias</i>
<b>25 de Abril 1974</b>	Golpe de Estado de los capitanes	Movilización popular. Sustitución de autoridades. PS, PPD, PCP y MDP en el Gobierno Provisional (I°GP)
<b>15 de julio 1974</b>	Palma Carlos fracasa al intentar reforzar el poder de Spínola.	(II° GP) Spínola acepta negociar la independencia de las colonias con los Movimientos de Liberación
<b>28 de septiembre 1974</b>	Spínola es apartado.	(III°GP) MFA asume protagonismo político. Progresiva radicalización
<b>11 de marzo 1975</b>	Intento fallado de Golpe de Estado spinolista.	MFA radical gana posiciones (IV° GP). Nacionalizaciones. Los partidos aceptan la tutela del MFA sobre la constitución. Movilizaciones populares.
<b>25 de Abril 1975</b>	Elecciones constituyentes. Vencen el PS y el PPD	Los radicales del MFA desvalorizan los resultados.
<b>8 de julio 1975</b>	El MFA aprueba un proyecto político radical.	PS y PPD pasan a la oposición (V°GP). División del MFA. Movilización anticomunista en todo el norte de Portugal.
<b>5 de septiembre 1975</b>	Los moderados del MFA vencen en la Asamblea de Tancos	PS y PPD vuelven al gobierno (VI° GP). Intento de reforzar poderes. Alianza extrema izquierda, PCP, sindicatos: politización de los movimientos sociales.
<b>25 de noviembre 1975</b>	Proceso golpista	Se desmoviliza a los militares radicales. El VI° GP afianza su autoridad. Fin de las Movilizaciones
<b>2 de abril de 1976</b>	La Constitución es aprobada.	Inicio del periodo democrático.

El Estado portugués dejó así de resolver su “dilema de acción colectiva”. Por una parte, el poder formal dejaba de significar capacidad para llevar adelante una política o ejecutar una decisión, sino que implicaba la negociación con variados poderes fácticos en un escenario de incertidumbre<sup>30</sup>. Por otra, en innumerables ocasiones, las fuerzas encargadas de oficio en el

---

<sup>30</sup> Como ejemplo tardío, pero muy explícito, señalaremos la satisfacción con la que Pinheiro de Azevedo, entonces primer ministro, relata al *Conselho da Revolução* que los “camaradas de la Policía Militar”, que anteriormente se habían negado a liberarle del “secuestro” reivindicativo al que le había sometido una manifestación de la Asociación de Deficientes de las Fuerzas Armadas, le habían “prometido que ejercerían toda su influencia para desmovilizar las acciones (de la ADF) *siempre que el Consejo de Ministros aprobase rápidamente un decreto* satisfaciendo algunas de las reivindicaciones más justas y urgentes” (cursiva nuestra). A continuación anunciaba que el decreto estaba siendo elaborado (ACR, Actas, Vol 1, 02 Oct. 1975).

mantenimiento de la legalidad –las policías– vieron como su autoridad se desvanecía ante los colectivos movilizados que se embarcaban en prácticas ilegales. Esto hace que sea importante analizar qué sucedió con las fuerzas de orden público: por qué perdieron su capacidad disuasiva, por qué dejaron de responder a las órdenes del centro político y cómo cambiaron sus pautas de acción. Estas transformaciones marcaron el carácter crítico del proceso, conformando uno de los elementos principales de la estructura de oportunidades políticas ante la que fueron evolucionando las movilizaciones populares. Al desaparecer la certidumbre de la sanción organizada, además, se abrió la oportunidad para la transgresión colectiva, es decir, para actuaciones que no reconocían la validez de los derechos de propiedad y que, en ocasiones, violaban la libertad o la integridad de los oponentes.

### **Coerción, incertidumbre y confraternización.**

En la primera parte de este capítulo, hemos esbozado una narración de las cadenas de acontecimientos ocurridas en diferentes ámbitos y hemos señalado cómo ganaron cuerpo tensiones entre los procesos de reintegración institucional y los de prolongación de la crisis de Estado propia de todo episodio golpista. A continuación, vamos a analizar los mecanismos que operaron en la coyuntura crítica y que, por afectar a las policías, dejaron sin autoridad a los gobiernos provisionales: la interrupción del flujo de transacciones colusivas entre sectores estatales, la dessectorialización coyuntural del espacio social y la consiguiente emergencia de un sistema de estigmas como coordinador de expectativas en un escenario de incertidumbre.

#### ***Las policías en la revolución***

El propio día 25 de Abril, el MFA tomaba a las policías como sus principales adversarios potenciales<sup>31</sup>. En un primer momento, la policía de choque tomó posiciones en Lisboa, pero pronto comprobó que no tenía posibilidades en un enfrentamiento directo con las fuerzas armadas. Por miedo, convicción o, como suele suceder en los golpes de Estado, por

---

<sup>31</sup> El sistema policial portugués contaba con varias policías con mando autónomo, la Guardia Nacional Republicana (GNR) – de foro militar y patrulla rural– la Policía de Seguridad Pública (PSP) –de foro civil y patrulla urbana. Aparte estaba una guardia fiscal y la policía política, la PIDE (*vide* nota 23). Los primeros comunicados del MFA advertían que “será considerado un delito grave la oposición de las fuerzas policiales a las unidades que cercan la ciudad de Lisboa (...) deberán por ello permanecer en sus cuarteles hasta recibir órdenes del Movimiento (...)”.

“atentismo”<sup>32</sup>, no hubo resistencia policial y, como señalaba el semanario *Expresso*, “un hecho sobresalía: quizá nunca se había notado una tan grande ausencia de agentes de la PSP en las calles”. En consecuencia, grupos tumultuosos pudieron tomar parte y acelerar el desmantelamiento de instituciones de la dictadura depuesta (censura, PIDE-DGS, ANP, LP) y, por otra, algunos “individuos asaltaron tiendas, en especial supermercados” y otros “no dejaron entera ni una chapa de vidrio de los bancos de la *Baixa* (zona céntrica) de Lisboa” (DN 26-IV-74). La ausencia de la policía fue inmediatamente percibida por los primeros grupos e individuos que se movilizaron y su permanencia fue un factor fundamental para que las movilizaciones se multiplicasen, cuajasen y, como señala Durán Muñoz (1997), adoptasen repertorios transgresores de acción colectiva durante todo el proceso revolucionario.

En el programa del MFA se hacía referencia a la necesidad de “reorganizar y depurar las Fuerzas Armadas y Militarizadas, GNR, PSP, Guardia Fiscal, etc.” Después de sustituir a los mandos de las policías por militares afectos a la Junta de Salvación Nacional, la reorganización policial comenzaba con la disolución, anunciada el 13 de mayo, del cuerpo de policía especializado en la gestión de desórdenes públicos: la “policía de choque”<sup>33</sup>.

Por ello, una forma provocativa de analizar la explosión de movilizaciones sociales que se sigue al golpe de 25 de Abril, puede consistir en tomar **el desmantelamiento del cuerpo de policía antidisturbios como la decisión que mejor condensa las características y efectos del proceso revolucionario**. Por una parte, este desmantelamiento formaba parte de las medidas materiales y simbólicas de ruptura con el régimen anterior. **Sin embargo, mientras que acabar con las milicias de encuadramiento o con la policía política (PIDE-DGS) se correspondía con la eliminación de cuerpos que serían extraños en un régimen democrático, deshacerse del único cuerpo policial especializado en el control de multitudes significó retirar al gobierno un instrumento de gobernación esencial –el que le permite recurrir a la escalada de violencia organizada con pocos riesgos de provocar víctimas mortales<sup>34</sup>. Además, al verse obligado a recurrir al ejército en misiones de**

---

<sup>32</sup> ver nota 16

<sup>33</sup> La denominación oficial era *Companhía Móvel da PSP*. El desmantelamiento de este cuerpo policial fue anunciado el 15 de mayo de 1974 y ratificado por el despacho [*portaria*] n° 413/74, en el que se coloca a su personal como refuerzo ordinario de la PSP de Lisboa.

<sup>34</sup> En marzo de 1976, cuando se creó el Cuerpo de Intervención, la nueva unidad antidisturbios, se reintegró a buena parte de los antiguos “policías de choque”. El criterio fue pragmático y primaron sus competencias profesionales sobre los criterios políticos anteriores (“estaban bien entrenados”, me declaró el Coronel Costa Brás).

**orden público, favoreció el trato de los militares con la población civil y favoreció las condiciones para la indisciplina militar que marcó la indeterminación del proceso.**

Qué sea mantener el orden público es, sin duda, una cuestión sometida a variados criterios ideológicos y políticos, de modo que, históricamente, en las democracias occidentales, un amplio repertorio de acciones colectivas inicialmente consideradas disruptivas, terminaron consolidándose como formas aceptables de expresión de anhelos o exigencias. Así, Amitai Etzioni podía referirse en 1970 a los Estados Unidos como una “democracia manifestante” o, Rafael Cruz (2000), vincular la consolidación de la democratización con la institucionalización del “derecho a reclamar derechos”.

En Portugal, como en otros países sometidos regímenes autoritarios, el orden público había sido una de las cuestiones obsesivas del régimen. En cierto modo, la ausencia de mecanismos para la expresión del descontento político –o meramente económico–, había convertido a las manifestaciones y huelgas en expresiones de un desafío global al régimen. En ese contexto, no había manifestaciones legales de la oposición o del movimiento obrero, por lo que, cuando se producían, acababan con la intervención de la *policía de choque*. Para ello, ésta recurría a medios contundentes pero raramente mortíferos, como los bastones, los botes de humo o los cañones de agua<sup>35</sup>. En la relación de los manifestantes con el *Estado Novo*, lo particularmente temible no era el choque de masas con la policía antidisturbios (similar al que se producía entonces en las democracias consolidadas cuando los manifestantes incurrían en ilegalidades), sino la detención por la policía política, que también acudía a las manifestaciones .

Como observadores exteriores y tomando como referente comparativo las pautas de gestión del orden público de las democracias occidentales de entonces, podemos plantear que, tras el 25 de Abril, con la legalización de la huelga, la reunión y la manifestación, hubiese bastado con que se modificasen las pautas de utilización de los cuerpos antidisturbios. Frente a la movilización represiva, habría de primar la preventiva, es decir, la que limita su acción a la presencia de un dispositivo que sólo actúa en el caso en que los participantes en una

---

<sup>35</sup> Nancy Bermeo, en su estudio de 1986 sobre los conflictos sociales en el campo latifundista portugués, señala la continuidad de la acción represiva del Estado recordando la muerte en enfrentamientos con la GNR de la jornalera Catarina Eufémia, en 1954, y de António Casquinha y João Caravela en la defensa de una cooperativa agrícola en 1979. Sin embargo, en el Portugal continental, las cifras de muertos por la represión de desórdenes públicos parecen muy inferiores a las cifras italianas que maneja Donatella Della Porta que afirma que “durante los años 40 y 50, murieron más de 100 manifestantes víctimas de cargas policiales en las que se utilizaban armas de fuego”. Tampoco se produjeron masacres como la francesa de 17 de octubre de 1961, cuando en París murieron más de 170 manifestantes partidarios del FNL argelino y desaparecieron unos 60 (Fillieule, 1997) ni, en otra escala, como las sucedidas en Vitoria o Pamplona durante la transición española.

movilización se impliquen en acciones ilegales. Este cambio supondría el abandono de unas pautas de acción, pero no una innovación, pues este tipo de movilización ya era practicada cuando se trataba de mantener un dispositivo que, por ejemplo, previniese los disturbios que a menudo seguían a los partidos de fútbol<sup>36</sup>.

En cierto modo, se puede observar una falta de claridad, por parte de las nuevas elites políticas, en la identificación de qué comportamientos coercitivos del *Estado Novo* se correspondían con la naturaleza autoritaria del régimen y cuales podían, simplemente, ser identificados como instrumentos del monopolio estatal de la violencia. Sin embargo, no consideramos que esa confusión derivase tanto de factores subjetivos (de la inexperiencia de las nuevas elites) cuanto de las **propiedades objetivas** de la “fluidez de las crisis políticas”, en especial, la “desectorialización coyuntural del espacio social” (Dobry, 1988: 124).

Siguiendo a Luhmann (1982) hay que señalar que una propiedad fundamental de las fronteras entre los sectores diferenciados de una sociedad se encuentra en que “se evita que operaciones en el interior de un subsistema produzcan problemas irresolubles en el interior de otros subsistemas”. En un cuerpo policial o militar, sus miembros se especializan en comportamientos que no serían admisibles en otros espacios de interacción. La desectorialización abate esas fronteras y compromete los protocolos fácticos de respeto de la autonomía que compatibilizan las lógicas de sentido propias de cada subsistema.

Como alternativa precaria para la gestión de la complejidad, en la coyuntura crítica portuguesa tendieron a simplificarse los puntos de referencia y, frente a los criterios formales y estancos con los que se juzga la pertinencia del desempeño de un rol en cada esfera diferenciada, emergió un **sistema de estigmas** dotado de una eficacia tendencialmente universal. Con polos simples y abstractos como ‘fascista’ o ‘demócrata’, el sistema de estigmas simplificó el abanico de las identidades posibles, orientando y coordinando las expectativas –y con ello la acción colectiva– en los más variados sectores del sistema social. La dinámica de la crisis, al desobjetivar los sectores y organizaciones, tendió a imponer una sola identidad legítima (‘demócrata’), frente a la pluralidad de roles permitida por un espacio sectorializado (‘buen profesional’, etc.) y la rutinaria aceptación de su autonomía. Además de pesar sobre a las policías, este proceso de desectorialización llegó incluso a afectar a subsistemas diferenciados básicos como la familia, siendo la matriz objetiva de otras situaciones comunes en el periodo,

---

<sup>36</sup> En una búsqueda no sistemática en el archivo del ministerio de Administración Interna, aún sin clasificar para las décadas de 1960 y 1980, aparecen repetidos informes sobre desórdenes en partidos de fútbol.



como la enemistad política en el seno de las relaciones familiares y personales o las depuraciones de “fascistas” en empresas, escuelas, administraciones, asociaciones, etc.

Una vez disuelta la policía de choque, dejó de haber un cuerpo preparado para el cumplimiento de sus misiones específicas. Como el recurso a los medios propios de las otras instituciones armadas resultaría en una violencia superior a la que se adscribía al estigma represor de régimen derrocado, la coerción estatal suponía un alto coste político que *a)* difícilmente podía ser asumido por ninguno de los actores políticos y *b)* indisponibilizaba a las unidades militares para cumplir las misiones que se les ordenaban.

Además, en este proceso de estigmatización y de polarización de los puntos de referencia, emergió la evidencia de que todos los cuerpos policiales en el *Estado Novo*, los políticos y los ordinarios, actuaban de manera íntimamente coordinada<sup>37</sup>. Aparte de hacer cumplir la legalidad, las policías habían expresado de manera pública su conformidad ideológica con los valores del régimen y con sus líneas políticas más contestadas (guerra colonial, identificación de oposición con comunismo, anticomunismo militante y defensa de una moralidad tradicionalista<sup>38</sup>). Por ello, no es de extrañar que su fuerte identificación con el régimen depuesto dificultase su desestigmación, haciendo difícil su reutilización inmediata por parte de las nuevas autoridades.

En consecuencia, durante el periodo considerado, el MFA y el gobierno sometieron a la PSP y la GNR a varios procesos desestabilizadores que mermaron notablemente su capacidad de acción y, con ello, la propia capacidad del gobierno para mantener el orden. La incertidumbre de la arena política redundó en que el estatuto de las policías fuese ambiguo. Mientras la necesidad de incorporarlas al régimen naciente era expresada de manera reiterada por las autoridades<sup>39</sup>, estas mismas se veían empujadas a realimentar su compromiso rupturista y,

---

<sup>37</sup> No sólo había un consejo de coordinación de las tres policías (*Conselho de Segurança*), sino que los informes semanales de la GNR al ministro reseñan, sistemáticamente, haber tramitado las informaciones a la PIDE o la DGS. (Arquivo MAI, Cx “*situação política*” años 1968, 1969, 1970, 1971, 1972 y 1973).

<sup>38</sup> Apreciaciones extraídas de la lectura de la revista corporativa de la PSP, *Polícia Portuguesa*, de los años 1965-1974.

<sup>39</sup> Así, ante repetidos casos de desacatos de la población a las policías, la JSN comunicaba que “dado que las fuerzas militarizadas de la GNR y de la PSP están bajo el «control» de la Junta, en beneficio del orden público la población debe obedecer disciplinadamente las instrucciones transmitidas por los agentes de aquellas corporaciones” (Comunicado de la JSN, DN 27-IV-74). Del mismo modo, — intentando congraciarse a la institución con la “nueva situación” y mostrar que se sumaba a la alegría por el derrocamiento de la dictadura—, el Primero de mayo de 1974, las dos policías acudieron a las manifestaciones decorando sus uniformes con los claveles rojos que simbolizaban el 25 de Abril (DN 3-V-74.). Del mismo modo, los números de 1974 de la revista corporativa *Polícia portuguesa* expresan

para ello, a asumir la eficacia simplificadora del sistema de estigmas y desmarcarse públicamente de las formas y los protagonistas de la represión policial.

En este proceso, las policías fueron quedando desamparadas, pues se encontraron con que **no podían contar con el respaldo en bloque del poder constituido cuando el cumplimiento de su misión exigiese la utilización de la fuerza**. Al contrario, como muestran varios episodios significativos y la inactividad policial consiguiente, toda acción que emprendiesen (en especial, evitar que manifestaciones ilegales cortasen el tráfico) era seguida de una protesta pública de la prensa contra las pervivencias de comportamientos fascistas en las policías y por la exigencia de nuevos *saneamientos* desde los partidos políticos gubernamentales y algunos sectores de las Fuerzas Armadas. Así, excluidas de las nuevas redes de consolidación, las policías perdían su fuerza autónoma<sup>40</sup>.

Progresivamente, en vez de ser incorporadas, las policías iban perdiendo competencias, en especial en la intervención en conflictos de carácter social (reivindicaciones obreras y estudiantiles, ocupaciones de casas, etc.), que fueron siendo sucesivamente transferidas a las fuerzas armadas. Este proceso, al reincidir en la desautorización de las policías, acentuaba su desmoralización y discapacitaba a los propios gobiernos a la hora de disponer de ellas<sup>41</sup>. Al tomar posesión el IIº GP, el Ministro de Administración Interna<sup>42</sup> se veía obligado a recordar

---

el *mea culpa* de la corporación y su búsqueda de una redefinición de sus relaciones con la sociedad.

<sup>40</sup> El caso más grave, quizá, ocurrió el 14 de agosto, cuando la enviaron a reprimir una manifestación a favor de los movimientos anticoloniales que había sido prohibida por el gobierno. Las fuerzas de la PSP –que no contaba con material ni encuadramiento antidisturbios específico– “avisaron a los manifestantes para que se dispersasen, como no fueron atendidos, tuvieron que actuar para controlar la situación”. En los disturbios que siguieron a una carga contra los manifestantes, la PSP mató a un ciudadano que, al parecer, participaba en un intento de asalto a la comisaría. Las reacciones posteriores por parte de la prensa, pero, sobre todo, por parte de tres de los partidos de la coalición gubernamental, mostrarán el aislamiento de la corporación. Inmediatamente, el MDP condenará lo que considera “la demostración del peligro para el orden democrático representado por la PSP”, el PCP señalará que la acción es de entera responsabilidad de la policía, y no del gobierno o el MFA, mientras el Partido Socialista exigirá que “no quede impune este atentado contra las personas y el prestigio del país”. El relato de los acontecimientos y las declaraciones de los partidos pueden leerse en Ruas (1976, vol 3)

<sup>41</sup> Por ejemplo, en una manifestación convocada por el PS frente a la prisión en la que se habían amotinado los agentes de la PIDE presos, los participantes entablaron una batalla campal con las fuerzas de la PSP que protegían la prisión. Cuando llegó un destacamento militar, fue recibido con gritos de ‘viva el MFA’ y ‘muera la policía’. Los mandos militares se vieron compelidos a prometer que la PSP se iba a retirar a cambio de que la multitud abandonase el local (O *Século*, 13-VIII-74). Una semana después, una manifestación en el mismo local convocada por varios partidos de extrema izquierda también expresó su recelo de que se dejase en libertad a los agentes de la PIDE presos, pero en “ausencia de cualquier fuerza policial” y tras mantenerse concentrada y cantar sus consignas, la multitud “se dispersó con el mismo orden que había presidido toda la reunión” (DN 20-VIII-74).

<sup>42</sup> Como medida simbólica de ruptura, se sustituyó la tradicional denominación del Ministerio de Interior por la nueva de “Administración Interna”.

que “libertad no significa atropello de la ley y de sus agentes, pues sin ley no existe sociedad organizada (*O Século* 9-VII-74)”. Del mismo modo, Luis Filipe Madeira, que fue nombrado gobernador civil de Faro, me declaraba en una entrevista que “las policías no eran nada, sólo el uniforme (...) aunque estuviesen bajo mi mando estaban aterrorizadas, no se les podía mandar hacer nada, la población no acataba su autoridad (...). Yo intentaba que ganasen confianza, que viesen que no les iban a hacer nada, que podían volver a trabajar en la calle”.

Para suplir la incapacidad y la “inconveniencia” (*sic*) de la policía en misiones de orden público fue creado el COPCON (el Comando Operativo del Continente), una estructura de coordinación de unidades militares que también debía prevenir la realización de intentos golpistas “contrarrevolucionarios”<sup>43</sup>. Por otra parte, las sucesivas aceleraciones del proceso político imposibilitaron que las policías encontrasen su lugar, por lo que continuaron aisladas y desprestigiadas, y aún más cuando su marginación empujó a varios mandos policiales a participar en las maniobras spinolistas. Así, Jaime Neves, recordando el proceso golpista del 28 de septiembre de 1974, para el que fué contactado, recordaba que “tanto la GNR como la PSP estaban ansiosas por actuar, puesto que habían recibido tantas ‘bofetadas’ que querían hacer cualquier cosa para demostrar que estaban operacionales” (Sánchez Cervelló, 1996).

La rehabilitación de las policías no llegó hasta el final del PREC. Más de nueve meses después del 25 de abril, el Coronel Pinto Ferreira (graduado como general para poder comandar a la policía) seguía recorriendo los distritos, discursando ante los guardias y preguntando retóricamente “¿porqué, si todos los países tienen su policía, la nuestra es tan antipática?” pero él mismo respondía, ahondando en la herida: “Porque al abandonar su misión cívica, perdió, el aprecio, la consideración y la autoridad” (*Correio do Sul* 02-I-1975). En Setúbal, llegó a tal grado la indefensión de la PSP, que después de que una comisaría fuese asaltada por unos manifestantes, los policías tuvieron que ser rescatados por tropas del MFA. A partir de entonces, para intentar ganarse el respeto de la población se organizaron patrullas mixtas de policías y militares en las que, por una parte, se protegía a los policías y, por otra, se intentaba escenificar su integración en el espíritu revolucionario (v. Brinca y Baia, 2000). Según relatos corporativos de la GNR, extremos, pero que nos indican la persistencia de la desorientación de las policías, durante el PREC “[se] desarmó a los guardias, [se] promovió su encuadramiento en el PCP” y “[se] provocó que el cuerpo (...) atravesase una fase de

---

<sup>43</sup> Así, se lee en el Decreto Lei 310/74 de 8 de julio: “[la misión del COPCON es] intervenir directamente en el mantenimiento y restablecimiento del orden, en apoyo a las autoridades civiles y a su pedido, en las siguientes condiciones: [a] insuficiencia de las fuerzas policiales, [b] situaciones en las que se torne inconveniente el uso de fuerzas policiales (...)” (*Subrayado nuestro*).

atemorización, sin respeto por la ética y la jerarquía” haciendo que “dejase de ser una verdadera fuerza” (Barreto, Mascarenhas, 1979). Ni siquiera cuando el VI° gobierno provisional se mostró más decidido a acabar con la indisciplina social pudo contar con las policías, en especial en Lisboa y el sur, por lo que, en varias ocasiones, se encontró con que éstas se negaban a realizar las misiones represivas que les exigían<sup>44</sup>.

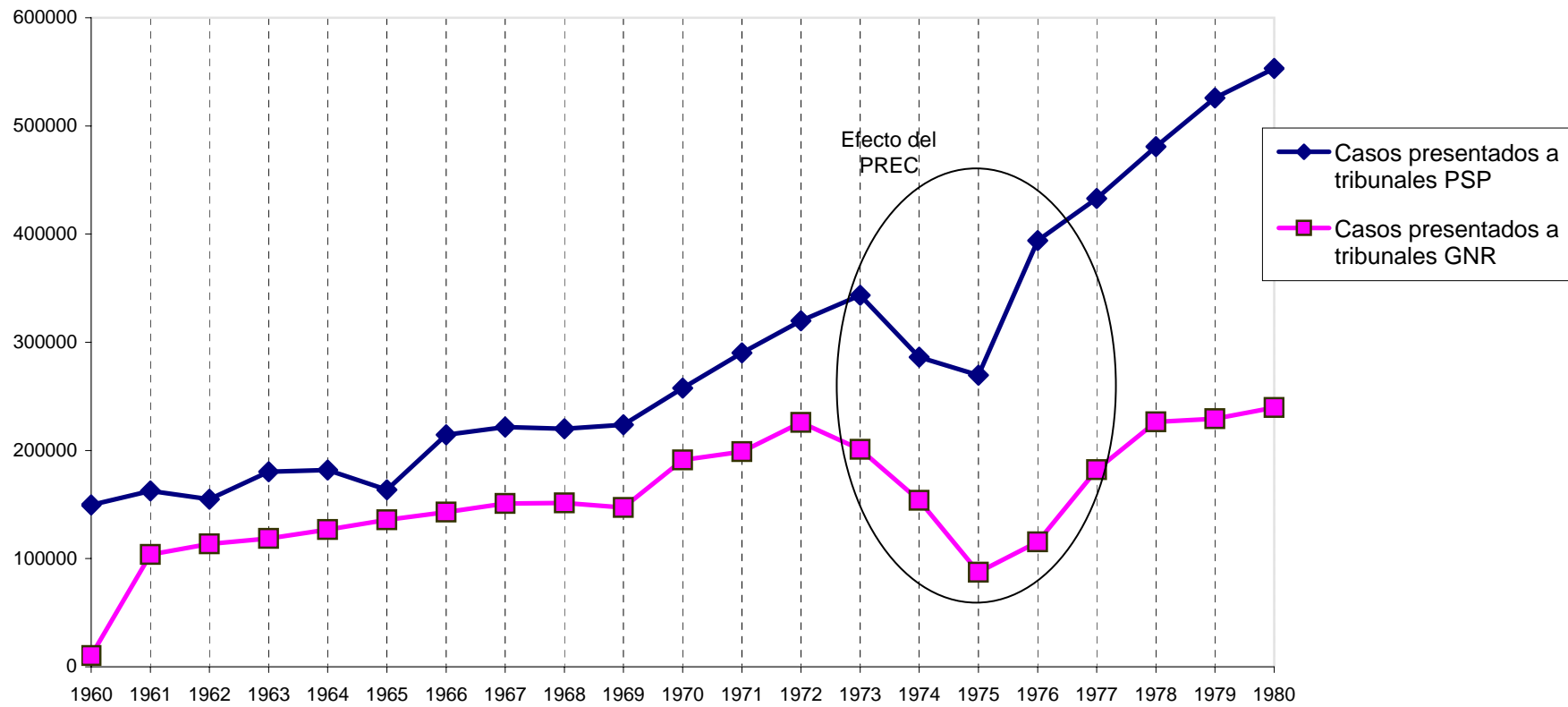
La parálisis policial se transformó en una oportunidad para la movilización y para la transgresión, pues los colectivos movilizados rápidamente que podían recurrir a los medios a su disposición sabiendo, por experiencia propia o por observación de experiencias ajenas, la impunidad de sus acciones. Como señala Durán Muñoz (1997), en más de los 500 casos en los que se produjeron movilizaciones obreras con elementos claramente transgresores (secuestro de patrones o gestores, ocupación de fábricas, gestión de stocks, etc.) sólo en un 1% se registró algún tipo de intervención coercitiva. Desde los primeros días que siguieron al golpe, ante las indecisiones represivas, los movilizados pudieron ir ensayando formas de acción más radicales. Además, sin el respaldo latente de la coerción estatal, algunas prerrogativas habitualmente vinculadas a la propiedad formal o a la autoridad administrativa, perdían su consistencia.

Como se observa en el Gráfico 1, la desestabilización de las policías que venimos describiendo se reflejó en una notable merma de su actividad durante el periodo revolucionario. Para establecer una correlación entre la explosión de movilizaciones populares durante todo el periodo considerado y la inactividad de las policías, nos bastaría con atender a la quiebra en la serie estadística. Sin una red de consolidación que la respaldase, la coerción policial desapareció y, según analizaremos en el siguiente apartado, la acción de las fuerzas armadas que sustituyeron a las policías en esas actividades también fue afectada por la coyuntura crítica del sistema político.

---

<sup>44</sup> A este respecto ver el capítulo de conclusiones, en especial la parte dedicada a la reintegración institucional.

**Gráfico 1. Quiebra de la actividad de las policías durante el PREC**  
Fuente INE, varios años, elaboración propia.



### ***Fuerzas Armadas y Orden Público***

Por su parte, las fuerzas armadas, el depósito último de la capacidad coercitiva del Estado, además de ser el motor de la caída de la dictadura, sufrieron en su seno una serie de mutaciones no programadas que conformaron lo que Boaventura Sousa Santos denominó “segundo tiempo simbólico” de su relación con la sociedad civil (1990). Ciertamente, las propias fuerzas armadas fueron el palco de una intensa movilización que, en sí misma, fue posible por las características de la crisis política.

Lo que se produjo fue una desintegración institucional de las propias fuerzas armadas a partir del golpe de los capitanes. En el centro de la misma se situó la asunción por parte de éstos de compromisos políticos sustantivos –su programa, en sus diferentes formulaciones- que resquebrajaron los procesos de legitimación por el procedimiento que caracterizan en general a las organizaciones burocráticas. Este compromiso sustantivo pudo sustentarse, sobre todo, gracias a los *feed-backs* expresados por las movilizaciones populares, que funcionaron como jugadas simbólicas ratificadoras de la validez de las acciones del MFA. La apertura de este mecanismo heterorreferente, abiertamente contrario a las dinámicas internas de las instituciones militares, en las cuales la disciplina, la autorreferencia y la validez procedimental son determinantes, permitió que distintas estructuras del entramado militar independizasen su conducta de las cadenas jerárquicas y “confraternizasen” con organizaciones populares, orientando sus acciones en torno a valores propios y a referentes populares inmediatos.

Por otra parte, cuando las Fuerzas Armadas fueron llamadas a sustituir a la policía en las misiones de orden público, los mismos procesos de estigmatización que habían impedido el uso de las policías bloquearon la posibilidad de que las tropas actuaran de manera represora, permitiendo el desarrollo de algunos de los episodios de cariz preinsurreccional que tuvieron lugar en Lisboa<sup>45</sup>. Esto, como veremos en los sucesivos capítulos, tuvo efectos tanto en la relación de las tropas con los movimientos proactivos –colectivos obreros, comisiones de moradores, proletarios agrícolas etc.– como con los reactivos, singularmente, con el movimiento anticomunista. La sensibilidad política de cada una de las unidades en las diferentes zonas del territorio estuvo muy relacionada con el tipo de movilización social y

---

<sup>45</sup> El problema reaparece históricamente cuando los gobiernos provisionales pós-revolucionarios encabezan coaliciones por las libertades. La estigmatización de los oponentes es uno de los recursos clásicos de esos gobiernos para lograr utilizar a las tropas contra ellos.

política predominante en aquellas zonas. Las pocas unidades que, por procesos internos, escaparon a este contagio del ambiente –Destacamento de Infantería de Chaves, Regimiento de Comandos de Amadora– tuvieron actuaciones de gran protagonismo conflictivo que serán resaltadas en los capítulos siguientes.

### ***Encuadramiento, coerción y clase social***

Para comprender el especial papel jugado por las unidades militares en Portugal, necesitamos analizar los mecanismos que, en situaciones rutinarias, las mantienen funcionando como una organización jerárquica y a disposición del poder constituido. Por contraste, podremos entender cual es el mecanismo que, al quebrar, hizo posible la insubordinación y el surgimiento de las nuevas identidades y comportamientos que caracterizaron a muchas unidades, en especial cuando tuvieron que sustituir a las policías en misiones de orden público, es decir, entrar en contacto con la población civil.

Un principio básico de los cuerpos militares –y de los cuerpos policiales antidisturbios– reside en el acuartelamiento, una forma de encuadramiento vital de los miembros del cuerpo que les separa del resto de la población mediante un muro físico y simbólico y les distingue, por ejemplo, de los agentes ordinarios de policía<sup>46</sup>. Además, en el caso de las policías antidisturbios, un segundo principio se encuentra en su independencia logística y jerárquica de las estructuras territoriales de la policía ordinaria, de modo que, en vez de estar asignados a la patrulla de un territorio concreto, son destacados, a partir de sus cuarteles y en función de acontecimientos, en los distintos puntos del país. Al desarraigarlos de una zona delimitada, se erige un segundo muro y se impide que los agentes establezcan lazos con las poblaciones contra las que vayan a ser enviados a actuar.

Para analizar con detenimiento las implicaciones del encuadramiento estricto de los cuerpos especializados en la coerción, vamos a examinar una de las polémicas más productivas en las que se ha envuelto la investigación histórica sobre movimientos sociales. Esta polémica la protagonizaron Mark Traugott y Charles Tilly al poner a prueba las afirmaciones de Karl Marx sobre las clases sociales que participaron en la insurrección parisina de junio de 1848. Charles Tilly y Lynn Lees (Tilly y Lees, 1975), tras analizar el registro de profesiones de los revoltosos detenidos entonces, encontraron una sobre-representación de los trabajadores de industrias en las que ya se empleaba intensivamente la mano de obra. Con este

---

<sup>46</sup> En Portugal, como en España, es un cuerpo policial de foro militar y acuartelado el encargado de patrullar las zonas rurales. Un debate sobre su significado en Branco (2000).

descubrimiento, se apresuraron a dar la razón a Marx: se trató de una insurrección proletaria. Traugott (1984), aceptando la corrección técnica del estudio de Tilly y Lees<sup>47</sup>, extendió el análisis a los reclutas de las *Guardias Móviles* que habían reprimido ferozmente la insurrección. De forma relativamente paradójica, descubrió una composición obrera equivalente, sólo diferenciada por una menor edad media. Con estas conclusiones, se desmontaba la tesis marxista de que la represión la había protagonizado el *lumpenproletariado* y se señalaba la indiferencia del “origen de clase” respecto a la toma de posición en la insurrección, pues los *Guardias Móviles* habían sido reclutados sólo cuatro meses antes entre los obreros parados que habían participado en las barricadas de febrero.

Aunque algunos, como Rod Aya, se apresurasen a declarar que con estos datos “se colocaba un clavo más en el ataúd del marxismo” (1995), lo que nos muestra Traugott es el importantísimo papel que juega el dispositivo militar de encuadramiento como solución al dilema estatal de la acción colectiva, permitiendo encaminar la decisión individual de actuar y, especialmente, de actuar practicando una violencia sistemática sobre los propios conciudadanos.

En el estudio inductivista de Katharine Chorley sobre el comportamiento de las unidades militares en situaciones de revuelta popular, se realizaban, entre otras, las dos conclusiones siguientes:

- 1) “Excepto tras una derrota que siga a una guerra larga y a gran escala, los soldados obedecerán invariablemente a un cuerpo unificado de oficiales. Por su parte, oficiales correctamente socializados apoyarán el *status quo* del régimen”.
- 2) “Incluso si el cuerpo de oficiales está dividido, o indefinido en cuanto a sus lealtades, los soldados sólo serán ganados para la revolución si se dan las siguientes condiciones: la duración media del servicio militar es corta; se desmoronan os mecanismos que aseguran el aislamiento colectivo de la población civil; los soldados tienen reivindicaciones prácticas generalizadas e importantes que no son atendidas a tiempo” (Chorley, 1943, subrayado nuestro).

De todas estas variables, –y en concordancia con las reflexiones avanzadas anteriormente sobre la autonomía de los subsistemas– el aislamiento colectivo se nos revela como el elemento central que permite, por una parte, la reproducción del *espíritu de cuerpo* (Branco,

---

<sup>47</sup> Para una crítica de la validez de estas técnicas y un desplazamiento de la problemática hacia la comprensión de la “composición de clase” ver Cabral (1977)



2000) y, por otra, la producción de la *distancia social* necesaria para la constitución de la *indiferencia moral* (Bauman, 1997) que se precisa para la actuación represiva sobre el terreno.

Significativamente, una de las preocupaciones principales de los responsables gubernativos encargados del orden público es la posibilidad de confraternización de las tropas con la poblaciones a las que podrían tener que reprimir, lo que puede explicar recurso, tan frecuente en la historia, a mercenarios extranjeros como tropas de orden público. Esta alerta es una constante en el “arte” militar, que se reactualiza con la creación de cuerpos policiales especializados en el mantenimiento del orden público (Waddington, 1999). Pese a ello, y siguiendo a Dobry (1988: 87 y ss.), no se debe caer en el “realismo de las estructuras institucionales”, pues aquéllas, aunque “atrapen” a los actores e instituyan el espacio de los “cálculos” posibles (“autorreferencia”), no son “cosas” y, si se modifican dramáticamente los intercambios políticos con su entorno, pueden perder su autorreferencialidad y tornarse sensibles a las jugadas de otros actores. Eso sucede, precisamente, en los episodios históricos de confraternización entre tropas y amotinados, los cuales, clásicamente, señalan la derrota de las autoridades ante los insurgentes.

En el estatuto militar, como en otros, el dispositivo principal que genera la lealtad a la organización se encuentra en los mecanismos de cierre social y de autorreferencia que, tendencialmente, transforman un cuartel en una “institución total” tal y como las caracterizó Goffman. Por otra parte, siguiendo a Bourdieu (1976), se puede postular la socialización profesional y la interiorización de normas son incorporadas en el *habitus* de los agentes durante la existencia de esa autonomía sectorial. Así, si se desmiembra un ejército, un cuerpo de oficiales suficientemente socializado puede reactualizar su socialización y mantener el espíritu de cuerpo como punto de referencia para coordinar una acción colectiva o un proceso de reintegración institucional.

El aislamiento social de las fuerzas armadas, tanto de los oficiales como de la tropa, es uno de los elementos que quebró tras el 25 de Abril y, según exploraremos en los próximos capítulos, se instituyó como clave del proceso. Fue el talón de Aquiles de la reorganización institucional de la capacidad coercitiva del Estado. Además, la posibilidad de esta quiebra en el aislamiento ya venía favorecida por los efectos de 13 años de guerra colonial, los cuales, según María Carrilho, “supusieron el debilitamiento de la socialización profesional de los militares, pues era necesario privilegiar criterios pragmáticos para la rápida formación de oficiales”; además, “la situación de combate provocó la dilución de las normas y etiquetas distintivas y aislantes, proporcionando más probabilidades de influencia sobre los oficiales, no sólo del inmediato contacto social, sino también de los orígenes sociales” (Carrilho, 1984).

Finalmente, la renuncia del MFA a continuar la guerra colonial, frente a las pretensiones de los oficiales spinolistas, hacía aparecer al MFA, a ojos de los soldados, como polo preferente a la jerarquía tradicional.

### ***La inversión del imaginario estatal***

Con la ruptura de aislamiento social, en determinadas unidades surgió una nueva identidad militar que, como en otras situaciones revolucionarias (Figes, 2000), se expresaba mediante el uso de nuevas señas de identificación: el corte de cabello, las barbas, el abotonamiento de los uniformes. Esta nueva identidad militar, que mostraba públicamente su fraternidad con los movilizados proactivos y su subordinación de la disciplina al sentido de las órdenes, fue el aliado principal con el que contaron los movimientos populares. Como veíamos, se produjeron tempranos episodios de confraternización y, progresivamente, el MFA fue estableciendo mecanismos alternativos a la jerarquía tradicional (*vide* p. 43) y creando un nuevo marco de legitimación bajo el lema de la alianza “*Povo-MFA*”. Así, aunque el MFA procurase mantener el valor formal de la jerarquía, los oficiales politizados –en especial los milicianos– y los soldados que incumpliesen órdenes o reglamentos, podían movilizar a su favor todo un abanico de argumentos y encontrar respaldo en algunas estructuras del MFA, en especial, de la Vª División y el COPCON.

En consecuencia, la sensibilidad hacia los movimientos de protesta de las fuerzas militares encargadas de mantener el orden público, dio lugar a una pauta de actuación muy distinta a la que caracterizaba (y volvió a caracterizar después) a las policías.

En un Estado coheso, las Fuerzas de Orden Público (en adelante, FOP) actúan, ante los desórdenes públicos, como representantes y garantes del orden legítimo (y todo orden, como veíamos, es legítimo en tanto que orden). En un contexto de integración institucional –en el que está garantizada la autonomía y pertinencia de la acción de cada sector diferenciado de los aparatos de Estado–, las FOP, al enfrentarse a los amotinados ponen en funcionamiento una imaginaria, una trama de ficciones y personificaciones sobre la legitimidad que entroncan con la más pura tradición hobbesiana (Hobbes, 1985: 217 y ss. [1651: 80 y ss.]). Así, los contestatarios, si utilizamos la terminología del autor de *El Leviathán* para designar a los ciudadanos que se rebelan contra el Estado, son la *multitud* contra el *pueblo*. El pueblo es la *personificación* del conjunto de individuos territorializados definida por su relación privilegiada con el Estado, al que cede todos sus derechos para su propia *salvación*. La multitud, pese a corresponderse con el mismo referente empírico que el pueblo, es la *personificación* de los comportamientos que escapan a la codificación íntima del vínculo entre

Estado y Pueblo (Virno, 1997). Y, como defender al pueblo es la misión principal del Estado (*salus populi suprema lex*), la acción de las FOP, una vez que la soberanía está ya toda transferida al Estado, no debe indagar en las *razones* de las protestas<sup>48</sup>.

Con el 25 de Abril de 1974, esta imaginación quebró. Las tropas del MFA no encontraban un referente de la validez de su acción sino en las multitudes que aclaman el derrocamiento del régimen. A partir de entonces, cuando se multipliquen las acciones colectivas transgresoras –y con la simplificación y estigmatización del espacio social– las tropas destacadas para garantizar el orden público se ven compelidas a atender a las *razones* de quienes protestan y se manifiestan transgrediendo la legalidad.

Como señalaba un Policía Militar: “(nos ordenaban) ‘vayan a reprimir a los trabajadores de tal o cual, que están en huelga y son unos aprovechados etc.’ (...) Después sucedía que llegábamos allí y verificábamos que los trabajadores tenían razón” (Domingos *et alii.*, 1977).

Esta apertura de un espacio en el que las razones contaban, introdujo una inmensa incertidumbre en el escenario político, quebrando el vínculo entre la legalidad y la acción estatal. Hay que señalar que no se trataba de una falta de voluntad del gobierno para la represión de las acciones ilegales de masas, que todos la mostraron claramente cuando las movilizaciones amenazaban su autoridad<sup>49</sup>, lo que se produce es una insubordinación –o de los mandos o de los propios soldados–, que se niegan a llevar a cabo sus misiones coercitivas. No sólo se había dado ya un proceso de confraternización con las poblaciones, es decir, una ruptura del aislamiento social característico de las fuerzas de orden público, sino que los militares podían reconocer las señales provenientes de la actuación de la prensa, de movimientos sociales, de partidos políticos significativos y de algunas autoridades militares, quienes, invariablemente, no reconocerían la validez de una acción represiva<sup>50</sup>.

---

<sup>48</sup> Pensemos, por ejemplo, que el cuerpo especial de intervención antidisturbios de la PSP, creado en 1976, tiene como divisa “*Por maioria de Razão*”.

<sup>49</sup> Como ejemplos señalaremos que el IIº GP envió tropas para evitar la manifestación ilegal de los obreros de los Astilleros Lisnave, el 12-IX-1974, pero los fusileros navales se negaron a arremeter contra ellos y la manifestación tuvo lugar. Lo mismo sucedió cuando el IIIº GP intentó impedir la provocadora manifestación contra la OTAN del 07-II-1975, pero ésta acabó pasando frente a la embajada de Estados Unidos en cuanto los soldados encargados de impedirlo saludaban a los manifestantes con el puño cerrado. El IVº GP intentó que se desalojase a los ocupantes de *Radio Renascença*, pero las tropas del COPCON mostraron su “solidaridad con los trabajadores”. El Vº, por su parte, intentó frenar los asaltos anticomunistas del norte, pero la rebeldía de las unidades militares del norte, esta vez “reaccionarias”, dejó que se produjesen los asaltos (ver capítulo 5). Finalmente el VIº no logró que nadie reprimiese el asalto a la embajada de España, aunque posteriormente, como señalamos en las conclusiones, consiguió recuperar la autoridad sobre las fuerzas de orden público.

<sup>50</sup> Como señalaba un comunicado del CDS en el verano de 1975, no se podía pedir a las tropas que

Ese espacio de evaluación y diálogo podría haberse cerrado con la investidura del primer gobierno provisional y, siguiendo las orientaciones de la Ciencia Política normativa, el mantenimiento del orden público podría haber recuperado su carácter de “tarea administrativa” (Ribeiro dos Santos 1999: 321). Sin embargo, los procesos de confraternización encontraron eco en las luchas internas que se trabaron en las fuerzas armadas después del descalabro jerárquico provocado por el golpe y las depuraciones de altos oficiales, con lo que las estrategias de consolidación de las estructuras y programas políticos en el seno del MFA bloquearon esa posibilidad. Una vez que, desde el principio, el MFA decidió no ceder en la vigilancia del cumplimiento de su programa por parte de los nuevos poderes y busca mantenerse como algo distinto a las propias fuerzas armadas –aunque sea forzando un cambio en esas fuerzas armadas–, se irán estructurando nuevos dispositivos autónomos de acción que encuentran, en el universo simbólico de la *Aliança Povo-MFA*, un marco de legitimación independiente. Como veremos en los próximos capítulos, esos procesos fueron ahondando en la división institucional de los militares, multiplicando los centros autónomos de decisión e impidiendo que el ejército fuese un instrumento de coerción al servicio de los poderes formalmente constituidos.

Sólo después del 25 de noviembre de 1975, con la progresiva imposición de una nueva coordinación estatal (*vide* capítulo de Conclusiones), las fuerzas de orden público dejaron de tener que atender a las razones intrínsecas de las movilizaciones, pues, ante la meta-validez del orden, la falta de validez de las transgresiones que se produzcan ya estará garantizada de antemano<sup>51</sup>. De una relación dialogada, en la que las FOP tenían que evaluar la fundamentación y mesura de las transgresiones, se retornó a una relación autista entre policías y manifestantes mediada por la validez trascendente del Estado y del orden<sup>52</sup>. Aunque siempre

---

actuasen con firmeza contra las muchedumbres anticomunistas que asaltaban la sede del PCP, pues sería pedirles actuar con violencia “contra sus padres y hermanos” (cit. en *Comércio do Porto* 28-8-1975).

<sup>51</sup> Por ejemplo, en las instrucciones de la *Escola Superior de Policia* (1994) para su comportamiento ante manifestaciones y huelgas, se impone explícitamente que los agentes no deben preguntar a los participantes las razones de su acción.

<sup>52</sup> En último término, en su discurso corporativo la policía se presenta como el más celoso guardián del bien del pueblo y (después de 1976) de la democracia, considerando todo ataque a la institución como un ataque a los valores que defiende. Por ejemplo, en el discurso de conmemoración del cuarto aniversario del Cuerpo de Intervención [antidisturbios] de la PSP (1980), su comandante interino se expresaba así: “*O povo português, não os detractores profissionais, autêntico bando de marginais, o povo humilde e trabalhador manifesta espontaneamente seu apoio (ao C.I.)(...)*” y, tras afirmar que el “ideal” con el que se formaron fue la “dignidad humana”, niegan la humanidad a sus adversarios, que practican “*comportamentos anti-humanos y anti-sociais*” (estas reflexiones que están basadas en el análisis del discurso expreso en las revistas de la PSP (“*Polícia Portuguesa*” 1969-1975 y 1980-1984, segunda serie) y de la Polícia Judiciária (“*Revista de investigação Criminal*”, 1981-1989).

pueda haber voces que pidan responsabilidades por la excesiva dureza de acciones represivas, para que un aparato especializado en la misma funcione efectivamente, basta con que los otros poderes respeten su autonomía interna y mantengan con él las pertinentes “transacciones colusivas”.

# Capítulo III

## El movimiento vecinal.

### Introducción

La noche del 29 de abril de 1974, sólo cuatro días después del golpe de los capitanes, “más de 100 familias habitantes de un poblado chabolista [*bairro de barracas*] en las afueras de Lisboa, se dirigieron a un barrio de protección oficial recién construido y ocuparon sus apartamentos aún vacíos” (Downs, 1983).

El 30 de abril, esta vez en Oporto y a la luz del día, un grupo de habitantes del barrio de *São João de Deus*, degradado y perteneciente a la cámara municipal, se reunieron en Asamblea, redactaron un cuaderno de quejas y eligieron a la primera *Comissão de Moradores*. Al día siguiente, acudieron a la manifestación del 1º de mayo bajo su propia pancarta e invitaron al resto de vecindarios a organizarse como ellos.

Diez días después, el 10 de mayo, más de 2.000 viviendas de propiedad pública habían sido ocupadas en todo Portugal y se comenzaban a formar *Comissões de Moradores* en los barrios populares de las grandes ciudades. Así, por ejemplo, en Setúbal, el 11 de mayo se reunieron más de 300 chabolistas pertenecientes a 230 familias y se dirigieron con sus reclamaciones a la *Junta de Freguesia* (Junta de Parroquia, órgano administrativo submunicipal que agrupa varios barrios). Al día siguiente la comisión nombrada se repartió el trabajo y comenzó a organizar la solución colectiva de sus problemas (Downs, 1983).

El mismo 10 de mayo, los vecinos que habían ocupado casas en Lisboa se manifestaban ante el palacio de Belém, sede provisional de la Junta de Salvación Nacional, pidiendo que fuese reconocida la asignación espontánea de las viviendas oficiales. El 11 de mayo, la Junta reconocía la gravedad del problema y decidía actuar: por decreto daba el visto bueno a las viviendas ocupadas, como si efectivamente estuviesen legítimamente asignadas, aunque se reservaba la posibilidad de revocar la concesión en el caso de que, tras una revisión administrativa, así se demostrase oportuno.

La movilización de los vecinos se fue generalizando en tres fases expansivas que duraron 19 meses, entre abril de 1974 y noviembre del 1975, mes en el que en Lisboa, por ejemplo, funcionaban 21 comisiones de moradores (CMs) y 38 Comisiones de Ocupantes; en Setúbal el 70% de la población estaba representada por una u otra CM o por una comisión de

trabajadores (CT) coordinada en un *Comité de Luta* (Downs, 1988) y, en Oporto, un *Consejo Revolucionario de Moradores* había llegado a contar con el reconocimiento administrativo como órgano consultivo en el ámbito de urbanismo e infraestructuras (Rodrigues, 1999).

La literatura sobre movimientos sociales suele destacar que, quienes más a menudo se movilizan, no suelen ser los más pobres, en especial porque la acción colectiva exige recursos (Aya, 1997); por ello es especialmente significativa la movilización de los *moradores* de los barrios pobres y, en concreto, de los chabolistas, los sectores de la población urbana con menos recursos.

Este movimiento vecinal se sumaba a un ciclo de movilización que, en el caso del movimiento obrero y estudiantil, provenía ya de los últimos años de la dictadura, pero que ganó contornos inéditos a partir del golpe militar. Lo analizaremos como paradigma de los movimientos proactivos del proceso revolucionario, aunque sin considerar que sea más significativo que el movimiento obrero o el movimiento de los jornaleros del sur latifundista<sup>53</sup>. Los tres movimientos tuvieron una importancia fundamental en la configuración del proceso político y se erigieron en uno de los principales referentes simbólicos de la legitimidad de las iniciativas de los partidos, los gobernantes y los militares. Además, creemos que los mecanismos explicativos que ponemos en juego para tratar el movimiento vecinal funcionan de manera coherente si se trasladan a los otros dos ámbitos de movilización citados. Todos estos movimientos albergaron un importante componente autónomo, aunque eso no signifique que los partidos, en especial los de la izquierda y la extrema izquierda, no tuviesen un papel importante en las iniciativas de coordinación, en el establecimiento de alianzas y en la implicación del movimiento en otras luchas políticas. Por otra parte, los partidos reclutaron cuadros que se habían politizado en los movimientos<sup>54</sup>.

Entre el inicio de la movilización y el clímax descrito, y entre este clímax y la posterior desmovilización, el movimiento vecinal fue tomando distintas formas, y si –por comodidad narrativa– le atribuimos ciertas características antropomórficas, podemos decir que mostró una gran sensibilidad a la coyuntura política y administrativa. El relato que proponemos se basa, para el cuerpo de información sobre los movimientos urbanos, en los trabajos de Downs *et alii*

---

<sup>53</sup> Hubo otros ámbitos de movilización proactivos fundamentales, como el de los soldados, o importantes, como el de los estudiantes o las mujeres feministas. Sin embargo, la especificidad de los tres citados en el proceso político nos hacen destacarlos, los tres se erigieron en el referente simbólico de los proyectos políticos gubernativos.

<sup>54</sup> Para una discusión con quienes presentan a los movimientos como producto de la manipulación partidista y estatal, vide Mozzicafredo (1982).

(1978), Downs (1983, 1988), Rodrigues (1999), en el monográfico dedicado por la revista *Cidade/Campo* (nº2), en el *Livro Branco do SAAL* y en informaciones de periódicos. Este trabajo separa el análisis sustantivo (repertorio de formas de acción, número de participantes, formas de organización, etc.) del procesual. Además creemos que es el análisis procesual el que nos da pie a explicar la fortaleza alcanzada por el movimiento social, así como la posibilidad del recurso a formas radicales de acción. No aceptamos un análisis de clase esencialista, según el cual el origen de los actores explicaría los contenidos de la movilización o darían a esta una perspectiva estratégica predefinida. Sin embargo, el sentido concreto de las movilizaciones y la apropiación desmercantilizada de la riqueza acaban cuajando en una movilización de carácter claramente anticapitalista<sup>55</sup>.

**Lo que nos proponemos es dar cuenta de las *mediaciones plásticas* que ecuacionan las condiciones estructurales, la crisis de Estado, los vecinos, los partidos revolucionarios, el resto de la población, los oponentes y las distintas organizaciones. La articulación entre estos factores explicará las formas y realizaciones de las acciones colectivas así como la creación de nuevos elencos de posibilidades para la acción.**

### **Cuadro 3 Reivindicaciones y exigencias del movimiento vecinal.**

Las exigencias de las comisiones de moradores en todo Portugal variaban entre unos barrios u otros dependiendo de las condiciones del propio barrio, del momento político y de la propia capacidad de autogestionar las necesidades.

#### *Alojamiento.*

El alojamiento digno era una demanda prioritaria, sobre todo en los barrios chabolistas y en aquellos los que abundan los subarriendos y las *Ilhas* (chabolas construidas en los patios interiores de edificios y alquiladas por los propietarios, muy numerosas en Oporto).

El movimiento de ocupaciones, primero de viviendas públicas y, más adelante, de privadas, trató de resolver inmediatamente este problema. Sin embargo, la práctica más común consistió en exigir el reconocimiento del derecho de asentamiento en los emplazamientos chabolistas y de la posibilidad de auto-construir viviendas sólidas sobre esos terrenos. Este fue el principal ámbito de actuación del Servicio Ambulatorio de Apoyo Local (SAAL), un órgano estatal de actuación junto a las poblaciones mal alojadas, y también dió lugar a la edificación de numerosos barrios ilegales.

---

<sup>55</sup> En el sentido que adquiere ésta (la riqueza) como concepto límite en el primer párrafo de *El Capital* de Karl Marx, en el que caracteriza al capitalismo como aquella sociedad en la que unas condiciones concretas (las de la acumulación originaria) hacen *aparecer* a la riqueza *como mercancía*. En torno al sentido anticapitalista, cf. Tilly (1986).



Otra demanda vinculada al alojamiento se basó en la exigencia de “precios populares” para los alquileres, tanto públicos como privados, en función de la renta familiar. Esto lo que originó una lucha por la auto-reducción colectiva de alquileres y guió los criterios de fijación autónoma o negociada de lo que se debía pagar al Ayuntamiento por los edificios que se habían ocupado. Las luchas de los 500 escudos por habitación o del 10% de los ingresos familiares por vivienda, agruparon a más de 1500 familias en Setúbal en 1975 (Downs, 1984). Por último, la búsqueda de mejores viviendas a mejor precio hizo que una de las demandas que más se reiteraron en las interacciones con el gobierno fuese la nacionalización y socialización de las empresas constructoras.

#### *Infraestructuras físicas.*

Reparaciones de casas, agua corriente, luz, gas, cloacas y asfaltado fueron los equipamientos más exigidos por las comisiones de moradores en los barrios degradados y en los barrios chabolistas donde se preveía la autoconstrucción. Las obras, en muchas ocasiones, se realizaron con la propia fuerza de trabajo de los vecinos, con soldados de las campañas de *dinamización* del MFA y con el apoyo financiero y técnico del SAAL<sup>56</sup>.

Además, otros tipos de solidaridades favorecían las acciones de las comisiones de moradores. Así, comisiones de trabajadores de las compañías de Agua, Gas y Electricidad apoyaron a las CMs realizando el enganche a las redes de distribución sin contar con el requisito administrativo de presentar un contrato de alquiler o un título de propiedad.

#### *Equipamiento social básico.*

La organización de servicios colectivos, tales como guarderías autoorganizadas y farmacias cooperativas, fue una de las acciones más exitosas y duraderas de las CMs, y para ellas contaron con especial apoyo de las Juntas de Freguesía y del Instituto de Familia y Asistencia Social (IFAS).

La habilitación de escuelas, la recogida de basura, la puesta en servicio de teléfonos públicos y de transportes colectivos fueron las exigencias para las que se utilizó habitualmente la acción indirecta sobre las administraciones. En ocasiones, como en Viana do Castelo, las CMs organizaban recogidas de fondos para entregar al ayuntamiento y facilitarle el cumplimiento de sus compromisos. Otras acciones incluyeron la creación de redes alternativas de distribución de productos agrícolas, consiguiendo distribuir sin intermediarios la producción de las cooperativas agrarias surgidas en el proceso de Reforma Agraria.

#### *Transporte*

El transporte fue otra de las exigencias principales. Por una parte, se pedía la prolongación de las líneas urbanas de autobús hasta los barrios periféricos. Por otra, se exigía el mantenimiento de los precios.

---

<sup>56</sup> Para entrar en programas financiados por el estado como el SAAL, las comisiones debían legalizarse y “asociar” a los participantes de la “asamblea”. Para no multiplicar las denominaciones seguiremos hablando de “comisiones” aún cuando se trate de “asociaciones”.

Estas luchas llevaron a las comisiones de moradores a organizar protestas como la negativa a pagar billetes.

#### *Servicios culturales.*

La organización de fiestas, campeonatos deportivos y concursos artísticos fue una de las facetas más comunes del trabajo de las CMs. Estas actividades podían servir a la organización para abrirse al barrio, dar a conocer el trabajo de la Comisión, financiar algún servicio y desarrollar la identidad colectiva.

#### *Política general*

Muchas CMs participaron también en la política general; firmando manifiestos de apoyo o repulsa, convocando manifestaciones conjuntas con otros actores sociales e, incluso, organizando actos de “resistencia a la contrarrevolución”, tales como el bloqueo a los accesos a Lisboa para impedir el desarrollo de la manifestación de la “Mayoría Silenciosa” convocada por Spínola en septiembre de 1974. Como veremos más adelante, la implicación política de las CMs en los conflictos de fondo de 1975, se explica más por el proceso de alianzas que les ofreció la oportunidad de ganar capacidad de acción que por un tipo u otro de manipulación.

### ***¿Condiciones sociodemográficas o proceso político?***

Muchas explicaciones tradicionales de la movilización social remiten a las precondiciones económicas o demográficas, o sea, a una explicación “etiología” que intenta explicar la movilización por unas “causas” que se sitúan en su origen y que están vinculadas a problemas estructurales. Lo exigido por los movilizadores, el *para qué* tiende así a identificarse con un *por qué* teleológico, sin atender al *cómo*. Frente a esto, es importante retener las conclusiones de la sociología histórica comparada, que demuestra que *cleavages* objetivamente identificables –ya sean de clase, religiosos o étnicos– existen en muchas sociedades sin ser motivo de conflicto abierto. Sólo mediante determinados procesos de movilización intra- e inter-grupos se convierten en un eje de organización de conflictos sociales (Brubaker y Laitin, 1998). Como señalábamos en el primer capítulo, las tensiones sociales suelen tener un papel en la movilización, pero no explican su desencadenamiento.

Indudablemente, el problema del alojamiento y de la carencia de servicios públicos en los barrios era percibido como tal por los *moradores* que se lanzaron a estas acciones. Según el censo oficial de 1970, el 30% de la población portuguesa habitaba una vivienda que sus

estándares calificaban como precaria (Downs, 1988)<sup>57</sup>. En 1973 el alquiler de una vivienda nueva en un barrio sin asfaltar de los alrededores de Lisboa podía suponer entre un 25 y un 40% del salario de los obreros mejor pagados (*idem*). Así, en Oporto, Setúbal y Lisboa abundaban inmensos barrios chabolistas que, en su mayoría, alojaban a trabajadores del sector secundario emigrados del campo.

Sin embargo, la existencia de estos factores y su reconocimiento subjetivo no llevó inmediatamente a la movilización generalizada, sino que esta movilización, para producirse, hubo de esperar a la concurrencia de una serie de rupturas en la esfera estatal que comenzaron a tomar cuerpo con el golpe militar del 25 de Abril.

En este trabajo no nos interesa analizar las causas remotas de la movilización, sino su posibilidad y sus efectos en el proceso político. Por ello, atenderemos a los distintas secuencias de constitución del movimiento vecinal como sujeto social siempre precario y los intercambios políticos (trueques de reconocimiento) que establece con otros actores del proceso político. Consideramos que la movilización puede ser explicada en un nivel de abstracción político, en el del juego de relaciones entre unos y otros actores-en-proceso.

### ***Concreción metodológica.***

Estudiar el movimiento en su dimensión táctica, y no por la expresión de causas estructurales, supone analizar mecanismos de constitución internos y, especialmente, externos. Ante todo, el movimiento será investido de unas u otras características en función del haz de relaciones que establezca con otros actores y del contenido de esas relaciones. Aunque las herramientas del análisis relacional hayan sido utilizadas en investigaciones sobre movilización colectiva para explicar la participación individual en la misma, aquí el nivel de análisis será agregado. Por una parte estarán los movimientos y, por otra, las diferentes agencias estatales y organizaciones partidarias. No se tratará de explicar el reclutamiento de los participantes, sino las condiciones de posibilidad de constitución y evolución de un actor colectivo a partir de la caracterización de sus conexiones con otros actores también colectivos.

**Sería un error considerar los movimientos sociales como un *sujeto social coheso*.** Su unidad *a*) se le otorga desde el exterior, al tomarlo como objeto de análisis y atribuir unidad y

---

<sup>57</sup> La forma de presentación de los datos del censo no permite separar las condiciones de habitación rurales de las urbanas, por lo que es difícil interpretar de manera directa datos brutos como que, en 1970, el 47% de los alojamientos no tuviesen agua corriente.

coherencia a diversas prácticas sociales en el terreno urbano (lo que Laumann *et alii*, 1992, denominan “estrategia nominalista”); o *b*) se toma del hecho de haber sido vivida por los participantes del movimiento, reconocida por otros actores y reproducida de diversas maneras (“estrategia realista”) (*idem*). En cierto modo, las dos estrategias son inseparables, al menos en la medida en que la movilización es, en sí misma, un proceso de formación de una identidad colectiva. Por ello, tanto los componentes realistas como los nominalistas –incluida la recuperación retrospectiva de la propia historia– forman parte de la construcción del movimiento. Y no sólo por parte de los movilizadores, sino, también, por parte de las administraciones y partidos que se relacionan con ellos, les otorgan reconocimiento y les piden legitimación.

Además de por nosotros, *analistas a posteriori*, a la acción colectiva vecinal también se la *invistió* de *unidad subjetiva* al ser reconocida *durante el proceso* por parte de las distintas administraciones, que precisaban de un interlocutor tangible y catalogable con el que negociar la intervención administrativa, lo que, según nuestras hipótesis, catalizó la propia unidad real del movimiento. Sin embargo, incluso en el periodo más receptivo de las administraciones frente a las reivindicaciones vecinales, aquéllas siempre intentaron diferenciar y enfrentar un movimiento “legítimo”, el de las comisiones de moradores ligadas a las iniciativas administrativas, frente a las *ocupaciones salvajes* (‘oportunistas’). Esta práctica dio lugar a que, en algunos barrios, quienes habían practicado estas apropiaciones hubiesen de buscar otros marcos de organización y coordinación.

Un tercer tipo de unidad externa impuesta es el que le otorgaron los proyectos políticos de la extrema izquierda y de los sectores radicales del Movimiento de las Fuerzas Armadas. Éstos se dirigieron a las iniciativas vecinales interpeándolas como ‘verdaderas portadoras del espíritu de la revolución’ y se esforzaron por leer el sentido político democrático y radical de las prácticas efectivas de las CMs como la base para construir un estado tendencialmente consejista. De ese modo, si el movimiento ganó unidad, fue principalmente como imagen del mismo devuelta por otros actores de ámbito nacional, no como interacción real de sus diferentes activistas y participantes locales.

Por otra parte, hemos de señalar que el **bricolaje de la investigación** (proceso de investigación que se desvanece en el momento de exposición) comenzó a partir de un relato general ya construido (por la literatura académica, militante y periodística) en el que existían actores y acontecimientos. Este relato fue siendo problematizado mediante la aplicación de las herramientas teóricas pertinentes a la construcción de nuestro objeto y con ellas se forzó la

plausibilidad de los nexos explicativos y de los actores retratados en aquel primer relato. A partir de esta problematización se buscó nuevo material empírico y con este bagaje se elaboró un nuevo relato, éste más controladamente construido.

En este nuevo relato aparecerán en primer plano los elementos relacionales. Por ello, la sistematización gráfica común en el análisis de redes puede ser muy útil para tornar manejable la información. Nos proponemos que la exposición tome la forma de una secuencia de “dibujos animados” (metáfora que me sugirió el prof. Rui Santos). De esta manera, en el orden de exposición, procederemos a diseñar un sistema de acción concreto “inicial” en el que aparezcan los primeros actores y sus interacciones (Crozier y Friedberg, 1972). Se caracterizará el perfil inicial de cada actor o proto-actor: recursos, intereses, alianzas, etc.

**A partir de ese esquema inicial, que será representado gráficamente, se irán describiendo las mediaciones plásticas que componen nuevos actores y posibilidades de acción y se irá explicitando la gramática que dará lugar a un nuevo sistema de acción concreto, a una nueva secuencia de la película. De este modo, el proceso de movilización será analizado por medio de  $n$  secuencias sucesivas representadas gráficamente y plásticamente ligadas por medio de la narración.** (Figuras 2, 3, 4 y 5)

La ortopedia gráfica será, a un mismo tiempo, herramienta de investigación (multiplica visualmente el campo de las relaciones posibles y abre con ello la posibilidad de nuevas interrogaciones que liberen a la investigación de los aprioris endosados por el investigador) y herramienta de exposición que facilite la orquestación de una pluralidad de movimientos y recomposiciones que se desarrollan simultáneamente.

### **De las oportunidades al proceso.**

Como señalaba Durán Muñoz (1997) al analizar el movimiento obrero durante este periodo, la radicalidad de los conflictos que tuvieron lugar en el periodo de transición no se explica ni por una cultura política especialmente radical que hubiese de caracterizar a los portugueses, frente a, por ejemplo, los españoles de la misma época, ni por el tipo en sí de transición –“ruptura” en Portugal frente a “pacto” en España, (O’Donnell y Schmitter, 1981). Como veíamos en el capítulo anterior, la radicalidad se había hecho posible por la percepción por parte de los trabajadores de que las acciones transgresoras que pudiesen acometer, pese a subvertir la legalidad (ocupaciones de fábricas, gestión de stocks, purgas, etc.) no serían sancionadas por la intervención de las fuerzas de orden público. Este esquema, pese a su atractivo, reduce la

explicación a un *horror vacui*: ante la falta de represión, los colectivos movilizados avanzan, ocupando el espacio dejado libre y utilizando un repertorio de formas de acción tan radical como sea permitido por la “franja de tolerancia” (Durán, 1997). Sin embargo, la ausencia de represión inicial es seguida por la constitución de una arena política en la que ese espacio inicial se mantiene abierto, pero no como una variable independiente, sino como un *producto* de la interacción entre movilizaciones en el aparato de Estado, movilizaciones en el campo “popular” y movilizaciones en otros sectores –prensa, partidos, etc. Tras la ruptura representada por el golpe, la inmensa oportunidad política se irá conformando mediante la confluencia las negociaciones, acomodaciones y alianzas que, tácita o explícitamente, se tejen entre movimientos y sectores del aparato estatal.

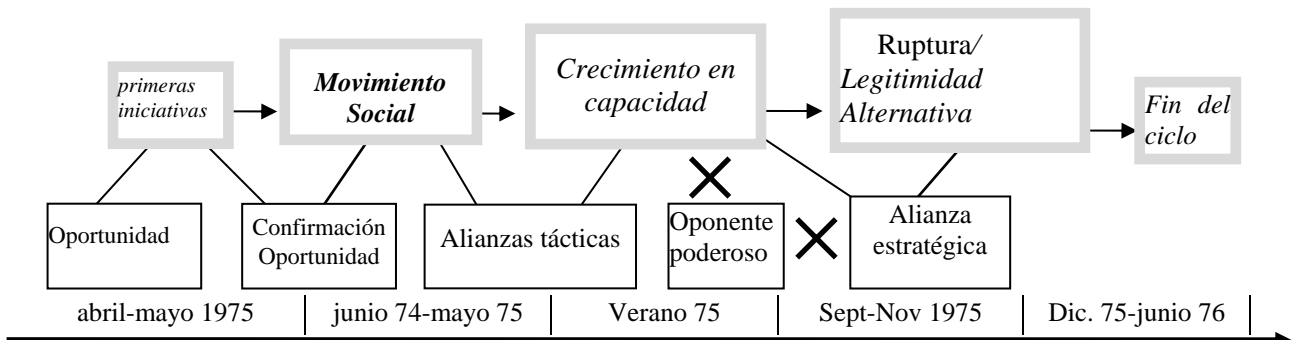
Como proponíamos anteriormente, trabajaremos negando la existencia del Estado, con mayúsculas, como actor político, y lo disgregaremos analíticamente en un conjunto de organizaciones de vocación estatal con su propia capacidad estratégica. Cada una de dichas organizaciones irá estableciendo diferentes vínculos con los movimientos sociales. Estos vínculos tejerán redes de consolidación alternativas a propia del Estado y mantendrán abierta la brecha en el conglomerado estatal.

### ***Apertura del marco de Oportunidad política.***

En este capítulo intentaremos esquematizar el **juego de intercambios políticos entre los diferentes actores** y mostrar cómo en sucesivas secuencias (ver cuadro 1):

1. El desaparecimiento de la represión policial permite la práctica de ocupaciones espontáneas de casas.
2. Varios sectores del aparato de Estado que buscan su propia legitimación van llamando al movimiento vecinal, incitándolo a organizarse, al tiempo que bloquean a sus oponentes.
3. Las comisiones de moradores (CMs) se consolidan como organizaciones autónomas y establecen alianzas con quienes más les favorecen.
4. Los sectores militantes de las CMs se alían con la Izquierda Revolucionaria y con el COPCON como medio de consolidar sus conquistas, defenderse de la agresión de la parte legalista del bloque estatal y avanzar en el proceso de democratización y socialización del espacio urbano que habían comenzado y que constituía su marca de identidad.
5. Las CMs desmovilizan tras la derrota militar de sus aliados y la consolidación del Estado constitucional, que supone un cierre de la Estructura de Oportunidad Política.

**Figura 4 Esquema del desarrollo temporal del movimiento vecinal:**



**Los primeros vecinos que en Portugal se lanzaron a la práctica de la ilegalidad de masa, lo hicieron tras vislumbrar y corroborar la incapacidad de la policía para hacer efectiva la legislación.** En cierto modo, en el seno de la indeterminación reinante tras el golpe, se puede ver este arranque del proceso como una secuencia distributiva (uno, más otro, más otro...): una familia sale de su chabola y ocupa un piso, después otra, la voz se corre, no se ven policías, unos observan como los otros avanzan... y nadie quiere perder la oportunidad. En unas horas, una iniciativa particular muestra el camino y se transforma en el detonante de una acción masiva<sup>58</sup>. Consumadas las ocupaciones, la defensa de lo conquistado pasa al primer plano, con lo que surge la necesidad de organización. Es importante retener que las ocupaciones iniciales las realizan chabolistas que sabían que había planes públicos de vivienda a los que tenían derecho a acogerse, pero que, por su escasez, no les garantizaban nada ni a corto ni a medio plazo. Por ello, lo que ocupan son viviendas públicas en construcción a las que sabían que podían optar. Al adelantarse a la asignación pendiente de esas viviendas, no realizan un derecho abstracto, sino que actúan en un escenario previamente estructurado. En cierto modo, las primeras ocupaciones se producen en una acción de competencia, de exclusión de los otros miles de candidatos.

Por otra parte, también es significativo, para una teoría de la acción colectiva, anotar que las primeras organizaciones, las de Oporto, se crearon en Barrios pertenecientes al ayuntamiento

<sup>58</sup> El papel de este tipo de acciones distributivas en la constitución de movimientos no es específico la transición portuguesa. El caso más llamativo puede ser el de las oleadas de protestas que llevaron a la caída del muro de Berlín. Paradójicamente, éstas comenzaron con la deserción de los alemanes del este que estaban de vacaciones en Hungría y Checoslovaquia... y que decidieron prolongar las vacaciones emigrando a la RFA. Para el caso portugués, se puede recurrir al testimonio de una participante de estas primeras ocupaciones en *TSF-Diário de Notícias* (2000), CD nº6.

[*Bairros Camarários*] en los cuales ya existía un interlocutor común (el gabinete de vivienda del ayuntamiento) y un pasado de conflicto y resistencia contra los criterios de gestión de los barrios. La asignación de las casas en estos barrios era revocable y estaba sujeta a un reglamento que, entre otras cosas, obligaba a “tener un buen comportamiento moral y civil” bajo pena de “ser desalojados”. Este comportamiento era fiscalizado por un vigilante y dio lugar a algunos conflictos en los años anteriores al 25 de Abril (Cidade/Campo, 1979). Así, la forma de organización que marcó la pauta –la Comisión de Moradores– nació en un contexto muy particular en el cual el interés colectivo y el interlocutor estaban ya definidos. Una vez surgida, esta forma fue exportada a otros barrios en los cuales esos intereses e interlocutores aún estaban por definir.

Después de haber avanzado, los ocupantes de casas se dedicaron a lo que Klandermans (1995) denomina “movilización del consenso”, solicitando el reconocimiento de la validez de sus acciones en tanto que congruentes con *un* criterio de justicia para el que reclaman validez general. Además, la estrategia discursiva utilizada presenta ese criterio como congruente con el espíritu que animó a los capitanes para embarcarse en la Revolución de los Claveles. **Esta identificación “justicialista” es la que permite establecer un marco simbólico y material de alianza entre movimiento popular y tropas del MFA, que ofrecen su capacidad (coercitiva) de hacer valer el derecho reclamado a cambio de reconocimiento, de legitimación.**

Durante el proceso de movilización vecinal, los *moradores* participantes tuvieron a su disposición una amplia gama de argumentos con los que crear un marco de interpretación favorable al reconocimiento consensuado de la validez de sus acciones. **En buena medida, la miserable condición de las familias trabajadoras obligadas a alojarse en chabolas se instituye en el referente de los problemas sustantivos vinculados a la dictadura.**

**Los vecinos emprendieron unas prácticas a corto plazo ante unas oportunidades. Sólo fue *a posteriori* que encontraron referentes justificativos que les servían para comunicar la validez de esas mismas prácticas en un marco receptivo que identificaba aliados y oponentes. Con el auto-reconocimiento en estos referentes, y con las imágenes de sí mismos que les devolvían otros actores, forjaron procesualmente una intensa identidad “popular” que precisaba de la continuidad de la acción y del reconocimiento para seguir existiendo<sup>59</sup>. La identidad forjada fue derivando hacia la radicalidad en la medida que**

---

<sup>59</sup> Para un marco de análisis del proceso relacional de formación de identidades colectivas, Melucci



sus demandas chocaban con las prácticas de los bloques de poder que pretendían “normalizar” el proceso político. Finalmente, hubieron de hacer frente a éstos recomponiendo su identidad en torno a referentes y aliados simbólicamente más rupturistas (Figura 4). En 19 meses de un ciclo de movilización, **un mismo contenido sustantivo de las acciones fue comunicado de tres maneras diferentes**, variando según los recursos simbólicos que el esquema de alianzas ponía a disposición del grupo movilizado. En un primer momento este contenido fue comunicado, en congruencia con el “antifascismo”, como “derecho democrático”; después, se vió impelido a definirse como “socialista” [anti-capitalista] cuando las alianzas entre bloques de poder mostraban quienes eran los aliados y quienes se oponían a esas acciones; y, en un tercer momento, por el nuevo alineamiento de los contrincantes y de los aliados, el de la tercera secuencia que analizaremos, ese mismo contenido fue enarbolado como genuinamente revolucionario y alternativo al poder institucional [anti-poliárquico]<sup>60</sup>.

#### ***Primera secuencia de alianza: Gobierno de coalición antifascista (Abril-Sept 1974).***

El golpe de estado de los capitanes había tenido éxito como *Revolución Política*. Poco después, las divergencias en política colonial marginaron a los partidarios de Spínola en el segundo gobierno provisional, agrietando la ‘coalición antifascista’ y ofreciendo espacio al encadenamiento de una serie de procesos de movilización social y de alianzas entre actores políticos que provocaron una brecha duradera en el bloque estatal. Nuestra tesis es que, ni los movimientos, ni sus aliados estatales, podrían haberse capacitado [*empower*] como lo hicieron sin los intercambios políticos de suma positiva que reforzaron a ambos.

Como decíamos, los movimientos urbanos, con las ocupaciones, las peticiones y los intentos de organización, se habían desencadenado espontáneamente al percibirse claramente que la policía estaba fuera de juego.

Por su parte, las unidades del ejército leales al MFA habían neutralizado los tímidos intentos policiales de desalojo de los barrios ocupados en Lisboa, apareciendo como poderoso aliado

---

(1995). Para una explicación relacional de los procesos de radicalización política, ver Della Porta (1995)

<sup>60</sup> En el cuarto momento, el de la derrota, la identidad no hubo de encontrar problemas para disiparse, pues habían desaparecido las prácticas que la sustentaban y el marco material de referencia que las ofrecía legitimidad.

militar del movimiento vecinal (a)<sup>61</sup> y consiguiendo así un tipo de vínculo directo con lo que llamarán “el pueblo” que les permite construir un marco simbólico de validez “democrática” de sus actos y actuar al margen de los partidos<sup>62</sup>. A partir de entonces, las policías, como señalábamos en el capítulo anterior, no podrán salir del primer *impasse* y sufrirán una atrofia en sus capacidades a la hora de reprimir el movimiento popular.

Dentro de la misma *estrategia* de vínculo directo con la población, la Junta de Salvación Nacional actuó de manera paternalista y decidió reconocer la validez de las ocupaciones realizadas hasta entonces (b), si bien advirtiendo que no toleraría las que se realizaran posteriormente. Este reconocimiento, en la medida que desfundaba mediante actos el compromiso de palabra con la legalidad, fue percibido como una oportunidad de ocupar impunemente. Consecuentemente, se multiplicaron las apropiaciones de viviendas públicas construidas y en construcción, hasta casi agotar las existencias. Siguiendo esta misma línea de conducta, muchas administraciones provisionales de pequeñas localidades habían decidido mostrar las ventajas del derrocamiento del régimen repartiendo inmediatamente las casas oficiales vacías en nombre de la justicia “democrática”<sup>63</sup>.

Ante la avalancha de movilizaciones, la JSN buscó la colaboración de las asociaciones de inquilinos existentes, por lo que las llamó a consulta (8 de mayo). Sin embargo, las asociaciones de inquilinos eran uno de los pocos ámbitos en los que el viejo anarcosindicalismo había logrado mantener cierta actividad (Freire, 1984). Así, la prensa recogió la revolucionaria llamada del asesor jurídico de la de Lisboa, realizada tras la entrevista con los hombres del MFA:

“Los derechos no se piden, se conquistan con las propias manos”<sup>64</sup>.

Esta declaración firmaba, en cierto modo, el cierre del ámbito donde estas asociaciones tenían sentido y abría la puerta al protagonismo que pronto lograron las comisiones de moradores.

Pero no eran sólo el MFA y la JSN quienes mostraban su sensibilidad a las exigencias vecinales, el MDP en su conducción de la sustitución de las autoridades del régimen anterior, estaba tomando a su cargo *de facto* las *Juntas de Freguesia* y los ayuntamientos (*vide* Capítulo 2). Cada una de las comisiones administrativas formadas necesitaba cimentar su

---

<sup>61</sup> A partir de ahora las letras entre paréntesis (n) indican el vínculo correspondiente en el cuadro de la secuencia.

<sup>62</sup> Señalaremos, en el mismo sentido, que las primeras comisiones de moradores de Oporto entregaron sus *cadernos reivindicativos* al cuartel general del ejército en su ciudad (Rodrigues, 1999).

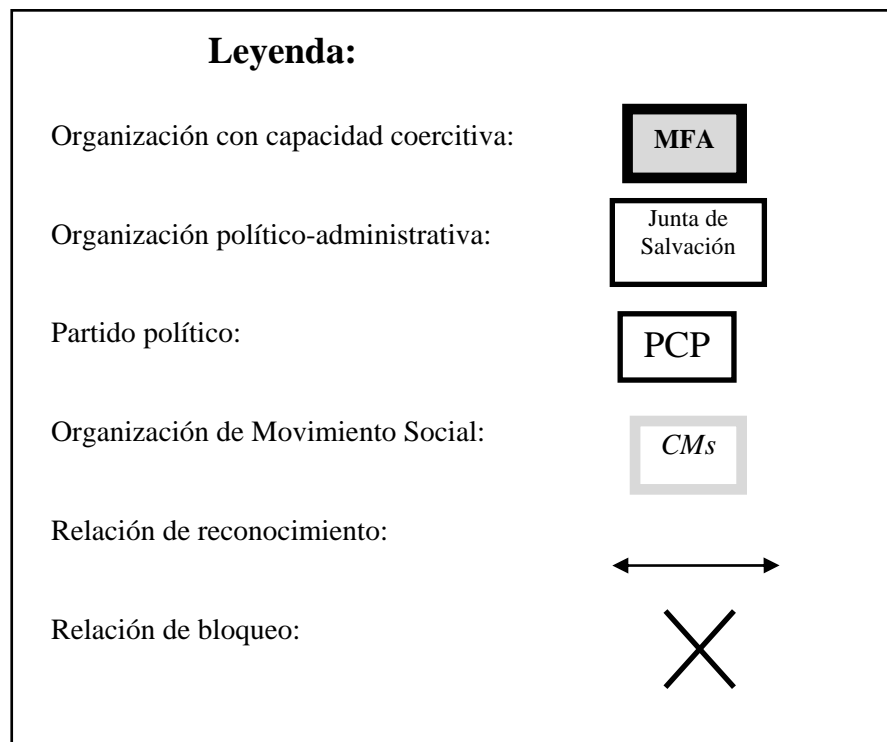
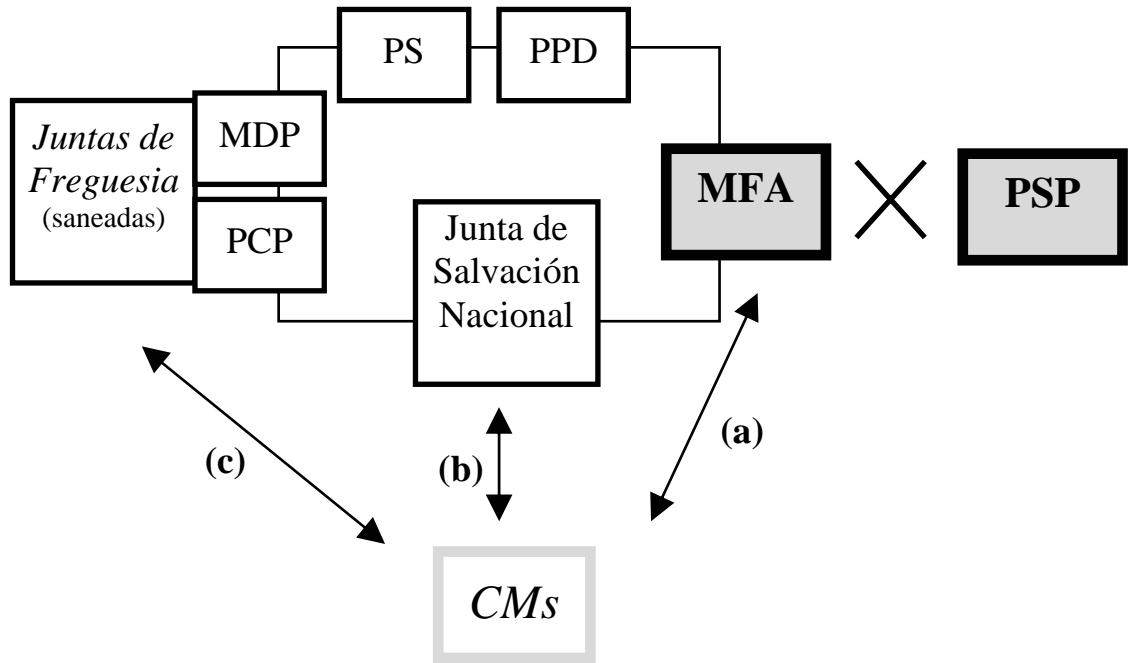
<sup>63</sup> DN del 4 de mayo de 1974.

legitimidad política como gestora de transición y, por ello se dedicaba, por una parte, a convocar en asamblea a los vecinos para que les refrendasen como representantes locales a cambio de asumir sus reclamaciones, quejas y aspiraciones. Por otra, las comisiones administrativas presentaban estas asambleas, ante la Junta de Salvación Nacional, como muestras de la aceptación popular de su poder, como recursos con los que cimentar el reconocimiento administrativo que solicitaban (c).

---

<sup>64</sup> DN 9 de mayo de 1974.

Figura 5. Primera secuencia de reconocimiento del movimiento vecinal.



Una vez conseguido el reconocimiento por la JSN, las comisiones administrativas de las *Juntas de Freguesia* y ayuntamientos se encontraron en la tesitura de gestionar la avalancha de peticiones vecinales que su iniciativa había desencadenado, para lo que se vieron abocadas a exigir a los ciudadanos que se organizaran en comisiones de barrio para poder resolverlas de manera colectiva (c). Además, el marco simbólico de la revolución, al identificar al pueblo con la persecución colectiva del progreso, demarcaba la formación de comisiones “unitarias” (i.e. “no partidistas” y “verdaderamente populares”) como la forma adecuada de organización. Esta forma, postulamos, no revelaba un sustrato previo de “cultura política comunitaria”, sino una “lectura” de la predisposición objetiva del sistema político –en crisis–, que lanzaba sucesivas señales de hallarse muy abierto a la canalización de exigencias presentadas de forma colectiva. El referente de la unidad popular fue fundamental durante todo el proceso, sobre todo como recurso simbólico ante los militares, que mostraron dificultades para aceptar el la competición “divisionista” de los partidos políticos.

La estructura de las *Comissões de Moradores*, el más importante ámbito organizativo del movimiento vecinal portugués, se explica básicamente por su modo de aparición:

1. Un grupo de vecinos, o alguna estructura administrativa, *Junta de Freguesia* o, posteriormente, el SAAL (ver *infra*. p.79) convocaba una asamblea para discutir los problemas del barrio.
2. En la asamblea se discutía una lista de exigencias y aspiraciones.
3. Se elegía a una Comisión, normalmente formada por los convocantes mas algún otro vecino.
4. Se organizaban grupos de trabajo para tareas concretas: guardería, construcción, farmacia... etc.
5. Se presentaba la CM y los cuadernos de quejas a la *Junta de Freguesia*.

La CM se solía reunir semanalmente y era revocable por la asamblea del barrio, que era convocada para discutir el funcionamiento de los trabajos en realización y de los servicios prestados, o para proponer nuevas acciones. Además las CMs solían autodenominarse *autónomas* (de la administración) *unitarias* (representantes de todo el barrio) y *apartidarias*, si bien pueden, a un mismo tiempo, denominarse socialistas, revolucionarias, o usar la simbología del 25 de Abril. Esto no supone un partidismo de principio, pues la retórica de la revolución y el socialismo permeó a todo el espectro político y sirvió para el consenso constitucional de 1976<sup>65</sup>.

---

<sup>65</sup> Para una aclaración de como el CDS aceptó el “socialismo” en el 1er pacto MFA-Partidos, siempre

Indudablemente, hubo una clara presencia de los partidos en las comisiones de moradores, principalmente del PCP en el conjunto del país y de los diferentes grupos maoístas en Lisboa y Oporto. Las comisiones de moradores más tempranas y más activas fueron las que surgieron en 1974, abarcando a casi todas las de los barrios chabolistas y *camarários*; éstas se corresponden también con las que mantuvieron una actividad más autónoma, centrada en la resolución de los problemas inmediatos. Contrariamente, las más tardías, las formadas durante el verano de 1975, solían reducirse a células de agitación de los partidos en los barrios.

Según Downs (1983), en las Comisiones de Setúbal:

- ✓ La gente participaba más en materias de interés local.
- ✓ La gente estaba más dispuesta a dar apoyo moral que a trabajar activamente
- ✓ Se movilizaban más los adultos (30-50 años) que los jóvenes.
- ✓ Había, comparativamente, más jóvenes activos en los nuevos barrios que en los antiguos.
- ✓ Todas las clases de edad acudían a las manifestaciones.
- ✓ Solía haber más hombres que mujeres en las Comisiones de Coordinación, mientras las mujeres participaban más en la atención de servicios (guardería, farmacia, canales alternativos de comercialización)
- ✓ Había una fuerte presencia de trabajadores que también participaban en sindicatos o comisiones de trabajadores.
- ✓ Todo tipo de participación era mayor en los barrios chabolistas que en el resto, siendo habitual en los primeros asambleas de unos 200 vecinos, mientras que en el resto contar con 100 era considerado un buen *quorum*.
- ✓ El tipo y grado de participación variaba sensiblemente en función de la coyuntura general.
- ✓ La presencia de trabajadores manuales en las CMs sobrepasaba el peso medio de este estrato en cada uno de los barrios estudiados.

### ***Segunda fase: la movilización compensa, alianzas en el bloque estatal.***

La explosión de movilizaciones urbanas, como la de movilizaciones obreras, ya era evidente a finales de mayo de 1974, con lo que ambos movimientos lograban que sus reivindicaciones irrumpiesen con fuerza en las prioridades de la agenda política. En junio comenzaba a discutirse un plan de acción urgente, con reuniones de la Secretaría de Estado de Habitación y

---

que fuese adjetivado con “vía original portuguesa”, Freitas do Amaral (1995).

Urbanismo con activistas de las CMs y de las asociaciones de inquilinos. A 2 de julio se presentaba un plan de actuación y a 31 se aprobaba la creación del SAAL, siglas del *Serviço Ambulatório de Apoio Local*. Así, las aguas revueltas de la movilización y la crisis de Estado, no sólo favorecían a los movimientos, sino que se transformaban en una magnífica oportunidad para toda una nueva generación de arquitectos y urbanistas, los técnicos del SAAL, que hicieron del compromiso político con las movilizaciones populares una marca de la arquitectura que ellos abanderaban (d) <sup>66</sup>.

El SAAL promovió, como las *Juntas de Freguesia*, la creación de comisiones de moradores, el medio de canalizar las reivindicaciones. Este servicio, en algunos casos, apoyaba los esfuerzos de las JFs del MDP y PCP conducentes a encauzar las soluciones por vía administrativa, frente a la acción directa, ofreciendo apoyo técnico y financiación pública a las iniciativas vecinales. En otras ocasiones, las brigadas del SAAL (normalmente un equipo de uno o dos arquitectos apoyados por estudiantes voluntarios) participaron en acciones ilegales como la ocupación de casas para la instalación del propio gabinete técnico, de la sede de la CM o de servicios sociales de apoyo. Los grandes principios del SAAL eran la acción inmediata y la participación de las poblaciones. Por una parte, en la definición de el tipo de edificación en el que deseaban vivir, por otra, en el recurso a la mano de obra de los propios vecinos. La prisa por conseguir terrenos legalizados, entre otras, funcionó como mecanismo movilizador de exigencia ante los ayuntamientos.

La variedad y la urgencia de las reivindicaciones no se satisfacían sólo con los proyectos de construcción del SAAL. Las ocupaciones de casas habían señalado la existencia de un parque habitacional subocupado al que los movimientos vecinales exigían acceder, como refleja la reivindicación “ni una casa sin gente mientras haya gente sin casa”. El gobierno, mostrando de nuevo la apertura del sistema político, reconocía esta situación y, mediante el decreto-ley del 12 de septiembre, establecía que toda casa deshabitada y habitable debía ser alquilada en el plazo de 120 días. Con esto reconocía explícitamente el derecho demandado por las CMs (e). En parte, este decreto fue visto como una concesión a los propietarios, pues les daba cuatro meses para ajustar las propiedades a las condiciones legales que les permitirían escapar de sus efectos. Por otro lado, las CMs, pasaban a contar con un nuevo enemigo identificable (los propietarios “especuladores” e incumplidores de la nueva ley) contra el cual reforzar su organización y aliarse con las *Juntas de Freguesia* y con las tropas del COPCON para la

---

<sup>66</sup> Algo muy similar sucedió con el grupo de jóvenes agrónomos que nueve meses después coparon los Institutos de Reorganización Agraria (Bermeo, 1986).

vigilancia de las prácticas fraudulentas (f). En esos cuatro meses, maduró la organización de las CMs, que en muchos barrios consiguieron establecer las prioridades de uso de las viviendas vacías y asignar su ocupación a diferentes familias sin esperar a la mediación de las *Juntas de Freguesía* que se señalaba en la legislación.

Sin embargo tanto las CMs como las COs no reclamaban la propiedad de lo ocupado, sino que tendían a pedir que fuese reconocida la legitimidad de la apropiación y que se estableciese un alquiler a precio no abusivo.

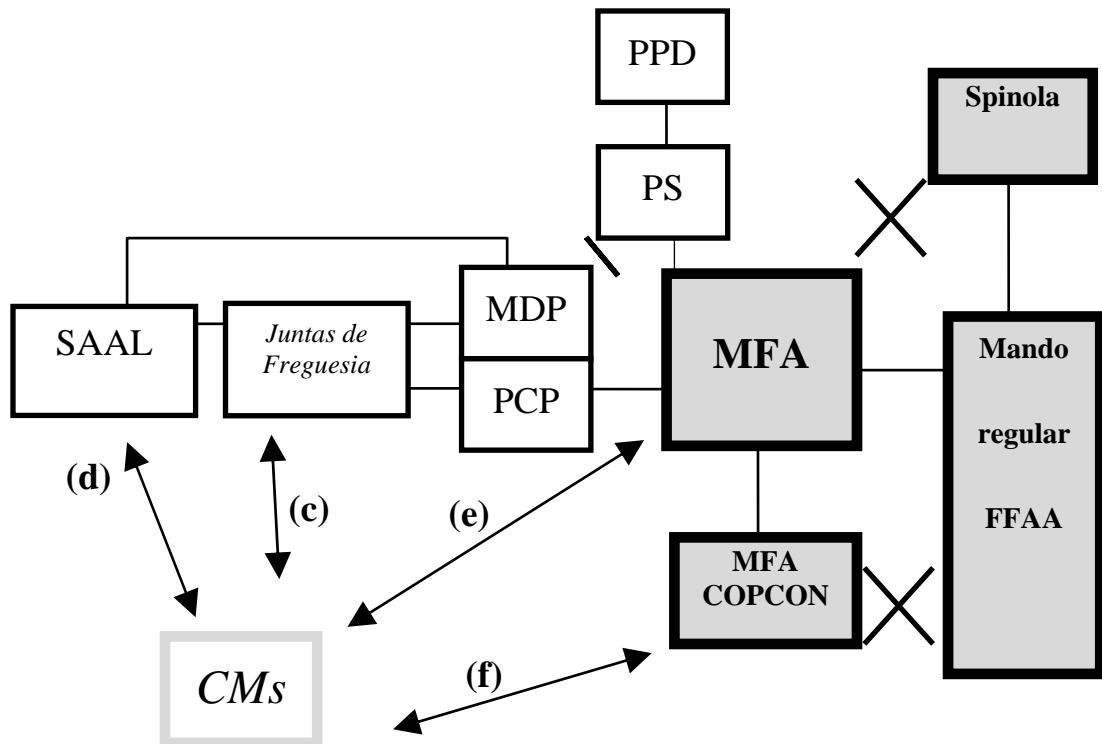
Durante el tercer gobierno provisional, de octubre de 1974 a marzo de 1975, el MFA fue ganando protagonismo público e institucionalizando su participación en el proceso político. En octubre, tras la forzada dimisión de Spínola, el comité coordinador del MFA había consolidado sus posiciones en el gobierno provisional y asumido *de facto* parte de las funciones del Consejo de Estado y de la JSN; al tiempo, había iniciado sus actividades la Vª División, una organización del MFA dedicada a la “acción cívica” [en términos bélicos, “guerra psicológica”] que lanzó una campaña de contacto directo con la población civil mediante miles de “sesiones de esclarecimiento” conducidas por oficiales y soldados en todo el país. En estas “*campanhas de dinamização*” se intentaba informar de las intenciones del MFA y preparar a la población para su participación política (s.a. 1984)<sup>67</sup>. Por ello, se dirigían al “pueblo”, a quien se pedía una participación activa en la definición de cómo sería el nuevo régimen político. Lo que se llamaba “dinamización popular” y “campañas de dinamización” puede ser comprendido como un proceso fuertemente condicionado por *a priori* ideológicos según el cual, las poblaciones, mediante la discusión de sus problemas y la organización, descubrirían su interés por el socialismo. Como lo expresaba un oficial dirigiéndose a una asamblea de aldea, “Sois vosotros los que debéis decidir si el 25 de Abril fue un golpe de estado o el inicio de una revolución” (citado en Downs, 1988).

---

<sup>67</sup> Estas sesiones, conducidas en muchas ocasiones por militares radicales, tuvieron efectos diversos. En algunos lugares promovieron la formación de comisiones y grupos de trabajo sobre asuntos locales. En otras, suscitaron la aversión de los participantes y encarnaron el “peligro comunista” que era pregonado por los importantes sectores conservadores de la Iglesia Católica y por las fuerzas políticas excluidas del poder.



Figura 6 Segunda secuencia de alianza.



Las “campañas de dinamización” reconocían el valor autónomo de las CMs y las proponían como modelo de organización popular al resto de la población (e). Al tiempo, los recursos con que contaba el movimiento se veían reforzados por la creación en el COPCON, por decisión autónoma del mismo, de un servicio de apoyo militar a las ocupaciones (f). De este modo, la capacidad administrativa de los militares se volcaba en la realización de censos de casas vacías, el establecimiento de criterios de asignación de las casas a ocupar, la ratificación oficial *in situ* de la validez de las ocupaciones, la movilización de material militar para obras, etc<sup>68</sup>. Con estas iniciativas, el COPCON, institucionalizaba su tendencia a desbordar sus atribuciones iniciales de orden público. En él habían confluído una serie de oficiales de diferentes unidades operativas ligados a la extrema izquierda (*vide* Domingos *et alii*, 1977) que fueron redefiniendo su misión en contacto estrecho con los movimientos populares. Simultáneamente, esto permitió que en el COPCON se forjase una perspectiva política propia.

<sup>68</sup>La correspondencia del servicio de extinción del COPCON con el Consejo de la Revolución revela la existencia de un archivo sobre ocupaciones de viviendas en las que están clasificados algo más de mil casos, una treintena de ellos correspondientes a bloques de pisos completos.

Según uno de sus integrantes, “el COPCON intentaba solucionar los problemas que aparecían a la puerta de los cuarteles (...) de las personas sin casa o sin trabajo (...) estuvimos contra los intentos de normalizar el proceso y por eso siempre temimos que el PCP tomase el aparato de Estado (...) nuestra misión, y eso lo teníamos claro, era echar leña al fuego para que se acelerase la marcha [de la revolución]” (Citado por Sánchez Cervelló, 1993).

En este marco tan favorable, con aliados civiles, militares y mediáticos y con los oponentes disminuidos, la movilización seguía creciendo y recogía nuevos frutos de la sensibilidad del gobierno: se dictaron despachos contra los desalojos, se presionó a los ayuntamientos para que agilizaran las expropiaciones y se facilitaron créditos blandos para el programa SAAL. Finalmente, aunque no cumpliera las expectativas del movimiento, se aprobó un nuevo decreto para regularizar las ocupaciones de casas (D.L 198 A/75).

Tras el precipitado y frustrado golpe derechista del 11 de marzo, se aceleraron las rupturas en el ámbito político-institucional. Se dejaron de lado los planes moderados, que consideraban que el avance de la revolución no debía provocar rupturas y se definió públicamente que se había iniciado la transición al socialismo. Los sectores liberales y conservadores fueron marginados y se creó el Consejo de la Revolución (CR) como órgano defensor de la “*legitimidad revolucionaria*”, en concurrencia con las competencias de la Asamblea Constituyente de próxima elección<sup>69</sup>. Además, ante la fuga de capitales y el “sabotaje económico” que se oponía al carácter socializante de la revolución, el Consejo de la Revolución estrenaba sus funciones declarando la nacionalización de las entidades de crédito.

En contraste con la aceleración revolucionaria, el PSD y el PS –que subordinaban el socialismo a la defensa de las garantías democráticas– conseguían una mayoría más que suficiente en las elecciones constituyentes del 25 de Abril de 1975, y se aliaban para hacer valer su “legitimidad electoral” frente a la “revolucionaria”. Contrariando sus pretensiones, el CR recordaba que la misión de esas elecciones era redactar una constitución y no formar gobierno.

En este contexto político, los activistas del movimiento vecinal comenzaban a proponer la coordinación nacional de las luchas urbanas. Las distintas CMs ya se habían coordinado puntualmente, pero siempre, como mucho, en el ámbito de una ciudad. En ocasiones, las coordinaciones se desarrollaban autónomamente, para realizar acciones o manifestaciones conjuntas; en otras ocasiones, heterónomamente, a través del SAAL o las comisiones

---

<sup>69</sup> Presentamos un relato más pormenorizado de este proceso en el Capítulo 5.

administrativas del Ayuntamiento, interesadas en negociar conjuntamente con las diferentes CMs de su distrito. El 17 de mayo de 1975 se celebraba la primera manifestación conjunta de comisiones de moradores en Lisboa y Oporto.

Sin embargo, la situación política había cambiado. Las elecciones habían traicionado las esperanzas del MDP y del PCP, que no vieron correspondida su influencia en las administraciones con el respaldo electoral. Más que nunca, estas dos organizaciones necesitaban el la expresión de apoyo de las organizaciones populares unitarias para justificar su sobrerrepresentación en las administraciones locales. A partir de entonces, el MDP se dedicó a promover “asambleas populares”<sup>70</sup> para apoyar las comisiones administrativas que dominaba, así como “reuniones intercámaras”, coordinaciones de las comisiones administrativas que gestionaban los ayuntamientos y que eran presentadas como una expresión “territorializada” de la voluntad popular. Esta estrategia le permitía aprobar plebiscitariamente resoluciones sobre política general y esgrimir un argumento poderoso ante los militares –la unidad popular–, contra el PS y el PSD, que le recriminaban su poca representatividad electoral.

En el mismo sentido que estas experiencias de ámbito municipal, el sector *gonçalvista* del MFA<sup>71</sup> lanzaba un contraataque contra las pretensiones del PS y de PSD –basadas en su primacía electoral– y lograba que la asamblea del MFA aprobase el documento *Aliança Povo-MFA* de julio de 1975, que llamaba a la “movilización del pueblo para la revolución” e indicaba que la revolución necesitaba de la “participación activa de las masas trabajadoras, lo que pasa por formas de organización popular, en una práctica democrática, independiente y unitaria”. Del mismo modo, planteaba la creación de “un aparato de Estado de base popular” asentado sobre “órganos de democracia directa” que aglutinasen las CMs, las CTs y las Comisiones de Soldados en una estructura piramidal que, en competencia con la Asamblea Constituyente, culminaría con una Asamblea Nacional Popular<sup>72</sup>.

---

<sup>70</sup> En *Unidade* el órgano del MDP, se relata el caso de varias localidades de la Región Metropolitana de Lisboa: Queluz, Loures, y su apoyo a la de Lisboa y Oporto.

<sup>71</sup> Con *gonçalvismo* se denominó al proyecto político cristalizado en torno a la figura del primer ministro del IIº al Vº Gobiernos Provisionales, el Coronel Vasco Gonçalves. Este militar sirvió de referente al sector del MFA más próximo al PCP, aunque los cambiantes realineamientos políticos de partidos y militares impiden una identificación neta.

<sup>72</sup> Un documento aprobado por la misma asamblea del MFA una semana antes, el *Plano de Acção Política*, había sido saludado con agrado por el PS y el PPD. Respetaba mucho más los acuerdos constitucionales previos, pero también hacía referencia al importante papel de las “Organizaciones Unitarias de Base” como “experiencias embrionarias de democracia directa”.

Ante la radicalización del poder político-militar, el llamado Verano Caliente de 1975 estuvo marcado por una ofensiva contrarrevolucionaria, tanto popular como organizada, que se cebó principalmente en las sedes y militantes del PCP<sup>73</sup>. Además, se consumaba una ruptura en tres del MFA mediada por las distintas alianzas de los militares con grupos civiles y movimientos sociales. Cada uno de los tres sectores del MFA proponía su modelo de socialismo: los *gonçalvistas* apostaban por un modelo de *Socialismo de Estado* próximo al abanderado por el PCP, y promovían la actividad de los movimientos populares como apoyo e impulso del proceso de nacionalizaciones. El sector que controlaba el COPCON proponía una *democracia directa* basada en los órganos de *poder popular*: comisiones de moradores, comisiones de trabajadores y comisiones de aldea funcionando según un sistema vagamente consejista que debería sustituir al aparato de Estado. Por último, los llamados *nueve* o *grupo Melo Antunes*, proponían un vago *socialismo* que no fuese ni estatal ni anárquico y, abanderando el respeto por los resultados electorales y la legalidad formal, logrando agrupar en torno suyo, por razones tácticas, al PS, al PSD y a los poderes fácticos conservadores.

Tras el paso a la oposición del PS y el PPD, tomó posesión el Vº gobierno provisional, en el que sólo estaban presentes militantes del MDP, militares radicales e independientes connotados como “*compagnons de route*” del PCP. Falto de apoyos electorales, el Vº intentó fundar su legitimidad en la movilización de los trabajadores industriales y agrícolas, pero, como señaló más tarde Álvaro Cunhal, su base de apoyo militar era demasiado reducida. En esas condiciones, la conjunción de dos ámbitos de contestación logró hacerle caer. Por una parte, la amplia movilización social conducida por el PS y la iglesia católica (Cap. 4 y 5). Y por otra, la labor de organización y zapa en el seno de las fuerzas armadas conducida por los militares moderados del MFA (Mota, 1976).

Es en este contexto de enfrentamiento entre dos referentes de legitimidad, las elecciones y la movilización popular proactiva, que maduran las experiencias previas de coordinación y se organizan el *Conselho Revolucionário de Moradores de Oporto* y el *Conselho de Moradores de Setúbal*. El de Oporto recibió un apoyo muy importante de la Comisión Administrativa Militar que acababa de tomar las riendas del Ayuntamiento<sup>74</sup>, por ello fue la coordinación de CMs que más capacidad *formal* de decisión política tuvo en sus manos, sobre todo cuando se

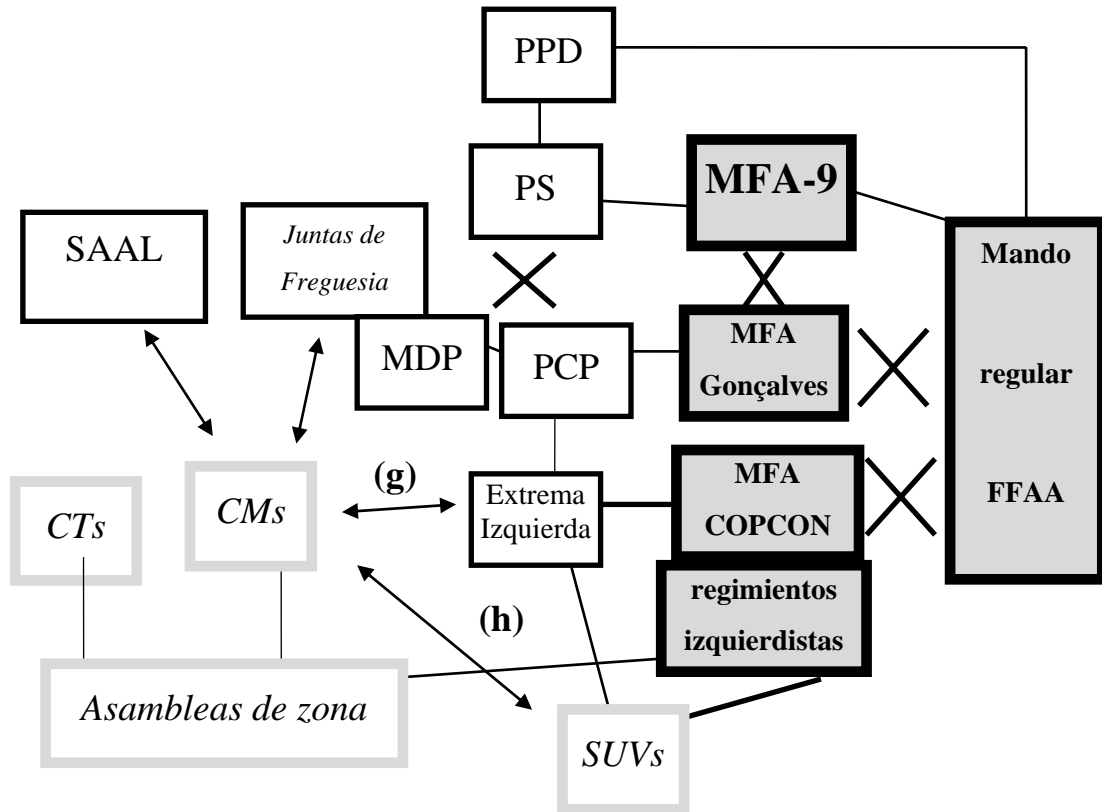
---

<sup>73</sup> Ver capítulos 4 y 5.

<sup>74</sup> La CA Militar fue nombrada por Corvacho, el Comandante de la región Militar Norte, a 28 de mayo de 1975, tras la dimisión de la CA civil en un complicado proceso de luchas internas y purgas entre funcionarios.

integró en el “Consejo Municipal” consultivo en el que también participaban las Comisiones de los trabajadores de la administración municipal.

**Figura 7. Tercera secuencia de alianza.**



En Setúbal, la coordinación existía desde febrero, con apoyo del ayuntamiento del MDP, aunque había una clara línea divisoria respecto a la validez de las ocupaciones. Siguiendo las indicaciones del Documento-Guía, el PCP intentó coordinar un órgano unitario de defensa de la revolución con la participación de CTs y CMs, pero las eternas discusiones sobre los estatutos lo tornaron ineficaz. Además, se mostró claramente la división entre las CMs con vocación más política y aquellas que estaban más concentradas en la resolución de los problemas inmediatos de alojamiento. Lo mismo sucedió con la actividad de la extrema izquierda agrupada en torno al proyecto del COPCON. Su esfuerzo organizativo en pos de la democracia directa (g) dio lugar a la irrupción, en el seno de las CMs, de una serie de debates ideológicos y programáticos que hasta entonces habían estado marginados por la unidad en torno a prácticas concretas. Ahogados por las rencillas partidistas, los primeros órganos de coordinación entre comisiones de distinto tipo cayeron en la inoperatividad.

En otras zonas de hegemonía del PCP, como el Alentejo, o de fuerte presencia concentrada y cierta implantación del MDP, como en el sur de Santarém o en la ciudad de Viana do Castelo, aparecieron durante el verano y otoño de 1975 decenas de nuevas comisiones de moradores que se preparaban para “participar en la asamblea nacional popular”<sup>75</sup>. Algunas, indudablemente, lograron movilizar unitariamente a algunos barrios para conseguir luz o agua, otras sólo fueron un pequeño comité ampliado de estos dos partidos políticos que servía para cubrir sus declaraciones con un barniz unitario o para refrendar de nuevo la legitimidad pretendida por las comisiones administrativas.

Los vencedores del Verano Caliente, los moderados del MFA, el PS y el PPD, tomaron las riendas del VIº gobierno provisional. Estos dos partidos, respaldados por la legitimidad electoral, pusieron como condiciones de su participación gubernativa, entre otras cosas, el desalojo de las casas ocupadas y el desmantelamiento de las estructuras de “poder popular” que ponían en causa la gobernabilidad, así como la sustitución de las comisiones administrativas y los Gobernadores Civiles del MDP, que eran quienes más habían colaborado con el movimiento vecinal.

La amenaza forzaba a las CMs a movilizarse, y lo hicieron contundentemente. A partir de entonces, percibiendo que los intentos del VIº gobierno por normalizar el funcionamiento del Estado atacaba sus prácticas y reivindicaciones, las CMs se implicaron en las luchas de otros sectores revolucionarios: los soldados del RASP-CICAP, los SUVs, *Radio Renascença*, etc. Con esta implicación ofrecieron a la izquierda revolucionaria una amplia base de apoyo popular sobre la que sustentar la ilusión de un contrapoder. Esta alianza se materializó en las iniciativas conjuntas de estructuración de los órganos de democracia directa<sup>76</sup> y en el ejercicio efectivo de poderes en las zonas que dominaban (bloqueo de órdenes de desalojo y de actuaciones policiales, etc.) **(h)**. Estas iniciativas vinculaban directamente las exigencias materiales (equipamientos sanitarios, educación, vivienda, etc.) al refuerzo de poderes de las organizaciones unitarias de base, considerándose a sí mismas como “el verdadero embrión del poder del pueblo (...) fundamento indestructible de la sociedad socialista”<sup>77</sup>. Sin embargo, eso

---

<sup>75</sup> La prensa regional está plagada de referencias a “Asambleas de zona”, “plenarios de moradores”, etc.

<sup>76</sup> En Queluz, la mesa del “*Conselho de Moradores*” estaba presidido por el secretariado conjunto de las comisiones de moradores y los representantes de la Asamblea de Unidad del Regimiento de Infantería de la localidad (RIQ). En Setúbal los militares del RI también estaban representados formalmente. En otros lugares, los representantes de los soldados eran officiosos o hablaban en nombre de la organización clandestina SUV (Soldados Unidos Vencerán), responsable de importantes movilizaciones de soldados contra el “desvío de derechas” de la revolución.

<sup>77</sup> Declaración del *Conselho de Moradores* de Queluz (*Unidade*, 15-10-75)

no significó una adhesión unánime de las CMs al proyecto político del Poder Popular (que en ese momento también es abrazado por el MDP), por lo que, en varias ocasiones, algunas CMs se vieron forzadas a publicar notas desmintiendo su apoyo a tal o cual movilización<sup>78</sup>.

Entre septiembre y noviembre de 1975, la polarización fue radicalizándose. Las tentativas del VIº Gobierno Provisional por recuperar el mando del proceso político buscaban cerrar la franja de oportunidad abierta a los movimientos sociales, algo que los sectores más militantes de las organizaciones de base interpretaron como una amenaza contrarrevolucionaria. En respuesta, se reforzaba “la coordinación de las luchas de los soldados y trabajadores”<sup>79</sup> de modo que en Setúbal el *Comité de Luta* llegaba, incluso, a organizar, tras ser aprobado por la mayoría de las CMs, CTs y Comisiones de Soldados, comités armados de vigilancia en barrios, empresas y cuarteles con la misión de impedir el triunfo final de las fuerzas “reaccionarias” y la defensa militar del “Poder Popular” frente al acuerdo constitucional<sup>80</sup>.

En estos meses de tensión final, se sucedieron rebeliones en cuarteles y se fueron alineando las fuerzas militares. Una vez desalojado Vasco Gonçalves del gobierno, el COPCON aparecía cada vez más como referente común de los radicales. Por su parte, el VIºGP iba purgando y disolviendo los regimientos izquierdistas –aunque algunos se declarasen rebeldes y acudiesen a las Asambleas de Coordinación del Poder Popular–, e intentaba actuar contundentemente para restablecer la legalidad en las administraciones y en los medios de comunicación, llegando a practicar acciones como la voladura con bomba de los equipos de emisión de la *Rádio Renascença* “ocupada”<sup>81</sup>.

En noviembre, ante la inestabilidad de Lisboa, el gobierno amenazaba con un traslado hacia la región norte y se declaraba en *lock-out*, llamando al ejército a intervenir *para crear las condiciones de un gobierno efectivo*.

---

<sup>78</sup> Por ejemplo, la CM del barrio de São Francisco (Faro) anunciaba que no había aprobado la ocupación del Gobierno Civil que se había realizado para protestar por el “saneamiento” de su titular, del MDP (*Correio do Sul*, 30-X-75).

<sup>79</sup> Declaración programática de un soldado en una manifestación a favor del *Conselho de Moradores* de Lisboa. La Comisión Administrativa del ayuntamiento aprobó su creación, pero las críticas del VIº GP la hicieron dimitir.

<sup>80</sup> El PCP había tenido la iniciativa de crear Comités Armados de Defensa de la Revolución, formados por militantes, mientras el PRP promovió “consejos revolucionarios” también armados, pero elegidos en asambleas de centro de trabajo. La tensión entre la mitificación de esos episodios y su ocultación por los problemas jurídicos que acarreó posteriormente hace muy difícil evaluar cuantos CDRs y CRs fueron realmente armados.

<sup>81</sup> Decimos “intentaba” porque en numerosas ocasiones no conseguía que las fuerzas de orden público cumplieren sus órdenes. Sobre este proceso ver el Capítulo 6.

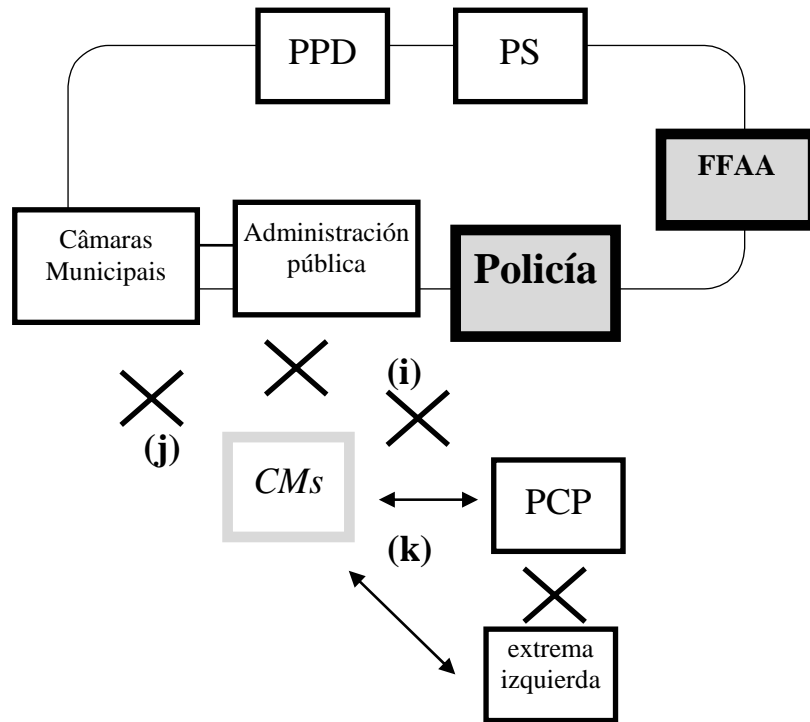
### ***25 de noviembre: cierre de la situación revolucionaria.***

El (contra)golpe dirigido por Eanes derrotaba a los militares del COPCON a los vinculados al PCP. Esta ofensiva conseguía restablecer la unidad en el mando del ejército, disolver el COPCON e intervenir en los órganos de prensa estatizados y autogestionados favorables a los movimientos populares, en los que son dimitidos los cuerpos redactoriales al completo. Con esto el gobierno lograba recuperar el mando efectivo de las fuerzas coercitivas, hacía desaparecer la tolerancia ante las acciones ilegales del movimiento popular (i) y apartaba del espacio público a la extrema izquierda –en especial de los medios de comunicación. Ante el nuevo escenario, las CMs pasaron a la defensiva.

A partir de este momento, el movimiento vecinal, estigmatizado por su alianza con los derrotados, sobrevivió precariamente. Continuó activo localmente, pero fueron raras las iniciativas novedosas. Por su parte, los comités de coordinación pasaron a la clandestinidad – en el primer momento, cuando no eran claras las consecuencias del *25 de Noviembre*– y luego se disolvieron, renaciendo fantasmalmente unos meses después como apoyo a campañas electorales, lo que contribuyó a su final estigmatización como organizaciones partidistas (k).



**Figura 8 Cierre de la estructura de oportunidades políticas.**



En los barrios chabolistas, el movimiento popular continuó cooperando con el SAAL, pero este servicio también fue extinto a finales de 1976, tras una serie de episodios conflictivos en los que se acusaba al SAAL y a las comisiones de moradores de pretender representar a las poblaciones y suplantar a los poderes instituidos (j). Frente a los planes SAAL, que seguía pidiendo expropiaciones rápidas y medios de construcción urgentes, el Ministerio de Administración Interna advertía que “*as novas câmaras, democraticamente eleitas, são, pela legitimidade do voto, as legítimas representantes das populações na defesa dos seus interesses*” (cit. en Rodrigues, 1999). Las poblaciones humildes movilizadas dejaban así de ser el referente de la legitimidad del poder público y sus intereses se diluían en la representación democrática. Con la extinción del SAAL, desaparecía el último proyecto administrativo en el que se pretendía dar solución colectiva a los problemas. A partir de entonces, los planes de habitación pública retomaron su forma competitiva clásica, en la que cada candidato, en vez de ser un participante más en la acción colectiva, sumando fuerza al proyecto conjunto, se transformaba en un adversario en el reparto de bienes escasos.

Aunque la mayor parte de las CMs no hubiesen tenido ningún tipo de participación activa en el 25 de noviembre y no fuesen perseguidas por ese hecho, el cierre de la crisis de Estado supuso una desaparición de la oportunidad para actuar. El final del ciclo de movilización no se explica por una represión directa extraordinaria, que no la hubo, sino por la constatación práctica de que la ilegalidad de masas ya no iba a ser tolerada y de que las movilizaciones carecían de interlocutores poderosos que reconociesen la validez de las exigencias. El Estado, funcionando ya según la coherencia inter-organizacional que lo define, volvió, como poder constituido, a conformar el paisaje físico de las acciones posibles. Por su parte, los activistas de las comisiones de moradores comprobaban sorprendidos que, al hacerse patente el cierre de las oportunidades políticas, ya nadie acudía a las movilizaciones.

Se puede hablar de derrota del movimiento vecinal si se atiende a las expectativas con las que jugaba la *illusio* revolucionaria. Sin embargo, las conquistas reales fueron de tamaño envergadura: masiva consecución de viviendas sólidas y de infraestructuras urbanas, o la pervivencia de la gestión cooperativa de los servicios de algunos barrios, que en cierto modo el movimiento venció, conquistó, realizó su derecho allí donde hubo la oportunidad, encontraron aliados con recursos y los oponentes eran más débiles. La constitución reconoció formalmente al movimiento vecinal, consagrando sus formas organizativas en un capítulo específico (Título VII, capítulo 5) y proveyendo mecanismos para su representación local. Sin embargo, éste ya no existía. La práctica política lo marginó definitivamente por dos procedimientos: 1) no desarrollando las leyes que se anunciaban en el texto constitucional y que deberían regular la participación de los barrios por democracia directa y 2) absteniéndose en reabrir las causas judiciales de desalojo o de impago de alquileres para evitar la reorganización reactiva.

### ***Comentarios finales***

En el relato propuesto, se hace resaltar el papel jugado por las interacciones en el proceso de movilización. Como narración explícitamente estructurada, permite que dirijamos varios interrogantes y exijamos la sustentación empírica concreta de los nexos causales afirmados. De este modo el proceso de exposición se revela como parte del proceso de investigación, como momento que hace visible los avances en el mismo y permite problematizar lo aparentemente asentado.

Del mismo modo, creemos que el relato muestra la plausibilidad de pensar las relaciones entre actores como un proceso de intercambio político en el que se truecan reconocimiento e identidad. Este proceso es abierto, pero no indeterminado. En él se constituyen innovaciones

políticas y nuevas identidades, pero pueden ser pensadas en la continuidad plástica de un *tempo* político acelerado. El crecimiento en capacidad y la radicalización del movimiento vecinal fue ganando consistencia en el proceso de interacción con otros actores, sin atender al proceso, la movilización sería inexplicable.

Por último, testando las cuatro dimensiones propuestas por McAdam para caracterizar la Estructura de Oportunidad Política (*vide* Capítulo 1), podemos ver como hubo una posibilidad de acceso notable a las decisiones políticas, pues el Estado respondió a las exigencias planteadas con sucesivos actos legislativos y con la creación de estructuras e instrumentos ad-hoc encaminados a satisfacerlas. Además, las elites estatales y las organizaciones con acceso al poder se mostraron divididas y, lo que es más importante, algunas de ellas se aliaron con el movimiento. La represión, cuarta dimensión del modelo, prácticamente desapareció frente a las acciones populares.

Sin embargo, si ponemos a funcionar dinámicamente el proceso, vemos como la desaparición de la represión fue el primer desencadenante de las acciones. A continuación, la formación del movimiento urbano fue tanto una respuesta como un motor de la división de las elites, llegándose al caso extremo de que una parte de estas tomase al movimiento como referente simbólico de su acción. El cierre final de la EOP, en las cuatro dimensiones, daría lugar a la perplejidad (Rodrigues, 1999) con la que los activistas del movimiento asistieron a la súbita desmovilización de las bases.

La memoria de estas movilizaciones aún despierta emociones muy vivas en quienes participaron, pero, como suele suceder, la experiencia es recubierta de un halo de fantasmalidad. Los propios protagonistas no son capaces de explicar como fue posible todo aquello, refugiándose, en la pobre explicación de que “eran otros tiempos”. El análisis que hemos presentado procura explicar, entre otras cosas, qué hacía que esos tiempos fuesen otros. Lo que se filtró hasta la vida cotidiana de tanta gente tuvo su origen en la desarticulación de los aparatos del Estado.

En la literatura sobre la revolución portuguesa, las explicaciones más comunes para el surgimiento repentino y potente de las movilizaciones, hacen referencia a un proceso de “liberación de tensiones”. En estas explicaciones, casi sismológicas, se suele utilizar la metáfora de la “olla a presión” [*panela de pressão*]. Según esta matriz explicativa, durante los últimos años de la dictadura, la falta de mecanismos válidos de representación de intereses sociales había sofocado la posibilidad de acomodación “homeostática” de los cambios derivados del proceso de modernización social. Esto habría redundado en una acumulación de

tensiones, las que emergieron a borbotones cuando el golpe del 25 de Abril “destapó la olla”. Así, pasado un tiempo, la olla abierta permitió que las tensiones se fuesen disipando y que se recobrase la normalidad. Es importante realzar que esta forma de explicar es usada tanto por protagonistas del proceso (la “*panela*” fue citada en, al menos, tres entrevistas), como por analistas que la han formalizado de un modo más riguroso (Braga da Cruz, 1995). En algunas versiones, incluso, las movilizaciones son presentadas como “anómicas”, por no existir una organización previa que las encuadrara (Barroso, 1984 y 1989).

Braga da Cruz (1995) considera que la movilización de 1974-1975 se explica por la “descompresión social y política” provocada por el golpe. Para este autor, la desmovilización posterior mostraría que no se había producido una modificación sustancial en “la mentalidad y las actitudes profundas”. El esquema que utiliza no nos parece satisfactorio. Por una parte, plantea que la cultura política es lo que explica la participación. Por otra, cuando se produce una explosión de participación, esa cultura política parece no tener ningún papel, o, en todo caso, sólo explica la radicalidad y una supuesta inorganicidad de las movilizaciones. Por ello, creemos que la cultura política no puede ser tomada como variable independiente de la participación, sino que debe asociarse al proceso de formación y percepción del horizonte de posibilidades de que la participación produzca resultados, es decir, a la estructura de oportunidades. Las variables culturales: recursos cognitivos, tradiciones, capacidades sociales, etc., siempre tienen un papel en la movilización, pero no como límite; el propio proceso de movilización recoge y recompone elementos del stock de recursos culturales para elaborar nuevos marcos cognitivos (*vide* McAdam *et alii*, 1999).

Del mismo modo, no nos parece que la desmovilización posterior al *25 de Novembro* se explique satisfactoriamente por una “liberación” de las tensiones. Por una parte, es cierto que con la transición hubo un “cambio en las instituciones y en la vida política” (Braga da Cruz, 1995) lo que, en principio, habría de suponer una oportunidad para el desarrollo de una cultura política más participativa que la de la dictadura. Sin embargo, si analizamos el tipo de oportunidades que hicieron posible la generalización de movilizaciones sociales, nos encontramos que, **entre la dictadura y la democracia que siguió al PREC, hay un elemento de continuidad fundamental, un Estado integrado, algo que no existió durante los dos años de proceso revolucionario.** La desmovilización no se derivó de una disipación de las tensiones, sino del cierre de la extraordinaria estructura de oportunidades representada por la crisis de Estado. Por eso, tras este análisis, consideramos necesario realzar que la principal reserva explicativa del comportamiento político no se encuentra en las corrientes

profundas de una “cultura política” “nacional”, sino en la provisión efectiva de oportunidades para que la participación política compense.

## Capítulo IV

### **“*The only game in town*”. El duelo de manifestaciones en la transición portuguesa.**

La revolución portuguesa de 1974-1975 entró en el imaginario internacional como un evento progresista marcado por las ilusiones y esperanzas del “pueblo”. La literatura *Whig* internacional se volcó en el estudio de los diversos movimientos populares que florecieron tras el golpe y que antecedieron a la aprobación y puesta en marcha del régimen constitucional, ya en 1976. Los protagonistas de estos relatos fueron los movimientos urbanos, el movimiento obrero, los jornaleros, los movimientos políticos radicales y los propios soldados. Sus experiencias fueron esgrimidas como ejemplos de la viabilidad de la autogestión y de la autonomía política de las clases populares (Mailer, 1977; Hammond, 1988; Downs, 1988)

Tras haber tratado uno de los movimientos proactivos, el de moradores, nos disponemos a analizar, en este capítulo y en el próximo, otros ámbitos de movilización popular que, según argumentaremos, desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo del proceso. Este capítulo será dedicado a la interacción estratégica de movilizaciones políticas y, el próximo, a la violencia popular "anticomunista"<sup>82</sup>.

#### **Transiciones, elites y movilización social**

La reciente literatura sobre democratización señala que, para que un régimen pueda ser considerado democrático, debe contemplar una serie de requisitos mínimos (criterio minimalista) y, además, esos criterios deben formar parte del funcionamiento regular de esa sociedad política de un modo tal que la democracia se pueda definir como “*the only game in town*” (Schmitter, 2000)<sup>83</sup>. En las transiciones a la democracia, no se cumple esta hegemonía

---

<sup>82</sup> En en la fluidez de la crisis, tuvo lugar a una lucha por la imposición de denominaciones y estigmas a los aliados y adversarios de cada proyecto, de entre la maraña de posibles denominaciones, adoptamos la de "anticomunista", frente a "reaccionario", "contrarrevolucionario", "resistente", o "demócrata" por considerar que denota un elemento fundamental que, pese a encerrar estigmatizaciones simplificadoras de los adversarios (algunos no se reconocerían como "comunistas"), sirve de manera aséptica para encontrar un denominador común a diferentes esfuerzos que, coyunturalmente, se conjuntaron en 1975.

<sup>83</sup> Las definiciones minimalistas (o procedimentales) de la democracia deben mucho al trabajo

de los procedimientos democráticos. Con este capítulo pretendemos analizar cómo, en Portugal, durante las primeras fases de la transición (abril de 1974-noviembre de 1975) la movilización social, y en especial la organización de manifestaciones, tendió a instituirse como “*the only game in town*”, convirtiéndose en uno de los principales medios con los que los portadores de diferentes proyectos políticos respaldaban sus exigencias. Para ello, trazaremos la evolución de la práctica de la manifestación política entre 1974 y 1976. Dentro de este cuadro, defenderemos que **la utilización y la apropiación de formas de política de confrontación por parte de los vencedores de las elecciones de abril de 1975 fueron fundamentales para lograr que el resultado electoral se transformase en un poder político efectivo**. Además, como las manifestaciones suponen la movilización de ciudadanos normalmente distanciados de los centros de decisión política, este capítulo nos brinda una base para discutir con las escuelas de la ciencia política que minimizan la importancia del comportamiento de las no-elites durante los procesos de transición a la democracia. No se tratará de afirmar que las no-elites primen sobre las elites en la explicación de los procesos políticos, sino en hacer aparecer su dependencia mutua.

### *¿Son las elites los únicos actores?*

Desde la década de 1970, la ciencia política dedicada al estudio de las transiciones ha insistido en el papel de las elites, de sus opciones y de los compromisos entre las mismas. Este tipo de abordaje, hoy predominante, se articuló como una crítica a los análisis estructurales y a las teorías del desarrollo, que vinculaban la emergencia de la democracia a un conjunto de indicadores económicos o culturales sin preocuparse expresamente por los procesos políticos que alumbraban el nuevo régimen<sup>84</sup>. Frente a este determinismo de las precondiciones, que

---

temprano de Schumpeter (1942) y de la elaboración propuesta por Dahl (1989). Samuel Huntington (1991) sigue a Dahl y recoge los elementos del actual “consenso procedimental” en la Ciencia Política, señalando que es democrático aquel régimen en el que “los decisores más importantes sean seleccionados por medio de elecciones periódicas, honestas y justas [*fair*], en las que los candidatos compitan libremente por conseguir votos y en las cuales pueda votar la totalidad de la población adulta” (p.7). Contrarrestando el sello conservador que suele asociarse a las definiciones minimalistas de la democracia, Dahl ha desarrollado teóricamente diferentes modelos de “poliarquía”, mostrando que desde una definición procedimental de la democracia se puede proponer una estrategia de democratización de la esfera económica.

<sup>84</sup> En este abordaje es el característico de Lipset (1992 [1959]). Aunque no desestimase la importancia de la acción política, fue el más influyente sistematizador del impacto del crecimiento económico, la alfabetización y la formación de una clase media, como condiciones de una democratización exitosa. Recientemente, Przeworski y Limogi (1997) han refundamentado su crítica a esta perspectiva, a la que denominan la “teoría endógena de la democratización”, proponiendo una “hipótesis exógena” que daría cuenta de las incontestables regularidades estadísticas en las que se apoya el trabajo de Lipset. Para Przeworski y Limogi, lo que la evidencia empírica muestra no es que el desarrollo económico actúe como *motor* de la democratización, sino que tanto un ritmo como un escalón altos de desarrollo

orientó la política estadounidense de apoyo económico a las dictaduras que se presentaban como “desarrollistas” (Przeworski y Limogi, 1997), la nueva transitología insistió en el carácter político del pacto que lleva al establecimiento de una democracia y, en consecuencia, en la contingencia de la democratización<sup>85</sup>. A partir de estas premisas, un amplio grupo de politólogos ha dedicado las dos últimas décadas a elaborar narraciones de los procesos de cambio de régimen y a establecer los momentos clave en los cuales la opción de las elites determinó un rumbo y no otro en el proceso de transición<sup>86</sup>. Como mucho, a las no-elites se les otorgaba o un papel pasivo o de amenaza. En todo caso, la movilización de las “masas”<sup>87</sup> aparece como un peligro para la democratización, pues en su agenda política predominan las reivindicaciones sustantivas (salarios, mecanismos de bienestar, reformas agrarias, etc.) sobre las procedimentales y, en particular, la propia democracia. Por consiguiente, para esta transitología, una habilidad fundamental de las elites consiste en su capacidad para contener las ansias de movilización de las bases que pretenden representar. (O’Donnell y Schmitter, 1986 v.4)<sup>88</sup>.

Sin embargo, después de veinte años dominando el campo, las teorías elitistas están comenzando a ser cuestionadas por estudios que pretenden re-evaluar el papel desempeñado en las transiciones por parte de los “públicos de masas” (Tarrow, 1995), las “no-elites”

---

multiplican notablemente las probabilidades de estabilidad de una democracia.

<sup>85</sup> Przeworski (1986) sistematizó el cambio de perspectiva: “*Studies of regime transformation tend to fall into two types. Some are macro-oriented, focus on objective conditions and speak the language of determination. Others tend to concentrate on political actors and their strategies, to emphasize the interests and perceptions, and to formulate problems in terms of possibilities and choices*” (p.47); para una discusión sobre la evolución de la literatura puede consultarse también Manuel (1995); Tarrow (1995) o Bermeo (1997).

<sup>86</sup> Recientemente, Barbara Geddes (1999) ha propuesto una interesante síntesis que valoriza de manera original los factores políticos institucionales. Esta autora incorpora datos sistemáticos sobre las transiciones de África y Europa oriental y avanza con el bagaje de la teoría de juegos para la caracterización de los mecanismos diferenciales de las transiciones, pero no en función del tipo de transición en sí, que es colocado como variable dependiente, sino del tipo de dictadura desde la cual se inicia el proceso, pues “*different kinds of authoritarianism differ from each other as much as they differ from democracy*” (p.121).

<sup>87</sup> Como se puede comprobar en el cuerpo del capítulo, la literatura académica ha ensayado diversas formas de sortear el carácter peyorativo del término “masas”, que remite a connotaciones negativas que denigran la capacidad de ciudadanía de los sujetos englobados por el vocablo. Otra opción posible, “Multitudes” (Negri, 1995), denota una disposición activa, no pudiendo aplicarse de manera general para caracterizar al referente empírico. Por su parte, “Pueblo” contiene una carga política y simbólica que lo invalida, no permitiendo tampoco ni efectuar distinciones de clase ni trazar fronteras con las elites. De los neologismos propuestos “no-elites” (usado por Nancy Bermeo, recuperando un término de Vilfredo Pareto) nos parece el más acertado.

<sup>88</sup> El ejemplo clásico de compromiso virtuoso de moderación es el de los “pactos de la Moncloa” firmados en España y que, con éxito diverso, se propusieron como modelo en las transiciones sudamericanas.



(Bermeo, 1997), los “movimientos sociales” (Sandoval, 1999; Hipsher, 1999a y 1999b) o los “actores colectivos” (Glenn, 1999). Por una parte, esta literatura señala que las elites han de mantener una relación específica con las no-elites para poder comprometerse en su nombre o representarlas (Bermeo, 1997). Por otra, destaca que las democratizaciones, al tomar como objetivo un régimen en el que la voluntad popular se erige en el referente de legitimidad, las elites han de asegurarse el apoyo de las no-elites y que, como este apoyo es condicional, se ven sometidas a la introducción de nuevas cuestiones en la agenda política y a una reducción del elenco de opciones posibles, pues los “actores colectivos” no aceptarían cualquier resultado (“*outcome*”) de las negociaciones trabadas por las elites (Glenn, 1999). Por último, si bien se admite que las transiciones son procesos políticos contingentes, no unívocamente determinados por las precondiciones económicas o culturales de carácter estructural, la nueva literatura sobre transiciones abre el abanico de actores que han de ser tomados en cuenta, señalando la capacidad de elección estratégica que albergan los “públicos de masas” (Tarrow, 1995). Por último, se argumenta que la movilización social puede, según la coyuntura, suponer tanto un obstáculo como un apoyo a la democratización (Tarrow, *ídem*; Bermeo, *ídem*)<sup>89</sup>.

No obstante, estos avances en la especificación del papel de las no-elites en los procesos de transición están inmersos en líneas de investigación muy concretas y pretenden responder a problemas delimitados. Por ello, como es propio, las generalizaciones que se derivan de estos trabajos pierden algo de fuerza al ser trasladadas a otros contextos. Una de las principales dificultades estriba en la caracterización dual de “elites” y “no-elites”, problema que abordamos en el siguiente apartado.

### ***Las bases no elitistas de la coalición dictatorial: “seguidores”, “apáticos” y “opositores”***

La dualización entre elites y no-elites lleva a no tomar en cuenta que la desunión interna y la competición de las elites tratada por la literatura dominante se corresponde con una desunión y competición entre las propias no-elites a las que pretenden representar. En la literatura sobre democratización que toma en cuenta a las no-elites, sólo se contempla a aquellas que forman parte del campo inicialmente opositor y democratizador (“*opositores*”), olvidando la existencia de bases de apoyo a las coaliciones que sustentan la dictadura (“*partidarios*”) y de

---

<sup>89</sup> Nancy Bermeo está preocupada tanto en valorizar la presencia de movilizaciones *antes* de la apertura o ruptura (por lo que desempeñarían un papel activo en la descomposición de la coalición dominante, señal original del inicio de la transición para las perspectivas elitistas) como *durante* el propio proceso

amplias capas de la población indiferentes ante cualquier régimen que no amenace sus rutinas cotidianas (“*apáticos*”). Así, Nancy Bermeo, al comentar las transiciones de Argentina, Chile o España, sólo refiere, en el campo de las no-elites, al movimiento obrero, a los estudiantes opositores, a los nacionalismos centrífugos y a los movimientos por los derechos humanos. En cambio, nosotros proponemos tomar en cuenta que –no habiendo nunca una lealtad unívoca ni incondicional–, los partidos, sindicatos, burócratas, militares, obispos, etc., que puedan protagonizar la negociación entre elites, pretenden representar segmentos de la población o intereses transversales a la misma. Si alguna virtud hay que reconocer al análisis de clases para el estudio de las transiciones (*vid* Poulantzas, 1978; Chilcote, 1984) ésta estriba en que identifica la inadecuación de la dicotomía entre elites y no-elites, permitiendo la búsqueda de las bases sociales de apoyo de los diferentes proyectos políticos. Por otra parte, **la base no-elitista de la dictadura, en el curso de la transición, puede modificar las formas de su lealtad al ritmo que las elites con las que se identifique vayan tomando unas u otras opciones, pudiendo optar por romper sus vínculos, buscar nuevos canales de representación, desinteresarse por el proceso o movilizarse en un sentido u otro. Así, un análisis de las transiciones políticas no puede contentarse con tomar a las bases de la original oposición democrática como las únicas no-elites que puedan movilizarse, radicalizarse en torno a asuntos de la agenda política excluidos del pacto elitista o resignarse a aceptar las opciones de sus representantes.**

Del mismo modo, las no-elites más ajenas a la política, los “*apáticos*”, pueden movilizarse si el proceso político introduce incertidumbres y potenciales amenazas en su horizonte de vida cotidiano. Como señala la *prospect theory* (Snow *et alii.*, 1998), los individuos perciben más marcadamente las desutilidades de las pérdidas que las utilidades de las ganancias, mientras la inseguridad dispara la identificación de amenazas y hace disminuir el umbral de riesgo que las personas están dispuestas a asumir. Como probará la inmensa movilización anticomunista del segundo semestre de 1975, es más fácil que los sectores apáticos de la población se movilicen reactivamente, respondiendo a lo que perciben como amenazas, que en busca de bienes colectivos inciertos<sup>90</sup>.

---

de transición y consolidación. En este capítulo nos restringiremos al segundo momento.

<sup>90</sup> Refiriéndose a la debilidad “iluminista” de los analistas de la oposición democrática a la dictadura, Herminio Martins ya señalaba en 1971 que “las privaciones objetivas (...) no determinan por sí solas las situaciones-problema colectivas: son precisas quiebras en el horizonte social de expectativas” [ahora en Martins (1998: 64)].

Por otra parte, **no se tratará de abordar teleológicamente el proceso político portugués de 1974-1976 como una transición. Sólo tras su desenlace puede ser caracterizado como un cambio de régimen y una democratización.** Por ello, aunque los programas anunciados tras el golpe militar de 25 de Abril puedan preconfigurar una opción por la democracia, hay que señalar que la presencia de la “democratización” en la agenda política de unos u otros de los actores no determina el resultado de las polémicas en torno a su definición (como “estado de derecho”, como “purga de la dictadura”, como “poliarquía” o como “justicia”) ni su valor ponderado en el conjunto de bienes buscado por cada actor, que podrá supeditarla a las apuestas y las posibilidades tácticas que vayan conformándose en el avanzar plástico del proceso.

En el caso portugués, funcionó un mecanismo homólogo al descrito por Nancy Bermeo, en el cual, frente a la hipótesis clásica de la transitología, la movilización social y el activismo “radicalizado”, en vez de provocar una respuesta reaccionaria que pretenda regresar a la situación anterior, resulta en un “recurso de las fuerzas democráticas para convencer a las elites dictatoriales de que han de escoger entre democracia o revolución”<sup>91</sup>. Además de eso, y en el mismo sentido, esas elites, al asumir su nuevo compromiso con la democratización, movilizaron a sus bases (Cabral, 1983) y las utilizaron como referente de la popularidad y de los recursos estratégicos de su apuesta. Esta hipótesis supone un corte más con las teorías de la modernización, que, utilizando la noción de cultura política, consideran que la democracia precisa de demócratas para establecerse y consolidarse. Como señalan Przeworski (1986) y Dobry (1999), lo que necesita la democracia son esquemas institucionales reductores de la incertidumbre que sean generalmente preferidos al riesgo de una crisis permanente<sup>92</sup>.

Como propone Dobry (1988: 155 y ss.) el fluir de una crisis política puede ser pensado como un juego de interacción extendido a múltiples sectores sociales en el que nadie sabe a ciencia cierta con qué recursos cuenta ni cuanto valen. Las diferentes jugadas de los actores van siendo interpretadas y devueltas al espacio público, funcionando como puntos focales en torno a los cuales se organiza la interpretación de lo que está pasando, de quién es quién, a quién apoya, quién representa qué o de cuanto vale cada recurso.

---

<sup>91</sup> Según Herminio Martins (1998: 56 [1971]), este tipo de argumentos ya formaba parte de la táctica de la oposición socialista en 1969, cuando señalaba los avances de la extrema izquierda como argumento ante Marcelo Caetano para que acelerase la liberalización.

<sup>92</sup> Siguiendo a Stinchcombe (1999) señalaremos que la democracia es sólo una de esas posibles soluciones a la crisis.

En este escenario de incertidumbre, la movilización popular –un indicador de fuerza social y de compromiso con los valores afirmados– puede transformarse en uno de los recursos primordiales sobre los cuales fundamentar las distintas apuestas políticas. Así, las no-elites ganan buena parte del protagonismo, pues con su movilización o indiferencia balizan el proceso político, dramatizan compromisos con determinadas opciones o recalcan la marginalidad de otras. Frente al secretismo del voto, la manifestación es una forma de compromiso político público y, como tal, implica riesgos personales y la expresión de la disposición a asumirlos: “salir a la calle significa exponerse, estar ahí si la manifestación degenera, si las fuerzas del orden cargan o si un grupo de contramanifestantes ataca o intimida a los manifestantes” (Fillieule, 1997).

Pese a nuestra insistencia en la “política de confrontación”, no hemos de olvidar que una forma fundamental de participación política de las no-elites es la participación electoral. Su influencia en los procesos de transición ha sido ampliamente valorada por la literatura (Linz, 1995). Sin embargo, el acto electoral, además de no agotar el elenco de intereses que pueden ser representados por la acción colectiva (Pizzorno, 1994), es un acto temporalmente delimitado cuyo impacto está subordinado al juego de interpretaciones que se haga de su resultado, no estando garantizado (como enseña la memoria histórica) ni el respeto de los resultados por parte de los derrotados ni, en consecuencia, la conversión del resultado en un mandato efectivo de los vencedores. En cambio, la movilización social es, en ausencia de un denso aparato represivo, un recurso disponible, a mano de todos los actores políticos. Como intentaremos mostrar para el caso portugués, durante una crisis política, esta movilización puede alcanzar una importancia fundamental, tanto para **1)** asegurar la continuidad del proceso de transición como para **2)** frenar sucesivamente determinadas opciones de fondo asumidas por los gobernantes o **3)** lograr la convertibilidad del resultado electoral en mandato gubernativo. En articulación crítica con los relatos elitistas de la transición portuguesa (Maxwell, 1994; Manuel, 1995; Bruneau, 1995), señalaremos que: **1)** la movilización social explica la deriva del golpe del 25 de Abril en crisis de Estado (*vid.* Capítulos 2 y 3) ; **2)** el resultado electoral redujo la incertidumbre respecto al respaldo social de los diferentes proyectos políticos<sup>93</sup>; **3)** esta reducción de incertidumbre alimentó el desarrollo de

---

<sup>93</sup> El papel de la reducción de incertidumbre que tuvo el resultado electoral fue fundamental, teniendo en cuenta que en esa altura no existía un precedente de alineamientos partidarios y no se realizaban encuestas. Otros mecanismos de reducción apriorística del abanico de partidos, como el establecimiento de grandes recogidas de firmas como condición para poder participar en las elecciones, fueron desechados por el temor del PCP a verse obligado a exponer públicamente a militantes y simpatizantes que provenían de la clandestinidad o que podían temer una involución del proceso

movilizaciones “anticomunistas” destinadas a afirmar el valor de los resultados electorales frente al vanguardismo del MFA; y 4) fue la movilización la que hizo pasar de “*apáticos*” a “*opositores*” (anticomunistas) a una buena parte del aparato militar, que ni se había integrado en el MFA ni había participado en los intentos Spinolistas, sino que había valorado la continuidad y la unidad de las Fuerzas Armadas por encima de sus opciones políticas. Esta activación fue fundamental para la conformación del resultado final del verano caliente de 1975 y su culminación en el 25 de *Novembro*.

### **Las manifestaciones en la transición portuguesa.**

Como ya señalaba António Barreto (1987), las manifestaciones fueron utilizadas por los partidos políticos como medio de demostración de fuerza, de apoyo y de rechazo a las medidas gubernativas, siendo los poderes militares el principal destinatario de las demostraciones de fuerza, de afecto o de condena. Otros tipos de acciones colectivas, más inmediatamente relacionados con la consecución de mejoras materiales ya fueron discutidos en los capítulos anteriores.

#### ***La forma manifestación***

Las manifestaciones, salvo las escenificadas las organizaciones del régimen, se habían mantenido prohibida durante la dictadura ahora derrocada, pero su partitura pertenecía ya al repertorio de acción colectiva de los portugueses movilizados, que la habían practicado pese a su prohibición. En consonancia, su uso, ahora permitido, siguió la pauta general de la forma-manifestación. En casi todas ellas se pretendía representar el referente de la Unidad (frente al partidismo), de la Cantidad (frente a las minorías), del Compromiso [*commitment*] (frente a la apatía) y de la Respetabilidad de los manifestantes<sup>94</sup>. Señalaremos que esta última variable se mostró muy dependiente del marco simbólico entonces dominante: el proceso revolucionario modificó temporalmente la definición social de la respetabilidad y ésta pasó a identificarse con la comparecencia de gente humilde, de agricultores y de trabajadores, todos ellos referentes empíricos del “pueblo”, el referente de los discursos políticos empeñados en construir un nuevo régimen. Así, en contraste con las manifestaciones de los republicanos de principios de siglo, que desfilan con sus trajes de domingo para afirmar su dignidad y civismo

---

(Entrevista Costa Brás, X-2000)

<sup>94</sup> Estas cuatro dimensiones son analizadas en Tilly (1999).

(Ramos, 1994), los manifestantes de los distintos cuadrantes partidistas de 1974 y 1975 comparten la referencia al denominado “pueblo trabajador”<sup>95</sup>.

Por otra parte, tipológicamente, con el término manifestación se suele señalar un cortejo que recorre un trayecto expresando sus preferencias. Sin embargo, en este estudio, y apegándonos al uso encontrado en las fuentes, incluiremos también bajo el rótulo “manifestación” a aglomeraciones inmóviles de gente que normalmente se catalogan como “mítines” [en portugués, “*comícios*”] o “peticiones”, aunque sólo cuando éstas tomen una forma política según la definimos en el próximo apartado.

### ***Las manifestaciones como política de confrontación.***

Siguiendo la definición de Charles Tilly, la “política de confrontación” consiste en “la interacción colectiva, pública y episódica entre reclamantes y sus objetos cuando (a) al menos un gobierno es reclamante u objeto de reclamación y (b) lo reclamado, si se obtiene, interesará, al menos, a uno de los reclamantes” (2000). Explorando las posibilidades de esta definición, nos encontramos con cuatro tipos de episodios contenciosos, según sean las partes de la interacción (Cuadro 4). En primer lugar, tenemos un episodio **desintegrador**, como los propios de los golpes de Estado, cuando unos sectores del aparato de Estado reclaman acciones a otros fuera de su marco de integración institucional. En segundo lugar, un episodio de conflicto **social**, cuando un actor no estatal reclama acciones a otro actor que tampoco pertenece a la esfera estatal. En tercer lugar, un episodio de conflicto contencioso propiamente **político**, cuando es un actor no estatal quien reclama acciones de un actor estatal y, por último, una interacción episódica que denominaremos **plebiscitaria**, cuando es el actor estatal quien reclama a un público no estatal el reconocimiento de la validez de sus acciones.

---

<sup>95</sup> Por ejemplo, en su comunicado del 1º de mayo de 1975 el PPD señalaba que era “el segundo partido de trabajadores de Portugal”.

**Cuadro 4 Caracterización de los tipos de episodios contenciosos entre actores estatales y no estatales.**

<b>RECLAMANTE</b>		
<b>RECLAMADO</b>	<i>Actor Estatal</i>	<i>Actor no Estatal</i>
<i>Actor Estatal</i>	Desintegrador	Político
<i>Actor no Estatal</i>	Plebiscitario	Social

Siguiendo estos criterios, hemos elaborado una base de datos con las manifestaciones políticas, en las que no están incluidos, por ejemplo, los mítines electorales o las numerosísimas “sesiones de esclarecimiento” –con una función primaria de comunicación entre líderes y bases potenciales-, pero sí aquellos otros convocados como palco de desafío colectivo al gobierno o a determinados sectores del aparato de Estado. Para encuadrar con más rigor el objeto, hemos clasificado como manifestaciones políticas a aquellas en las que *(a)* sólo una de las partes, ya como interpelado o ya como convocante, es un aparato de Estado y *(b)* lo que se reivindica tiene un carácter general. Así, se han excluido centenares de manifestaciones laborales y sociales, en las que ninguno de los interpelados es un aparato de Estado o las que pedían, por ejemplo, la nacionalización de una empresa concreta. En cambio, se han incluido las que reclamaban una política general de nacionalizaciones o la vinculación de las exigencias concretas con una política de orientación general, como en el célebre cerco a la asamblea constituyente por parte de los trabajadores de la construcción (12-XI-75). Por último, se han incluido las manifestaciones y los mítines que hemos denominado “plebiscitarios”, convocados por los aliados de los distintos gobiernos o sectores del aparato de Estado para dramatizar el apoyo popular a cada uno de ellos.

Antes de concluir este apartado, señalaremos que nuestra base de datos recoge 281 manifestaciones políticas y plebiscitarias, contando como una única las simultáneas que se corresponden con fechas ritualizadas, como el 1º de mayo o el 5 de octubre, pero individualizando las que responden de manera dispersa por el territorio a un mismo acontecimiento político (28 de septiembre, 11 de marzo). Para elaborarla se han explorado las cronologías publicadas y se han completado con la explotación de fuentes primarias. Para la Gran Lisboa y Oporto, nos hemos servido con especial provecho de Santos, Cruzeiro y Coimbra (1997) y de Martins Rodrigues *ed.* (1994), aunque los datos han sido corregidos y

aumentados cotejando la prensa de la época, especialmente la editada por los distintos partidos. Para el Alentejo, la guía principal ha sido Almada (*s.d.*), mientras que para los distritos de Viana do Castelo, Santarém, Leiria, Faro, Vila Real, Bragança y Braga hemos utilizado cronologías de elaboración propia basadas en la prensa regional. Los otros distritos no han sido objeto de una búsqueda sistemática, una vez que los comportamientos de las áreas citadas nos parecen representar a la variedad del conjunto del Portugal continental.

En el Gráfico 2 se ofrece un panorama resumido de la manifestaciones políticas y plebiscitarias del periodo. Se han formado cuatro familias políticas a las que adscribir cada acto: *Unitaria* (gran coalición “anti-fascista”), *Spinolista*, *Radical* (gonçalvistas, PCP e Izquierda revolucionaria, anti-liberales) y *Anticomunista* (PS, PPD, CDS, Jerarquía Católica, “moderados”). Las categorías son claramente simplificadoras, pero, como suele decirse, “nadie elige con quién compartir la barricada”. El gráfico se destina meramente a ilustrar el texto y a apoyarlo visualmente, marcando la diferencia en las pautas de movilización política en cada periodo. Por una parte, ninguna de las fuentes consultadas es sistemática en el tiempo y en el espacio ni completamente imparcial<sup>96</sup>. Por otra, el número de manifestaciones no refleja el número de manifestantes que acuden a cada concentración<sup>97</sup>.

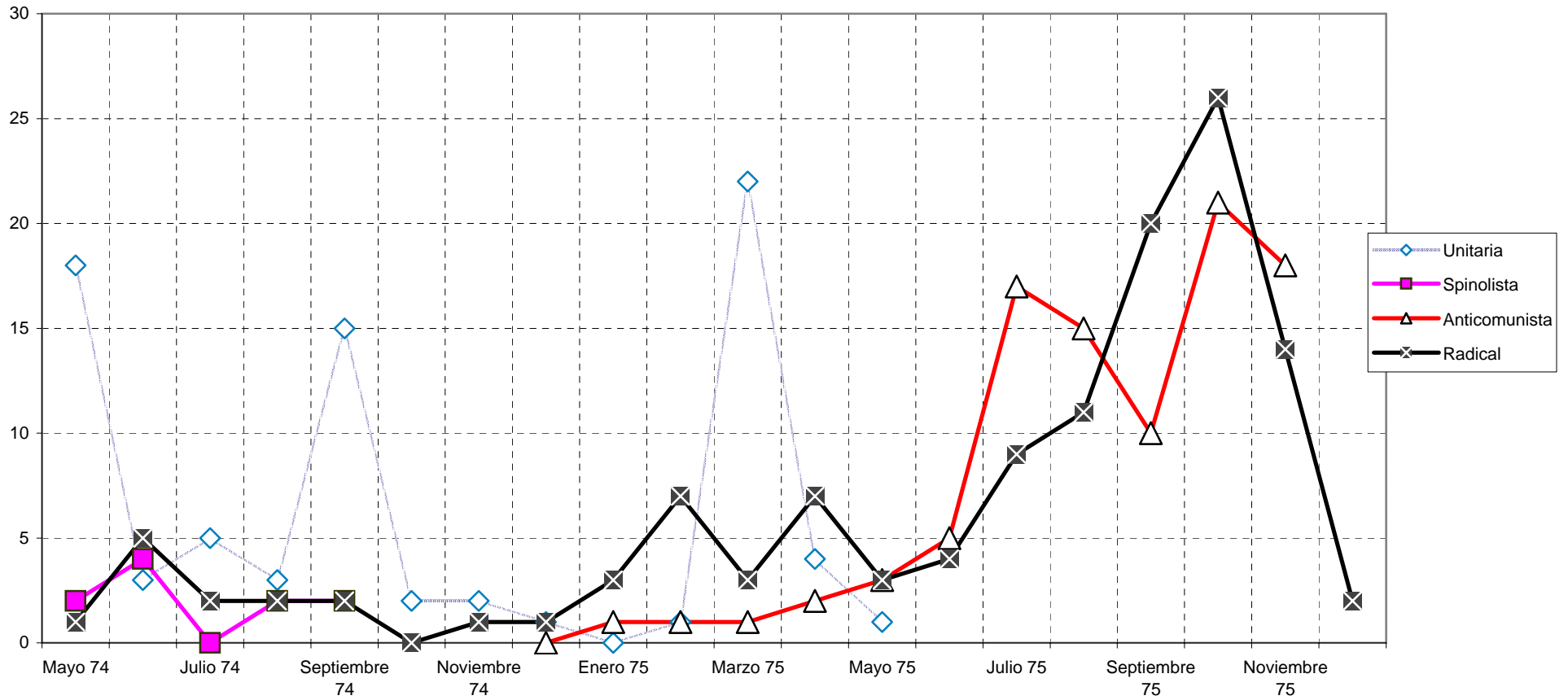
---

<sup>96</sup> Para una discusión sobre la sistematicidad de las fuentes sobre manifestaciones, en el caso francés, ver Fillieule (1997)

<sup>97</sup> Como ejemplo extremo señalaremos que una de las manifestaciones de agosto de 75 clasificada como “revolucionaria” es presentada por la fuente con el titular “los católicos progresistas juegan a las manifestaciones”, pues sólo logran movilizar a 15 personas en Oporto para defender a los curas apartados por la jerarquía eclesiástica.



Gráfico 2 Evolución cuantitativa de las manifestaciones políticas.1974-1975. Elaboración propia



### ***1ª fase, la unidad democrática.***

Uno de los componentes inesperados del golpe de 25 de Abril de 1974 fue la respuesta civil. Lisboa sirvió de palco a las operaciones más espectaculares del golpe de Estado y las escenas más conocidas que dieron imagen internacional a la Revolución muestran la confraternización entre las tropas golpistas y una parte de la población de Lisboa. Sin embargo, las expresiones públicas y colectivas de júbilo no se circunscribieron a la capital. De hecho, en el resto del país, durante los días sucesivos, se realizaron manifestaciones de bienvenida a los nuevos poderes provisionales y de petición de sustitución de las viejas autoridades. La prensa regional da cuenta de la celebración de manifestaciones en todas las capitales de distrito y, al transcurrir los días, en la mayoría de las cabezas de municipio. Esta serie de manifestaciones mostraba la relativa consolidación de un espacio público abierto y preparaba el terreno a la masiva y generalizada celebración del 1º de mayo.

Aunque en las movilizaciones iniciales, y sobre todo en las zonas más urbanizadas, aparecieron algunas banderas partidistas (del PCP y la extrema izquierda), los símbolos que primaban eran las banderas nacionales y los carteles improvisados con vítores al MFA y al general Spínola. Este apartidismo conformó una imagen de unidad popular que, durante varios meses serviría de referente de la legitimidad de los nuevos poderes.

Las manifestaciones habían estado prohibidas durante la dictadura en tanto que potenciales episodios de disturbios públicos, por lo que, en contraste, la prensa, especialmente la regional, coincidía al destacar que “la población de esta ciudad [podía] enorgullecerse de su comportamiento en la presente coyuntura (...) tanto la manifestación de homenaje al ejército como la de sábado llevada a cabo por la juventud estudiantil (...) y como la del 1º de mayo, se desarrollaron ordenadamente” (*Notícias de Viana, 5-V-74*). Además, en muchos lugares de provincias, estas manifestaciones tomaban la forma de las marchas populares, típicas de las fiestas locales. Así, en Bragança “*milhares de populares, levando à frente a banda de música infantil do patronato de Santo António (...) se dirigiram à sede do BC3*” (*Mensageiro de Bragança 5-V-74*). Como esta de Bragança, las primeras manifestaciones solían concluir junto a un cuartel local, dispersándose tras ovacionar el discurso de algún conocido “demócrata local” y recibir el saludo del comandante del puesto militar, que agradecía las referencias elogiosas al ejército proferidas por oradores y manifestantes.

Solapándose con esta primera fase de movilización de apoyo al golpe, se inició una nueva oleada de acciones colectivas que, como analizamos en el capítulo 3, pasaron a funcionar como principales mecanismos del “*agenda setting*”, presionando a favor de medidas en los ámbitos laborales y urbanos, primero de carácter restringido y, más adelante, de carácter general. Por su parte, entre mayo y junio de 1974, el MDP, aún un movimiento democrático “unitario”, organizó decenas manifestaciones a lo largo y ancho de Portugal para dramatizar la popularidad de sus candidatos a Gobernador Civil o a gobernantes municipales (v. cap. 2). En estas movilizaciones el interlocutor solía ser la unidad militar local. Del mismo modo, numerosas manifestaciones convocadas por los distintos partidos pedían la aceleración de las purgas en la función pública, la exigencia de responsabilidades a la policía política o el reconocimiento de los movimientos de liberación de las colonias y de su derecho a la autodeterminación.

Entrado el verano de 1974, tres grandes asuntos marcaban la agenda política, la descolonización, el ritmo de institucionalización del nuevo régimen y la agitación en la esfera laboral. Respecto a todas ellas, los partidos convocaron manifestaciones, ya fuese anticipando las reivindicaciones (caso de la extrema izquierda) o congratulándose por su desenlace (manifestaciones del PS y PPD para saludar el protagonismo del MFA en el IIº GP o la aceptación resignada, por parte de Spínola, del derecho de las colonias a la autodeterminación).

Las movilizaciones exaltadas de esta primera fase de “reemergencia de la sociedad civil” (Schmitter, 1986) generaron un fenómeno que, en consonancia con la emergencia del sistema de estigmas analizado en el capítulo 2, puede ser pensado según la categoría de la “espiral del silencio” propuesta por Noelle-Neumann (1995). El espacio público, aunque apareciese lleno de exigencias, sólo reflejaba las de los segmentos movilizados de la población, quienes, en el contexto de euforia e incertidumbre inicial, se correspondían con los grupos políticos antes prohibidos por la dictadura. Además, la prensa también se vio sumida en una lucha por depurar las complicidades con las políticas de información y censura del régimen depuesto, lo que se reflejó en una carrera de desmarques del “fascismo” y en una cobertura creciente de los movimientos antes prohibidos.

Para contrarrestar este relativo monopolio del espacio público, el Presidente de la República, el General Spínola, y los partidos embrionarios que más fuertemente se identificaron con él, intentaron invertir el proceso y establecer un vínculo de lealtad directo con las poblaciones que le sirviese como respaldo a su proyecto político, mucho más conservador en cuestiones económicas y de descolonización de lo que aparecía reflejado en las distintas movilizaciones.

Frente a las movilizaciones que intentaban radicalizar el proceso político, especialmente protagonistas en Lisboa y Oporto, Spínola popularizaba el término de “Mayoría Silenciosa” y se proclamaba representante de las aspiraciones de una hipotética mayoría de portugueses que, según él, aunque apenas se movilizasen, no concordaban con los fines y valores afirmados por los grupos movilizadas. El Presidente de la República pretendió, sin lograrlo, ser plebiscitado mediante unas inmediatas elecciones presidenciales (episodio Palma Carlos), pero también emprendió una serie de viajes por el país con los que pretendía cimentar su poder. Por una parte, intentó ganarse la lealtad de las unidades militares, visitando a las de mayor capacidad de fuego; por otra, organizó mítines en varias localidades –Coimbra, Oporto, Abrantes, Évora, Santarém, Tomar– y presentó las inmensas multitudes que le aclamaron como referentes de su popularidad. La estrategia de Spínola reposó de manera importante en la movilización social. En septiembre de 1974, sus simpatizantes prepararon la entrada en una nueva fase de esta campaña con la organización de actos multitudinarios como la corrida de toros en beneficio de la Liga de Combatientes de Ultramar, en la que los espectadores vitorearon al general y silbaron al primer ministro. Mientras tanto, en los alrededores se enfrentaban algunos asistentes con grupúsculos de extrema izquierda. Como siguiente paso en esta escalada de movilización plebiscitaria, los spinolistas anunciaron una gran manifestación de carácter nacional en Lisboa a la que, precisamente, se denominó “de la Mayoría Silenciosa”<sup>98</sup>.

Como respuesta, los adversarios a este intento de reforzar el poder del Presidente de la República también recorrieron a una amplia y arriesgada movilización social. En la noche del 27 para el 28 de septiembre de 1974, las bases del PCP<sup>99</sup>, del MDP y del PS conjugaron su acción con comisiones de trabajadores, sindicatos y comisiones de moradores para organizar piquetes en las carreteras e impedir la realización de la manifestación anunciada. Este episodio provocó un conflicto entre el gobierno y la presidencia de la república, llevando a una nueva quiebra en el bloque estatal que permite calificarlo de “golpe”, pues las unidades se vieron en la tesitura de optar entre *(a)* mantenerse fieles al Presidente de la República y reprimir a los contra-manifestantes o *(b)*, seguir las directrices del MFA y sumarse a aquellos. La mayor parte de las fuerzas operativas que actuaron se sumaron a los piquetes, mientras que las que se

---

<sup>98</sup> En “*País sem Rumor*” (1978) Spínola presenta esta manifestación como una iniciativa cívica anónima de la que le informó el general Galvão de Melo. Como me recordó M. Villaverde Cabral, la estrategia de una gran manifestación de la “mayoría silenciosa” se inspira en la adoptada, con éxito, por De Gaulle tras la revuelta de mayo de 1968.

<sup>99</sup> Según relata Freitas do Amaral, entonces Consejero de Estado, el PCP tenía razones de peso para sentirse amenazado en el caso de que Spínola triunfase, pues éste había pedido pareceres sobre un decreto que ilegalizaba al partido (Amaral, 1995).

mantuvieron fieles al Presidente de la República, como la Guardia Nacional Republicana, se mostraron indecisas y fueron neutralizadas, en algunos casos, por las propias movilizaciones populares, que llegaron a tomar al asalto algunos cuartelillos [*escuadras*] del cinturón industrial de Lisboa (Spínola, 1978: 231; Brinca y Baía, 2000).

La movilización contra la “mayoría silenciosa” fue el primer lance que demostró el potencial de coordinación insurreccional de las organizaciones civiles, colocando en manos del PCP y la Intersindical un nuevo instrumento de presión. Además, los grupos de extrema izquierda aprovecharon la oportunidad ofrecida por la confusión política y el desarme de las policías para dirigir el asalto a las sedes de los partidos más a la derecha, el liberal y el federalista, en Lisboa, Setúbal y Oporto. Sin embargo, lo más significativo no fue que la izquierda revolucionaria pudiese amenazar con una insurrección, sino que conquistó el derecho a ser ella la que de facto podía definir las acciones de sus adversarios como directa o potencialmente insurreccionales o provocatorias.

### ***IIª fase, una unidad cada vez más forzada.***

La nueva situación, con cambio de Presidente de la República y de gobierno provisional (se pasa del IIº al IIIº) fue, de nuevo, refrendada mediante manifestaciones en las capitales de distrito. Además, y aunque todos los principales partidos acabasen saludando el desenlace del episodio, la geografía del entusiasmo por el mismo, expresada en las manifestaciones de apoyo al MFA y al nuevo Presidente de la República (el General Costa Gomes), comienza a prefigurar las futuras fracturas político-electoral. Así, mientras en la gran Lisboa, Oporto y el Alentejo se celebró el 28 de septiembre con grandes concentraciones, rematadas con las conmemoraciones del 5 de octubre (día de la República), los periódicos de Bragança y Vila Real, por ejemplo, destacaban lo poco concurrida que fue la manifestación allí convocada.

La derrota de la “Mayoría Silenciosa” hizo desaparecer, temporalmente, las manifestaciones de condena al rumbo político en sus vertientes socializante, democratizante y descolonizadora. En cambio, dejó el camino abierto a aquellas que apoyasen las decisiones del poder político-militar o le incitasen a radicalizarse.

Durante esos mismos meses, los partidos fueron celebrando sus congresos y, en el caso del PPD, sus primeros grandes mítines en Lisboa. Estas aglomeraciones eran aprovechadas como recurso simbólico y el PPD se dedicó a publicar suplementos gráficos mostrando el carácter masivo de su respaldo popular. Esta táctica de comunicación apareció como fundamental en el contexto de incertidumbre preelectoral, pues, como señala Mário Soares (1996), “los partidos

no se habían medido por medio de los votos. Nadie sabía con certidumbre lo que valían si no tenían fuerza en el terreno de las luchas sociales” (p.362).

Al mismo tiempo, se iba desarrollando otra batalla por la conquista física y simbólica de la calle y de la capacidad para congregarse multitudes. En el Alentejo, Algarve, Setúbal y Lisboa, la extrema izquierda –en especial la maoísta– se dedica a intimidar a los partidos “de derecha” (CDS, PPD, PDC), muchos de cuyos mítines y congresos eran violenta e impunemente boicoteados mediante contra-manifestaciones. Muy pronto, en Viana do Castelo, Braga, Bragança o Vila Real, los partidos de izquierda, en especial el MDP y el PCP, comenzaron a ser víctimas de esta misma forma de acción colectiva, que se prolongó durante la campaña electoral.

Al comenzar 1975, el debate político nacional se centró en la legislación sindical<sup>100</sup>. Aquí, por primera vez, las posiciones políticas dividieron claramente a los partidos de la coalición gubernamental, por lo que, también por vez primera, las manifestaciones y mítines fueron utilizados para mostrar el respaldo de las posiciones de cada partido de la coalición ante las instancias militares. El PCP y el MDP consiguieron reunir a una inmensa multitud el 14 de enero, en una manifestación a favor de la existencia de una única confederación sindical que “defendiese la unidad de la clase obrera”. Contra esta iniciativa, el PS convocaba un mitin y una manifestación de respuesta bajo el rótulo “Viva el MFA, no a la *unicidad* sindical”, pero las amenazas de contra-manifestación y boicot por parte de la Intersindical –hegemonizada por el PCP– llevaron a su suspensión temporal por parte de las autoridades militares. Significativamente, éstas prefirieron evitar el conflicto y no ceder la calle a sus oponentes, antes que garantizar el derecho a manifestarse del PS. Ya aprobada la *unicidad* en la fecha para la que se había retrasado la convocatoria (6 de febrero), la manifestación se redujo a un pequeño acto en el que el PS reafirmaba su apoyo al Movimiento de las Fuerzas Armadas.

Mientras tanto, otras manifestaciones, convocadas por comisiones de trabajadores y partidos de extrema izquierda, se realizaban pese a ser prohibidas por su carácter provocador. Así, miles de trabajadores y de militantes revolucionarios desfilaron contra la OTAN ante la Embajada de Estados Unidos, mientras las tropas enviadas para desviar el cortejo se hacían a un lado y saludaban con el puño en alto a los manifestantes. Por una parte, esto reforzaba la

---

<sup>100</sup> Mientras el PCP, MDP, FSP y MES proponían la unidad por ley de la confederación sindical, el PS, PPD y el CDS denunciaban ésta como un ataque a la libertad de sindicación. Para criticar la ley sin dejar de afirmar que defendían la unidad de los trabajadores, el PS acuñó el neologismo “unicidade” para referirse a la unión impuesta por ley.

percepción de la excepcional impunidad de que gozaban las transgresiones colectivas. Por otra, tornaba evidente la progresiva independización de las unidades militares del poder político formal.

A 11 de marzo de 1975 se producía un nuevo intento golpista protagonizado por los partidarios de Spínola y, en él, la movilización popular jugaba de nuevo un papel importante, con centenares de civiles en Lisboa interponiéndose entre las tropas atacantes y atacadas. Simultáneamente, decenas de fábricas paraban en las zonas industriales porque los trabajadores “acudieron en masa a la plaza (...) como garante de su unidad con el MFA” (*Jornal da Marinha Grande, 14-IV-75*). Durante la tarde de ese mismo día, y siguiendo la pauta ya marcada, todos los partidos de la coalición gubernamental participaban en las manifestaciones, celebrando que se hubiese abortado el golpe, pero se produjeron numerosos conflictos entre grupos de manifestantes, pues los próximos al PCP no reconocían sinceridad en la participación de los que acudían a las manifestaciones con pancartas del PPD y pretendían excluirlos de la coalición victoriosa.

En los días sucesivos, el nuevo órgano institucional del MFA, el Consejo de la Revolución, fue anunciando una serie amplia de nacionalizaciones. De nuevo, estas medidas fueron saludadas por una serie de manifestaciones unitarias coordinadas por la intersindical y apoyadas por todos los partidos de la coalición gubernamental. Nuevamente, el PPD tuvo problemas para que le dejaran portar sus banderolas en las manifestaciones de júbilo (*Povo Livre, III-75*).

### ***IIIª fase, reacción y resistencia.***

Las elecciones fueron un inmenso éxito en términos de participación popular (91%) e introdujeron una nueva variable independiente en el mapa político. En principio, el respaldo de cada partido ya no debería ser indicado por su capacidad de movilización en la calle, sino por los resultados obtenidos en las urnas. Sin embargo, aceptar la convertibilidad irrestricta de este principio –aunque se correspondiese con su compromiso programático inicial– significaba abandonar el trabajo de transformación social que se había impuesto como nueva identidad del MFA y dejar sin premio el inmenso riesgo asumido con la organización del golpe.

**Cuadro 5 Resultados electorales en las elecciones constituyentes de 1975 (resumidos)**

<i>Partido</i>	<i>Resultado</i>
Partido Socialista (PS)	37%, 115 escaños
Partido Popular Democrático (PPD)	26%, 80 escaños
Partido Comunista Portugués (PCP)	13%, 30 escaños
Centro Democrático y Social (CDS)	08%, 16 escaños
Movimiento Democrático Portugués (MDP)	04%, 5 escaños
Frente Socialista Popular (FSP)	01%, sin escaños
Unión Democrática Popular (UDP)	0'8%, 1 escaño
Votos blancos y nulos	06%
Participación	91%

En esta coyuntura, se abrió un gran debate sobre la interpretación de los resultados electorales. Los partidos (MDP, PCP y FSP<sup>101</sup>) que servían de principal referencia al sector “*gonçalvista*” del MFA, entonces dominante, lograron una pobre representatividad general, aunque sus resultados fueron buenos en los cinturones industriales de Lisboa y Oporto y en el sur latifundista; el PS obtuvo una clara mayoría y una implantación nacional homogénea, mientras el PPD se reveló como la segunda fuerza nacional y como el principal partido del norte minifundista, región en la cual el CDS –el partido más conservador con asiento parlamentario– también lograban una buena representación. La lectura de estos resultados fue variada: para los *gonçalvistas*, el MDP y el PCP, la mayoría había votado un proyecto “socialista”, por lo que se debía “avanzar hacia el socialismo” incluso sin la anuencia del partido que lo había presentado (el PS). Para defender esta afirmación, se afirmaba que las bases del partido estaban más a la izquierda que su cúpula y que apoyarían al MFA si se enfrentaba con el partido. Además, explicaban los resultados en el norte como fruto del oscurantismo al que, según ellos, caciques y curas “reaccionarios” sometían a los pequeños agricultores analfabetos. Con estas declaraciones, intentaban desvalorizar el voto emitido, argumentando que “aunque las elecciones se hayan realizado en libertad, no son libres (...) por culpa de la situación social, económica y política” (Correia, 1976<sup>a</sup>: 137-138). En ese mismo sentido, Álvaro Cunhal, lisonjeaba al MFA y le animaba a no plegarse al resultado electoral, afirmando que “en las elecciones hubo una gran fuerza política que no compareció, el MFA

---

<sup>101</sup> La coalición anticomunista trató siempre al FSP (escisión de la izquierda del PS) y al MDP (heredero del movimiento unitario de oposición democrática a la dictadura) como “satélites” del PCP.



(...) eso se tradujo de una manera u otra en la votación partidaria, dándole el apoyo correspondiente al MFA, lo que es una limitación de la Asamblea Constituyente” (ACR, actas, vol 1, 23 de Maio).

Sin que sea sorprendente, PS y PPD no aceptaron esa interpretación y, como vencedores de las elecciones, apostaron por que su mandato electoral les permitiese controlar las riendas gubernativas y asegurase que los trabajos de la Asamblea Constituyente fuesen respetados por el MFA. En su discurso político, el pueblo portugués, además de votar por el socialismo, había votado por la democracia, cuyo establecimiento formal debía primar sobre cualquier intento “totalitario” (*sic*) de construir una sociedad sin clases.

La disputa por la imposición de una interpretación de los resultados electorales se transformó rápidamente en una carrera por la apropiación de la capacidad de movilización popular. Las conmemoraciones del 1º de mayo, en las que PS y PCP pugnarán por el protagonismo, serán el punto de partida de lo que, durante los ocho meses siguientes, constituyó un verdadero duelo de manifestaciones.

Durante el mes de mayo se fue haciendo patente la tensión entre los partidos dominantes en la Asamblea Constituyente y los militares radicales del MFA. Sin embargo, los conflictos entre el IVº GP, salido del 11 de marzo, y los dos partidos mayoritarios, no provendrían de la agenda política explícita que imponía el MFA, caracterizada por su prisa por legislar transformaciones estructurales, nacionalizar y apoyar la reforma agraria, sino por su falta de compromiso en la ordenación equitativa de la influencia de cada partido en los medios de comunicación (una crisis también señalada por manifestaciones de diferente signo) y por su dependencia de un *Conselho da Revolução* y una asamblea del MFA que tendían a marginar a la Asamblea Constituyente. Por este último conflicto, el Movimiento de las Fuerzas Armadas entraba en crisis y comenzaba a buscar proyectos políticos que redefinesen su lugar en el entramado institucional, como depositario de la legitimidad revolucionaria. Así, se dividió en tres proyectos alternativos que acabaron siendo conocidos como el “radical” o “*gonçalvista*”, el “moderado” o de “*os nove*” y el “del poder popular” o “del COPCON”. Cada una de estas facciones sirvió de referente a los partidos, que, conociendo el equilibrio precario entre las corrientes militares, lanzaron movilizaciones para apoyar a unos u otros. El Plan de Acción Política (PAP) del 19 de junio, un primer consenso moderado en el que se reconocía el papel central de los partidos políticos, fue inmediatamente saludado por el PS con dos manifestaciones, una “de apoyo al MFA” en Lisboa y otra de “apoyo al MFA y a Corvacho”

---

Aún está por escribir su historia y sus relaciones particulares con las diferentes facciones del MFA.

en Oporto (*Portugal Socialista*)<sup>102</sup>. Sin embargo, el PAP sería pronto “superado” por la aprobación del “*documento-guía, aliança Povo-MFA*” de 8 de julio, propuesto por Vasco Gonçalves y la Vª División, un proyecto que, a su vez, fue celebrado en numerosas manifestaciones convocadas por el PCP, el MDP y algunos partidos de la extrema izquierda.

La aprobación de este documento y la falta de resolución a su favor de los “casos” *República* y *Radio Renascença* provocaron la salida del PS y el PPD del gobierno, que consideraron que claudicar en estos asuntos supondría la renuncia a defender la democracia.

En su inmediatez, ambos “casos” fueron protagonizados por grupos de trabajadores descontentos con la línea editorial y empresarial de los propietarios (PS e Iglesia Católica, respectivamente), pero, por su repercusión pública como medios de comunicación nacionales, se transformaron en iconos de los conflictos abiertos. La izquierda revolucionaria apoyó las iniciativas de los trabajadores como ejemplos de la lucha por su emancipación, logrando transformar estos medios en vehículo de su mensaje ideológico; el PCP delegó una toma de posición clara en el MFA, pero éste no consiguió una orientación unitaria, dividido entre quienes propugnaban el respeto por los derechos de los propietarios y aquéllos que otorgaban primacía a las decisiones de base de los trabajadores. El PS y la Iglesia blandieron estos casos para lanzar un envite arriesgado: la advertencia de que existía una política comunista determinada a acabar con la libertad de expresión y la libertad religiosa. Explícitamente, fue contra estas supuestas amenazas –y no contra la política socializante– que movilizaron a sus seguidores y recabaron apoyos internacionales.

Como en muchos otros casos puntuales en los que el gobierno provisional intentaba no granjearse enemigos, el propio primer ministro, Vasco Gonçalves, se comprometió a devolver los medios a sus propietarios, pero las tropas enviadas a desalojar las instalaciones ocupadas se pusieron “de parte de los trabajadores” y fueron apoyadas por el COPCON, el centro coordinador de las misiones de orden público del ejército.

Se rompía así la unidad de los partidos con el MFA, que hasta entonces había sido mantenida a toda costa por encima de las diferencias respecto a la orientación política. **Por primera vez, el MFA y el gobierno provisional se encontraban con un amplio frente opositor “anticomunista”.** Este incluía a los dos principales partidos, a las elites dictatoriales

---

<sup>102</sup> En Oporto, Corvacho acababa de tomar la decisión de dimitir a la Comisión Administrativa Municipal presidida por un hombre del PPD y nombrar otra compuesta por militares. El apoyo explícito del PS se puede interpretar como un último y perdido gesto para captar la simpatía del comandante de la Región Militar Norte, ya decantada por la facción gonçalvista.

depuestas, a lo militares conservadores y moderados y a la jerarquía de la iglesia católica, que desde enero de 1975 había comenzado a criticar algunas iniciativas políticas del gobierno y del MFA (Rezola, 1992).

Este frente promovió un inmenso ciclo de movilización popular anticomunista y, al hacer coincidir tácticamente un espectro tan variado de actores, determinó una estructura de oportunidad política muy favorable para otro tipo de acciones colectivas anticomunistas, con las revueltas contra las comisiones administrativas del MDP o del PCP que gestionaban los órganos político-administrativos y asociativos en muchas localidades o la oleada de asaltos multitudinarios a las sedes de los partidos de izquierda que analizaremos pormenorizadamente en el Capítulo 5. Como el resto de los grandes procesos de movilización, la anticomunista presentó lo que Dobry denomina “características dispersas” (1988). Aunque se pueda reconstruir una coherencia de su sentido (que por comodidad, simplificamos como “anticomunista”) y tener en cuenta su eficacia en la interacción estratégica, esa reconstrucción, como la lucha por imponer un sentido u otro a la interpretación de los acontecimientos, forman parte de las estrategias de los actores que participan en el proceso. Con seguridad, muchas de las movilizaciones dispersas por localidades y sectores, en parroquias, empresas, sindicatos, etc., que sumaron voces y recursos simbólicos contra los gobiernos de Vasco Gonçalves y sus aliados militares, sólo pueden ser explicadas si se atiende a conflictos locales de intereses<sup>103</sup>. Eso no invalida los efectos que, en la arena política nacional, tuviese la sobreinterpretación de los acontecimientos locales, como “maniobras de la reacción” denunciadas por unos o las “revueltas contra comportamientos antidemocráticos” saludadas por los otros.

Simultáneamente, crecían y se desarrollaban las movilizaciones a favor de la Reforma Agraria, las nacionalizaciones y el avance hacia el socialismo y la “democracia popular”. Estas movilizaciones servían de referente a las iniciativas del IVº y Vº gobiernos provisionales y a los partidos de izquierda revolucionaria que intentaban encuadrarlas, pero también alimentaban una imagen de desorden, ataque a la propiedad privada e inseguridad que era esgrimida a favor de una vuelta al orden y un control de las “minorías subversivas”.

La oposición anticomunista se batía en dos frentes: la Asamblea Constituyente, utilizada como palco de denuncia del gobierno, y la calle, en una campaña de grandes manifestaciones por todo el país que se utiliza como medio de expresar el “rechazo popular” a la “falta de

---

<sup>103</sup> Para una revisión de las monografías que analizan la articulación entre conflictos en arenas locales y nacionales y un intento de teorizarlo, ver Kalyvas (2000).

representatividad” del gobierno, a las decisiones del *Conselho da Revolução*, y al excesivo protagonismo del Partido Comunista en el gobierno o en los medios de comunicación.

Igualmente, la iglesia católica se movilizaba contra la “comunización” (*sic*) del gobierno y recurría también a la organización de manifestaciones para defender su derecho sobre *Radio Renascença* y afirmar el anticomunismo popular. La iglesia puso en funcionamiento toda su red de asociaciones para garantizar la coordinación y el transporte, logrando que sus convocatorias en Aveiro, Bragança, Braga, Guarda, Coimbra, Leiria y Vila Real sobrepasasen todo lo que allí se había visto anteriormente (incluyendo la manifestación del 1 de mayo de 1974). Estas manifestaciones recogían una predisposición a la movilización que ya se había hecho notar en la enorme peregrinación a Fátima de mayo de ese año, significativamente silenciada por la prensa radical de Lisboa.

#### *Marco ideológico*

En las movilizaciones anticomunistas portuguesas, como en muchas de las proactivas, se recurrió a la elaboración de una identificación colectiva que señalaba a los movilizados como “el pueblo”, reivindicación que se verá reforzada por el triunfo electoral de dos partidos (PS y PPD) que se oponían al rumbo vanguardista que tomaba el proceso político<sup>104</sup>. En consecuencia, el adversario era tratado como usurpador de la voluntad popular. Además, como las intervenciones políticas revolucionarias emanaban de Lisboa y Oporto, y denotaban el origen universitario y de clase media de sus portavoces, “los doctores de la capital<sup>105</sup>”, se alimentaba la rivalidad rural-urbana y se daba pie a una respuesta reactiva que defendiese la validez y la autonomía de las posiciones políticas del mundo rural norteño. En reiteradas intervenciones televisivas y radiofónicas, algunos portavoces del MFA y de buena parte de la izquierda reactualizaban las tesis del oscurantismo provocado por el dominio eclesiástico y la falta de conciencia y cultura políticas, intentando explicar e invalidar las preferencias electoralmente expresadas en el centro y norte del país. Contra estas intervenciones, en los periódicos regionales, locales y en las hojas parroquiales del norte, se elevaba una respuesta reactiva en la cual se reafirmaban los valores expresados en esas opciones y se rechazaba a quien pretendiese tratarlas como síntomas de una minoría de edad.

---

<sup>104</sup> Estas consideraciones están basadas en un análisis de contenido de artículos de opinión de las publicaciones periódicas citadas en la bibliografía.

<sup>105</sup> En Portugal se utiliza el título de “doctor” (Dr.) para dirigirse a cualquier licenciado, su uso es común en el trato como marca de respeto jerárquico.

Por otra parte, el componente nacionalista estuvo especialmente presente en las intervenciones propagandistas de la extrema derecha, que recurrió a la asimilación de la izquierda con la intervención extranjera y el “imperialismo soviético”. Así, explotó el referente real de la presencia de miles de jóvenes “turistas revolucionarios” durante ese verano de 1975 para propagar rumores sobre la presencia de unidades cubanas en el Alentejo o de comandos tupamaros (Avante! 1977).

Sin embargo, consideramos que uno de los elementos más importantes del marco simbólico del movimiento “anticomunista<sup>106</sup>” estribó en la construcción de la imagen del adversario “comunista” como el usurpador de la voluntad popular expresada mediante el procedimiento electoral. Esto, además, en un contexto en el que la nueva posibilidad de votar, ya fuese como ejercicio largamente ansiado o como oportunidad de sumar voces contra la revolución en marcha, había sido encarado con entusiasmo por la población, que ya antes había emprendido de manera animosa y voluntaria su inscripción en el censo.

En ese mismo sentido, la Iglesia católica, como destaca el análisis de su discurso realizado por el CERP (1976), apelaba de manera constante al pluralismo político y al respeto de los resultados electorales, unos valores que, durante el régimen anterior, habían estado ausentes de las declaraciones públicas de la alta jerarquía. Una desviación semejante se produjo en el discurso de la derecha que había servido de base social a la dictadura, de modo que la legitimidad electoral pasó a ser abanderada como el valor supremo, contrapuesto al vanguardismo de la deriva socialista de la revolución. Así, la forzada oposición a la senda revolucionaria tuvo la función inesperada de integrar a las derechas que habían apoyado a la dictadura en el juego electoral de una democracia constitucional y, como destaca Villaverde Cabral (1983), de obligar a las elites urbanas a movilizar políticamente a los pequeños campesinos del norte y a integrarlos en el espacio político nacional, por vez primera, como ciudadanos.

---

<sup>106</sup> Durante el proceso que analizamos, el término “reaccionario” siempre fue esgrimido como descalificativo de los adversarios y ningún actor relevante lo asumió como identidad. Como hemos utilizado el término ‘proactivo’ para referirnos a los movimientos que entran en la arena política reclamando derechos sociales, el término ‘reactivo’ también debería circunscribirse a ese ámbito – calificando, por ejemplo, a las acciones que los propietarios agrícolas organizan para oponerse a la reforma agraria. Por ello, aún con reservas, –y teniendo en cuenta que una de las principales arenas del PREC es la que puso en juego el sistema de denominaciones–, hemos mantenido los términos ‘reaccionario’ y ‘anticomunista’ para indicar movimientos que se dirigen directamente a la sustitución de las autoridades políticas que denominaremos “vanguardistas”, es decir, que pretendían conducir la transformación socializante de las estructuras de propiedad sin atender a los mecanismos electorales de selección de dirigentes y políticas.

### *Ruptura del MFA y cortejo selectivo de masas*

Tras una primera campaña de movilizaciones que mostraba la pérdida de apoyo del MFA (se voceaba “*o povo não está com o MFA!*”), el movimiento se dividía públicamente. El 7 de agosto era divulgado el *Documento dos Nove* e, inmediatamente, el PS lanzaba una campaña de manifestaciones en la que cortejaba y alababa a los comandantes de las Regiones Militares Centro y Sur –ambas comandadas por oficiales que habían firmado el manifiesto– y a las unidades militares que lo habían apoyado públicamente. Mediante estas manifestaciones “los socialistas materializaban su alianza con *os nove*” (Portugal Socialista, 20-VIII-75). Una vez aseguradas esas posiciones y comprobada la división de los militares, la contestación se especializa. La nueva oleada de manifestaciones “anticomunistas” atacará concretamente a las figuras del primer ministro y, en las ciudades de la Región Militar Norte, la del Brigadier Corvacho, su comandante *gonçalvista*.

En contestación, el PCP organizaba otras manifestaciones de apoyo a Vasco Gonçalves y a Corvacho, logrando igualar el poder de convocatoria del PS en la Gran Lisboa y en el sur, pero no en el centro y norte del país. Además, el PCP se arriesgó en un intento de repetir contra el PS las contra-manifestaciones y los piquetes que había utilizado contra Spínola, denunciando la gran manifestación socialista en Lisboa como una “marcha” que encubriría movimientos golpistas. Sin embargo, esta vez el PCP no encontró ni el apoyo macizo del MFA ni tampoco, sobre todo en Oporto, la respuesta entusiasta de sus bases, que, si bien no podemos saber qué pensaban sobre la legitimidad del desafío, sí parece que reconocían la consistencia de la matriz de retribuciones adversa (Schelling, 1960) expresada en los episodios de violencia popular anticomunista (v. Capítulo 5). Así, unos días después, la propia dirección del PCP habría de reconocer que, una vez apartado Corvacho, las unidades militares de la RMN no sólo no le eran favorables, sino que no estaban dispuestas a garantizar la seguridad de sus mítines. Tras los durísimos enfrentamientos de Alcobaça con los contra-manifestantes anticomunistas (16-VIII-75), el PCP tuvo que cancelar el previsto para 20 de agosto en la propia ciudad de Oporto (*Jornal Novo*, 20-VIII-75).

En este largo verano de 1975, la competición de manifestaciones y contra-manifestaciones, usadas como jugadas simbólicas ante los poderes político-militares, encontró un tercer contendiente, el proyecto de aglutinar a las “organizaciones unitarias de base” (comisiones de moradores, comisiones de trabajadores, comisiones de aldea) como órganos de “Poder Popular” y el esfuerzo de las organizaciones creadas por la extrema izquierda por evitar la

reintegración institucional de las Fuerzas Armadas. Este proceso, como el de la “resistencia anticomunista”, alberga la complejidad propia de toda movilización acentrada, con apuestas diversas en cada sector movilizado y cada núcleo partidario. Audrie Wise, entonces parlamentaria laborista británica, estuvo presente en las manifestaciones del PS y del proyecto de “poder popular” en Lisboa de agosto de 1975. Nos parece significativo destacar algunos comentarios de su informe, que recogen la admiración por la movilización de las clases populares que caracterizó al masivo turismo revolucionario de ese verano: “En Portugal la clase social es algo mucho más fácil de observar que en Gran Bretaña. Sin embargo, incluso en Gran Bretaña, esta habría sido una multitud sorprendente de ver [la de manifestación del PS] en una manifestación de trabajadores o sindicalistas (...) [resultaban ser] gente visiblemente muy próspera. (...) [En cambio,] la manifestación del 20 de agosto [la del Poder Popular] fue la manifestación más maravillosa en la que jamás haya participado (...) gente humilde, los soldados con menos aire militar que se puedan imaginar y, sorprendentemente, un gran número de mujeres” (Wise, 1975).

Las manifestaciones políticas se convirtieron en una práctica cotidiana y, aunque los resultados electorales aún eran recientes, pronto se transformaron en el referente de todos los partidos políticos. Hasta el CDS, que había sido el más ferviente defensor de los procedimientos formales, se sumó al “*only game in town*”. Así, el general y diputado Galvão de Melo podía afirmar que “*o povo disse, nas urnas de Fátima, no dia 13 de Maio, pela voz dos seus 700.000 representantes, que tantos eram os peregrinos, que queria continuar cristão*” (subrayado nuestro) (Melo, 1976: 137) o, en un comunicado, proclamar que un militar “radical” (Corvacho) “ha perdido el apoyo del pueblo (...) como lo prueba la falta de participación en dos manifestaciones unitarias convocadas para exigir su regreso” (*Comércio do Porto*, 28-VIII-75).

**El masivo éxito de las manifestaciones organizadas por el PS, por los partidos a su derecha y por el patriarcado eclesiástico tuvo un peso determinante en la conformación de la interpretación del resultado electoral como rechazo por parte de amplios estratos de la población a la senda antiliberal emprendida por los gobiernos de Vasco Gonçalves, desfundando la interpretación de que el voto había apostado por el “socialismo” y la suposición de que las bases del PS no aceptaban las "posiciones derechistas" de su cúpula.** Una jugada exitosa, la de la calle, permitió dotar de liquidez (o convertibilidad) a otro recurso, la victoria en las elecciones constituyentes por parte de partidos moderados, que, con el VI° GP, pudo ser transformado en posiciones gubernativas dominantes.

#### ***IVª fase, la consolidación plebiscitaria del poder gubernativo.***

Sin embargo, la victoria en este primer duelo de manifestaciones no fue definitiva. Con la sustitución de Vasco Gonçalves por Pinheiro de Azevedo, la coalición moderada lograba copar el VIº Gobierno y el Consejo de la Revolución, pero se encontraron con que, una vez desalojado Vasco Gonçalves, las estructuras sindicales próximas al PCP se sumaron a la campaña de movilización y desestabilización coordinada por la extrema izquierda y por el COPCON con el apoyo de muchas organizaciones unitarias de base, algunas unidades militares y buena parte de la prensa de Lisboa. El VIº gobierno, aunque ya respaldado por la mayoría electoral y siendo “el primero popular” en palabras de Sá Carneiro (cuyo partido había participado en 4 “impopulares”) tuvo que luchar por su consolidación y, para hacerlo, también recurrió a la movilización social.

Las primeras medidas polémicas de Pinheiro de Azevedo, como la ocupación militar de las radios para expulsar a los periodistas que apoyaban y promovían las campañas de la extrema izquierda (28-IX-1975), demostraron la falta de poder del gobierno, pues las tropas enviadas a muchas emisoras se declararon solidarias con los profesionales a los que debían impedir trabajar. De nuevo, esta medida provocará manifestaciones en contra y a favor. Con estas últimas, el PS y el PPD comenzaron una nueva campaña plebiscitaria de masas apoyando al VIº GP y al “almirante sin miedo” y nuevo grito coreado a miles de voces, “¡Disciplina, disciplina!”, dominó sus sucesivas manifestaciones. Mientras tanto, frente a las pretensiones del PCP de llegar a un nuevo pacto con el PS y excluir al PPD del gobierno, éste reaccionará alardeando de su gran capacidad de movilización en la calle, señalando que el éxito de sus convocatorias “deja bien claro que sin el PPD no se puede construir un Portugal nuevo” (*Povo Livre*, 1-X-75). Unos días después, cuando corra el rumor de un golpe militar de la extrema izquierda<sup>107</sup>, el PS y el PPD ensayarán la movilización de sus bases para bloquear carreteras “colaborando con la policía en una operación *stop*” (*Portugal Socialista* 3-10-75)<sup>108</sup>

---

<sup>107</sup> El rumor parece fundado en una reunión real entre militares y dirigentes de la extrema izquierda. Según Carlos Antunes (entrevista del autor), algunos Policías Militares plantearon la posibilidad del golpe, pero fue desechada en beneficio de continuar con el proceso de desarticulación de las unidades enemigas a través de las organizaciones de soldados (los SUV) y ahondar en la imposibilitación de la gobernabilidad, considerando que así se lograría incorporar paulatinamente mayores bases populares en su proyecto y cimentar contrapoderes sociales por medio de las organizaciones unitarias de base.

<sup>108</sup> Por su parte, el PPD de Viana do Castelo comunicaba que: “*o primeiro de Outubro, logo que chegaram notícias duma tentativa de golpe de estado (...) a Comissão distrital do PPD mobilizou todos os militantes para uma situação de prevenção e alerta. Em todos os concelhos e na maioria das freguesias os militantes e simpatizantes do PPD, ora em vigilância discreta ora em permanente estado de alerta, prepararam-se para defender a revolução do 25 de Abril, o seu programa e o VIº Governo provisório (...) [contra] os grupúsculos totalitários e antidemocráticos (...). O povo do Alto Minho*



Durante octubre y noviembre, se suceden las manifestaciones de los SUV y de los simpatizantes del Poder Popular, y frente a éstas, los dos partidos mayoritarios recurrirán a manifestaciones plebiscitarias con la que arrojar al VIº GP. Como ya Spínola lo había intentado, Pinheiro de Azevedo visitó numerosas capitales de distrito “siguiendo una saludable política de establecer contacto directo con las poblaciones de varios puntos del país, para comprender su verdadero sentir (...) y [como] en Oporto, el Primer Ministro fue recibido con una apoteósica manifestación, Faro (...) no quiso quedarse atrás (...) en la más numerosa y calurosa manifestación política jamás realizada (...)” (*Correio do Sul* 13-X-75).

La apuesta plebiscitaria del gobierno era tan clara que comunicaba oficialmente: “Las recientes manifestaciones de apoyo popular al programa político del VIº Gobierno, de paso que confirmaron que estamos en el camino cierto, a pesar de la preocupación de los órganos de comunicación por reducir su significado como movimiento de masas, constituyen una señal evidente y positiva de que el país confía en su gobierno y suscribe su preocupación por reponer el clima de autoridad y disciplina”( *Jornal Novo* 10-X-75). De hecho, a partir de octubre, las fotos de multitudes movilizadas dominan las portadas de los órganos informativos del PS y el PPD, que recurren al simbolismo de estas masas en movimiento como el referente de su legitimidad. La apuesta por la escenificación de masas será tal que, tras la gran manifestación de Oporto, el *Portugal Socialista* ocupa toda la primera página con la foto de la multitud y titula “El VIº representa la voluntad popular”.

En cada región, frente a cada cuartel, se sucedían manifestaciones que proclamaban la unidad popular en torno a un proyecto u otro. El PS reincidió en movilizar a sus simpatizantes para mostrar el respaldo popular a los comandantes de las Regiones Militares del Norte, Centro y Sur (Pires Veloso había sustituido a Corvacho, pero en la de Lisboa seguía Otelos Saraiva de Carvalho). Por su parte, el PPD se sumó a las iniciativas del PS y, además, apostó por el cortejo sistemático “de masas” a las unidades militares que consideraba afectas. En las manifestaciones de apoyo clásicas, se organizaba un mitin en el que la multitud aclamaba una resolución. En este comunicado se expresaba la confianza en el compromiso de la unidad con los valores patrióticos y la voluntad del pueblo. Así, por ejemplo, en Viana do Castelo el comunicado del 13 de octubre decía a los militares del BC9 y a Pires Veloso que “*o povo do Alto Minho (...) vos apoia enquanto corajosos defensores da democracia (...) garantem da ordem escolhida por esse povo (...) fartos desta anarquia (...). o povo confia em vós e está*

---

*defenderá, em bloco, a democracia, a liberdade e Portugal contra todos os ataques reaccionários”* (sic) [se llama la atención sobre la topología de las posiciones políticas y la estigmatización de los

*decidido, se for necessário, a juntar-se a vós, lado a lado, na luta pela liberdade responsável (...)*". Después, la multitud desfilaba por las calles de la ciudad hasta llegar a las puertas del cuartel. Allí, el comandante recibía a la comisión organizadora y, finalmente, ésta salía para comunicar a la multitud la buena recepción de su comunicado.

Con este comportamiento se creaban complicidades y reducía la incertidumbre de los compromisos, en un proceso de integración política que podría ser fundamental en la eventualidad de un nuevo episodio crítico o, incluso, de una hipotética guerra civil. En ocasiones, este cortejo del PPD también entregaba mociones de compromiso mutuo en los cuarteles de la GNR y la PSP. Además, el PPD organizó manifestaciones como "sanción popular negativa" contra las actitudes de aquellas unidades que no se correspondían con sus expectativas, pidiendo su desmovilización. Ese era el objetivo de la manifestación contra los militares "progresistas" del CICAP/RASP que, según el órgano del PPD, "no pasa[ban] de vulgares marginales, de la escoria que huye del trabajo como el diablo de la cruz (...) de la canalla que existe en una ciudad que se siente emporcada por la convivencia con semejantes animalejos".

Por su parte, la dirección de las organizaciones populares de base, no sin divisiones por las diferentes sensibilidades partidarias, también cortejaba a las unidades con las que había trabajado más estrechamente, haciéndolo mediante manifestaciones y fiestas de homenaje en las que se sellaba el compromiso de apoyo mutuo. El RALIS fue sucesivamente saludado por trabajadores industriales y agrícolas, que organizaron una marcha desde el Alentejo. A su vez, los revolucionarios de la marina recibieron un homenaje de masas convocado por las comisiones de moradores y los municipios del margen sur del Tajo. En Amadora, el potente y polémico Regimiento de Comandos fue homenajeado por manifestantes convocados por el PS, mientras que las comisiones de moradores de la zona se manifestaban unos días después pidiendo su disolución.

Las manifestaciones de uno y otro signo mostraron la capacidad de movilización de cada proyecto político y obligaron a los actores presentes en el terreno, en especial a las unidades militares, a tomar posición a favor de unos o de otros. Era tan importante saber quién movilizaba, cuanto y para qué, que la inteligencia militar sistematizaba los datos para evaluar la fuerza de cada proyecto político (ACR-ANTT, correspondencia, vol. 12).

---

adversarios como "reaccionarios".]

### *Escalada del conflicto y eficacia de las manifestaciones*

**La eficacia de las manifestaciones anticomunistas no provino sólo del número, sino de su inserción en un proceso de escalada de la confrontación.** No se puede establecer un vínculo directo entre el éxito a la hora de movilizar y la eficacia de las manifestaciones. En muchas ocasiones, ante una oleada de huelgas o manifestaciones, los interpelados pueden, simplemente, ignorar a los movilizados y, como se dice vulgarmente, “dejar que la situación se pudra”. Por ello, las movilizaciones políticas, para ser eficaces, deben incardinarse en una amenaza de escalada. Sin la perspectiva de una escalada, las movilizaciones multitudinarias pierden su eficacia táctica<sup>109</sup>. **La amenaza de escalada es, ante todo, una jugada (*move*), consistente en el compromiso con acciones futuras más amplias y más graves que se basa en la demostración de la presente capacidad de movilización.**

Durante el verano y el otoño de 1975, la escenografía de las manifestaciones se incardinaba con una amenaza muy clara: la guerra civil. La inminencia de una guerra civil era frecuentemente recordada por los actores y, además, parecía tomar fuerza con los procesos de territorialización norte-sur de las movilizaciones. Ejemplificando con algunas de las muchas intervenciones públicas que conformaron la amenaza de una escalada, señalaremos que desde el mes de mayo, el PS había afirmado en el *Conselho da Revolução* que estaba dispuesto a usar su capacidad de movilización como fuerza de choque<sup>110</sup>; en septiembre, Emidio Guerreiro, del PPD, había anunciado que disponían de 50.000 hombres armados y, en noviembre, Freitas de Amaral –secretario general del CDS– afirmaba en sus mítines que “el PC quiere dominar el país para entregarlo a la URSS, tenemos que mantenernos vigilantes porque puede que dentro de poco seamos llamados a decir algo más (...) y tengamos que defender en la calle aquello que en la calle nos quieren quitar” (*Mensagem de Bragança*, 21-XI-75). Con estos componentes, y “evaluando la lucha armada”, un periódico católico analizaba así la “geopolítica de la nación” (*sic*): “en el norte, poblaciones patrióticas, religiosas y antiimperialistas unidas a sus militares y ardientes de combatividad (...) en el sur, proletarios desenraizados, de obediencia moscovita con vagas uniones a militares

---

<sup>109</sup> Esto sucedió, entre 1976 y 1985, con la continua movilización en el Alentejo en defensa de la Reforma Agraria. Otros episodios clásicos de movilizaciones sin escalada que se desvanecen por sí mismas se encuentran en las huelgas revolucionarias del Norte de Italia en 1920, en la huelga general inglesa de 1926 o en las protestas obreras de Petrogrado contra los Bolcheviques en enero y febrero de 1918.

<sup>110</sup> Así, Soares afirmaría que “no tenemos miedo de resolver el problema de nuestra integridad, somos más, nos organizamos y lanzamos expediciones de castigo” y Zenha que “si se acepta la constitución de milicias armadas en Portugal, nosotros constituiremos la nuestra” (ACR-ANTT actas, vol. 1, 23 de mayo)

anarquizados (...) el norte es decidido y su población es numerosa (...) su espíritu será el de una Cruzada [además] el norte es grande, comienza en Rio Maior (...), el sur ni siquiera llega al Algarve (...) unámonos en una oración: que Dios ayude a los mejores, que Dios nos ayude” (*Mensageiro de Bragança*, X-1975 ). **La credibilidad de la amenaza, la demostración de que se trataba de algo más que de simples palabras, venía respaldada por las imágenes de las multitudes afirmando su rechazo al PCP y el MFA *gonçalvista*. Sin éstas, las proclamas y amenazas no significarían nada.**

Cuando se desencadenó el proceso golpista del *25 de Novembro*, la correlación de fuerzas estaba claramente definida y los militares radicales de Lisboa, aunque supiesen que podían tomar militarmente la capital, conocían la tenacidad de la movilización de las no-elites que se les oponían, que el control de la capital no significaría capacidad de gobernar en el resto del país y que eso podía llevar a una guerra civil. El último asalto del duelo de manifestaciones había demostrado de nuevo que a las multitudes comprometidas y movilizadas a favor del poder popular y el socialismo se le enfrentaban otras multitudes igualmente determinadas a impedirlo.

## **Conclusiones**

Las manifestaciones fueron fundamentales durante todo el proceso político. Al principio, porque las no-elites movilizadas eran la única fuente de referentes sobre las preferencias de la población. Después, porque escenificaron compromisos irreductibles con opciones políticas y señalaron a las minorías organizadas que no podrían avanzar sin contar con la anuencia de las no-elites. **Estas movilizaciones mostraron que los números electorales no representaban a una mayoría apática como la que “dejó hacer” al régimen autoritario, sino que estaban acompañados de determinación y compromiso.**

Por otra parte, no se puede considerar que esas movilizaciones fuesen “autónomas”, pues respondían a convocatorias de unos u otros grupos organizados. Las elites funcionaron como coordinadoras y reinterpretadoras de expectativas, y en última instancia, como representantes de los movilizadas. Eso no retira valor al papel de las movilizaciones como confrontación política y recurso en la interacción estratégica, al contrario. Además, hace resaltar el carácter determinado de la articulación entre elites y no-elites.

Pese al papel destacado que atribuimos a las movilizaciones, hay que retener que los militares fueron quienes resolvieron la crisis el *25 de Novembro* (*vide* cap. 6). Sin embargo, su actuación sólo puede ser explicada si se atiende a los procesos de intercambio de

reconocimiento con las poblaciones que les rodean. Hasta muy tardíamente, la mayor parte de las unidades militares no se comprometieron con ninguna facción, valorando más la unidad de las fuerzas armadas que su orientación política. Esto explica la capacidad del MFA radical, siempre minoritario pero bien organizado, para liderar las crisis políticas del 28 de septiembre de 1974 y el 11 de marzo de 1975. Las unidades no comprometidas se sumaban al bando ganador. La activación política y operacional de estas unidades entre abril y septiembre de 1975 se explica, en gran medida, por la movilización política que se generó en su entorno. La movilización rompió la espiral de silencio, selló alianzas y dio vida a un nuevo referente de legitimidad inmediato.

Podemos acabar preguntándonos cómo fue posible semejante movilización o, en otras palabras, porqué las no-elites que dejaron hacer al Estado Novo se arriesgaron para prevenir lo que se denunciaba como una nueva dictadura. Aunque esto nos llevaría a otra investigación que aún está por hacer, se pueden adelantar dos hipótesis. En primer lugar, como señalábamos al inicio del capítulo, podemos recurrir a la *prospect theory* e identificar los elementos de disrupción de la vida cotidiana que, identificándose con el avance de la revolución, provocaron el temor de mucha gente normalmente apática. En el plano material: la crisis económica agravada por la fuga de capitales y capitalistas, el desabastecimiento urbano de algunos productos básicos, la paulatina aparición de un mercado negro, la inseguridad de los ahorros de los emigrantes, la amenaza de que la Reforma Agraria afectase a la pequeña propiedad, etc. En el plano simbólico, la persecución religiosa, que, si bien no se verificó, parecía anunciada con la crisis de *Radio Renascença* y la denuncia de manipulación de voluntades con la que se atacaba a los “curas reaccionarios” en las campañas de “*dinamização cultural*” del MFA<sup>111</sup>.

En segundo lugar, se puede reconocer que los riesgos asociados a la movilización a favor de una democracia poliárquica eran mucho menores durante el Proceso Revolucionario que durante el Estado Novo. Además, la movilización presentaba notables posibilidades de éxito. Como señala Przeworski (1986), por muy impopular que sea un régimen, una movilización para sustituirlo sólo prenderá masivamente si existe una alternativa que se muestre materialmente viable. En 1975, después de la experiencia gubernativa de los partidos y las elecciones constituyentes, la democracia poliárquica era una alternativa real.

---

<sup>111</sup> A partir de febrero de 1975 comenzaron a abundar los artículos en la prensa regional católica en los que se trata de la situación del catolicismo en Polonia, presentando ese caso como un escenario posible para Portugal si se avanzaba hacia el socialismo.

**Si las únicas no-elites movilizadas hubiesen sido las que tomaban la palabra en nombre del movimiento obrero, de los proletarios rurales alentejanos o de las comisiones de moradores, y que apoyaron masivamente las opciones vanguardistas de los Gobiernos provisionales (del IIIº al Vº) y de los radicales del MFA gritando por la “disolución de la Asamblea Constituyente”, se podría imaginar una salida diferente a la crisis política. Sin movilización popular reactiva, el alineamiento de las elites no comunistas en un proyecto de democracia poliárquica hubiese carecido de referente de fuerza y legitimidad.**

## Capítulo V

### Reacción popular violenta y Estado revolucionario.

#### El “verano caliente” de 1975.

La violencia popular “anticomunista” ocupó, durante varios meses, el escenario de la movilización social en el centro y norte de Portugal, regiones de marcado carácter rural, minifundista y católico. Sin embargo, aún no ha sido objeto de una investigación suficientemente rigurosa por parte de las ciencias sociales. Estos episodios violentos se desencadenaron un año después de la Revolución de los Claveles, durante los meses de ruptura de la “coalición democrática” que había liderado la sustitución de la dictadura. Mientras los dos partidos mayoritarios pasaban a la oposición, protestando por el poder excesivo de los oficiales radicales del Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA), y mientras el propio MFA se dividía en tres facciones, más de ochenta sedes del Partido Comunista (PCP), de sindicatos y de otros partidos de marcada vocación revolucionaria, fueron asediadas y asaltadas por grupos multitudinarios; otra cincuenta fue objeto de ataques con bombas, saqueos nocturnos e incendios provocados. En los asaltos se formaban muchedumbres que llegaron a juntar más de 3.000 personas, se produjeron tensos asedios de varias horas y enfrentamientos a tiros con militantes comunistas que pretendían resistir. Los asaltos victoriosos implicaban la toma de la sede y la defenestración de los documentos, de la propaganda y del mobiliario que contuviese. Para culminar la acción, se retiraba del mástil la bandera roja con la hoz y el martillo y, finalmente, se festejaba la hazaña mediante la quema salvífica de todo el material “comunista”. Esta actividad estuvo acompañada por la formación de piquetes que vigilaban el tráfico de militantes comunistas y quemaban la prensa de la “comuna de Lisboa”, en una densidad de actividades que dio lugar a la creación de “verdaderas zonas de poder reaccionario” (SDCI, 1975<sup>112</sup>) a las cuales el poder irradiado de Lisboa, comprometido con reformas estructurales de carácter socializante, no conseguía llegar.

---

<sup>112</sup> El SDCI fue el servicio de inteligencia militar del MFA y elaboraba un informe semanal de la situación política y militar.

Aunque el movimiento anticomunista estuviese integrado por varios grupos organizados que protagonizaron episodios conspirativos con enredos propios de una novela policiaca (Dâmaso, 1999), en esta tesis analizaremos sólo la movilización colectiva “popular” (Aya, 1995) o “no elitista” (Bermeo, 1997) y su práctica de la violencia política. Como veremos, esta movilización coincidirá con la actividad de los gobiernos más radicalizados hacia la izquierda, el IVº y el Vº Gobiernos Provisionales (Bermeo, 1986; Bruneau, 1995) y se integra en el ciclo de movilizaciones analizado en el capítulo anterior. Por último señalaremos que, por razones meramente pragmáticas, hemos dejado fuera del análisis a los territorios insulares<sup>113</sup> y coloniales, donde también se produjeron numerosos episodios de violencia reactiva que influyeron fuertemente en el proceso político general<sup>114</sup>.

Como guía de investigación empírica, hemos analizado las referencias académicas que tratan la movilización anticomunista del periodo (Sánchez Cervelló, 1993; Hammond, 1984; Brettell, 1984), así como las memorias y reflexiones de sus protagonistas políticos (Abreu, 1984; Cunhal, 1999; Freitas do Amaral, 1995; Soares, 1994) y un reciente trabajo de investigación periodística (Dâmaso, 1999). A continuación, hemos cuestionado la formas de explicación utilizadas y hemos buscado fundamentación empírica para nuestras hipótesis alternativas. Para ello, hemos elaborado cronologías por distrito basadas en la prensa regional y nacional y hemos trabajado sobre los informes de la *Inteligencia Militar* (el SDCI). La información ha sido contrastada mediante algunas entrevistas aclaratorias y se ha llegado a un grado de especificación empírica de la problemática que, ante la redundancia de casos, nos parece aproximarse a la saturación informativa.

### ***Las formas de la explicación***

Lo que veníamos diciendo sobre el caso portugués se puede aplicar, de un modo general, a la literatura contemporánea sobre movimientos sociales, que ha dedicado una atención privilegiada a los movimientos que representan, de un modo u otro, valores “progresistas”.

---

<sup>113</sup> Por la fase avanzada de redacción en la que he tomado conocimiento de su obra, no ha sido posible incorporar las reflexiones y la información contenidas en el trabajo de J.M. Mendes (2001) sobre la movilización en Azores.

<sup>114</sup> Quien se embarque en un análisis exhaustivo de la contrarrevolución portuguesa deberá analizar, además: 1) las acciones reaccionarias no “populares” (conspiración, creación de grupos, lanzamiento de panfletos, colocación de bombas, apaleamientos, incendios etc.) y 2) las acciones colectivas populares no transgresoras (manifestaciones, peregrinaciones, vigilias, etc.). En este trabajo nos centramos sólo en las acciones colectivas populares transgresoras (susceptibles de ser perseguidas por la legislación vigente) porque esto nos permitirá indagar en las implicaciones de su carácter público, de la participación de personas normalmente no comprometidas políticamente y en la transgresión, por parte de estas últimas, de las formas de comportamiento normalmente aceptadas en su sociedad.



Así, se ha podido señalar reiteradamente cómo la movilización social ha permitido la extensión de los derechos de ciudadanía o la incorporación a las agendas políticas de nuevas preocupaciones como los derechos de la mujer o la protección medioambiental (Tarrow, 1997). Esta tendencia ha llevado a que la participación popular en movimientos de carácter reactivo haya sido poco estudiada y a que, subrepticamente, haya sido asimilada con las características de las “masas psicológicas” (manipuladas, inconscientes, etc.) que se habían rechazado para el análisis de los movimientos proactivos<sup>115</sup>.

Ya en 1963, Charles Tilly advertía que “una teoría de la revolución, o el análisis de una revolución específica, que no permita la comprensión de la presencia de fuerzas contrarrevolucionarias en el seno de una sociedad revuelta, nos ha de dejar insatisfechos. Si una teoría pretende contarnos cuando y por qué una sociedad está preparada para una rebelión, habrá también de decirnos qué sectores de la sociedad se resistirán a la rebelión, y por qué. (...) Las contrarrevoluciones ponen a prueba nuestras explicaciones de las revoluciones” (Tilly 1970 [1963]). Aunque su programa de investigación de entonces tendiese hacia explicaciones estructurales excelentemente conducidas, pero que descuidaban los componentes políticos y relacionales (véase su tesis sobre la *Vendée*), la llamada de atención sobre las contrarrevoluciones continua siendo pertinente.

En la literatura, la forma más general de explicar aquella violencia anticomunista consiste en imputársela al descontento de las poblaciones que la protagonizaron. En esta línea, Mário Soares, entonces líder del PS, hace hincapié en la espontaneidad de las acciones y en el carácter genuino de la indignación anticomunista de la gente que participó en los asaltos. De acuerdo con esta versión, el descontento ante la ofensiva socializante del Gobierno Provisional y del Consejo de la Revolución, junto con la falta de reflejo gubernativo de las opciones moderadas expresadas en las elecciones constituyentes, son el motivo de la indignación, y los grados de indignación y provocación darían cuenta del paso a la violencia. A más indignación, más violencia. De manera congruente, como en el sur del país los votantes habían expresado su apoyo a las políticas socializantes, apenas hubo violencia anticomunista.

El PCP ha elaborado una versión alternativa en la que, contrariando varias fuentes, testimonios e imágenes de archivo, se pretende hacer desaparecer el componente popular de la

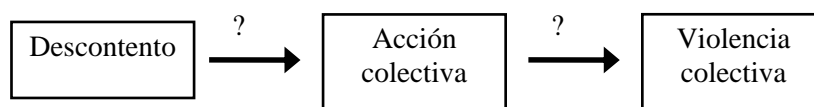
---

<sup>115</sup> Para una discusión sobre como el exceso de preocupación por normalizar analíticamente la Acción Colectiva acaba por dejar fuera el referente empírico tumultuoso y violento que había inspirado a los teóricos del contagio colectivo y la psicología de masas, ver Piven y Cloward (1991).

acción colectiva violenta, imputando las acciones a pequeños grupos orquestados<sup>116</sup>. Además, adelanta una explicación en clave de “oportunidades políticas”, pues denuncia la complicidad e inacción de las autoridades locales próximas al PS y al PPD (Cunhal, 1999). Por su parte, la extrema derecha ha reclamado el protagonismo de sus activistas en el movimiento, aunque realzando que el éxito fue posible porque sus propuestas entroncaban con los “sentimientos íntimos del pueblo portugués”, que secundó multitudinariamente sus iniciativas (*vid.* Dámaso, 1999). Así, Paradela de Abreu, al recordar el éxito movilizador y radicalizador de su pequeño comando de agitadores en Leiria, afirma que “lo importante no es que se sepa que fueron sólo cuatro hombres, (...) lo importante en el plano psico-social es entender cómo es eso posible con sólo cuatro hombres y un *cónego* [canónigo, ayudante del obispo] resignado (...) [y lo es] porque el espíritu del pueblo era ese, el pueblo anónimo era un barril de pólvora y bastaba que encendiésemos un simple fósforo” (Abreu, 1984: 146). Indirectamente, se suma a la explicación más común: hubo violencia porque la gente estaba indignada y atribuye eficacia causal a factores de imitación propios de la psicología de masas.

Por último, desde un punto de vista más estructural, un análisis de clases recalca el carácter geográficamente delimitado de las movilizaciones y su correspondencia ecológica con las zonas de pequeño campesinado minifundista de alta práctica religiosa y voto conservador. De este modo, la movilización anticomunista sería, en unas circunstancias de movilización generalizada por todo el país, en la que todas las clases sociales se movilizan, la forma de participación política no rutinaria encontrada por las clases sociales en presencia (*vid.* Hammond, 1984).

**Figura 9 Secuencia de momentos explicativos.**



Los elementos explicativos señalados por estos protagonistas y analistas del proceso tienen valor y consistencia. Sin embargo, la narración histórica debe vigilar el tipo de explicaciones que pone en juego, manteniéndose atenta a las implicaciones que alberga cada nexo causal afirmado (Griffin, 1993). En este sentido, el vínculo establecido entre el descontento de determinados sectores sociales y su actuación colectiva y, a veces, violenta, ha sido objeto de

---

<sup>116</sup> Como veremos más adelante, se dieron los dos tipos de acciones.

una crítica clásica por las teorías de la acción colectiva nacidas de la reflexión sobre la movilización de recursos<sup>117</sup>. Para fundamentar los pasos narrativos, habremos de considerar como momentos analíticamente distintos: 1) como se origina el descontento, 2) el paso del descontento a la movilización y 3) la elección y difusión de un repertorio u otro de acción colectiva (rutinario, transgresor o violento). De una narración simple, pero abstracta, en la que la violencia anticomunista era explicada por el descontento compartido, hemos de pasar a una narración más explícita, en la cual cada uno de los escalones sea descrito de manera específica.

Además, utilizaremos una de las herramientas clásicas de las ciencias sociales, el análisis comparado. La comparación permite contrastar la validez de explicaciones que, pareciendo convincentes por su propia consistencia interna, se desfundamentan al proponer su aplicación en otros casos. En nuestro estudio, el comportamiento anómalo de un distrito norteño, **Vila Real**, en el cual, pese a la presencia de todos los factores socio-demográficos y electorales que correlacionan con el anticomunismo, no hubo violencia colectiva popular ‘reaccionaria’, nos servirá de control de la solidez explicativa. Un mecanismo explicativo es más válido si puede dar cuenta de las excepciones; hasta ahora, ninguna de las propuestas explicativas exploraron la excepcionalidad de Vila Real; al conseguir integrarla, reforzaremos la plausibilidad de nuestro relato<sup>118</sup>.

Por último, y siguiendo también la línea de evolución de la literatura sobre acción colectiva, mostramos que, para dar cuenta del paso que media entre el descontento y la acción colectiva, y de aquél otro que permite que esta acción colectiva tome caracteres violentos o transgresores de la legalidad, es pertinente analizar la concurrencia de factores políticos. Además, como veremos, entre los factores políticos se revelan centrales las disposiciones y capacidades del Estado.

---

<sup>117</sup> El argumento se basa en la asunción de que el descontento está presente de manera prácticamente ubicua, por lo que no podemos explicar los casos en los cuales el descontento no se traduce en acción colectiva. Piven y Cloward (1991) argumentan que lo mismo puede decirse de las variables organizativas.

<sup>118</sup> Tilly *et al.* (1997 [1975]: 23) expresaban con nitidez la idea. “Cuando el tema es el conflicto, ¿porqué malgastar el tiempo escribiendo la historia de la armonía? La respuesta es fácil: una explicación de la protesta, la sublevación o la violencia colectiva que no pueda explicar su ausencia no es en absoluto una explicación. Una explicación basada sólo en casos en que algo ha sucedido es muy probable que atribuya importancia a condiciones que, de hecho, resultan comunes a los casos en que no sucedió nada”.

### ***Estado revolucionario y acción colectiva.***

Como veíamos en el primer capítulo, desde mediados de la década de 1980, la literatura académica viene insistiendo en la necesidad de introducir el análisis del Estado y del sistema político como variables que configuran las posibilidades, el curso y los resultados de la acción colectiva (Evans, Rueschmeyer y Skocpol, 1985; Tarrow, 1995).

El intento más sistemático de explicar la interacción entre el Estado y los movimientos sociales durante la transición portuguesa lo ha emprendido Rafael Durán Muñoz en los estudios ya citados (Durán 1997; 1999), introduciendo, en su estudio comparado de los movimientos obreros portugués y español durante las respectivas transiciones, importantes matices en las apreciaciones sobre la relación entre la transición política, el incremento del número de las movilizaciones y el cambio o permanencia del repertorio de acciones practicado por los movilizadores. En su trabajo de 1999, recalca la importancia de tomar en cuenta lo que denomina la “multidimensionalidad” del Estado, entendida como su diferente disposición a elegir unas u otras pautas de acción según quién sea el grupo transgresor de la legalidad. Para avanzar en nuestro trabajo nos apoyaremos en un argumento central explorado por Durán: *la incapacidad y falta de voluntad del Estado para la represión* como elemento explicativo del rumbo transgresor tomado por las acciones colectivas en Portugal. Como hemos analizado en el Capítulo 2, la falta de capacidad se derivaba de la disolución de la policía antidisturbios (*Companhías Móveis*) y de la parálisis de las otras policías, que estaban siendo sometidas a purgas políticas. El Ejército, aunque carente de entrenamiento y de medios para ello, se arrogó la misión de mantener el orden público. Por su parte, la falta de voluntad se debía a la precariedad de la legitimidad del gobierno y de las tropas del MFA. Como la represión era una de las notas negativas de la dictadura depuesta, el compromiso rupturista de los nuevos gobernantes elevaba el coste de reprimir a la población. Además, las muchedumbres en la calle constituían el mismo referente de legitimidad que había vitoreado el golpe.

No obstante, pretendemos discutir la caracterización que Durán realiza del Estado y determinar de un modo más concreto uno de los elementos que se cruza con la citada multidimensionalidad: **la diferenciación territorial de las organizaciones que lo componen.**

Con ello, además, nos distanciaremos de sus análisis y argumentaremos la inadecuación empírica de algunas de sus afirmaciones. Durán sitúa la falta de autoridad del Estado como explicación principal de la explosión de movilizaciones transgresoras por parte de los colectivos obreros. Sin embargo, refuerza esta afirmación diciendo que “el Estado no mostró la misma falta de autoridad en sus tratos con los grupos e instituciones reaccionarios” y otorga un valor esencial a la represión estatal de las maniobras que denomina reaccionarias, pues para

él, “la percepción [de los obreros movilizados] de que [la oportunidad para movilizarse] existía fue reforzada por la neutralización de los efectos potencialmente constringentes de la manifestación de la Mayoría Silenciosa, (...) del intento de golpe de Estado del 11 de marzo de 1975 o de la violencia de extrema derecha durante el verano caliente de ese mismo año”. Con esa premisa concluye que “la fortaleza del Estado portugués frente a los grupos reaccionarios garantizó tanto los beneficios de la radicalización como la continuidad del proceso de cambio político en curso” (Durán 1999: 20, todos los subrayados son nuestros).

El esquema que sustenta estas y otras afirmaciones del autor aparece con claridad: según Durán, entre el 25 de Abril de 1974 y el 25 de noviembre de 1975, el Estado se mostró “débil” ante los colectivos obreros movilizados y “fuerte” ante los reaccionarios, con lo que los colectivos obreros movilizados se sabían doblemente impunes: el Estado no les reprimía y reprimía a sus adversarios. Dejando de lado la discusión sobre si “fuerte” y “débil” son las nociones adecuadas para caracterizar las disposiciones del Estado, queremos negar la segunda parte de la afirmación y restringir su validez a espacios circunscritos en el tiempo y en el espacio. **Si bien, efectivamente, entre abril de 1974 y noviembre de 1975, en Portugal, hubo una tolerancia casi absoluta hacia las acciones transgresoras proactivas<sup>119</sup> en las zonas urbanas industriales, y en el sur latifundista, también la hubo en otras zonas de Portugal con las acciones violentas practicadas por los grupos anticomunistas, los cuales, aunque fueron frenados en sus intentos golpistas en Lisboa, no lo fueron en su actividad movilizadora ni terrorista.**

En los diferentes distritos del país, no actúan *el* Estado, *la* Policía, *el* Gobierno o *el* Ejército, sino un gobernador civil, unidades militares, destacamentos policiales, etc., que actúan según criterios propios. Además, esta autonomía de criterios, aunque siempre está presente, se multiplica en una situación de crisis de Estado, cuando deja de haber criterios claros de acción y cada uno ha de optar por alinearse con unas u otras de las coaliciones que disputan el control de los aparatos de Estado.

Por ello, la presencia diferencial del Estado tampoco puede verse, en los limitados términos de una diferente capacidad logística o estructural, como plantea Goodwing (1994) al referirse a la poca densidad de la presencia estatal en territorios selváticos centroamericanos. En el caso de un Estado con la historia del portugués, que a lo largo del Siglo XX, pese a sus limitadas

---

<sup>119</sup> Utilizamos el neologismo *proactivo* para caracterizar, sin tintes ideológicos (“*progresistas*”), las acciones colectivas destinadas a conquistar derechos. En la transición portuguesa esto incluye la masiva ocupación de casas por parte de organizaciones vecinales, la ofensiva del movimiento obrero para mejorar sus condiciones de vida o el movimiento a favor de la Reforma Agraria en el Alentejo.

capacidades, consiguió una notable penetración política y administrativa sobre todo su territorio continental, esta presencia territorialmente diferenciada deriva de que las organizaciones que forman parte del organigrama del Estado hacen uso de su relativa autonomía táctica y estratégica, dando lugar a sistemas de acción concretos *locales* en los que se relacionan las unidades de policía, el gobierno civil, las unidades militares, etc., concretamente presentes sobre el terreno. Así, la definición materialista y organizacional del Estado esbozada en el primer capítulo nos permite eludir la ilusión de un Estado que, incluso en su posible desunión interna, no dejaría de presentarse como igual a sí mismo en los distintos contextos territoriales. La capacidad del Estado para estructurar el espacio de las acciones posibles de terceros, tolerándolas o reprimiéndolas, no se deriva de su definición funcional, sino de la cristalización del tejido concreto de anticipaciones de respuestas ante las distintas acciones socialmente posibles. Este tejido aparece como producto de la coordinación local entre autoridades formales e informales y de la pauta de ejercicio efectivo de sus poderes. Por otra parte, la identificación de los actores pertinentes es una cuestión puramente empírica.

La inteligencia militar veía así la situación en julio de 1975: “la degradación se caracteriza por la marginación de los órganos legales de poder [i.e., los revolucionarios], por la fragmentación del poder, por una anarquía creciente, por una falta de respeto progresiva por los órganos representativos de las fuerzas revolucionarias de poder democrático y por una proliferación abusiva de los centros de decisión”.

En Portugal, la desintegración institucional comenzó con el golpe militar, pero sólo a partir de las elecciones de 1975, que redujeron la incertidumbre sobre las preferencias políticas de los portugueses de distintas regiones (Barroso, 1989), comenzaron a tejerse con claridad las coaliciones locales que caracterizaron la caleidoscópica presencia del Estado revolucionario.

## **Una aproximación descriptiva.**

### ***Ciclo de movilización y oportunidad política:***

Como decíamos, el proceso de movilización que caracterizó el verano de 1975 como “*verão quente*” fue la oleada de asaltos populares a las sedes de los partidos a la izquierda del Partido Socialista (PCP, FSP, MDP, UDP, MES, PRP, LUAR, LCI) y de varios sindicatos. Además, se produjeron tumultos en los que se obligó a los simpatizantes del MDP y del PCP a abandonar sus cargos en muchas administraciones locales y agencias de los bancos nacionalizados, se boicotearon mítines, también se cortaron carreteras, se retuvo a personas y

se evitó la distribución de prensa progresista. Es interesante retener que casi toda esta actividad reactiva transgresora se concentró en un periodo de tiempo muy circunscrito: comenzó cuando el MFA rechaza supeditar la formación del gobierno a los resultados de las elecciones a la Asamblea Constituyente de abril de 1975 y acabó con la toma de posesión del VIº Gobierno provisional, el cual respondía notablemente a la inferencia de representatividad exigida por los partidos que vencieron aquellas elecciones. Como veíamos en el capítulo anterior, este periodo se caracterizó por la radicalización de los gobiernos provisionales, la ruptura del MFA y las campañas de manifestaciones y contra-manifestaciones de los partidos políticos, los sindicatos, las organizaciones unitarias y la Iglesia.

A partir de las elecciones, el anticomunismo se había transformado en una pieza clave de la estrategia política y discursiva de los dos partidos mayoritarios, tanto en política externa como en política interna. En su apuesta política, el PS y el PPD no vacilaron en forzar el análisis de la situación hasta hacer aparecer como conseguida la voluntad de hegemonía del PCP<sup>120</sup>.

Como veíamos anteriormente, dos “casos” simbolizaron la ruptura de los partidos moderados con el MFA y catalizaron la disgregación interna de este movimiento: el caso del diario *República* y el caso *Radio Renascença*.

Sin que eso signifique un tipo de “manipulación” de carácter cualitativamente diferente al que pudo estar presente en las acciones colectivas de los movimientos obrero, jornalero o vecinal<sup>121</sup>, las acciones colectivas anticomunistas violentas coinciden en el tiempo con la campaña legal de manifestaciones antigubernamentales lideradas por el PS y la Iglesia Católica, acabando con el primer triunfo de la misma: la conquista de un Gobierno representativo. El ciclo de movilizaciones pacíficas puede ser visto como una oportunidad que, al señalar campos comunes, fronteras y objetivos, “cubre” o “arropa” las acciones violentas. Después de la subida al poder del VIº gobierno provisional, las movilizaciones populares anticomunistas violentas prácticamente desaparecieron<sup>122</sup>, aunque subsistieron y se

---

<sup>120</sup> El carácter instrumental de la creación de un clima de alarma para suscitar apoyo internacional y doméstico por parte del PS está bien documentado en las actas de la reunión de Mario Soares con el Consejo de la Revolución (*ANTT, Actas do CR, vol. 1, 23 de mayo de 1975*), en la cual Soares reconoce que sabe que el PCP no está detrás de la ocupación del diario República (“me recibieron con gritos de ‘muera Mario y muera Álvaro [Cunhal]”), pese a lo cual continuará orquestando la reacción nacional e internacional ante este “caso” de “atentado del PCP” contra “el último periódico independiente” (valoración manifiestamente falsa, como muestra Graham, 1984).

<sup>121</sup> Para interpretaciones de las movilizaciones proactivas como “teledirigidas”, *vid.* Lucena, 1978. Para una crítica a esas interpretaciones, *vid.* Mozzicafredo, 1982.

<sup>122</sup> “Simultáneamente con las alteraciones en el poder político-militar, se verificó en el país un apaciguamiento de la agitación político-social de carácter contrarrevolucionario. Cesaron por completo y repentinamente los asaltos, saqueos e incendios (...)”. (SDCI; informe semanal, 17 de septiembre

multiplicaron las acciones de carácter terrorista (atentados con bombas, incendios, etc.) protagonizadas por muchos de los mismos activistas anticomunistas que habían fomentado el movimiento popular (ver Gráfico 3).

### ***Caracterización del movimiento anticomunista.***

Como ocurre en general con los movimientos sociales, el movimiento reactivo violento estuvo compuesto por organizaciones interesadas en fomentarlo y representarlo, por redes informales que conectaban activistas y por una parte no encuadrada de la población. Estas “bases” actuaron, en ocasiones, de manera espontánea, reaccionando a acontecimientos locales del momento, en otras, respondiendo a la llamada de los activistas. Como suele suceder, la bases participaron, o no, según estimasen los riesgos de su acción y las posibilidades de éxito, siendo menos atrevidas allí donde los riesgos parecían mayores. La existencia de redes informales y organizaciones dotó al movimiento de recursos para su existencia y sustentación, la aparición y creación de oportunidades políticas permitió su desarrollo.

La participación popular en el movimiento anticomunista tomó formas variadas. El problema para su tratamiento se encuentra en el carácter marcadamente partidista de todas las fuentes, que están interesadas en recalcar unas u otras versiones de los hechos. Esto, en algunas ocasiones, no nos permite saber si en determinados episodios hay un componente de movilización popular o si los protagonistas del asalto registrado son pequeños grupos encuadrados por organizaciones paramilitares. Hemos buscado relatos de prensa que se refieran con detalle a los 112 asaltos anticomunistas citados en distintas recopilaciones (Avante! 1977; SIPC, 1976) habiéndolos encontrado para 58 de ellos. Aunque a veces los relatos de una misma acción son incompatibles, parece que sólo en el distrito de Oporto dominan con claridad las acciones nocturnas efectuadas por pequeños comandos, mientras en el resto de distritos afectados, la participación popular es dominante, aunque nunca exclusiva (Cuadro 7).

En lo que respecta al tipo de población que participa en las acciones colectivas, el *Dossier* del *Avante!*, que refleja la interpretación del PCP, destaca con nombres y apellidos el activismo de comerciantes y empresarios locales, pero deja un vacío en la caracterización del resto de la multitud movilizada. Como resulta imposible realizar un censo de los participantes, nos parece aceptable asumir la proyección propuesta por Hammond (1984), en la que se infiere la

---

1975)



participación activa de una base social similar a la que apoyó electoralmente al CDS y al PPD en las zonas rurales norteñas<sup>123</sup>. Esta proyección coincide tanto con la observación de Moisés Espírito Santo en su monografía sobre el municipio de Batalha, que destaca la genuina participación de los aldeanos minifundarios en las manifestaciones y asaltos, cuanto con las imágenes de archivo de la TV, que, además, muestran una activa participación de jóvenes. Por otra parte, se ha destacado la frecuente participación de los emigrantes, de regreso a sus tierras por las vacaciones estivales, en las manifestaciones y asaltos.

*Descontento e intereses de los movilizados*<sup>124</sup>.

Al intentarse explicar las razones de la participación popular en la movilización anticomunista, los “revolucionarios” atacados suelen colocar el problema en dos ámbitos: la “falta de conciencia de clase” por parte de los movilizados populares y la “dependencia” respecto a terratenientes o párrocos, quienes, por utilizar la expresión olsoniana, actuarían como “empresarios políticos” de la acción colectiva, ellos sí interesados directamente en el “bien colectivo” contrarrevolucionario. Por su parte, Hammond, adoptando la tesis Hobsbawmiana de la falta de proyección hacia el futuro de los movimientos de pequeños campesinos –en términos de un proyecto de clase– considera que los campesinos norteños con pequeña propiedad optan por una política orientada hacia el *status* en lugar de una orientada hacia los intereses, construyendo un marco de interpretación de su propio valor identitario que recubra su decadencia económica, pues “en ausencia de una estrategia económica viable, la estrategia de afirmación de valores aparece como la más razonable de las que están a disposición de esas clases” (1984: 275). Así, ve en sus opciones políticas netamente derechistas una alianza con clases privilegiadas industriales y terratenientes, que, aunque no promueva sus residuales intereses como clase, garantiza su estabilidad y su equilibrio simbólico.

Desde otra óptica, más empírica y menos normativa, monografías de antropólogos hacen aflorar que el “anticomunismo” pertenecía ya al universo ideológico de las poblaciones rurales norteñas (Brettell, 1984). En esta línea, Espírito Santo (s.d.), ha diseccionado la amalgama de notas negativas de diferentes orígenes que se incardinan en la concepción del “comunismo”

---

<sup>123</sup> El método utilizado, la proyección ecológica, toma como base los datos sociodemográficos de los municipios para establecer correlaciones estadísticas entre esas características estructurales y la preferencia electoral. Las encuestas realizadas en las dos décadas siguientes confirman la adecuación de esta correlación en las zonas rurales.

<sup>124</sup> Este apartado, aunque ha sido alimentado con los materiales recogidos durante la investigación, está constituido por una colección de hipótesis sociológicas, no por conclusiones; un trabajo satisfactorio en este sentido aún está por emprender. En un primer momento decidimos tomar el descontento como

compartida por los aldeanos del centro y norte de Portugal. Su análisis destaca la instrumentalidad con la que en ella se anclan agravios y amenazas que difícilmente se corresponden con un conocimiento y un análisis sereno del proyecto político o las prácticas del PCP. Sin embargo, aunque se pueda considerar válida su observación respecto a la falta de nitidez de la representación compartida de ese proyecto, esta última –eventualmente inculcada por los poderes del régimen dictatorial y por la Iglesia, como referente del mal absoluto–, encuentra personificaciones reconocibles en el comportamiento de los comunistas y de otros partidos a los que la propaganda anticomunista intenta asimilar con aquéllos. Así, una larga serie de eventos percibidos negativamente, encuentra un substrato previo de prejuicios en el que ganan coherencia en un sistema de estigmas que los presenta como “actuaciones comunistas”, confirmando y activando la predisposición negativa<sup>125</sup>. Entre estos acontecimientos señalaremos el abandono de las colonias, la disputa del espacio público a la iglesia, las depuraciones administrativas, la ávida captura de lugares de poder, las nacionalizaciones, la propaganda televisiva y, sobre todo, la Reforma Agraria, –la cual, aunque no les afectase directamente, sí amenazaba la inviolabilidad de la propiedad<sup>126</sup>.

Además, el rechazo al rumbo político puede entenderse mejor si se tiene en cuenta la disonancia entre el proyecto político socializante y el *ethos* campesino norteño tal y como se expresa en el comportamiento personal y familiar del gran contingente de emigrantes<sup>127</sup>. Este supone un plan de futuro basado en la acumulación de un pequeño capital privado obtenido por medio del duro esfuerzo personal, lo que objetivamente constituye una matriz de evaluación de la evolución política que puede reconocer amenazas y desvalorizaciones en la propuesta de proyectos colectivos de mejora de las condiciones de vida y trabajo. Esto explica la facilidad con la que casos aislados de excesos revolucionarios, o meros rumores, son erigidos en amenazas contra ese proyecto de vida (Brettell, 1984). Así, por ejemplo, algunos casos de casas de emigrantes vacías o en construcción, objeto de ocupaciones “salvajes” por

---

dato, pero hemos preferido arriesgarnos a intentar explicarlo.

<sup>125</sup> Agradezco al profesor José Manuel Sobral las indicaciones ofrecidas para este apartado. Sobre los mecanismos de recepción, acomodación e interpretación de acontecimientos inesperados en los sistemas cognitivos compartidos preexistentes –representaciones sociales–, *vide* Moscovici (1986)

<sup>126</sup> El prof. Villaverde Cabral recuerda una cita del secretario de estado de Agricultura, António Bica, en la que anunciaba el propósito de avanzar hacia el Norte con la Reforma Agraria. No he podido localizarla, pero esa posibilidad sí parecía ser percibida, como amenaza, por los movilizados.

<sup>127</sup> La emigración a Francia fue el gran acontecimiento socio-demográfico de las décadas de 1960 y 1970 en los distritos del norte, de modo que, antes de la crisis del Petróleo, *cada año* se sumaba a la emigración más del 3% de la población de aquellos distritos (Rosas 1994: 421). Gaspar y Vitorino (1976) muestran, asimismo, la fortísima correlación entre los contingentes de emigrantes por distrito y el voto a la derecha en esos mismos distritos.

parte de familias pobres, se transformaron en un referente mil veces reverberado de la amenaza de la avidez indolente de los “comunistas” contra el pequeño tesoro obtenido con el sudor de la propia frente (Downs, 1988).

Finalmente, la misma emigración da lugar a que, en la sociedad rural norteña, una institución, el banco, pase a ocupar un lugar privilegiado como depósito de los ahorros de los emigrantes y como correo de las remesas que envían a sus familiares. La precaria confianza (*trust*) en instituciones exteriores que caracteriza a las sociedades poco diferenciadas (Luhmann, 1982)<sup>128</sup> es salvada por la lógica de la emigración (ya no basta el clásico calcetín), pero sus cimientos se hunden cuando los trabajadores de la banca (en los pequeños centros urbanos de las distintas provincias) violen el compromiso sobre la propiedad y disponibilidad de los ahorros y, para evitar las fugas de capitales, bloqueen cuentas, reduzcan las cuantías de las que se puede disponer y retiren el control de los fondos a los clientes<sup>129</sup>. No debe menospreciarse el impacto que este comportamiento puede tener sobre las percepciones de poblaciones. No sólo redujo hasta prácticamente cero el envío de dinero desde el extranjero, dejando sin liquidez a la banca privada, sino que, localmente, hizo que fuera perfectamente reconocible una amenaza a las propias posesiones que daba razón a la propaganda anticomunista. La amenaza será representada por los cambios políticos de Lisboa y encarnada por esa institución ajena, el banco, que se inmiscuye en los propios ahorros. Así, aceptando la hipótesis ya citada de la *prospect theory*, según la cual los individuos perciben más marcadamente las desutilidades de las pérdidas que las utilidades de las ganancias; y la de que la inseguridad y el miedo disparan la constitución de un marco cognitivo de agravios y amenazas (Oberschall, 2000), parece plausible imputar una parte de la eficacia causal al problema bancario como inductor de descontento. Finalmente, esta hipótesis parece reafirmarse si tenemos en cuenta el frecuente ataque a oficinas bancarias por parte de las muchedumbres amotinadas, en donde entraban para expulsar a los trabajadores “comunistas”.

Desde su punto de vista particular, la reflexiones presentadas convergen en dar cuenta del descontento y el temor de amplios estratos de las poblaciones de los distritos del norte y

---

<sup>128</sup> La noción de confianza asociada a la diferenciación social puede ejemplificarse con sencillez si pensamos en la compra de una casa por construir en un terreno en el que sólo se ve un agujero. Tamaña inversión requiere una confianza en las instituciones completamente ajena a una sociedad rural casi autárquica.

<sup>129</sup> La correspondencia privada más frecuente que se encuentra en los archivos del Consejo de la Revolución es enviada por emigrantes que comunican sus temores y piden garantías para sus ahorros y para sus casas en construcción. De cerca la siguen las protestas por los cambios en la televisión, a la que se considera llena de documentales comunistas y carente de buenos concursos y de películas americanas.

centro de Portugal ante las políticas [*policies*] del gobierno de Lisboa. Sin embargo, y aunque las amenazas hagan reducirse los umbrales del riesgo que los individuos están dispuestos a asumir (Snow *et alii.*, 1998) no nos deben satisfacer en tanto que explicaciones de la movilización, pues, como ya adelantábamos, la presencia de una definición compartida de una situación negativa no basta para explicar el paso a la acción colectiva ni, tampoco, la forma, transgresora o legal, que ese paso pueda tomar.

#### *Redes y organizaciones*

Hay que tratar con cautela la disyuntiva entre “espontaneidad y manipulación”, tanto en el análisis de movimientos proactivos como en el de los movimientos reactivos. Estos últimos, si bien expresaron la “indignación genuina” mentada por Mario Soares, contaron con varias redes superpuestas de organizaciones coordinadas. Por ejemplo, en el caso de la violencia contra sedes partidarias, se puede trazar buena parte del mapa y de la cronología de muchos asaltos si se sigue el itinerario personal de pequeños núcleos de agitadores “liberados” (*vid.* Abreu, 1984). Sin embargo, su presencia no nos debe satisfacer como explicación, pues abandona la interrogación sobre las condiciones de posibilidad de la eficacia de sus actividades. Como veremos, no consiguieron que los manifestantes anticomunistas de varias localidades de Vila Real se arriesgasen a atacar las sedes comunistas.

Sánchez Cervelló analizó la organización del movimiento terrorista anticomunista, pero sus palabras se pueden utilizar para caracterizar las redes que apoyaron la movilización popular anticomunista: “se basó en el apoyo de la jerarquía eclesiástica, cuyo epicentro fue el obispado de Braga; en la ayuda operacional, técnica y económica de España, que además proporcionaba una retaguardia segura; en la colaboración de los militares contrarios al 25 de Abril, que vertebraron todo el movimiento; y, por último, en el acuerdo de todas las fuerzas políticas, de los socialistas a la derecha, mayoritarias en los distritos centro y norte del país” (1993).

Otras redes han sido descritas, como la de los antiguos jefes del partido único de la dictadura, o, en un ámbito local, la de los emigrantes regresados por las vacaciones. Uno de nuestros entrevistados, responsable de un pequeño destacamento militar de propaganda radical (COPCON-PRP) que actuó en *Tras-os-Montes*, recordaba como los emigrantes de vacaciones “nos vigilaban y nos seguían en una caravana de coches –con matrícula francesa– de una aldea a otra, increpándonos con gritos cada vez que intentábamos entrar en contacto con una población (...) hacían tocar las campanas e iban a buscar al cura, con el que organizaban un motín para expulsarnos”.

Aparte de las organizaciones que estructuraron más íntimamente el movimiento, éste contó con la alianza táctica de casi todos los grupos que se oponían a la hegemonía del PCP. Desde alianzas pasivas, como comandantes de policía que no acudían a las llamadas, hasta las autoridades próximas al PS o al PPD, que proclamaban su comprensión o, incluso, en ocasiones, participaban en los asaltos (Avante!, 1977; Abreu, 1984). En el momento en que el comunismo se transformó en el enemigo principal, se fraguó una coalición informal de amplio espectro hasta entonces inédita, que actuó como paraguas de las acciones transgresoras y cobijó tanto a los grupos más derechistas como a los moderados que habían quedado marginados tras el 25 de Abril y los episodios radicalizadores del 28 de septiembre de 1974 y 11 de marzo de 1975.

Desde el punto de vista conspirativo, los activistas de lo que se denominó *plan María da Fonte*<sup>130</sup> contaron con el apoyo de la iglesia local para establecer una red bien dispuesta a la movilización y que se preparaba, incluso, para participar en una insurrección (Dâmaso, 1999). Las distintas redes, organizaciones y alianzas fueron fundamentales en la movilización anticomunista y sin ellas ésta podría haber tomado cauces muy distintos. Sin embargo, su activismo, ya sea indicado por el número de bombas y acciones de comando o por la difusión de propaganda anticomunista, es homogéneo en el conjunto de los distritos norteños, por lo que no es capaz de explicar la ausencia de componentes violentos en la movilización popular anticomunista verificada en el distrito de Vila Real.

### ***Repertorio de formas de acción:***

La gente actúa y en ocasiones lo hace colectivamente. Actuar colectivamente supone coordinar esfuerzos y, para ello, ha de existir una pauta de acción compartida por los participantes. El conjunto de estas pautas de movilización, reconocido como un componente cultural de la acción colectiva, varía con el cambio de las circunstancias históricas y se ha convenido denominarlo repertorio (Tilly, 1986; Tarrow, 1995). Los repertorios evolucionan, cambian, se aprenden y se difunden, adaptándose en el proceso a los nuevos marcos políticos y a las nuevas finalidades de los desafiantes. Además, la propia evolución del repertorio conduce a (y es conducida por) una readaptación de las formas de respuesta estatal y policial (Della Porta, 1999).

---

<sup>130</sup> Haciendo referencia al nombre dado a una insurrección popular del S.XIX.

A continuación realizamos un pequeño repaso analítico y no exhaustivo de formas de acción colectiva practicadas en Portugal por parte de los movimientos anticomunistas, aunque nos detendremos únicamente en aquellas caracterizadas por componentes transgresivos. Por otra parte, destacamos que sus pautas de acción retoman en gran medida las anteriormente seguidas por colectivos de obreros industriales, por movimientos de extrema izquierda, por jornaleros o por los movimientos vecinales (comisiones de moradores).

#### *Bloqueo de carreteras.*

Una de las formas de acción colectiva directa practicada por los movimientos anticomunistas fue el bloqueo de carreteras. Este consiste en la formación de un piquete multitudinario que, con ayuda de diversos obstáculos, cierra o restringe el paso en puntos importantes de una red viaria. Los participantes controlan a las personas y bienes que pretendan atravesar ese paso y, en determinadas circunstancias, agreden o retienen a las personas y se apropian de, o destruyen, los bienes transportados. Este tipo de acción ya había sido practicada por sindicalistas, simpatizantes del PCP y del MDP, comisiones de moradores y otros durante los “episodios” de amenaza golpista del 28 de septiembre de 1974 y 11 de marzo de 1975, en el intento del PCP de evitar las manifestaciones del PS durante el verano de 1975 y se volvió a practicar durante la confusión golpista del 25 de noviembre. Durante el verano de 1975, el movimiento anticomunista se apropió de esa técnica como medio de controlar la distribución de periódicos adversos y de retener a las personas sospechosas de acudir a actos organizados por el PCP (*vid.* Burguete, 1978). Una vez comprobada la eficacia de este tipo de acciones, los líderes de la Confederación de Agricultores Portugueses (CAP), una organización nacida en los episodios de movilización agraria anticomunista, amenazaron en sucesivas ocasiones con “aislar la comuna de Lisboa” mediante el establecimiento de una frontera en el paso de Río Maior.

#### *Cerco y asaltos a locales de los oponentes.*

Un grupo numeroso (se encuentran relatos diferentes que van de 25 a 3000 personas) se dirige a la sede o domicilio de los oponentes y lo cerca coreando consignas. A continuación, y si no hay una fuerza que lo impida, un sector de los manifestantes irrumpe en sus dependencias y emplea la violencia para dañar a sus ocupantes (si los hubiere en el momento del asalto) y los objetos presentes, que podrán ser lanzados a la calle. En algunas ocasiones, el asalto puede ser seguido de una tentativa de incendio o del robo de enseres por parte de algunos de los asaltantes. Esta forma de acción ya se practicaba durante la república de 1910-1926 (por ejemplo, asalto por parte de bases del Partido Republicano al periódico realista *A Nação*); durante el *Estado Novo* será retomada por las organizaciones de vanguardia nacionalista (p.e.

el asalto a la sede de la Sociedad Portuguesa de Escritores en 1962 ) y encontrará practicantes por parte de diferentes grupos políticos tras el 25 de Abril (asaltos a las sedes del CDS y PDC como respuesta a los intentos de golpe del 28 de septiembre de 1974 y 11 de marzo de 1975 y a la embajada y los consulados de España en otoño de ese mismo año para protestar por las últimas ejecuciones del franquismo, etc.). Por parte del movimiento anticomunista, ésta será la práctica central que involucrará a gentes de todo el país en acciones transgresoras anticomunistas.

Analizando los casos del verano de 1975, vemos que, habitualmente, tras varios días de propaganda mediante panfletos y contactos con prohombres locales, esta práctica era propuesta a las muchedumbres como culminación de otros tipos de actos multitudinarios, algunos de ellos ya propiamente políticos (manifestaciones o mítines), pero muchos otros de carácter meramente rutinario, como días de mercado o misas dominicales. Así, las muchedumbres solían englobar a gente que no pertenecía al núcleo urbano principal, en el que se encuentran las sedes, y con ello se facilitaba el franqueo de las barreras comunitarias a la práctica de la violencia.

Resulta interesante anotar cómo el asalto a un edificio fue utilizado por Sidney Tarrow (1997) –en su sistematización sobre los cambios de repertorios de acción colectiva en el paso del Antiguo Régimen a la época contemporánea– como ejemplo de una acción perteneciente al repertorio anterior a la aparición de un espacio político nacional. Frente a una cierta substancialización de su noción de repertorio, que identifica las formas de acción localizadas y directas como propias de conflictos exclusivamente locales, se puede señalar que cada una de las sedes del PCP es la forma de presencia local de un actor nacional.

#### *Bloqueo de instituciones (Bancos y Juntas de Parroquia)*

Una de las formas de acción de las que no se habla en la literatura consultada, pero que aparece sistemáticamente en las fuentes, es el bloqueo, a veces con ocupación parcial, de oficinas de la banca nacionalizada. El objetivo es uno y claro: expulsar (o no dejar entrar) a los trabajadores “comunistas” que lideraron el proceso de control de la fuga de capitales y llevaron a cabo el congelamiento y control de las cuentas bancarias (primero, de oficio, coordinados por su sindicato y, después, siguiendo las orientaciones del gobierno). Estos bloqueos suelen aparecer como actos colaterales a otras acciones colectivas (manifestaciones o asaltos). Como los asaltos, tuvo antecedente en las jornadas de Rio Maior, al amanecer del día tras una velada de vigilancia anticomunista (Ver *infra.*).

Este mismo tipo de acción se utilizó frecuentemente para forzar la dimisión de los miembros de las comisiones administrativas provisionales de muchos ayuntamientos y Juntas de Parroquia, que pertenecían mayoritariamente al MDP.

### ***Desencadenamiento del proceso: El caso Rio Maior***

El conglomerado de acciones violentas con participación popular que caracterizan el movimiento anticomunista comienza con el ataque del 13 de julio de 1975, en Río Maior, al centro de trabajo del PCP y a la sede del FSP. Río Maior se convirtió en la representación simbólica de la frontera entre el Portugal del sur y el del norte, el de la Revolución y el de la Reacción. Aunque algunos actores intentasen, durante el proceso, difuminar esa distinción, pues aceptarla suponía abandonar el combate político en la demarcación adversa, otros reforzaron esa territorialización, apostaron por realzar el carácter excepcional de la capital (negándole cualquier representatividad sobre la generalidad del país) y sentaron las bases que permitían jugar con la amenaza de una guerra civil, lo que, como vimos en el capítulo anterior, constituyó una de las bazas estratégicas que tornó eficaz la movilización reactiva<sup>131</sup>.

#### *¿Porqué Rio Maior?*

Río Maior es un municipio situado en el distrito de Santarém, pocos kilómetros al norte del río Tajo, y por él pasa la Carretera Nacional 1, la cual, en 1974, constituía la principal vía de comunicación rodada entre Lisboa y Oporto. Del punto de vista de las estructuras agrícolas, el distrito de Santarém es uno de los más heterogéneos de Portugal<sup>132</sup>, pudiéndose afirmar que es atravesado por la “frontera” de los dos Portugales tradicionalmente señalada por el río Tajo: Sur latifundista, norte minifundista. Si observamos el *puzzle* de municipios en torno a Río Maior, nos encontramos con un *limes* de estructuras agrarias, comportamientos políticos y práctica religiosa que prefigura los caracteres conflictivos de la región (ver los indicadores en J.Coelho, 1980: 88). En Río Maior, donde el latifundio ya se combinaba con propiedades medias y pequeñas, no se produjeron ni las expropiaciones ni las ocupaciones de tierras que

---

<sup>131</sup> Así, en un mítin del CDS en Río Maior convocado “por uma democracia de proprietários e não de funcionários”, el general Galvão de Melo enardecía a su público con estas palabras: “*Comunistas ao mar para ali morrerem de morte natural (...) a fronteira que agora se situa a 80 Km de Lisboa tereis vós que a ir deslocando para o sul*”. (Correio do Ribatejo, 13-XII-1975)

<sup>132</sup> Además, como distrito, no se corresponde con ninguna región “natural” o “tradicional”. Algunos de sus municipios han sido tradicionalmente considerados como corazón del *Ribatejo*, otros (o los mismos, como el propio Santarém) como parte de la *Estremadura* y otros del *Alto Alentejo*, pero ninguna de estas demarcaciones se ha correspondido con un estructura administrativa, por lo que las adscripciones han sido volátiles.



caracterizaron la Reforma Agraria. Sin embargo, este amenazante proceso llegó a sus puertas, al limítrofe término municipal de Azambuja. La frontera electoral también pasaba por Rio Maior; en este municipio, el voto del PCP había quedado relegado al cuarto lugar con un mínimo 4,5%, siguiendo la pauta de los municipios de su lado de la frontera<sup>133</sup>. En cambio, en los municipios que limitan inmediatamente al sur, como Alenquer, Azambuja o Cartaxo, el PCP, que había ganado un claro protagonismo público al conquistar posiciones en la administración y en los sindicatos de jornaleros, se alza con el segundo lugar en las votaciones (con un 20% y siguiendo al PS) (Gaspar, 1976: 248). Además, y agravando las diferencias, un poco más al sur, pero en el mismo distrito, se encuentran los municipios de Coruche y Alpiarça, donde vence el PCP y se polariza la referencia al proyecto comunista. En sintonía con la literatura clásica sobre las precondiciones estructurales de la política, asumimos que el carácter "fronterizo" del distrito implica la determinación de tensiones políticas. Sin embargo, creemos que una explicación no puede conformarse con la constatación de la co-presencia de precondiciones estructurales y conflicto, sino que debe atender a los episodios en los que los actores dotaron de sentido a sus posiciones estructurales y, mediante interacciones tácticas, dieron lugar al conflicto abierto.

#### *Del levantamiento local al movimiento nacional.*

Antes del caso Rio Maior ya habían sucedido algunos episodios en otras localidades, con movilizaciones populares para rechazar iniciativas del PCP y el MDP en los sindicatos o en la administración local. Sin embargo, en Rio Maior se asaltó por vez primera una sede del PCP y, también por vez primera, la acción, de origen local, acabó cuajando en una reivindicación nacional y de oposición al gobierno. La emergencia del marco simbólico anticomunista fue súbita, logrando una inesperada capacidad movilizadora y sacando a la luz un conjunto de agravios que habían madurado en silencio. Este proceso se desencadenó en varias fases, que, aunque se solapan en el tiempo, pueden ser analíticamente distinguidas.

#### **Levantamiento local:**

- 1) Reacción ante intentos de usurpación "partidistas" y "forasteros".
- 2) Imputación externa de la imagen de reaccionarios "fascistas".
- 3) Respuesta indignada a la imagen enviada; constitución de sistema de estigmas en el que una identidad "popular" se enfrenta a los "comunistas" y a "los de Lisboa".

---

<sup>133</sup> Aunque no tenemos constancia de impugnaciones, en varios municipios de la ribera norte de este *limes*, hay una curiosa coincidencia entre niveles extremadamente bajos de voto comunista (en torno al

### **Movimiento nacional**

- 4) Constatación de la impunidad de las acciones.
- 5) Vertebración del movimiento por estructuras organizativas.
- 6) Generalización de las acciones.
- 7) Victoria del movimiento en sus elementos más generales.
- 8) Reconversión de una parte del movimiento de la Confederación de Agricultores Portugueses (CAP).
- 9) Fin del ciclo de participación popular.
- 10) Radicalización de los principales activistas y terrorismo.

El primer ataque comienza como una respuesta puntual ante un intento de “ocupación” del antiguo *Gremio de Lavoura*<sup>134</sup> de Río Maior. Para lograrlo, la Liga de Pequeños y Medios Agricultores de Alpiarça (simpatizante del PCP y radicada en un municipio vecino<sup>135</sup>) había convocado un “plenario fantasma” en condiciones en las que le sería fácil tomar el control de los recursos del Gremio. Ante esta doble injerencia (de una liga extraña al municipio y de un partido minoritario) los militantes del PPD movilizaron a los agricultores cuya representación en el Gremio estaba siendo usurpada. Sobre la marcha, fue adaptándose el repertorio de acciones colectivas: se organiza una manifestación que se dirige a la sede del PCP y, ante la falta de respuesta de cualquier autoridad coercitiva, un grupo se destaca de los manifestantes, apalea a los militantes comunistas y saquea la sede<sup>136</sup>. Ese mismo día, la televisión y las radios de Lisboa, controladas por simpatizantes del PCP, presentaron el incidente como el resultado de una maniobra reaccionaria y de la manipulación de los agricultores participantes

---

1-2 %) y repuntes elevados de voto nulo (14-18%).

<sup>134</sup> Los *Gremios de Lavoura* eran las instituciones corporativas que organizaban a los propietarios agrícolas. Muchos conflictos del periodo revolucionario giraron en torno al control de ésta y otras instituciones corporativas. (Lucena, 1984)

<sup>135</sup> Alpiarça era un "feudo" del Partido Comunista (entonces clandestino) desde, al menos, las crisis de 1958, heredando una tradición radical republicana anterior. En este término municipal el PCP consiguió más del 50% de los votos en las elecciones a la asamblea constituyente, mientras sus aliados del MDP consiguieron el 10% y la extrema izquierda también logró resultados superiores a sus medias nacionales y distritales.

<sup>136</sup> El relato está basado, especialmente, en el testimonio de un dirigente local del PS, J.A. Burguete (1978). quien destaca que “curiosamente, nada obstaculizó que el movimiento de Río Maior siguiese su curso. Ni el COPCON, ni la Vª División, ni el MFA ni el gobierno”.

por parte de los grandes propietarios y las autoridades religiosas. Indignados ante esta forma de tratamiento, al día siguiente, los agricultores movilizados formaron piquetes en las carreteras y quemaron los periódicos que, venidos de Lisboa, reproducían esa versión de los hechos. En el curso de la misma serie de movilizaciones, otro grupo acudió a una oficina bancaria y, apostado en su entrada desde primeras horas de la mañana, impidió el acceso de los empleados tenidos como comunistas.

Esta nueva acción transgresora tampoco fue reprimida ni por las fuerzas policiales ni por las tropas de Santarém, cuyo comandante argumentaba, ante el COPCON, que no tenía ni material ni entrenamiento para ese tipo de misiones. La percepción y la confirmación sucesivas de la impunidad abrieron el camino a la proliferación de acciones colectivas anticomunistas.

Además, pese al papel notable las redes de coordinación estructuradas, la reproducción dispersa de asaltos y la participación de gente no encuadrada organizativamente puede plantearse, en parte, atendiendo a procesos de coordinación espontánea (Schelling, 1963: 89 y ss.). Después de producirse los primeros asaltos –como hemos relatado, muy “locales”- y abrirse la batalla pública por la interpretación de su significado, en otros lugares distantes, la manera de participar, de crear un “campo” o “bando” común, un marco identitario, es actuar públicamente de la misma manera. Se trata, en definitiva, de una forma de activar lo que Dobry (1992) denomina “espacios naturales de movilización”<sup>137</sup> como parte de un proceso identitario.

Visto desde la arena política nacional, se debe retener que desde el 10 de julio, el PS estaba fuera del gobierno y, unos días después, salía el PPD. El día 13 tuvieron lugar los sucesos de Río Maior. La falta de capacidad represiva que apoyase al PCP y al gobierno fue acompañada por las declaraciones y decisiones de las elites nacionales y locales del PS, PPD y CDS, que si bien condenaban los medios, simpatizaban con las *razones* de aquellas acciones violentas. Por su parte, la red de periódicos regionales controlados por la iglesia comenzaba a publicar una

---

<sup>137</sup> El espacio de “natural” movilización preexiste a las movilizaciones, en el sentido que define qué unidades potenciales de movilización pertenecen al mismo campo, así “una movilización [...] ‘con éxito’, es un proceso en el que los protagonistas verifican que otras unidades del espacio natural de movilización entran igualmente en movimiento o están a punto de hacerlo [...] tenemos así la clave de un hecho extraño (al menos para aquellos que creen que los movimientos sociales responden principalmente a fines colectivos, proyectos o valores últimos comunes a los actores movilizados): una parte considerable de los debates [...] en cada uno de los lugares donde se verifica la movilización, consiste siempre, en la determinación –antes que los objetivos del movimiento, su finalidad o su programa– si esta o aquella otra unidad natural del espacio de movilización se ha unido o no a la movilización”

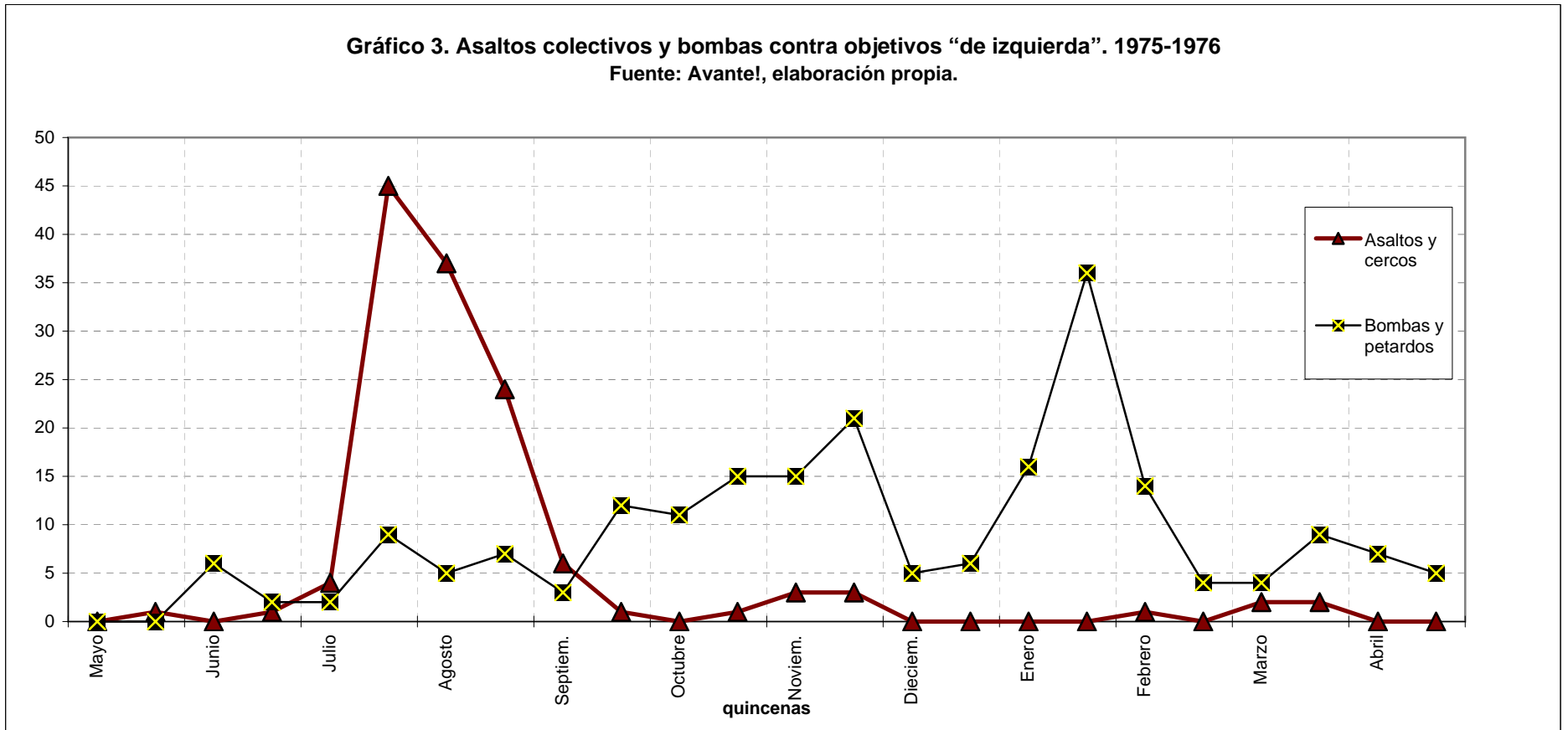
serie de artículos bajo el título de “contra la violencia”, pero en ellos lo que se denunciaba era la “violencia ideológica” de los “comunistas” y se proponía la legítima defensa.

Como se puede observar en el gráfico, el movimiento de asaltos a sedes se circunscribió al lapso de tiempo que va desde la salida del PS y PPD del IV° Gobierno provisional (10 julio 1975) hasta su reintegración mayoritaria en el nuevo GP (el VI°, de septiembre del mismo año), cuando se logra el objetivo de apartar al PCP de las riendas del poder gubernativo (sólo mantendrá un ministerio y algunas secretarías de Estado). Estos cambios siguen, de manera inmediata, la modificación de la correlación de fuerzas tanto en la Asamblea del MFA como en el Consejo de la Revolución.

Durante los meses posteriores, la recién creada Confederación de Agricultores Portugueses continuará movilizada y recurrirá al bloqueo de carreteras, pero no se opondrá al VI° GP, sino a su política agrícola y a la persona de algunos responsables del Ministerio de Agricultura destacados por su apoyo a la Reforma Agraria.

**Gráfico 3. Asaltos colectivos y bombas contra objetivos “de izquierda”. 1975-1976**

Fuente: Avante!, elaboración propia.



## **Fragmentación territorial del Estado y reacción popular.**

La geografía de la contrarrevolución muestra que hubo asaltos con participación popular en casi toda la margen norte del río Tajo. Además, hubo más asaltos en los distritos costeros, que son aquellos con más polos incipientes de industrialización y en los que había sedes sindicales y mayor presencia del PCP y de otros partidos de izquierda.

En cierto modo, durante las jornadas de violencia popular, la actividad anticomunista tendió a saturar los objetivos posibles. Como sucedió en varias localidades de Braga, Aveiro y Leiría, la muchedumbre realizaba varios asaltos en la misma o en sucesivas jornadas de protesta. Sólo en un distrito, Vila Real, aparece un comportamiento completamente diferente, pues es el único en el que no se produjo ningún asalto popular a locales de la izquierda. Esta particularidad nos ha de servir de guía en la búsqueda de las condiciones que explican el paso de la movilización a la violencia colectiva.

Se pueden comparar los distritos *trasmontanos* de Vila Real y de Bragança y comprobar que, entre uno y otro, no había grandes diferencias ni en el sector productivo predominante (en ambos era el primario), ni en el comportamiento religioso (elevado en ambos; França, 1980), ni en el tamaño de la propiedad (en general pequeña), ni de comportamiento político (ambos votaron mayoritariamente a los partidos a la derecha del PS, siguiendo el juego de correlaciones derivado de las dos variables anteriores [ J. Coelho, 1980]). Además, sin que las semejanzas sean tan próximas, los distritos adyacentes de Braga, Viseu y Guarda también comparten las mismas características. Sin embargo, independientemente de estas equivalencias, el Regimiento de Infantería de Vila Real era catalogado por la inteligencia político-militar como *de izquierda*, especialmente por las actuaciones del destacamento de Chaves (SIPC, 1976); en cambio, el de Bragança se decantó por la derecha (*ídem*), fue tomando posición contra el rumbo revolucionario, sus mandos participaron en la contestación y desobediencia al comandante *gonçalvista* de la Región Militar a la que pertenecían y su responsable colaboró de manera tibia con las “campañas de *dinamização* (propaganda política)” del MFA (*entrevista RL*). Además, las unidades de Braga, Guarda y Viseu fueron igualmente calificadas como de derechas por la inteligencia militar.

**Cuadro 6 Resultados electorales en los distritos de la Región Militar Norte**

	<b>PPD</b>	<b>PS</b>	<b>CDS</b>	<b>PCP</b>	<b>MDP</b>
<b>Braga</b>	37'7	27'4	18'1	3'7	2'9
<b>Bragança</b>	43'1	24'5	13'5	2'7	3'6
<b>Oporto</b>	29'4	42'5	8'9	6'7	2'6
<b>Viana do Castelo</b>	36'0	24'4	14'5	3'8	7'1
<b>Vila Real</b>	43'2	25'9	9'1	4'3	4'1
<i>Conjunto del país</i>	26'4	37'4	7'7	12'5	4'1

En consecuencia, creemos que merece la pena explorar la hipótesis de que la notable diferencia de comportamiento colectivo transgresor en los diferentes distritos pueda ser explicada por la actitud ante los hechos tomada por los centros de poder con capacidad coercitiva. Lo que pretendemos dilucidar es cómo fue posible que, por ejemplo, en el distrito de Bragança se asaltasen cinco sedes partidarias de izquierda o sindicales, mientras en el de Vila Real, ninguna; además, en Bragança hubo “persecuciones a los comunistas” y apaleamientos tras varias manifestaciones, cosa que tampoco sucedió tras las manifestaciones anticomunistas de Vila Real<sup>138</sup>.

En cambio, otras actividades anticomunistas relativamente más independientes de la presencia de una reserva de fuerzas de orden público, como atentados terroristas o inmensas manifestaciones de apoyo al patriarcado contra el proceso revolucionario (las primeras, de carácter no popular ni colectivo y las segundas, no transgresor), tuvieron lugar de manera similar en ambos distritos.

---

<sup>138</sup> En Bragança, llegó a tal grado la persecución a los comunistas que, ya pasado el verano caliente, el gobernador civil, al ser preguntado por la ausencia del PCP y del MDP en una reunión institucional, comentó a la prensa local que “(...)estos partidos han pasado a la clandestinidad, ni tienen sede ni sé donde encontrarlos” (*Mensageiro de Bragança 21-XI-75*).

**Cuadro 7 Violencia popular anticomunista y unidades militares en el Centro y Norte de Portugal, verano de 1975.**

<b>Distrito</b>	<b>Región Militar</b>	<b>Asaltos Populares<sup>(1)</sup></b>	<b>Manifestaciones organizadas por el patriarcado católico</b>	<b>Actitud de los “anticomunistas” frente a las unidades militares del distrito (2)</b>
Braga	Norte	13	Sí	Apoyo
Bragança	Norte	5 (6)	Sí	Apoyo
Oporto	Norte	7 (20)	Sí	A/R discriminado
Viana do Castelo	Norte	4 (8)	No	Apoyo
Vila Real	Norte	0 (1)	Sí	<b>Rechazo</b>
Aveiro	Centro	12 (18)	Sí	Apoyo
Castelo Branco	Centro	2	No	Apoyo
Coimbra	Centro	2	Sí	Apoyo
Guarda	Centro	2	Sí	n.d.
Leiria	Centro	12 (16)	Sí	Apoyo
Santarém	Centro	5 (9)	No	Apoyo
Viseu	Centro	6 (10)	Sí	Apoyo

Elaboración propia basada en SIPC, 1976; Avante!, 1977 y en las publicaciones periódicas citadas en la bibliografía.

(1) Se ofrece el número de asaltos con participación popular y, entre paréntesis, el que suma éstos y los asaltos en operación de comando. Como algunas fuentes no son claras en relación a la naturaleza de algunos asaltos, hay que tomar estos datos como estimativas.

(2) La actitud fue expresada por medio de comunicados y manifestaciones entre agosto y noviembre de 1975, y hace referencia a la valoración que los partidos de la “coalición anticomunista” realizan de las actitudes políticas y de Orden Público tomadas por las unidades militares.

-----

**Nuestra hipótesis básica es clara: la diferencia en el comportamiento colectivo en los distintos distritos de simpatía anticomunista deriva de las pautas de acción de las unidades encargadas del orden público presentes sobre el terreno. Esas pautas, distintas en unos distritos y otros, toleraron de manera diferente la actividad anticomunista y explican que en unos lugares tuviesen lugar episodios de violencia colectiva y, en otros, no.**

Antes de pasar a fundamental esta hipótesis, vamos a explorar algunas hipótesis alternativas que hemos barajado. Los datos encontrados que permiten desestimarlas y reforzar la señalada.



### *La secuencia local de acontecimientos*

Una explicación alternativa de las diferencias podría radicar en un hipotético desarrollo heterogéneo de las fases anteriores del proceso de transición en los distintos distritos, de modo que las análogas inclinaciones políticas reflejadas por los resultados electorales no encontrarían los mismos objetos de descontento. Para analizar esta hipótesis, hemos elaborado cronologías de los acontecimientos sociales, políticos y administrativos para ambos distritos basándonos en los semanarios regionales<sup>139</sup>, pudiendo comprobar un desarrollo muy similar de los grandes episodios. En un primer lugar, inmediatamente después del 25 de Abril, movilización de los opositores a la dictadura, formación de “comisiones municipales de demócratas” y sustitución de las autoridades de los principales ayuntamientos por nombres propuestos por estas comisiones (muchos se inscribirían en el MDP, otros en el PS). También en ambos distritos, el PPD se organiza rápidamente (verano de 1974) y logra que el gobernador civil nombrado no sea el candidato propuesto por el MDP y el PCP. Además, el propio PPD, a partir de septiembre de 1974, va estableciéndose como fuerza dominante y consigue ganar la partida al MDP en la organización de las sustituciones de las autoridades de las Juntas de Parroquia (*Juntas de Freguesia*) dispersas por el accidentado terreno trasmontano. Durante la campaña electoral de abril de 1975, tampoco se pueden constatar grandes diferencias: en ambos distritos hay una actividad de comunicación política generalizada y también en ambos se producen pequeños conflictos al ser boicoteados con abucheos o intimidaciones algunos mítines locales del PCP, del MDP y del PPD. Como ya comentamos, en ambos distritos el resultado electoral fue similar, dando la victoria al PPD y relegando al PCP a un modestísimo cuarto lugar, tras el PS y el CDS. En principio, no encontramos ninguna razón de trayectoria política que pueda servir de factor explicativo de la diferencia.

### *¿Una provocación particular?*

Otra hipótesis alternativa podría sostener que la violencia de la reacción fue proporcional a la magnitud de la provocación. Esto podría ser argumentado haciendo referencia a la presencia en el distrito de Bragança de los equipos militares de la Vª División que realizaron la campaña de *dinamização “Maio-Nordeste”*<sup>140</sup>. En todos los distritos norteños, el MFA había realizado

---

<sup>139</sup> Como ya adelantábamos, por la situación de crisis, estos tipos de acontecimientos aparecen desectorializados. Por otra parte también hemos elaborado cronologías para otros distritos: Viana do Castelo, Santarém, Braga, Leiria y Faro, que nos sirven de control externo a las comparaciones.

<sup>140</sup> La Vª División era el organismo encargado de la comunicación de los propósitos del MFA y de la integración de militares y civiles en su espíritu. Su tarea resultó controvertida por la retórica izquierdista de algunas de sus intervenciones, en especial de los programas diarios de radio y televisión

sesiones de “*dinamização* cultural” durante los meses de enero a marzo de 1975, intentando comunicar a las poblaciones el sentido renovador de su misión. Sin embargo, sólo en Bragança estuvo presente, y de manera experimental, un nuevo tipo de campaña sistemática, mucho más material que ideológica con la que el MFA pretendía ganarse la simpatía de la población (*vid. Correia et alii* 1976b). Entre las exigencias del PPD de Bragança se encontraba la retirada de los equipos técnicos de esa Vª División, pero el carácter “provocador” que su presencia pudiese albergar estaba diluido en un carácter “provocador” general de las emisiones radiofónicas y televisivas de la Vª División en el conjunto de los distritos. Así, si atendemos a lo que sucedió en los otros distritos que, pese a las diferencias, mostraban características socio-demográficas próximas (Guarda, Viseu, Braga o Viana do Castelo), nos encontramos con que en aquéllos sí hubo numerosa violencia colectiva anticomunista (de hecho, más y más violenta que en Bragança) sin necesidad de que estuviesen presentes provocaciones particulares<sup>141</sup>. La excepcionalidad de Bragança como escenario de una actividad de propaganda sistemática “por los hechos” no produjo una trayectoria particular en la práctica de la violencia colectiva, por lo que consideramos que, aunque emparejando sólo a Bragança y Vila Real pudiera imputarse el diferencial de violencia al diferencial de provocación, esta imputación se muestra espuria al ampliar el abanico de referentes al resto de los distritos citados.

#### *La disuasión, un asunto local.*

En este punto, una vez rechazadas las hipótesis que trazarían una predisposición estructural o una trayectoria política particulares de cada distrito y que podrían explicar alternativamente el diferencial de violencia colectiva, entramos en la búsqueda de evidencia que indique el carácter diferente (disuasor o no) de las pautas locales de respuestas coercitivas y, en especial, del carácter extraordinario del caso de Vila Real.

Varios acontecimientos nos permiten captar cómo, en cada distrito, se toleraba de manera diferente la acción colectiva anticomunista. Estos acontecimientos señalan a los potenciales

---

que estaba encargada de confeccionar.

<sup>141</sup> Esta campañas, por otra parte, no era cotidianamente visibles por quienes no habitasen los contados lugares en los que se pavimentaban caminos, se transportaban materiales o se informaba sobre la nueva política de créditos a los pequeños productores. Además, en el distrito de Vila Real se desarrollaron campañas del Servicio Cívico Estudiantil (Oliveira, 2000) que también fueron encaradas por sus detractores como agresiones ideológicas comunistas. En el propio Vila Real hubo varios destacamentos de médicos militares de la campaña *Maio-Nordeste* atendiendo a las poblaciones y, aunque algunos párrocos locales organizaron protestas contra ellos, no se consumaron violencias (Oliviera, 2000). Otras potenciales “provocaciones” particulares en Bragança, como la presencia de los 40 hombres del destacamento del COPCON-PRP, sucedieron después de que se hubiesen desencadenado dos episodios de violencia colectiva.

movilizados, mediante la demostración de pautas de acción, las represalias que pueden esperar si se embarcan en un tipo u otro de comportamiento. Desde el 25 de Abril de 1974, los grupos políticos y sindicales se habían manifestado a las puertas de los cuarteles de las distintas unidades para apoyar las decisiones del MFA y saludar los resultados de los diferentes episodios críticos de la ajetreada transición. Del mismo modo, muchos sectores de la población se habían manifestado ante los militares por considerar que eran los interlocutores adecuados para tratar de sus problemas. Al explotar la crisis en el seno del MFA, se multiplicaron las disputas en torno a la orientación política de las unidades, las cuales, a su vez, se vieron atravesadas por los conflictos y se tornaron sensibles a las expectativas de los partidos y poblaciones movilizadas que las rodeaban, referentes necesarios de su actividad<sup>142</sup>. Así, entre julio y noviembre de 1975, los partidos intentaron orientar a su favor a las unidades acuarteladas en cada distrito, organizando manifestaciones, publicando notas de apoyo a los oficiales con que simpatizasen, cortejando a los indecisos y criticando a los que se les pudiesen oponer<sup>143</sup>.

Centrándonos en la comparación de Bragança y Vila Real, podemos comprobar que, en el primer distrito, el PPD organizó manifestaciones para apoyar al comandante del destacamento militar por las decisiones tomadas y contra los críticos de izquierda del mismo, así como para apoyar su alineamiento a favor del sector moderado del MFA (*O Mensageiro de Bragança*, 22-VIII-75 y 10-X-75). En el tono y la intención de los comunicados se considera a la unidad como próxima, sirviendo las manifestaciones como refuerzo, como *input* legitimador en que se saluda su indisciplina frente al poder político y militar *gonçalvista* de Lisboa. En la misma línea, en las fuentes consultadas no se encuentra ningún tipo de reproche por parte de los partidos del campo *anticomunista* contra la actitud de las tropas en las manifestaciones o tras los asaltos, las cuales, según las fuentes, aparecen en el lugar de los episodios de violencia popular *anticomunista* “después de consumados” (*idem*, 29-VIII-75).

En cambio, en Vila Real, durante ese verano de 1975, el PPD protestó sucesivamente por la “excesiva” presencia de fuerzas militares preventivas en diferentes acontecimientos, a los que los soldados acudían “armados con [fusiles automáticos] G3, como si el pueblo fuese un enemigo a vigilar”. Así, el PPD protestó por la presencia de tropas en la ocupación por los estudiantes del instituto de Chaves (segunda ciudad del distrito) –que exigían la expulsión de

---

<sup>142</sup> Hay que señalar que el MFA había establecido la institucionalización de Asambleas de Unidad (ADUs) en las que representantes de oficiales, suboficiales y tropa discutían la orientación de las actividades y cuestiones disciplinares. La retórica política entró de lleno en un espacio normalmente ajeno a ella, por lo que los mandos tenían que hacerse responsables de sus opciones políticas.

la comisión gestora del mismo, “integrada por comunistas” (*Noticias de Chaves*, 02-VIII-1975)–, en una manifestación contra el Vº Gobierno provisional y en la manifestación de apoyo al patriarcado por el caso *Radio Renascença* (*ídem*, 06-IX-1975). Confirmando esta imagen de adversario coercitivo que se había forjado el regimiento de infantería de Vila Real, al concretarse la solución moderada para el conjunto del país, tras el “25 de Novembro” de 1975, las fuerzas políticas no comunistas de Chaves convocaron una manifestación “no partidista” para pedir la retirada del comandante del destacamento de aquel regimiento en la ciudad fronteriza, al que se reprochaba su fidelidad a la jerarquía *gonçalvista*. En esa manifestación se gritó “Veloso, amigo el pueblo está contigo”, “no a la guerra civil”, “Jaime Neves, valiente, aquí tienes a tu gente” y “comunistas a Rusia<sup>144</sup>” (*ídem*, 29-XI-1975).

Con esta doble evidencia empírica –no hubo acciones colectivas violentas en el distrito de Vila Real y los anticomunistas expresaron su convencimiento de que las tropas estaban dispuestas a actuar contundentemente contra ellos– se infiere que el Regimiento de Vila Real se había mostrado comprometido, mediante la presencia física y la declaración de disposiciones, con el mantenimiento del orden público. Con ello logró una capacidad disuasiva que permitió que ni siquiera tuviese que hacer un uso real de sus medios coercitivos cuando acudió a prevenir violencias en manifestaciones de varios municipios de la región, en las que la propaganda de los grupos reaccionarios anunciaba asaltos.

Por si fuese poco, el sistema de orden público de Vila Real, estaba marcado por el infrecuente compromiso de izquierdas del comandante de la *Policía de Segurança Pública*, que, al contrario que sus pares de Bragança o Braga, movilizó preventivamente todos sus efectivos para proteger las sedes del PCP y el MDP el día de la manifestación del patriarcado (*A Voz de Trás os Montes*, 06-IX-75) y, al año siguiente, se destacó en sus intentos por incriminar a los responsables de la bomba que mató al “padre Max”, un conocido cura progresista de la región (entrevista ex-Gobernador Civil). En este contexto no tuvo ninguna eficacia la acción de los “operacionales” de la conspiración “*María da Fonte*”, de modo que, si bien detectamos maniobras conspirativas y panfletos incendiarios en localidades del distrito como Chaves, Valpaços y Vila Real, en las múltiples manifestaciones anticomunistas realizadas en estas

---

<sup>143</sup> Para un análisis más sistemático de estas manifestaciones remitimos al capítulo 5.

<sup>144</sup> Pires Veloso fue el general “anticomunista” nombrado para comandar la Región Militar Norte (RMN) en sustitución del *gonçalvista* Corvacho. Jaime Neves era trasmontano y comandante de la unidad de Comandos de Amadora, única unidad “anticomunista” con alta capacidad operativa estacionada en la zona de Lisboa. Fue cortejado por el PS, con manifestaciones públicas incluidas y constituyó la pieza clave del (contra) golpe del 25 de noviembre de 1975.

localidades no funcionó la teoría defendida por su coordinador, Paradela de Abreu (1984), según la cual “bastaba un simple fósforo para encender a las masas”.

La eficacia de los medios de disuasión, como veremos, se sustentaban en la creencia de que, en caso de necesidad, se podría recurrir al “disparo a matar”, como se insistía que había ordenado el Brigadier Eurico Corvacho, comandante *gonçalvista* de la Región Militar Norte (RMN)<sup>145</sup> (*Comércio do Porto*, 21-VIII-75).

### ***El factor disuasor***

El compromiso del regimiento de infantería de Vila Real con el mantenimiento del orden público y con el uso los medios a su disposición (armas de guerra), marcó la diferencia respecto al resto de los distritos norteños. El poder revolucionario de Lisboa, representado durante los IVº y Vº Gobiernos Provisionales por Eurico Corvacho, insistió en la necesidad de firmeza en la contención de la violencia “reaccionaria”<sup>146</sup>, pero no fue secundado ni por el otro comandante afectado, Franco Charais, de la Región Militar Centro (RMC)<sup>147</sup>, ni por la mayor parte de los mandos de las unidades acuarteladas en los distritos afectados. Estas unidades, al contrario que Corvacho, eran consideradas “amigas” por parte de la coalición anticomunista, que así lo expresó en sucesivas manifestaciones (Cuadro 7). Tras varios conflictos callados, y en un nuevo caso de desintegración institucional, la línea jerárquica del comandante de la RMN fue contestada de manera pública por los oficiales de las unidades, quienes, desde finales de julio de 1975 se coordinaron para pedir su dimisión (Almeida, 1978; *Comércio do Porto*, 21-VIII-75). En el fluir de la crisis, la mayoría de los mandos de la RMN desvincularon sus unidades de la dependencia operativa respecto a su Región Militar y, como no se trataba de una insubordinación abierta, se colocaron en la jerarquía de la RMC. En ésta, el propio comandante, Franco Charais, con el apoyo de los oficiales al mando de las unidades de su región, renunció explícitamente a la reserva final de ejercicio de violencia para casos de orden público, limitándose al compromiso de intentar contener los ánimos y de evacuar a las

---

<sup>145</sup> La generalización del rumor y su concreción en dos actuaciones de los fusileros en Braga y Oporto (muy amplificada por partidos y medios de comunicación) pudieron servir para que este se configurase como percepción consistente.

<sup>146</sup> Esta fue pedida por el PCP, principal víctima de la violencia, y recomendada por la inteligencia militar, que proponía “una acción enérgica y centralizada que reprima ejemplarmente las acciones contra el orden democrático y decapite, a nivel nacional y regional, la contrarrevolución” (ACR, *ídem* 5 de agosto).

<sup>147</sup> Charais fue uno de los nueve signatarios originales del *documento Melo Antunes*, que sirvió de aglutinador de los sectores moderados y derechistas del MFA. Para un relato de la ambigüedad de las

personas amenazadas, aunque eso dejase el campo libre al asalto y al saqueo (*Comércio do Porto 21-VIII-75*). De este modo, al abdicar de la utilización de los medios disponibles, la disuasión coercitiva desaparecía<sup>148</sup>. Renunciando a su responsabilidad, algunos oficiales de unidades militares pretendieron devolver sus competencias en materia de orden público a la Guarda Nacional Republicana, pero su responsable en la Región Militar Centro también hizo explícita su renuncia a usar medios violentos para mantener el orden público (*ídem 23-IX-75*)<sup>149</sup>.

A comienzos de agosto, tras tres semanas de ineficacia, ya era explícita la negativa de las unidades bajo el mando de Corvacho a mantener el orden público y la seguridad de los inmuebles del PCP. Por ello, Corvacho solicitó la presencia de una fuerza de 140 *fusileiros* navales y de un destacamento del RALIS<sup>150</sup>. Estas tropas se encontraron ante un movimiento ya maduro, que había erigido el asalto a las sedes como su marca de existencia, y, para intentar detenerlo, tuvieron que actuar contundentemente, disparando al aire ráfagas de ametralladora. En sus acciones, estas tropas mataron al menos a una persona e hirieron a varias<sup>151</sup>. Estos episodios elevaron el tono de la oposición del PS y el PPD a Corvacho, que mostraron su indignación por la represión violenta del pueblo. Tornando ineficaz sus esfuerzos, el gobierno no se vió capaz de asumir las consecuencias de una política represiva consecuente, mientras el General Costa Gomes se lamentaba en la toma de posesión del Vº GP, declarando que el MFA “no tenía vocación para reprimir al pueblo”. Del mismo modo, se hizo más expresa la resistencia de los oficiales de las unidades de los distritos norteños en las cuales se debían alojar las fuerzas venidas del sur, obligando a que fuesen inmediatamente retiradas (SDCI)<sup>152</sup>. A partir de entonces, reconfirmada la impunidad, la oleada de asaltos

---

predisposiciones del comandante de la RMC ante la violencia reaccionaria, ver Carlos Antunes, 2000.

<sup>148</sup> El PCP y el MDP denunciaron repetidamente la falta de compromiso de las unidades militares y policiales en su defensa, que, o bien no acudían a los lugares amenazados o bien actuaban pasivamente. Además, llegaron a “participar” en el asalto, justificando su acción por ser esa la forma de 1), rescatar a los militantes defensores y 2), evitar el uso por parte de estos de las armas de caza con las que, en algunas ocasiones, llegaron disparar contra la multitud. La versión más adversa la presenta el SDCI, el cual asegura que “las fuerzas militares y militarizadas han sido, en gran número de casos, perfectamente ineficaces, y han llegado a colaborar con la reacción (...) y participar en el saqueo y la destrucción de centros de trabajo del PCP” (ACR Vol. 12, nº 98, 14 de julio 1975).

<sup>149</sup> Las policías, por su connotación con el régimen depuesto, se encontraban desamparadas en los casos en que actuaban de modo impopular. Así, el responsable de la GNR en la RMC justificaba su inoperatividad frente a la violencia reaccionaria afirmando que “si un guardia mío matase a alguien, era enseguida considerado un asesino” (*Comércio de Porto*).

<sup>150</sup> Unidad de Lisboa destacada por su compromiso “revolucionario”.

<sup>151</sup> Respecto a las cifras de víctimas, las fuentes, inmersas en la lucha por la definición de la validez o invalidez de estas acciones, no son concluyentes.

<sup>152</sup> El SDCI señalaba el 12 de agosto que “en las regiones en las que se verifican los incidentes, las

pudo continuar, no acabando hasta consumarse la caída del Vº Gobierno provisional y la marginación del sector *gonçalvista* del MFA.

La excepcionalidad del comportamiento del Regimiento de Infantería Vila Real era tal, que Torquato Correia, un optimista militante contrarrevolucionario, aseguraba que, si desencadenasen un golpe de Estado “los únicos focos de resistencia comunista [*sic.*] previsibles al norte del Duero [estarían] centrados en los astilleros de Viana do Castelo y en las tropas del cuartel de Vila Real<sup>153</sup>” (Dâmaso, 1999).

La renuncia, proclamada y comprobada, al empleo de los medios extremos en la contención de la acción colectiva popular, equivalió a una completa tolerancia. Con esta decisión, las unidades se desentendieron de su compromiso con el mantenimiento del orden y de las instrucciones en ese sentido recibidas, pero encontraron un nutrido grupo de partidos y cargos políticos relevantes que, mediante comunicados y manifestaciones de apoyo, les sirvieron de referente de legitimidad. De este modo, trabaron una coordinación interorganizativa para-estatal alternativa a la formalmente constituida, indisciplinándose respecto a las órdenes recibidas y formando el embrión de la reorganización de los Aparatos Coercitivos del Estado que sería emprendida por el VIº Gobierno provisional.

Negarse a utilizar sus armas contra las muchedumbres anticomunistas puede parecer una decisión moderada. Sin embargo, si se analiza a la luz de las doctrinas de mantenimiento del orden público, esta renuncia significa una total abdicación del compromiso de cumplir la misión. La disuasión sólo puede ser eficaz si se funda en un compromiso expreso y creíble con la utilización de los medios extremos disponibles, en caso de necesidad (Schelling, 1984; PSP, 1969). Como las *Compañías Móviles Antidisturbios* de la policía habían sido disueltas y las unidades de las fuerzas armadas movilizadas para estos cometidos no poseían entrenamiento específico ni material antidisturbios (cañones de agua, matracas, lanza pelotas, botes de humo, etc.), **la capacidad disuasoria ante una multitud determinada sólo podía**

---

tropas recusan intervenir y pueden producirse conflictos con las tropas desplazadas del sur”, aunque se afirme que “su presencia es indispensable porque los comandantes de las unidades del norte se mostraron inoperantes para garantizar el orden democrático” (ACR *ídem* 14 de julio). Por otra parte, la autonomía logística es una de las características centrales de las fuerzas de reserva de orden público.

<sup>153</sup> Por otra parte, la demostrada capacidad de movilización de los trabajadores de los astilleros de Viana do Castelo puede explicar la resistencia de la sede del PCP a varias amenazas de asalto. Cada vez que se anunciaba una amenaza “reaccionaria” (desde los episodios golpistas a las manifestaciones anticomunistas), centenares de trabajadores abandonaban su puesto y se concentraban en el centro de la ciudad, aunque, en consonancia con el “orgullo obrero”, el tiempo de trabajo perdido solía recuperarse los sábados. Finalmente, la sede del PCP de Viana fue volada con una bomba en enero de 1976.

**basarse en el compromiso con usar, en último término, los medios disponibles, es decir, con disparar sobre la multitud**<sup>154</sup>. Al renunciar a esta posibilidad, y, además, anunciarlo públicamente, cualquier barrera de soldados podía ser fácilmente desbordada por una muchedumbre suficientemente numerosa.

Por último, señalaremos que la actitud hacia el orden público y los medios para mantenerlo no se correspondía con una especial insensibilidad o dureza de los militares *gonçalvistas*. Poco después del episodio golpista del 25 de noviembre de 1975, en el que definitivamente queda suturada la fragmentación estatal y se consolida la opción constitucional, las fuerzas de seguridad, ahora macizamente respaldadas por los poderes constituidos y los partidos gubernamentales, tuvieron que mostrar su compromiso con el orden público en dos tempranos episodios con disparos a matar, esta vez contra muchedumbres que protestaban por el encarcelamiento de los “militares progresistas”. Estas operaciones causaron cuatro muertos y seis heridos (Santos *et al.*, 1997). Además, las actas del Consejo de la Revolución<sup>155</sup> muestran el apoyo a esas acciones por parte de los mismos militares que condenaban su crudeza de cuando eran defendidas por los *gonçalvistas*. Estos episodios, junto a otros análogos menos sangrientos, marcaron la consistencia del nuevo escenario político y pautaron la desaparición de los repertorios de acción colectiva transgresora tanto de los movimientos populares proactivos como de los anticomunistas. Abordaremos estos aspectos con más detalle en el capítulo de conclusiones.

### **Notas finales al capítulo.**

Creemos que queda suficientemente argumentado que la falta de capacidad y voluntad coercitivas de las fuerzas encargadas del orden público, de la defensa de los bienes y de la integridad de las personas, resultaron ser los grandes factores explicativos de la aparición de un repertorio de acción colectiva popular violenta. Así, podemos concluir que, frente a la interpretación normalmente esgrimida, **la violencia practicada por la movilización popular anticomunista durante el verano “caliente” de 1975 no es un buen indicador de la magnitud del descontento popular, pues el resto de indicadores de descontento no nos permiten aislar la singularidad del caso de Vila Real. El descontento fue necesario para**

---

<sup>154</sup> Este problema se ha repetido actualmente con las fuerzas militares destacadas por la ONU como cascos azules, que han asistido *in situ* a linchamientos o motines sin poder evitarlos, precisamente, por no estar dispuestos a usar sus armas sobre las muchedumbres civiles (*vid.* Branco, 2000).

<sup>155</sup> ANTT, Actas do CR, vol. 1; 06 de enero de 1976



**ese tipo de movilizaciones, pero no fue suficiente. En cambio, la aparición de violencia colectiva sí parece indicar la precariedad con la que el gobierno *gonçalvista* anudaba el poder del Estado.**

Del mismo modo, consideramos que la base comparativa presentada otorga vigor a esta hipótesis, aunque aún habría que explorar más a fondo el proceso de formación y el fundamento de las estructuras de preferencias y los cálculos que hicieron aparecer como más costoso, para los militares sobre el terreno, ejercer la represión que insubordinarse y dejar acontecer los desmanes colectivos.

Pese a la forma afirmativa de la tesis presentada, la represión no debe ser tomada como una variable unidimensional y, aunque un Estado esté dispuesto a aplicarla de manera coordinada y sistemática, en la interacción de acción, represión y constitución de movimientos pueden crearse nuevas formas de resistencia y acción colectiva que innoven o desplacen el marco de los embates conflictivos (*vide* Capítulo 1). Además, es necesario recordar, como hacíamos en el primer capítulo, que en el análisis del conflicto y de la interacción entre autoridades y contestatarios, el juego lógico cambia si nos encontramos ante actores que se reconocen como pertenecientes a una misma comunidad política, o si, por el contrario, está en juego la definición de cuál es la comunidad política pertinente –lo que sucede en los conflictos nacionalistas o étnicos.

Por otra parte, la concreción territorial de la desarticulación del Estado también se ha revelado productiva. En este sentido, las apreciaciones generales sobre la conquista del poder del Estado por los radicales con el nombramiento del Vº Gobierno provisional, deben ser muy matizadas, pues la fragmentación de la lealtad de las unidades incapacitó a los *gonçalvistas*, que no pudieron aplicar las medidas de control del desorden público que hubiesen deseado. En el verano de 1975, la orientación política de los aparatos de Estado era ya anticomunista en buena parte del norte del Tajo; así, el Estado *Revolucionario* portugués era un Estado *en Crisis*, y quienes detentaban el poder formal fueron incapaces de resolver a su favor la reintegración institucional. En estas condiciones, es infructífero caracterizar al Estado como un conglomerado de acción homogéneo, pues no se puede afirmar que el Estado hiciese esto o aquello. En cambio, se debe atender a las redes de consolidación interorganizativas que emergen en competición con las cadenas jerárquicas formales.

Por último, retendremos una reflexión sobre el monopolio de la violencia. No existe un criterio claro para determinar qué pueda ser la “violencia legítima”. El monopolio estatal de la fuerza física sólo tiene, como característica particular, la capacidad de sobreponerse a cualquier violencia privada y, para eso, en cualquier situación, las fuerzas de seguridad del

Estado deben estar dispuestas a una escalada, a alcanzar el grado de fuerza requerido. Si no, no hay Estado.

## Conclusiones

### **El 25 de noviembre como lección de Ciencia Política.**

Sin menoscabo del valor autónomo de cada uno de ellos, en los diferentes capítulos del cuerpo de esta tesis hemos intentado mostrar la importancia de la *situación crítica* de la articulación entre los aparatos de Estado en la multiplicación de las movilizaciones y en la adopción de repertorios de acción transgresores, en último término, en la creación de la ilusión de que “todo parecía posible”. Primero analizábamos las movilizaciones *en* los sectores estatales, intentando hacer visibles los mecanismos de su crisis y explicar la desaparición de la disuasión coercitiva. A continuación, nos acercábamos al movimiento vecinal y veíamos cómo la desarticulación estatal conformaba una Estructura de Oportunidades Políticas favorable a los movimientos proactivos y, al tiempo, que la aparición de nuevos actores colectivos permitía procesos de intercambio político entre movimientos y aparatos de Estado que daban lugar a la emergencia de constelaciones de poderes alternativas. Después, cambiábamos de registro para analizar un tipo de movilización, las manifestaciones, e intentar percibir las diferentes dimensiones de su eficacia en el proceso político, aprovechando para discutir con algunas tesis comunes en la transitología. Por último, regresábamos a un análisis de las condiciones de posibilidad de la movilización y de la radicalización, pero centrándonos en un caso que contrasta con el anterior, el de la violencia popular anticomunista. Además, intentábamos explicar este caso recurriendo a la misma panoplia de herramientas teóricas y, especialmente, a la desarticulación estatal.

La vocación caleidoscópica de este trabajo nos ha hecho viajar de la explicación de la dinámica procesual de la movilización a los efectos de ésta como recurso estratégico, pasando por la exploración de las condiciones de posibilidad analíticamente distinguibles entre elementos de una misma unidad fenoménica: las condiciones estructurales, las motivaciones, el paso a la movilización y la adopción de unas u otras formas de acción. En todo este recorrido hemos hecho resaltar la fecundidad de combinar el análisis de elementos tácticos en el comportamiento de los individuos y los grupos en contextos de interacción concretos, con el de elementos políticos estructurados con los cuales se articulan esos contextos. Así, se ha mostrado muy pertinente la insistencia en lo que, siguiendo a Dobry, denominábamos “estado

crítico” y “estado integrado” del Estado y los efectos que esa integración o desarticulación producían en el resto de contextos sociales de interacción.

Además, y en diálogo con cierta literatura realista, mostrábamos la centralidad del recurso a la fuerza y de la organización de su monopolio tendencial. Desde un punto de vista funcionalista, la crisis se podría encarar como el conjunto de efectos derivados de la desaparición del desempeño de una función social fundamental en una sociedad compleja, posible porque se halla mayoritariamente transferido a una instancia especializada que entra en convulsión. En concordancia con los postulados de Luhmann (1995 [1975]), observábamos que la coerción organizada es el recurso con más valor transversal en el conjunto de las esferas sociales diferenciadas. Sin embargo, también matizábamos estas propiedades de la coerción organizada mostrando que ésta no es un recurso “transparente” plenamente a disposición de sus detentores formales, es decir, la jerarquía militar, policial o política. Su uso, en determinadas circunstancias, puede suponer altos costes políticos, mientras, en otras, puede verse mediado por la irresolubilidad de los dilemas de acción colectiva y la desobjetivación de los sectores diferenciados formalmente obligados a ejecutar las órdenes provenientes de las cadenas jerárquicas.

Por otra parte, si se observa el conjunto de nociones tomadas de la teoría de sistemas, sobresale la circularidad en la caracterización del estado integrado de un sistema social complejo: por una parte, la reserva de coerción es necesaria para el mantenimiento de la objetividad de la separación de las esferas diferenciadas, por otra, esa misma objetivación de la separación es necesaria para que la reserva de coerción sea una realidad funcionalmente disponible. Por ello, no es extraño que la crisis de Estado no derive únicamente de “contradicciones” internas del sistema social, sino de su confluencia con la incapacidad del mismo para digerir las relaciones con su entorno, en este caso, la Guerra Colonial<sup>156</sup>.

Por otra parte, pese a su diversidad, todos los capítulos de esta tesis, a *grosso modo*, encuentran su punto final con el 25 de Noviembre. En esa fecha, sin embargo, aún no estaba asegurada la transición a la democracia. Para comenzar, todavía no se había aprobado la constitución. Consecuentemente, aún faltaban cinco meses para las primeras elecciones legislativas, seis para las primeras presidenciales y diez para completar la democratización de las estructuras políticas con las elecciones municipales. Por ello, otros autores, como Costa

---

<sup>156</sup> La guerra y los descalabros que produce en las fuerzas armadas, aunque sean de diferente naturaleza, son el elemento común de muchas crisis conocidas como revoluciones: París 1871, Rusia 1917 o Portugal 1974.

Pinto (1998), proponen una periodización diferente, alargando el periodo de crisis hasta abril de 1976 y la consolidación del régimen hasta octubre de 1982, cuando fue aprobada una profunda revisión constitucional y desapareció la tutela constitucional del Consejo de la Revolución. Las divergencias son, en realidad, meramente aparentes. Una cosa es analizar el proceso político portugués como cambio de régimen, como ‘transición a’ y ‘consolidación de’ la democracia, y otra, analizarlo como crisis de Estado. Para nosotros, el *25 de Novembro* marcó el final de la crisis de Estado y, con ello, el final de la posibilidad de muchas de las formas de acción colectiva que tan frecuentes fueron durante los 19 meses anteriores. El 25 de noviembre marca el paso de una coyuntura crítica a una coyuntura integrada; las demás fases de la transición tuvieron lugar en un escenario estructuralmente diferente al que primó durante el PREC.

Con posterioridad a esa fecha hubo intentos de articulación política de los movimientos sociales por parte del PCP y de los llamados “Grupos Dinamizadores de la Unidad Popular” (GDUPs) formados en torno a la candidatura presidencial de Otelo Saraiva de Carvalho, pero ese ámbito de movilización –la confrontación en la arena específicamente política– ya no se correspondía con iniciativas organizativas o acciones de conquista proactivas, como habían sido las ocupaciones de tierras o de casas, ni con la práctica de acciones transgresoras en la conflictividad laboral. Como declaró Pinheiro de Azevedo el 28 de noviembre, tras reasumir funciones gubernativas: “el gobierno gobierna, los trabajadores trabajan, las instituciones funcionan (...)” (cit. en Rodrigues *et alii*. 1979).

No nos interesa entrar en las discusiones sobre los objetivos e intenciones “verdaderos” de los diferentes protagonistas del *25 de Novembro*. Éstas pertenecen a las eternas disputas en torno a la gestión *a posteriori* del sentido de un acontecimiento. El acontecimiento, por desarrollarse en una sociedad compleja con sectores diferenciados en los que, en tiempo real, los actores actúan siguiendo las lógicas de sus contextos de interacción específicos, no puede tener un sentido unívoco para todos los que se sumaron desde su propia situación a la cadena de movilizaciones.

En cambio, nos interesa el *25 de Novembro* como momento en el que unos procesos cuajan y otros se bloquean, conjugándose para pasar de una situación crítica a una situación integrada y hacer desaparecer las condiciones de posibilidad de las formas cualitativamente más características de la oleada de movilizaciones colectivas. Así, este capítulo será conclusivo, pero en dos sentidos, por una parte, porque con él concluye el texto iniciado hace más de una centena y media de páginas, por otra, porque en él se intenta explicar la cadena de

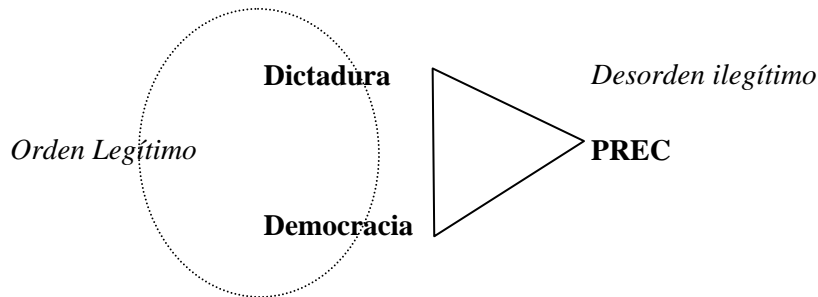
procedimientos –movilizaciones, acciones colectivas– con los que se suturó la crisis de Estado que hemos utilizado como laboratorio de nuestra investigación.

### *Autoridad y régimen*

Retomando las palabras de Huntington (1968), que nos invitaban a preguntarnos, antes de saber si un régimen era, o no, democrático, si su gobierno ejercía efectivamente la autoridad, nos encontramos con un cruce de dimensiones que separa con claridad los aspectos de una coyuntura política que derivan del tipo de régimen, de aquellos otros que dependen de la integración efectiva del Estado. De una forma concordante, desde su rechazo al juicio moral, Luhmann destacaba el papel que tuvo en sus preocupaciones teóricas la constatación de las continuidades entre la normalidad política de Alemania antes y después de 1945: “antes todo parecía estar en orden y después pareció estar todo en orden; todo era distinto y al mismo tiempo, era lo mismo” (1996: 20). Por su parte, Dobry (1988: 86) señalaba que las dinámicas de las crisis políticas eran semejantes en los sistemas complejos de ambos lados del muro de Berlín. Esto *no* quiere decir que la cuestión del régimen *no importe*. Lo que sí permite es, al analizar los procesos de movilización, colocar la cuestión del régimen en las dimensiones adecuadas, impidiendo que nuble la constatación de los elementos que sólo pueden ser atribuidos al *estado* articulación entre los sectores diferenciados del sistema social. Como hemos visto en los capítulos anteriores, en el Portugal del PREC, la multiplicación de movilizaciones y, especialmente, la utilización de repertorios transgresores de acción, no encontraban sus condiciones de posibilidad en un tipo u otro de régimen, sino en la situación mórbida de la articulación entre los aparatos de Estado.

En un sentido concordante, es interesante analizar el discurso policial posterior a 1976. En “*Policía Portuguesa*”, su revista corporativa, y en la obra académica de algunos comisarios, como Clemente (1998), se encuentra una llamativa forma de contar la historia de las instituciones policiales que hace emerger las implicaciones de la coerción organizada en las sociedades modernas. Para analizar el papel de la policía en el Portugal contemporáneo, los diferentes articulistas establecen un triángulo de referencias históricas: la dictadura, el PREC y la democracia. Frente a lo que sucedió durante el PREC, cuando los portavoces de la policía entonaban un *mea culpa* por la complicidad con la dictadura (*vide* Capítulo 2), los relatos corporativos producidos en el Portugal democrático utilizan el PREC como referente del estado de desorden público frente al cual es legítimo cualquier régimen que efectivamente funcione.

**Figura 10 Triángulo de percepciones desde el punto de vista policial.**



Para el discurso policial corporativo, la democracia es preferida a la dictadura, pero ambas se oponen al PREC. Desde este punto de vista, la dictadura fue un régimen meritorio porque evitó una situación de desorden como la del PREC, mientras la democracia es legítima porque, a su vez, también se construye sobre un Estado consolidado y supone un rechazo y una superación de aquella coyuntura crítica.

#### *Democracia e incertidumbre*

Manteniendo en mente este triángulo de referentes, dictadura y democracia a un lado, y crisis de Estado al otro, es pertinente analizar críticamente la definición de la democracia propuesta por Przeworski (1988). Según él, en una dictadura los resultados del proceso de decisión política están garantizados de antemano, sabiéndose a priori qué intereses sociales van a ser protegidos. En cambio, en una democracia, el juego electoral permite que sean unos u otros los intereses vencedores, por lo que “el establecimiento de una democracia es un proceso de institucionalización de la incertidumbre, de sujeción de todos los intereses a la incertidumbre”<sup>157</sup>. Aunque la incertidumbre sea un principio de la democracia, en las transiciones clásicas, uno de los elementos clave suele ser la capacidad de compromiso *qua* renuncia de los opositores, que han de ofrecer garantías de que determinados intereses no van a ser sometidos al juego democrático. De ese modo, como señala Dobry (2000), la incertidumbre se limita cuantitativa y cualitativamente, no siendo conmensurable con la que existe en una situación de crisis política: “para que lo incierto –el resultado de las elecciones–

---

<sup>157</sup> Normativamente, esto puede parecer cierto. Como el propio Przeworski señala, las críticas radicales a la democracia identifican sin dificultad *guardianes* de determinados intereses que, históricamente, sólo han respetado los resultados mientras esos intereses se mantuviesen a salvo (*vide* Petras, 1999).

pueda tener lugar, es preciso que esté estrechamente circunscrito, que flote, por decirlo así, en un océano de certidumbres”. La democracia se opone a la dictadura, pero ambas, en tanto que regímenes funcionando, se oponen a la situación de máxima incertidumbre, a la crisis de Estado.

Por otra parte, y retomando lo que discutíamos en el Capítulo 4, un régimen democrático efectivo es sólo una de las muchas maneras de acabar con el “Benemóth” revolucionario, con un mundo caracterizado por la incertidumbre y la inseguridad. Como señala Stinchcombe (1999), “las revoluciones acaban cuando la incertidumbre se reduce mediante los compromisos [*bargains*] que producen una estructura política capaz de mantener esos compromisos”. El establecimiento de un régimen democrático es *una* de las maneras de acabar con esa incertidumbre, por lo que, como ya señalábamos en capítulos anteriores, es metodológicamente problemático asimilar, *a priori*, las crisis de los Estados autoritarios con transiciones a la democracia. La incertidumbre también puede reducirse mediante *otras* estructuras políticas típicas. Entre éstas puede estar un nuevo autoritarismo, ora “conservador” ora “progresista” –según qué intereses sean incorporados–, un gobierno de ocupación, un régimen totalitario o, por terminar una enumeración no exhaustiva, la división del territorio entre las partes enfrentadas. Estas soluciones típicas, en tanto que soluciones, dan lugar a gobiernos que efectivamente gobiernan, porque gobiernan sobre Estados integrados. El analista puede estar tentado a proyectar los resultados finales del proceso sobre el abanico de posibilidades iniciales, seleccionando desde la omnisciencia del presente los actores y las apuestas políticas que acabaron venciendo –tornándolos protagonistas de la narración que reconstruye el periodo y condenando a los vencidos al ‘sumidero de la historia’. Sin embargo, ninguna de las otras soluciones era inimaginable en el Portugal de 1975, cuando unos portugueses se movilizaban contra el riesgo de que su país se transformase en “la Cuba de Europa” y otros temían que el escenario fuese el del “Chile de Europa”. También se podría haber prolongado la crisis o agudizado en una guerra civil. La indiferencia de base entre unas u otras soluciones, como posibilidades contingentes, se basa en una “peculiar fuente de legitimidad” (Stinchcombe, 1999) bien entendida por el pensamiento conservador: “que mucha gente acaba hastiada de las revoluciones y de la disrupción en la creación de bienes públicos asociada a las mismas”.

Por otra parte, hay algo insatisfactorio en esa insistencia de la literatura en las soluciones como negociaciones y compromisos [*bargains*]. Al menos hay que tener en cuenta que toda cadena de compromisos, al tiempo que supone la formación de coaliciones más o menos integradas en las que cada una de las partes confía en la voluntad y capacidad del resto de



partes para llevar adelante sus compromisos [*commitments*], supone asimismo la formación de una frontera de exclusiones.

Además, aunque en determinadas situaciones la noción de pacto pueda captar adecuadamente lo que ocurre entre los actores –cuando la solución institucional adoptada satisface de manera parcial a las partes enfrentadas, de modo que éstas prefieran el acuerdo a la incertidumbre del conflicto abierto– en otras, la solución puede ser pensada con el par *victoria/derrota*. Ahora bien, en muchas interacciones estratégicas empíricas, en las que los motivos y las apuestas de los actores son múltiples (Schelling, 1960), el juego lógico en el que se produce esta victoria/derrota puede permitir un resultado de *suma positiva*, es decir, que no implique la aniquilación del adversario. **Con otras palabras, en vez de cómo un pacto, el establecimiento de un conjunto de reglas vinculantes puede entenderse como una maniobra exitosa conducida por una de las partes, que consigue estructurar las matrices de retribuciones a las que la generalidad de los actores se debe someter. De forma estilizada, se puede decir que en eso consiste edificar un Estado coordinado.**

Por eso, ante todo, hay que señalar que el *25 de Novembro* permitió una reducción de la incertidumbre mediante la desarticulación de la constelación alternativa de poderes y la cimentación de una jerarquía estatal y militar tendencialmente integrada. Si analizamos algunos aspectos de esta victoria, podemos señalar cómo se limitó al desbaratamiento de los sectores estatales de esa constelación alternativa y al intento de recuperar las armas que pudiesen encontrarse en manos de civiles. Por ello, la “represión” contra los militares “progresistas” se limitó a una centena larga de presos que fueron siendo liberados paulatinamente. Por su relativa blandura, el *25 de Novembro*, al tiempo que derrotaba a los adversarios, permitió su reacomodación, una serie de salidas airoas que no les forzasen a combatir<sup>158</sup> –como señala Schelling (1960): “si te encuentras con un lobo, mejor que *no* sea dentro de una gruta en la que bloqueas todas las salidas [...] para que la amenazas contra el enemigo sean disuasivas, deben dejársele opciones viables”. No podemos evaluar en qué medida esta condescendencia frente a los derrotados se derivó de un cálculo estratégico como el señalado –que no por ser inconsciente dejaría de ser eficaz– o de un intento de los moderados del MFA de no perder contrapesos a su izquierda frente al avance de la derecha militar, al parecer dispuesta a explotar la victoria con una represión política más generalizada en lo que se ha denominado “el segundo *25 de Novembro*”.

---

<sup>158</sup> Recordemos las declaraciones de Melo Antunes poco después del Golpe, señalando que el PCP era “esencial para la democracia portuguesa”.

### ***Las tecnologías institucionales y la solución de la crisis***

Durante los 19 meses de PREC, la reintegración institucional había sido deseada por todos los gobiernos provisionales. Todos ellos pretendieron gobernar efectivamente y controlar los aparatos de Estado. Por ejemplo, la política de *saneamientos* puede ser pensada en ese sentido, como un ajuste de cuentas con el pasado mediante el cual las nuevas autoridades quieren asegurarse la lealtad de las estructuras administrativas. Los intentos del MFA de reorganizar las fuerzas armadas y no verse diluido por éstas, junto a la eficacia del sistema de estigmas antifascista (*vide* Capítulo 2), dificultaron esa reintegración.

En Portugal, la reintegración definitiva fue conducida por el VI gobierno provisional y el sector moderado del MFA que había conquistado el Consejo de la Revolución en septiembre de 1975, aunque en dos fases discontinuas separadas por el 25 de noviembre. Ésta se realizó recurriendo a las fórmulas clásicas –jerarquía y disciplina– y, dentro de las fuerzas armadas, ofreciendo el protagonismo a las organizaciones militares que, por la densidad de sus mecanismos de sectorialización corporativa, no habían dejado de solucionar sus dilemas de acción colectiva. Así, del mismo modo que los últimos gobiernos de Vasco Gonçalves intentaron mantener su autoridad recurriendo a los *fusileiros* navales –tropas profesionales– para frenar la violencia anticomunista, el VIº gobierno provisional y la coalición que lo apoyaba recurrió a otra “tropa de elite”, al regimiento de *comandos*.

Michel Dobry (1988: 152) señalaba con acierto que, en las coyunturas críticas, los actores políticos “recurren a tecnologías institucionales, ‘saberes de oficio’ y ‘recetas’ sin necesidad de interrogarse sobre los mecanismos que permiten que esas ‘recetas’ ‘funcionen’”. Teniendo en cuenta que, en Portugal, la crisis se caracterizó por la dessectorialización coyuntural del espacio social, resulta significativo que, en los procesos de recomposición de la unidad estatal, las organizaciones que funcionaron como polos de reintegración institucional fuesen las organizaciones militares más *militaristas*, es decir, las tropas de elite profesionales, que son las más densamente socializadas y, por consiguiente, las mejor preparadas para mantener su diferenciación y autonomía internas.

Algunos de los mecanismos de esta reintegración, o, si tenemos en cuenta lo que decíamos en el primer capítulo, de edificación de la red de consolidación exclusiva propia de un sistema político legítimo, fueron siendo ensayados en los meses anteriores al *25 de Novembro* y ya los hemos mencionado. El principal, sin duda, fue la reedificación de la unidad del mando en el conjunto de las fuerzas armadas y la policía y el restablecimiento de las relaciones de

reconocimiento inequívocas entre los centros de poder. El proceso lo iniciaron los moderados del MFA y sus aliados civiles en el verano de 1975, cuando decidieron diferenciar dos estrategias de combate. Por una parte, oponerse al gobierno *gonçalvista* y al Consejo de la Revolución –entonces en manos de los radicales– e intentar ganar la mayoría en la Asamblea del MFA. Por otra, establecer una red operacional alternativa a la formal que les permitiese contar con un mando unificado de operaciones independiente del poder político (Mota, 1976; Sánchez Cervelló, 1993). Como vimos, en todos estos procesos también tuvo un papel fundamental la movilización popular.

Los moderados, una vez conquistado el gobierno (el VIº, vide cap. 4), iniciaron la corrosión de la constelación de poderes alternativa, pero sin atreverse a un enfrentamiento directo. Por una parte, deshicieron las redes de soporte civil a los movilizados. Por otra, intentaron dejar de depender de las tropas afectas a la constelación alternativa para las misiones de orden público. Para el primer objetivo, iniciaron lo que fue denunciado como “purgas a la izquierda”, con la sustitución de gobernadores civiles, alcaldes y responsables administrativos connotados por su proximidad al PCP o al MDP. Además, paralizaron las iniciativas de “dinamización popular” llevadas a cabo por las Fuerzas Armadas, que ya habían sufrido un grave golpe con el desmantelamiento de la Vª División. A 28 de septiembre de 1975, el gobierno mandó ocupar las emisoras de radio e intentó purgar a las redacciones simpatizantes de la izquierda revolucionaria, aunque esta maniobra se vio abortada por la confraternización de las tropas enviadas con los periodistas y los manifestantes que se lanzaron a “defender” las emisoras.

Para conseguir instrumentos con los que ejercer la autoridad, el gobierno y los moderados del MFA dieron pasos firmes para recuperar la confianza de los agentes de policía “que se [encontraban] aún en situaciones embarazosas”<sup>159</sup> y, para ello, nombraron a nuevos comandantes, volvieron a asignarles misiones de orden público y les armaron con material pesado, de guerra –el famoso fusil automático G3– en un gesto de confianza y de refuerzo tan material como simbólico<sup>160</sup>. Además, las integraron en el *Agrupamento Militar de Intervenção*, (AMI) una estructura de comando en la que se incluía a los regimientos de tropas especiales y profesionales, es decir, los más densamente encuadrados en el espíritu militar y,

---

<sup>159</sup> Declaraciones del ministro de Administración Interna del VIº GP –Almeida e Costa– al *Jornal Novo* (23-X-75)

<sup>160</sup> Ya en el verano de 1974, Spínola había identificado el “complejo de la G3” como minusvalía de la policía ante las tropas del MFA cuando la primera cumplía la legalidad y la segunda apoyaba su “subversión” (Spínola, 1978).

por ello, menos susceptibles de confraternizar con las poblaciones<sup>161</sup>. Este AMI asumía parte de las funciones del COPCON y, según su promotor, el primer ministro Pinheiro de Azevedo, suponía una “respuesta a la inoperatividad y desobediencia”. En el orden de operaciones “confidencial” del 14 de octubre de 1975, el AMI llamaba a reforzar el “espíritu de cuerpo” del ejército y definía dos enemigos: a la derecha, las “fuerzas reaccionarias” (ELP, MDLP) y, a la izquierda, los “grupos extremistas de pequeña representatividad (...) pero de gran capacidad de iniciativa y violencia” (AHM cx. 1 nº29). El AMI, aunque nominalmente duró poco tiempo y fue disuelto como concesión a las presiones de los radicales del MFA después de que dinamitase los equipos de emisión de *Rádio Renascença*<sup>162</sup>, permitió crear un puesto de mando que sirvió para coordinar el (contra)golpe pro-gubernamental del 25 de noviembre (Sánchez Cervelló, 1993).

Sin embargo, el proceso de reintegración, inmerso en la ofensiva de manifestaciones, contra-manifestaciones y amenazas de golpe de Estado no podía avanzar de manera lineal. Aunque el VIº gobierno afirmase rotundamente que pretendía devolver su papel a las policías, no con ello lograba que estas actuaran de manera decidida y contundente. Al menos, no en la gran Lisboa, ni en el Alentejo ni en el Algarve, pues aún pesaba la amenaza material y simbólica de la constelación de poderes alternativa y la inseguridad respecto a la firmeza de las relaciones de reconocimiento que obtendría en tesituras comprometidas. Como en el caso de la represión del anticomunismo que veíamos en el capítulo anterior, la capacidad y la acción de las policías a las órdenes del VIº GP dependió territorialmente de Sistemas de Acción Concretos locales. Así, la PSP de Lisboa se negó sucesivamente a acatar varias órdenes gubernativas. Por ejemplo, entre octubre y noviembre de 1975 no acudió a reprimir los bloqueos de carreteras e instituciones del movimiento de deficientes de las fuerzas armadas, ni a evitar el asalto a la embajada de España (‘protegido’ por la Policía Militar) ni a dispersar a los manifestantes del sector de la construcción que mantuvieron secuestrada la Asamblea Constituyente (Mota, 1976; Pereira Gil, 1976)<sup>163</sup>. En Faro, la inactividad de la policía y la complicidad de la

---

<sup>161</sup> El regimiento de paracaidistas (las fuerzas especiales de la Fuerza Aérea, como los fusileros lo son de la Marina y los Comandos del Ejército de Tierra) había sido movilizad por los Spinolistas en el golpe frustrado del 11 de marzo. A partir de esta acción “en falso”, su cohesión comenzó a desarticularse y el PCP apostó fuerte en su cortejo mediante actos de confraternización y sus contactos en la asociación de sargentos. La utilización de estas tropas, ya desestabilizadas, para dinamitar Radio Renascença acabaron por insubordinarlas y hacerlas pasar al campo alternativo, poniéndose a disposición del COPCON y protagonizando el episodio que dió inicio al *25 de Novembro*.

<sup>162</sup> Un acto provocador del gobierno destinado, quizá, a hacer reaccionar a las unidades militares afectas al COPCON y colocarlas en una situación de insubordinación que permitiese actuar contra ellas, como sucedió después en el propio *25 de Novembro*.

<sup>163</sup> Desde otro punto de vista, complementario, se puede ver la negativa a actuar de la policías en

Infantería hizo que fuese la población movilizadora por el Partido Socialista quien expulsase a las comisiones de moradores y a los simpatizantes del FUR que habían ocupado el gobierno civil para protestar por la sustitución del gobernador, militante del MDP.

En cambio, en Oporto, tras la sustitución de Corvacho por Pires Veloso en el comando de la región Militar, el *saneamento* de la izquierda en la Cámara Municipal, la desmovilización de las unidades radicales tras el caso “CICAP/RASP” y la demostración de la hegemonía movilizadora de la coalición anticomunista, se tejió un Sistema de Acción Concreto local en el que la PSP, alimentada por toda una red de transacciones colusivas de signo positivo, recuperó rápidamente su capacidad. Así, en contraste con lo que había sucedido en enero de 1975 –cuando el violento boicot al congreso del CDS–, a partir de octubre la PSP demostró una fuerza suficiente para evitar las contra-manifestaciones de la extrema izquierda (Freitas do Amaral, 1995) y actuó sucesivamente con notable contundencia, como cuando desalojó a los activistas del movimiento vecinal que habían ocupado el edificio de la cámara municipal para protestar por la clausura del Consejo Municipal en el que estaban representados.

Para lograr sus objetivos en el ámbito militar, los moderados del MFA contaron con dos armas, ambas vinculadas a la capacidad de resolver dilemas de acción colectiva. Por una parte, el centralismo institucional de las fuerzas armadas, por otra, la estructuración de un contingente operativo propio. Pese a la evocativa imagen de Fernando Rosas (2000), que capta el espíritu de los numerosos casos de indisciplina y de autonomía táctica, las unidades militares nunca se transformaron en meras “bandas armadas”. En un aspecto fundamental, el ejército continuó siendo uno. Para que la imagen de las “bandas” funcionase, las unidades deberían ser capaces de subsistir por sí mismas, de conseguir sus recursos y de mantenerse movilizadas. Sin embargo, la fragmentación de las líneas jerárquicas nunca cristalizó en la existencia de ejércitos autónomos. Por ello, uno de los hechos determinantes fue la continuidad en tres de las cinco *Divisiones* transversales “administrativas” de las fuerzas armadas: “personal”, “operaciones” y “logística”, es decir, aquellas que, independientemente de las líneas jerárquicas de comando operativo, aseguran que todas las unidades pertenecen a un mismo ejército. Salvo las controvertidas Vª División (Acción psicológica, *dinamización* cultural y acción cívica) y IIª (Información), las otras tres se mantuvieron relativamente inalteradas, no siendo saneadas ni colonizadas por elementos radicales del MFA (Almeida, 1979), que en general prefirió crear órganos nuevos superpuestos, (como el COPCON), antes

---

Lisboa como un cálculo estratégico: era mejor no comprometerse con un gobierno en situación ostensiblemente precaria. Para un caso análogo con las policías de París en mayo de 1968, v. Dobry

que purgar los existentes. Esta red administrativa heredada, por medio del control de la logística y del personal, pudo ir minando la capacidad de las unidades más revolucionarias. Así, fue suspendiendo la incorporación de reemplazos en el RALIS o la Policía Militar (los regimientos de Lisboa más destacados por su compromiso ‘revolucionario’) y dejándolos con un número de efectivos tan reducido que no conseguían cubrir los puestos operativos (Domingos *et alii*, 1977; Almeida, 1979). Alternativamente, y con el apoyo de la coalición táctica entre el los moderados del MFA y los sectores conservadores de las FFAA, este poder administrativo transversal permitió el refuerzo de su unidad operativa principal (el Regimiento de Comandos de Amadora) con dos nuevas compañías de soldados profesionales reclutados entre los recientemente licenciados<sup>164</sup>. Además, se procedió a la creación y el fornecimiento de todo tipo de recursos simbólicos y materiales que permitiesen el fortalecimiento de su cohesión interna<sup>165</sup>.

Así, mientras se debilitaba administrativamente a la coalición militar adversa, se reforzaba a la propia. Sin embargo, el proceso era lento, mientras que el ritmo y la fluidez de los acontecimientos también amenazaba la cohesión de las tropas más fieles. Así, el comandante del Regimiento de Comandos señalaba la urgencia de pasar a la acción, pues reconocía que en las circunstancias críticas del momento, con maniobras internas de militares politizados, la animadversión de la mayoría de los diarios de Lisboa y las manifestaciones y contra-manifestaciones en las inmediaciones del cuartel, no sabía por cuanto tiempo podría contar con la lealtad de sus soldados.

Como otros procesos golpistas (Cruz, 2001), la operación de los vencedores del 25 de Novembro –la coalición de los militares moderados del MFA y los “anticomunistas”– puede ser encarado como un proceso de movilización colectiva en el que concurren definiciones compartidas de la existencia de un conflicto, la capacidad de rebelarse y una puesta en escena que materializa el enfrentamiento final. Las movilizaciones analizadas en los capítulos 4 y 6 balizaron la definición compartida del conflicto, bloquearon la eficacia del sistema de estigmas antifascista (recuérdese a las multitudes coreando ¡disciplina, disciplina!) y señalaron el tipo de intervención que podía aunar poder movilizador y frenar a las constelaciones de

---

(1983)

<sup>164</sup> Para hacerlo posible se publicó el decreto-ley 577-A-Z75, que también se intentó utilizar para reincorporar a mandos milicianos de confianza que sumasen capacidad oratoria a los moderados en las Asambleas de Unidad controladas por los radicales (Entrevista Luis Filipe Madeira).

<sup>165</sup> Una detallada lista de 21 factores materiales y simbólicos con los que se benefició diferencialmente al Regimiento de Comandos y, en menor medida, a otras unidades operativas como la EPC de Santarém, también protagonista del 25 de Novembro, se encuentra en Almeida (1979, vol II).

poderes adversarias. La capacidad para rebelarse, desde el punto de vista militar, dependía de que los sectores militares comprometidos en la maniobra consiguiesen resolver sus dilemas de acción colectiva.

Por último, para que la reintegración institucional fuese completa, no bastaba con contar con la superioridad militar. Era fundamental asegurarse todos los recursos simbólicos para evitar que la acción fuese interpretada como un golpe de Estado y pudiese provocar nuevas rupturas en la pirámide estatal. Se requería la anuencia del gobierno y, muy especialmente, del Presidente de la República. La acción reintegradora debía presentarse como una acción de defensa de la revolución de abril contra las “amenazas totalitarias”, no como una nueva ruptura. El 19 de noviembre, el gobierno suspendió funciones y reclamó al Ejército “el restablecimiento de las condiciones para un gobierno efectivo”. Para conseguir el beneplácito del Presidente de la República, recurrieron a provocar a los adversarios. No se trataba de dar un golpe de Estado, sino de forzar a los adversarios a actuar de tal modo que pudiese ser considerado que eran ellos los que lo desencadenaban. Frente a la amenaza, era posible movilizar el apoyo del Presidente de la República y de los partidos mayoritarios para desencadenar un contragolpe legítimo... usando las estructuras operativas para-estatales que se tenían preparadas. Fueron tendiéndose varias “trampas” [*“cascas de banana”*] (ocupación de las radios, bomba en *Radio Renascença*, sustitución de Otelio Saraiva de Carvalho como comandante de la Región Militar de Lisboa...) hasta que la provocación funcionó: un movimiento irregular de los paracaidistas (similar en todo a muchos movimientos militares de ambas facciones durante los meses anteriores) sirvió para denunciar el desencadenamiento de un golpe de estado de los *radicales*. Contra él se movilizaron las estructuras preparadas y, como respuesta, los supuestos golpistas intentaron coordinar una acción de resistencia con las tropas de su facción y sus aliados en el movimiento obrero. Tras episodios varios, se evitaron enfrentamientos mayores y los “golpistas” se rindieron. Con esto, estaba abierto el camino al desmantelamiento de las unidades rebeldes y la prisión preventiva o marginación de unos 150 oficiales “revolucionarios”. Del mismo modo, para que las fuerzas armadas recuperasen su cohesión, los moderados del MFA aceptaron conformarse con controlar el Consejo de la Revolución y desmontar las estructuras que había introducido como alternativa a la jerarquía militar: su asamblea, las asambleas de unidad, los gabinetes de dinamización, etc.

Por otra parte, para acabar de “explotar la victoria”, los vencedores del *25 de Novembro* decretaron el estado de sitio en Lisboa y prohibieron la circulación de periódicos. Cuando volvieron a la calle, las redacciones habían sido purgadas de los periodistas radicales que, según el informe oficial, “habían contribuido para el ambiente que culminó en el golpe”. Con

la desaparición de la coalición militar radical y la prensa que la apoyaba, el Estado recuperó la integración institucional, la legitimidad *de facto*. Así, un oficial al que se enviase a reprimir una manifestación ya no debería temer, al día siguiente “ser vilipendiado como traidor, reaccionario, fascista, etc., o poder, incluso, ser enviado a prisión” (Jaime Neves, citado por Gil, 1976). Del mismo modo, el comandante de la GNR que citábamos (nota 149) ya no sería “tratado como un asesino” si una acción de orden público daba lugar a alguna muerte.

Para terminar este apartado, señalaremos a partir de entonces, las acciones de la policía recuperaron su legitimidad –volvieron a ser sancionadas positivamente por toda la red de consolidación estatal– y, como analiza Durán Muñoz (1997), el gobierno pudo contar con una fuerza que hiciese efectivas sus llamadas a la ley y el orden. La muerte de cuatro manifestantes de extrema izquierda que protestaban frente a las prisiones de Custodias y Caxias, el 01 enero de 1976 (Santos *et alii*, 1995) no provocó ningún tipo de investigación de responsabilidades, simbolizando la consistencia de las transacciones colusivas entre gobierno, policía, tribunales y Consejo de la Revolución, y marcando en nuevo grado de represión que estaba dispuesto a emplear el Estado reintegrado ante las acciones colectivas transgresoras.

Como señalábamos anteriormente, a los derrotados se les dejó una salida airosa. Los movimientos sociales y los partidos de la extrema izquierda no sufrieron persecuciones políticas, a no ser la búsqueda de armas y algunos casos de investigación judicial asociados con atentados de difícil atribución. Aunque durante los primeros días pairase el fantasma de Chile y algunos dirigentes pasasen a la clandestinidad, la medida pronto se mostró innecesaria.

Lo que es más llamativo es la facilidad con la que se desmovilizó a los soldados radicalizados, a los SUV –Soldados Unidos Vencerán–, que unas semanas antes parecían amenazar con hacer inoperativa cualquier decisión de la jerarquía militar. Los SUV habían aparecido en septiembre de 1975 como respuesta inmediata al paquete de medidas aprobadas en la asamblea de Tancos (nuevo CR más moderado, sustitución del comandante de la Región Militar Norte). Ante esta situación, se aproximaron a las posiciones del COPCON para organizar a los soldados al margen de los oficiales e impedir que las cadenas jerárquicas pudiesen empujar a las unidades a acciones represivas. Además, se dedicaron a organizar manifestaciones de soldados uniformados y a denunciar a los mandos de las unidades que consideraban “reaccionarias”. La desagregación de la disciplina de las Fuerzas Armadas en esos meses de radicalización final puede medirse por los 37 casos de reivindicativos y los 21 plenarios de soldados contabilizados, entre septiembre y noviembre, por los colaboradores de Carrilho (1994). Sin embargo, la desmovilización fue casi inmediata. En un ejército



sobredimensionado que salía de una guerra colonial y quería reducir efectivos, bastaba con licenciarlos y enviarlos a su casa, desmontando así los restos del mecanismo de captación de cálculos sectoriales, el cuartel, que alimentaba la precaria identidad del soldado revolucionario. Según Rodrigues *et alii.* (1979), con las desmovilizaciones de finales de 1975, Lisboa quedó casi sin guarniciones de reemplazo, pues se pretendió que no se mezclasen los soldados del nuevo reemplazo con los que habían experimentado las transformaciones en la institución militar de los “cuarteles de abril”.

Pocos meses después, en marzo de 1976, se creaba un nuevo cuerpo policial antidisturbios, el *Corpo de Intervenção*, al que se reincorporaron muchos de los agentes, medios y técnicas de la vieja *policía de choque* (Entrevista Coronel Costa Brás). De este modo, podía comenzar a prescindirse de las unidades de élite militares para el cumplimiento de misiones de orden público y los gobiernos volvían a ser capaces de incurrir en escaladas de violencia pública frente a multitudes con poco riesgo de provocar víctimas mortales.

#### *Notas finales.*

Con el fin de la crisis de Estado, desapareció la coyuntura extraordinaria que permitió el avance de las movilizaciones y el proceso de aprendizaje político por el que pasaron varias decenas de miles de activistas populares. Los llamados “momentos de locura” (Zolberg), las “explosiones de esperanza” (Malraux, cit en Oliveira, 2000), que hacen que “todo parezca posible” (Rosas, 2000) –hasta asaltar las sedes del PCP, añadíamos nosotros– no se corresponden con un contagio psicológico adscrito a las situaciones revolucionarias, sino con la pérdida de objetividad de las relaciones sociales, con la debilitación de los fundamentos que hacen posible su relativa consistencia. Coincidiendo con las conclusiones de Durán Muñoz (1997), se puede afirmar que hay una clara correspondencia entre el horizonte de lo que parece posible y, al menos a corto plazo, el de lo que efectivamente lo es. Cuando se trata de captar ese espacio estructurado que venimos denominando “oportunidades políticas”, las percepciones, basadas en la interpretación de pautas de comportamiento efectivo, suelen estar relativamente “bien fundadas”. Por muy sorprendentes que sean estos periodos de efervescencia social, no se trata de que los instintos desborden a la personalidad, ni de que se expresen los “verdaderos” deseos de la gente. En cambio, lo que se demuestra es que las estructuras sociales, las normas, las jerarquías, la propiedad y el horizonte de las esperanzas no son “cosas”, sino que están socialmente construidas y que las “culturas políticas” que suelen adscribirse a determinadas poblaciones sólo son consistentes en la medida en que se

mantiene la diferenciación de los subsistemas sociales. Además, como veíamos, las condiciones de posibilidad de estas realidades de segundo orden dependen, en último término, del ejercicio organizado de la violencia, del Leviatán que permite encerrar la política en una esfera autónoma y hacerla flotar en el ya mentado océano de certidumbres.

Finalmente, esto nos da pie a reflexionar sobre los elementos que durante la crisis de Estado mostraron el potencial de movilización política de la población y tenerlos en cuenta en toda reflexión que, preocupada por la dimensión participativa de la calidad de la democracia, establezca como objetivo cívico la disminución de la distancia al poder de los sectores subordinados de la sociedad. Si uno de los objetivos fuertes de la Ciencia Política consiste en explicar el comportamiento político, no parece adecuado otorgar a la cultura política el estatuto de variable independiente. En ese caso, no tendríamos elementos para tratar la explosión de participación durante la crisis de Estado portuguesa. El elenco de posibilidades de acción de los ciudadanos, por mucho que se enraíce en recursos cognitivos heredados, depende, sobre todo, de los canales reales de acceso al poder. Como ya hemos señalado, nos parece que la cultura política, como variable independiente, es menos explicativa que la provisión efectiva de oportunidades.

## Archivos investigados:

ACR Archivo del *Conselho da Revolução*, *Arquivos Nacionais da Torre do Tombo*, Lisboa.

ADVR Archivo Distrital de Vila Real

ADVC Archivo Distrital de Viana do Castelo

AMAI Archivo del *Ministério da Administração Interna*.

AHS-ICS Archivo de Historia Social, *Instituto de Ciências Sociais*, Universidad de Lisboa.

## Publicaciones periódicas consultadas.

*A Aurora do Lima*, Viana do Castelo

*A Roda do Leme*, Ponte de Lima.

*A Voz de Trás-os-Montes*, Vila Real

*Avante!* (PCP), Lisboa

*Comércio do Porto*, Oporto.

*Correio do Ribatejo*, Santarém.

*Diário de Notícias*, Lisboa.

*Diário do Minho*, Braga.

*Jornal da Marinha Grande*, Marinha Grande.

*Jornal Novo*, Lisboa.

*Mensageiro de Bragança*, Bragança.

*Militante (O)* (PCP), Lisboa.

*Noticias de Chaves*, Chaves.

*O Algarve*, Faro.

*O Cávado*, Braga.

*O Povo do Lima*, Ponte de Lima.

*O Vianense*, Viana do Castelo.

*O Vilarealense*, Vila Real.

*Polícia Portuguesa* (PSP). Lisboa.

*Portugal Socialista* (PS), Lisboa.

*Povo Livre* (PSD), Lisboa.

## Bibliografia:

- ABBOTT, Andrew (1992) "What Do Cases Do? Some Notes On Activity in Sociological Analysis". En Ragin y Becker, Eds. *What is a Case? Exploring the foundations of Social Inquiry*. Cambridge, Cambridge University Press.
- ABREU, Paradelas de (1984) *Do 25 de Abril ao 25 de Novembro. Memória do tempo perdido*. Intervenção, Lisboa.
- ABRIL EM MAIO, (2001) "Maio'74 dia-a-dia. Tudo o que foi notícia em seus jornais diários". Abril em Maio/Editorial Teorema, Lisboa.
- AFLATOONI, A. y ALLEN, M (1991) "Government Sanctions and Collective Protest in Periphery and Semiperiphery States: a Time-Series Analysis", *Journal of Political and Military Sociology*, vol. 19 (summer) .
- AGUIAR, Fernando (ed.) (1991). *Intereses individuales y acción colectiva*. Ed. Pablo Iglesias, Madrid.
- ALBIAC, Gabriel (2000) *Desde la incertidumbre*. Plaza y Janés, Madrid.
- ALMADA, Teresa (s.d.) *Diário da Reforma Agrária*. Europa-América, Lisboa.
- ALMEIDA, Dinis de (1978) *Ascensão, apogeu e queda do Movimento das Forças Armadas*. 2 vol. Edición del autor, Lisboa.
- AMARAL, Diogo Freitas do (1995) *O Antigo regime e a revolução*. Círculo de Leitores, Lisboa.
- ANTUNES, Carlos (2000) *Histórias do PREC*. CD-Audio, 2v. TSF-Diário de Notícias, Lisboa.
- ARÓSTEGUI, Julio (ed.) (1994) *Violencia y política en España*. Marcial Pons, Madrid
- AVANTE! (1978) *Dossier Terrorismo*. Edições Avante!, Lisboa.
- AYA, Rod (1995) "La protesta como política: generalización y explicación en la sociología histórica. En *Política y sociedad*, nº18. Madrid.
- AYA, Rod (1997) "Explicar la violencia revolucionaria después de Tucídides". *Zona Abierta* nº 80-81 (monográfico sobre teoría y metodología de las revoluciones).
- AZEVEDO, Luis (coord.) (1978) *A hierarquia militar e o Estado democratico. Caso Rosa Coutinho, peças de um processo*. Centelha, Coimbra.
- BANEGAS, Richard (1993) "Les transitions démocratiques: mobilisations collectives et fluidité politique" *Cultures et conflits*. 12, 1993
- BARBALET, J.M. (1999) "Boredom and social meaning". En *British Journal of Sociology* Vol 50 nº4 pp.631-646
- BARRETO, António (1987) *Anatomia de uma revolução: a reforma agrária em Portugal, 1974-1976*. Publicações Europa América, Lisboa.
- BARRETO, José (1977) "Empresas industriais geridas pelos trabalhadores". *Análise Social*, Nº 51, Volume XIII, 1977
- BARRETO, José (1990a). "Os primórdios da Intersindical sob Marcelo Caetano". *Análise Social*, Nº 105-106, Volume XXV, 1990.
- BARRETO, José (1990b) *A formação das centrais sindicais e o sindicalismo contemporâneo em Portugal (1968-1990)* Disertación policopiada. ICS, Lisboa.
- BARRETO, Mascarenhas (1979) *História da polícia em Portugal*. Braga Editora, Braga.
- BARROSO, José Durão (1984) "Capacidade de adaptação e incapacidades de decisão. O Estado português e a articulação política dos interesses sociais desde 1974". *Análise Social* vol. XX (83) 1984-4º, pp 453-465. Lisboa.

- BARROSO, José Durão.(1989) “O processo de democratização, uma tentativa de interpretação a partir duma perspectiva sistémica”. En Coelho (ed.) (1989).
- BAUM, Michael (1998) Autogestão e cultura política : o impacto da reforma agrária no Alentejo vinte anos depois.
- BAUMANN, Zygmunt (1997) *Modernidad y Holocausto*. Sequitur, Madrid.
- BERGER, P, y LUCKMANN, T. (1972[1966]) *The Social Construction of Reality*. Penguin Books, Middlesex.
- BERMEO, Nancy Gina (1986) *The Revolution Within the Revolution, Workers Control in Rural Portugal*. Princeton: Princeton Univ. Press,
- BERMEO, Nancy Gina (1997) *The Power of the People*. Fundación Juan March, Estudios/Working Paper 1997/97. Madrid.
- BICA, António Pereira (1975) *Agricultura e Reforma Agraria em Portugal: 1974*. INOVA, Lisboa.
- BILBAO, Andrés. (1991) *Obreros y Ciudadanos. La desestructuración de la clase obrera*. Trotta, Madrid.
- BIRBAUM, Pierre (1983) “Mobilisations, structures sociales et types d’Etat” en *Revue Française de Sociologie*, XXIV, 421-439.
- BOIS, Paul (1972 [1960]) *Paysans de l’ouest*. Flammarion, Paris.
- BOURDIEU, Pierre (1976) “Les modes de domination“ *Actes de la recherche en sciences sociales* 2-3
- BOURDIEU, Pierre y WACQUANT.(1992) *Réponses*. Seuil, Paris.
- BRANCO, Carlos (2000) *Desafios à Segurança e Defesa e os Corpos Militares de Polícia*. Sílabo, Lisboa.
- BRANCO, Manuel (1977) *Os “Comandos” no eixo da revolução*. Ed. Abril, Lisboa.
- BRETTELL, Caroline B. (1984) “Emigration and Its Implications for the Revolution in Northern Portugal”. en Granham et alii. (1984)
- BRINCA, Pedro y BAIA, Etelvina (2000) *Memórias da Revolução no distrito de Setúbal* Setubal na Rede, Setúbal.
- BRINTON, Crane (1956) *The Natural History of Revolution*.
- BRITO, J.M Brandão de (coord.) (1999) *Do marcelismo ao fim do Império*. Notícias, Lisboa
- BRUBAKER, Rogers y LAITIN, David (1998) “Ethnic and Nationalist Violence” en *Annual Review of Sociology*. 1998, 24:423-52
- BURGUETE, J.A. (1978) *O caso Rio Maior*. Ed. O Século, Lisboa.
- BRUNEAU, Thomas (1995) “From revolution to democracy in Portugal: the role and stages of provisional governments”. En Linz & Shain (eds).
- CABRAL, João de Pina (1989) *Filhos de Adão, filhas de Eva : a visão do mundo camponesa do Alto Minho* Dom Quixote, Lisboa.
- CABRAL, Manuel Villaverde (1977) *O operariado nas vésperas da república (1909-1910)* Presença/GIS Lisboa.
- CABRAL, Manuel Villaverde (1978) *Sans illusions ni préjugés, mouvement autogestionnaire au Portugal depuis 1974*. Proceedings, 3rd international colloquium, inter-university centre of European Studies, Montreal.
- CABRAL, Manuel Villaverde (1983) "A “Segunda República” portuguesa numa perspectiva histórica". En *Análise Social* . vol XIX (75) 1983-1º, pp 137-142. Lisboa.
- CABRAL, Manuel Villaverde (1997) *Cidadania Política e Equidade Social em Portugal*. Oeiras, Celta.

- CAETANO, Marcelo (1971-1973) *Discursos*. Imprensa Nacional, Lisboa.
- CARMO, Hermano (1987). *Os dirigentes da Administração Pública em Portugal*. Separata de *Estudos Políticos e Sociais*, Vol XV, nº 3-4, 1987.
- CERP [Cristãos Em Reflexão Permanente] (1977) *Perguntas à nossa Igreja. Igreja e política do 25 de Abril ao 25 de Novembro*. Ulmeiro, Lisboa.
- CHILCOTE, Ronald H. (ed) (1990) *Transitions from dictatorship to democracy: comparative studies of Spain, Portugal and Greece*. Taylor & Francis Nueva York.
- CHORLEY, Katherine (1943) *Armies and the Art of Revolution*. Faber and Faber, Londres.
- CLAUSEWITZ, Carl Von (1993 [1832]) *On War* David Campbell Publishers, Londres.
- CLEMENTE, Pedro José Lopes (1998) *Da policia de Ordem Pública*. Governo Civil de Lisboa
- COELHO, José N. (1980) *Factores explicativos do comportamento político da população portuguesa. Análise regional*. IED, caderno 1, Lisboa.
- COELHO, Mário Baptista (coord) (1989) *Portugal, o sistema político e constitucional*. Instituto de Ciências Sociais-Universidade de Lisboa.
- COMISSÃO LIVRO NEGRO DO REGIME FASCISTA, Vol I-VI. Imprensa Nacional, Lisboa
- CORREIA, Ramiro et alii (1976a). *MFA e luta de classes*. Ulmeiro, Lisboa.
- CORREIA, Ramiro et alii (1976b). *MFA, dinamização cultural e acção cívica*. Ulmeiro, Lisboa.
- CRATO, Nuno (1977) *Rui Gomes e a justiça militar*. Centelha, Coimbra.
- CROZIER, M y FRIEDBERG, E. (1972) *L'Acteur et le système*. Seuil, Paris.
- CRUZ, Manuel Braga da (1995) *Instituições Políticas e Processos Sociais*. Bertrand, Venda Nova.
- CRUZ, Rafael (2000) “El derecho a reclamar derechos. Acción colectiva y ciudadanía democrática”. En Pérez Ledesma (comp.) *Ciudadanía y democracia*. Pablo Iglesias, Madrid.
- CRUZ, Rafael (2001) “Dos golpes de Estado” en *Historia y Política*, nº 5, Madrid.
- CRUZ, Rafael, y Pérez Ledesma (eds.) (1997) *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Alianza, Madrid.
- CUNHAL, Álvaro (1976) *A revolução portuguesa, o passado e o futuro*. Ed. Avante!, Lisboa.
- CUNHAL, Álvaro (1999) *A verdade e a mentira na revolução de Abril. A contrarrevolução confessional*. Ed. Avante!, Lisboa
- DAHL, Robert (1989) *Democracy and its Critics*. Yale University Press
- DAHL, Robert (1992 [1956]) “La poliarquía”, ahora en VV.AA *Diez textos básicos de Ciencia Política*, Ariel, Barcelona.
- DÂMASO, Eduardo (1999) *A Invasão Spinolista* Fenda, Lisboa.
- DAVENPORT, Christian (1997) *Movements, Countermovements and Political Domination*. Trabajo presentado en el congreso “Comparative Human Rights and Repression”, Colorado.
- DOBRY, Michel (1983) “Mobilisations multisectorielles et dynamique des crises politiques: un point de vue heuristique” en *Revue Française de Sociologie*, XXIV 395-419.
- DOBRY, Michel (1988) *Sociología de las crisis políticas* CIS/S.XXI, Madrid.
- DOBRY, Michel (1992) “Les causalités de l’improbable et du probable: Notes à propos des manifestations de 1989 en Europe centrale et orientale” en *Cultures et Conflits* (www.conflits.org)
- DOBRY, Michel (2000) “France: an Ambiguous Survival” en Berg-Schlosser y Mitchell (dir.) *Conditions of Democracy in Europe, 1919-1939*. Macmillan, Londres.

- DOMINGOS *et alii* (1977) *A revolução num regimento*. Armazém das Letras, Lisboa.
- DOWNS, Ch *et alii* (1978) *Os Moradores a conquista da Cidade*. Armazém das Letras, Lisboa
- DOWNS, Charles. (1988) *Revolution at the grassroots*. NY University Press.
- DURÁN MUÑOZ, Rafael. (1997) *Acciones colectivas y transiciones a la democracia. España y Portugal 1974-1977*. Fundación Juan March Tesis Doctorales, Madrid.
- DURÁN MUÑOZ, Rafael. (1999) *State Dynamism and Multidimensionality: Social Protest During Regime Change*. Estudio/Working Paper 1999/134, Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, Madrid.
- EISFELD, Rainer (1985) “Influências externas sobre a revolução portuguesa: o papel da Europa ocidental” em Opello (1985).
- EISINGER, Peter K. (1973) “The conditions of protest behavior in american cities” *American Political Science Review* 67
- ELSTER, Jon (1986) *Sour Grapes*. Cambridge University Press.
- ELSTER, Jon (1989) *The Cement of Society*. Cambridge University Press.
- ESCOLA SUPERIOR DE POLICIA (1994) *Reuniões, manifestações e greves*. ESP Lisboa (*sin dep.legal*)
- EVANS, Rueschmeyer y Skocpol (eds) (1985) *Bringing the State Back In*. Cambridge University Press.
- FAVRE, Pierre (ed.) (1990) *La manifestation*. Presses de la fondation nationales des sciences politiques, Paris.
- FEAVER, Peter D. (1999) “Civil-Military relations”. *Annual Review of Political Science*, 2:211-41.
- FERREIRA, José Medeiros (coord) (1992), *Portugal em transe (1974-1985)* Vol 8 de José Mattoso (dir) *História de Portugal*. Lisboa, Circulo de Leitores.
- FERREIRA, Vítor Matías (1976). *A conquista da terra* Afrontamento, Porto
- FILLIEULE, O. et PECHU, C.(1993) *Lutter ensemble, les théories de l'action collective*. L'Harmattan, Paris.
- FILLIEULE, Olivier (ed.) (1994) *Sociologie de la protestation*. L'Harmattan, Paris.
- FILLIEULE, O. (1997) *Stratégies de la rue. Les manifestations en France*. Presses de la fondation nationales des sciences politiques, Paris.
- FRANÇA, Luis de (1980) *Comportamento religioso da população portuguesa*. Moraes/IED, Lisboa.
- GEDDES, Barbara (1999) “What do we know about democratization after twenty years?” *American Review of Political Science*, 1999, 2:115-44.
- GIL, Luis Pereira (1976) *Novembro 25, anatomia dum golpe*. Editus, Lisboa.
- GIUGNI, Marco, MCADAM, Dough y TILLY, Charles (1998) *From Contention to Democracy* Rowman and Littlefield Publishers, Maryland.
- GLENN, John K III (1999) *The Impact of Collective Actors Upon Democratization*. Working Paper, Instituto Europeo de Florencia.
- GOLDSTONE, Jack A. “Social Movements or Revolutions? On the evolution and outcomes of Collective Action” en Giugni *et alii* (1998).
- GOMES, F. Costa, y CRUZEIRO, M. (1998) *Costa Gomes, o último marechal*. Ed. Noticias, Lisboa.
- GOODWING, Jeff (1994) “Toward a New sociology of Revolutions” en *Theory and Society* vol. 23/6
- GOODWING, Jeff, e SKOCPOL, Theda (1989) “Explaining revolutions in Contemporary Third World” *Politics and Society*. 17, nº4.

- GOODWING, Jeff. "Revolutionary Movements in Central America: a Comparative Analysis". en Hall (ed.)
- GRAHAM, L.S. y MAKLER, ed.(1984) *In Search Of Modern Portugal*. Wisconsin univerty Press.
- GRIFFIN, Larry J. (1993) "Narrative, Event-Structure Analysis, and Causal Interpretation in Historical Sociology, *American Journal of Sociology* 98 (5) 1993.
- GUARDA NACIONAL REPUBLICANA (s.d.). *Breve resenha histórica da guarda*. Ministério da Defesa, (s.l).
- GUSFIELD, J.R. *Protest, reform and revolt: A reader in social movements*. Wiley & Sons, Nueva York.
- HALL, John A.(ed.) *The State: Critical Concepts*. (3 vol.)Routledge, Londres.
- HAMMOND, John L. (1984) "Electoral Behaviour and Political Militancy" en Graham et alii (1984).
- HAMMOND, John L.(1985) "Popular Power and the portuguese far left". *European Journal of Political Research* nº 13 pp.207-225. Amsterdam.
- HAMMOND, John L.(1988) *Building Popular Power, Workers and Neighborhood Commissions in The Portuguese Revolution*. Monthly Review Press, New York
- HESPANHA, António (1984) "As transformações revolucionárias e o discurso dos juristas" en *Revista Crítica de Ciências Sociais* nº18/19/20.
- HIPSHER, Patricia L. (1998) "Democratic Transitions and Social Movements Outcomes" en Giugni *et alii* (1998).
- HIPSHER, Patricia L. (1999) "Democratic Transitions as Protest Cycles: Social Movement Dynamics in Democratizing Latin America" en vv.aa. *Social Movement Society*
- HOBBS, Thomas (1986 [1651]). *Leviathan* Penguin Books.
- HUNTINGTON, Samuel P. (1968 ) *El orden político en las sociedades en cambio*. Paidós, Buenos Aires.
- HUNTINGTON, Samuel P. (1991) *The Third Wave. Democratization in the Late Twentieth Century*. University of Oklahoma Press.
- IZQUIERDO, Jesús y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo.(1997) *Orden político y representación, fragmentos de una teoría*, (policopiado) Universidad Autónoma de Madrid.
- JAR COUSELO, Gonzalo (1999) *El papel de la policía en una sociedad democrática*. Revista Española de Investigaciones Sociológicas, nº85, pp.199-220, Madrid.
- JENKINS, J, Craig (1994 [1983]) *La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales*. Zona Abierta nº69, Madrid.
- JENKINS, J. Craig (1985) *The Politics of Insurgency. The Farm Worker Movement in the 1960s*. Columbia University Press
- KALYVAS, Stathis N. (2000) *The Logic of Violence in Civil War* Estudio/Working Paper 2000/151, Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, Madrid.
- KLANDERMANS, Bert y JOHNSTON, Hank (eds.) *Social Movements and Culture*. UCL press.
- KOLM, Serge-Christophe (1977) *La transition socialiste: la politique économique de la gauche*. Les Éditions du CERF, Paris.
- LAUMANN, E.O., MARSDEN y PRESKY (1992) "The Boundary Specification Problem in Network Analysis". En Freeman, Whyte y Romney (eds.) *Research Methods in Social Network Analysis*. New Brunswick/London, Transaction Publishers.
- LEVI, Margaret (1988) *On Rule and Revenue*. University of California Press.
- LEVI, Margaret (1997 ) "A Model, a Method and a Map: Rational Choice in Comparative Historical Analysis". En Lichbach and Zuckerman (1997).



- LICHBACH, M.I. and Zuckerman A.S. eds. (1997) *Comparative Politics, Rationality, Culture and Structure*. Cambridge University Press.
- LICHBACH, M.I. (1997) en *Zona Abierta* n°80-81. Madrid
- LICHBACH, M.I. (1998) "Contentious Theories of the Action-Structure Problem of Social Order" en *Annual Review of Political Science*
- LINZ., Juan J. (1987) *La quiebra de las democracias*. Alianza, Madrid.
- LINZ Juan J., y SHAIN, Yossi (1995) *Between States: interim governments and democratic transitions*. Cambridge University Press.
- LINZ, Juan J., y STEPAN, Alfred (1996). *Problems of democratic transition and consolidation : Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe* Baltimore : The Johns Hopkins University Press
- LIPSET, Seymour Martin (1992 [1959]) "Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad política". Ahora en VV.AA *Diez textos básicos de Ciencia Política*. Ariel, Barcelona.
- LUHMANN, Niklas (1982) *The differentiation of Society*. Columbia University Press.
- LUHMANN, Niklas (1995) *Poder*. Universidad Iberoamericana, México DF.
- LUHMANN, Niklas (1996) *Introducción a la teoría de sistemas* Universidad Iberoamericana, México DF.
- MACINTYRE, Alasdair (1980) "Causalidad e historia" en Manninen y Tuomela (eds.) *Ensayos sobre explicación y comprensión*. Madrid, Alianza.
- MAILER, Phil. (1977) *Portugal, the impossible revolution?*. Solidarity, Londres.
- MANN, Michael (1991) "El poder autónomo del Estado". *Zona Abierta*
- MANN, Michael (1992) *The Sources of Social Power* vol 2. Cambridge University Press.
- MANN, Patricia (1994) "Pouvoir politique et maintien de l'ordre. Portée et limites d'un débat". En *Revue Française de Sociologie* XXXV-3, 1994.
- MANUEL, Paul Christopher (1995) *Uncertain Outcome, the Politics of the Portuguese Transition to Democracy*. Lahman M.D, University Press of America.
- MARQUES, Fernando Pereira. (1977) *Contrapoder e revolução*. Lisboa: Diabril,
- MARTINS, Hermínio (1998). *Classe, status e poder*. ICS, Lisboa
- MARX, Karl (1982 [1865]) *El Capital. Crítica de la economía política*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- MAURICIO, Artur y GONÇALVES, Castelo Branco (1975) *Saneamento da função pública* Diabril, Lisboa.
- MAXWELL, Kenneth. (1994) *El derrocamiento del régimen y las perspectivas de transición democrática en Portugal*. En O'Donnell et alii. (comp) "Transiciones desde un gobierno autoritario", vol I, Barcelona, Paidós.
- MAXWELL, Kenneth.(1995) *The Making Of Portuguese Democracy*. Cambridge University Press
- MCADAM, MCCARTHY y ZALD (eds.) (1999) *Movimientos Sociales, perspectivas comparadas*. Istmo, Madrid.
- MELLO, Fernando Riibeiro de (ed.) (1976) *Dossier 2ª república*. Afrodite, Lisboa.
- MELO, Galvão de (1976) *Coragem de Lutar*, ed. del autor, Lisboa
- MELUCCI, A.(1995) "The process of collective identity". en Johnston and Klandermans (eds.) *Social Movements and Culture*. UCL press.

- MENDES, JOSE MANUEL (2001) *Do ressentimento ao reconhecimento: vozes, identidades e processos políticos nos Açores (1974-1996.)*. Dissertação de doutoramento em sociologia, Faculdade de Economia, universidade de Coimbra.
- MERTON, Robert K. (1965) *Teoría y estructura sociales*. Fondo de Cultura Economica, México.
- MOSCOSO, Leopoldo (1992) “Lucha de clases: acción colectiva, orden y cambio social”. *Zona Abierta* nº61-62. Madrid.
- MOSCOSO, Leopoldo (1997) “El conspirador, la partera y la etiología de la revolución”. *Zona Abierta* nº80-81. Madrid
- MOTA, Gomes (1976) *A Resistência. Subsídios para a compreensão do Verão quente de 1975*. Ed. Expresso, Lisboa
- MOZZICAFREDO, Juan (1982) “A questão do estado no processo político português” En *Cadernos de Ciências Sociais* Oporto
- NEGRI, Antonio (1979) *Dominio y sabotaje*. El Viejo Topo, Barcelona.
- NEGRI, Antonio (1994) *El Poder Constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*. Ediciones Libertarias-Prodhufi, Madrid.
- NEVES, Orlando (1975-1976) *Textos históricos da revolução*. Diabril, Lisboa.
- NOELLE-NEUMANN, Elizabeth (1995) *La espiral del silencio : opinión pública - nuestra piel social*. Paidós, Barcelona.
- O'DONNELL, Guillermo; SCHMITTER, Philippe y WHITEHEAD, Lawrence (eds.) (1986) *Transitions from authoritarian rule*. 4 vol. The John Hopkins University Press.
- OBERSCHALL, Anthony (2000) “The manipulation of ethnicity: from ethnic cooperation to violence and war in Yugoslavia”. *Ethnic and Racial Studies* vol 23, nº6 pp. 982-1001.
- OLIVEIRA, Luisa Tiago de (2000) *O Serviço Cívico Estudantil*. Tesis Doctoral, ISCTE, Lisboa.
- OLSON, Mancur (1997) *A lógica da Acção Colectiva* Celta, Oeiras.
- OPELLO, Walter y SOUSA FERREIRA Eduardo (1985) *Conflito e mudança em Portugal 1974-1985*. Teorema, Lisboa.
- OSORIO, Sanches (1975) *O equívoco do 25 de Abril*. Livraria Francisco Alves Editora, Rio de Janeiro.
- PARK, Frank (1965 [1924]) *On Social Control and Collective Behaviour*. Phoenix books/University of Chicago Press.
- PARTIDO REVOLUCIONÁRIO DO PROLETARIADO (1977) *Revolução e contra-revolução - o PRP responde por si. Documentos do 25 de Abril ao 25 de Novembro*. Ed. Revolução (s.l.)
- PÉREZ-LEDESMA, M. (1994) “Cuando lleguen los días de la cólera”. *Zona Abierta* nº 69, Madrid.
- PETRAS, James (1999) *La izquierda contraataca. La lucha de clases en América Latina en la década de 1990*. Akal, Madrid.
- PINHEIRO, Vaza (1999) *576 dias de revolução*. Campo das Letras, Oporto.
- PINTO, António Costa (1998) “Dealing with the legacy of the authoritarianism: political purges and radical right movements in Portugal’s transition to democracy 1974-1980” en Larsen (ed) *Modern Europe After Fascism*. Social Science Monographs, Boulder.
- PIVEN, Frances, y CLOWARD, Richard (1978) *Poor People’s Movements*. Random House.
- PIVEN, Frances, y CLOWARD, Richard (1991) “Collective Protest: A Critique of Resource Mobilization Theory” *International Journal of Politics, Culture and Society*, vol 4 nº4, pp 435-58.

- PIZZORNO, Alessandro (1978) "Political exchange and collective identity in industrial conflict". En Crouch y Pizzorno (1978) *The resurgence of class conflict in western Europe since 1968*. MacMillan, Londres.
- PIZZORNO, Alessandro (1981) "Politics Unbound" En Maier (ed) (1981) *Changing Boundaries Of The Political* Cambridge University Press pp. 27-62.
- PIZZORNO, Alessandro.(1994) "Identidad e Interés". *Zona Abierta* nº69: pp135-152.
- PORTA, Donatella della (1995) *Social Movements, Political Violence, and the State*. Cambridge University Press.
- PORTA, Donatella della (1999) "Movimientos sociales y Estado, algunas ideas en torno a la represión policial de la protesta" en McAdam *et alii* (1999) (eds.)
- PRZEWORSKI, A. y Limogi, F. (1997) "Modernization, Theories and Facts". *World Politics*, 49:155-83
- PRZEWORSKI, Adam (1986) "Some Problems in the Study of the transitions to Democracy". En O'Donnell *et alii* (1986).
- PRZEWORSKI, Adam (1988) "Democracy as Contingent Outcome of Conflicts". En Elster J. (ed.) *Constitutionalism and Democracy*. Cambridge University Press.
- PSP [Policia de Segurança Pública] (1969) *Instrução tática*.(4ª edição) PSP. (s.l.)
- RABY D.L (1988) *Resistência antifascista em Portugal*. Salamandra, Lisboa.
- RAMOS, Rui (1994) *A segunda fundação (1890-1926)*. En J. Mattoso (org.) *História de Portugal* vol.6. Círculo de Leitores, Lisboa.
- REZOLA, Inácia (1992) "A igreja" en Ferreira, José Medeiros (1992)
- RIEGELHAUPT, Joyce. "Os camponeses e a política no Portugal de Salazar - o estado corporativo e o "apoliticismo" nas aldeias". *Análise Social* vol XV (59) 1979 3º
- RODRIGUES, Avelino, BORG, Cesário y CARDOSO, Mário (1979) *Abril nos quartéis de Novembro*. Bertrand, Lisboa.
- RODRIGUES, Francisco Martins (coord.) (1994) *O futuro era agora. O movimento popular de 25 de Abril*. ed. Dinossauro, Lisboa.
- RODRIGUES, Maria (1999) *Pelo direito à cidade. O movimento de moradores na cidade do Porto durante a revolução*. Campo das Letras, Oporto.
- ROSAS, Fernando (1999) "O Marcelismo ou a falência da política de transição no Estado Novo". En J.M. Brandão de Brito (coord) (1999).
- ROSAS, Fernando (1994) *O Estado Novo*. En J.Mattoso *História de Portugal* vol.7. Círculo de Leitores, Lisboa.
- ROSAS, Fernando (coord) (1999) *Portugal e a Transição para a Democracia (1974-1976)*. Colibri, Lisboa.
- ROSAS, Fernando (2000) "Do golpe de Estado à Revolução". Comunicación oral presentada en el curso "A Europa do Sul e os processos de transição para a democracia no pós guerra". Cursos de Verão da Arrábida.
- RUAS, Enrique Barrilaro (ed) (1975-1976) *A revolução das flores*. (3v.). Aster, Lisboa.
- SIN AUTOR (1984) *Livro Branco da 5ª Divisão*. Ler Editora, Lisboa.
- SABINO, Amadeu Lopes *et alii* (1977). *As lutas dos moradores e a constituição de 1976*. Centelha, Lisboa.
- SALVATORE, Ricardo D (2000) "Repertoires of Coercion and Market Culture in Nineteenth-Century Buenos Aires Province". *International Review of Social History*, 45, (2000), pp. 409-448.

- SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep (1996) "O 28 de setembro". En Medina *História de Portugal*. Vol. XIV, Clube Internacional do Livro, Lisboa.
- SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep. (1993) *A revolução portuguesa e a sua influência na transição espanhola*. Assírio e Alvim, Lisboa.
- SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep (1998) "Las organizaciones revolucionarias en el contingente obligatorio de las fuerzas armadas portuguesas" *Portuguese Studies Review* 1998-1.
- SANDOVAL, Salvador S. A (1999) "Social Movements and Democratization. The case of Brazil and the Latin Countries". En Giugni *et alii* (1998).
- SANTAMARÍA, J.(comp) (1981) *Transiciones a la democracia en el sur de Europa y América Latina*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- SANTO, Moisés Espírito (s.d.) *Freguesia rural no norte do Tejo*. Instituto de Estudos do Desenvolvimento Social, Lisboa.
- SANTOS, Boaventura de Sousa. (1990) *O Estado e a Sociedade em Portugal (1974-1988)*. Afrontamento, Oporto.
- SANTOS, Boaventura de Sousa, Cruzeiro, Maria Eduarda y Coimbra, Natércia (1995) *O Pulsar da Revolução*.
- SANTOS, Maria de Lurdes Lima dos, LIMA, Marínus Pires de, y FERREIRA, Vítor Matias (1976-1977) *O 25 de Abril e as lutas sociais nas empresas* (3 vol.).Afrontamento, Oporto.
- SANTOS, António Pedro Ribeiro dos (1999) *O Estado e a Ordem Pública*. ISCSP, Lisboa.
- SCHELLING, Thomas C. (1960) *The Strategy of Conflict*. Oxford University Press.
- SCHMITTER, Philippe C (1999) "The democratization of Portugal in comparative perspective". En *Rosas (coord.)* (1999).
- SCOTT, James C.(1990) *Domination and the arts of resistance*. Yale University Press.
- SIPC [*Serviço de Intercâmbio Político e Cultural*] (1976) *Portugal, um guia para o processo*. SLEMES (S.L.)
- SILVA, Josué (1978) *O julgamento da rede bombista*. Caminho, Lisboa
- SILVA, Porfírio Pereira da (1999) *Chamaram-me Muxicongo (memórias de un ex-metalúrgico)* APPACDM, Braga.
- SKOCPOL, Theda (1979) *States and Social Revolutions*. Cambridge University Press, Nueva York.
- SKOCPOL, Theda (1989) "El Estado regresa al primer plano: estrategias de análisis en la investigación actual". *Zona Abierta* nº50, Madrid.
- SMELSER, Neil J (1989 [1963]) *Teoría del comportamiento colectivo*. Fondo de Cultura Económica, México.
- SNOW, D., CREES, D., DOWNEY, L., y JONES, A. (1998) "Disrupting the "Quotidian": Reconceptualizing The Relationship Between Breakdown And The Emergence Of Collective Action". *Mobilization* 3 (1): 1-22.
- SOARES, Mário e AVILLEZ, Maria João (1996) *Soares, ditadura e revolução*. Público, Lisboa.
- SPÍNOLA, António de (1978) *País sem rumo. Contributo para a história de uma revolução*. SCIRE, Lisboa.
- STINCHCOMBE, Arthur L. (1968) *Constructing Social Theories*. Harcourt, Brace & World, Nueva York.
- STINCHCOMBE, Arthur L. (1999) "Ending Revolutions and Building New Governments". *Annual Review of Political Science*, 1999, 2: 49-73.
- TARROW, Sidney (1991) "Ciclos de protesta". *Zona Abierta* nº 56, Madrid

- TARROW, Sidney (1995) "Mass mobilization and regime change: pacts, reforms and popular power in Italy (1918-1922) and Spain (1975-1978)". En Gunther, Richard *et alii*. *The Politics of Democratic Consolidation*. pp. 205-230.
- TARROW, Sidney.(1997) *El poder en movimiento*. Madrid, Alianza Universidad.
- TAYLOR, Michael (1991) "Racionalidad y acción colectiva revolucionaria" en Aguiar (cit.)
- TELO, António José (1999) "A Revolução e a posição de Portugal no mundo" en Rosas (1999) *cit*.
- THOMPSON, E.P. (1971) *The Making of The English Working Class*. Penguin Books.
- TILLY, Ch., TARROW, S., y MCADAM, D. (1997) "Toward a Integrated Perspective of Social Movements and Revolution". En Lichbach and Zuckerman (1997) pp. 142-174.
- TILLY, Charles (1970 [1963]) "The Analysis of a Counter-Revolution" en Gusfield (cit.)
- TILLY, Charles (1978) *From Mobilization to revolution*. Adison-Wesley, Reading, Mass
- TILLY, Charles (1985) "War making and State Making as organized crime". En Evans, Rueschmeyer y Skocpol (eds).
- TILLY, Charles (1986) *La France Conteste*. Fayard, Paris.
- TILLY, Charles (1991) "Modelos y realidades de la acción colectiva popular" en Aguiar (cit)
- TILLY, Charles (1998) "The parliamentarization of popular contention in Great Britain 1758-1834" Ahora en Tilly *Roads From Past To Future*, Rowman & Littlefield Publishers, Lanham.
- TILLY, Charles (ed.) (1995) *Citizenship, identity and social history*. International Instituut voor Sociale Gesschiedenis.
- TILLY, Charles y LEES, Lynn H. (1975) "The People of June 1848" en Price (ed.) *Revolution and reaction: 1848 and the second republic*. Barnes and Noble, Nueva York.
- TILLY, Charles. (1992) *As revoluções europeias 1492-1992*. Presença, Lisboa.
- TILLY, Charles. (1999) *Social movements*. En [www.sociology.columbia.edu](http://www.sociology.columbia.edu)
- TILLY, Charles; Tilly, Louise, y Tilly, Richard (1997 [1975]) *El siglo rebelde 1830-1930*. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- TORRE, Hipólito de la (coord) (1989) *Portugal y España ante el cambio político*. UNED, Madrid.
- TRAUGOTT, Mark (1985) *Armies of the Poor*. Princeton University Press.
- TREFAUT, Sérgio (1999) *Portugal, Outro país*. 70 min, vídeo. S.l., s. Ed.
- TSF- Diário de Notícias (2000) "Os cravos da rádio", CD-Audio, 6 vol., Lisboa.
- USEEM, Bert (1998) "Breakdown Theories of Collective Action" *Annual Review of Sociology* 24:215:38.
- VENTURA, António (1989) *O papel das forças sociopolíticas na mudança democrática*. En de la Torre (coord) (1989).
- VILAÇA, Helena (1992) *Associativismo e movimentos sociais*. Texto policopiado, Oporto.
- VIRNO, Paolo (s.d.) *Virtuosismo y revolución, notas sobre el concepto de acción política*. El laboratorio: [www.nodo50.org/laboratorio](http://www.nodo50.org/laboratorio)
- WADDINGTON (1999) *Policing Citizens*. UCL, Londres.
- WEBER, Max (1993 [1922]) *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica, México.
- WEBER, Max (1989) *El político y el científico*. Alianza, Madrid.
- WISE, Audrie (1975) *Eyewitness in revolutionary Portugal*. Spokesman's books, Londres.

ZALD, Mayer y BERGER, Michael (1978) "Social Movements in Organizations: Coup d'Etat, Insurgency, and Mass Movements". *American Journal of Sociology*, 83, n° 4.

ZOLBERG, Aristide (1971) "Moments of madness" en *Politics & Society*